Lactancio

Instituciones divinas

Libros IV-VII



Lucio Cecilio (o Celio) Firmiano Lactancio (245-325 d. C.), que ha sido llamado «el Cicerón cristiano», compuso las *Institutiones divinae* (denominadas a su vez por san Jerónimo «un río de elocuencia ciceroniana») para mostrar que la doctrina cristiana era un sistema lógico que se podía defender con la razón además de con la fe. Las dirigió a lectores paganos cultos y, más que a las *Escrituras*, recurre para ilustrar sus tesis a argumentos de escritores paganos. En efecto, Lactancio es (como Tertuliano, Ambrosio, Jerónimo, Paulino de Nola, Prudencio y san Agustín) un escritor cristiano de los primeros siglos, de formación clásica en retórica y cultura, en el que se cumple la paradoja de utilizar estos recursos literarios y conceptuales para extender la nueva doctrina frente, precisamente, a la literatura y la religión paganas.

De los siete libros de las *Instituciones divinas*, los tres primeros son una crítica del politeísmo y de la filosofía romana; después, Lactancio procede a argumentar que sólo la fe cristiana es capaz de aunar filosofía y religión. A partir de esta concepción fundamental, Lactancio analiza la idea cristiana de justicia y moralidad y el culto, y trata cuestiones esenciales como el bien supremo y la inmortalidad del alma, para concluir instando a abrazar la nueva religión. Más argumentativo que polemista, Lactancio se dirige a la razón del lector, al que no pretende abrumar con principios de autoridad incontrovertibles.



Lactancio

Instituciones divinas Libros IV-VII

Biblioteca Clásica Gredos - 137

ePub r1.1
Titivillus 28.07.2020

Título original: *Institutiones divinae*
Lactancio, 310
Traducción: Eustaquio Sánchez Salor
Introducción y notas de Eustaquio Sánchez Salor
Asesores para la sección latina: Javier Iso y José Luis Moralejo
Revisión: Pedro Manuel Suárez Martínez

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1




LIBRO IV

SOBRE LA SABIDURÍA Y RELIGIÓN VERDADERAS

Los siglos anteriores a Cristo están dominados por la oscuridad y la ignorancia

A mí, en mis frecuentes pensamientos y reflexiones internas, me suele dar la impresión de que la antigua situación del género humano era extraña y, en la misma medida, indigna, porque a causa de la estolidez de una sola época que aceptó distintas religiones y que creyó en la existencia de muchos dioses se llegó de pronto a tal extremo de inconsciencia que, alejada de los ojos la verdad, no se aceptaba la religión del Dios verdadero ni el sentido de la dignidad humana, ya que los hombres no buscaban el bien supremo en el cielo, sino en la tierra. Por esta razón queda sin duda menguada la felicidad de los tiempos pasados. Y es que, tras olvidarse del Dios padre y creador de todas las cosas, empezaron a venerar las creaciones insensibles de sus propias manos[1]. Los propios hechos evidencian los resultados que produjo y los males que acarreó esta depravación. Efectivamente, los hombres, apartados del sumo bien, el cual, por ser el sumo, es el bien feliz y eterno —y se apartaron de él porque no podía ser visto, ni tocado ni oído—, y apartados de las virtudes congruentes con este bien —virtudes que son igualmente inmortales—, cayeron en el culto de esos dioses corruptos y frágiles y se entregaron a las aficiones con las que solamente se adorna, alimenta y deleita el cuerpo, buscando para sí mismos, juntamente con sus dioses y sus bienes corporales, una muerte eterna: y es que todo lo corpóreo está sometido a la muerte.

Como consecuencia, estas religiones fueron acompañadas, como era de rigor, de la injusticia y de la impiedad. Dejaron, en efecto, de elevar sus ojos al cielo, mientras que sus mentes, dirigidas hacia abajo, aceptaban no sólo las

religiones, sino también los bienes terrenos. Siguieron la ruina del género humano, el fraude, y todo tipo de maldades, ya que, despreciando los bienes eternos e incorruptos, que son los únicos que deben ser deseados por el hombre, prefirieron los bienes temporales y perecederos; y la confianza en el mal tuvo más fuerza entre los hombres, los cuales, al tener más a mano la depravación, prefirieron a ésta antes que a la virtud. De esta forma, la niebla y las tinieblas se apoderaron de la vida del hombre, que se había movido en siglos anteriores en medio de una clarísima luz[2]; y sucedió lo que era normal con una depravación de este tipo: al desaparecer la sabiduría, los hombres empezaron a reivindicar para sí mismos el título de sabios.

La verdad es que, en aquel momento, nadie merecía el nombre de sabio, aunque todos lo eran: ¡Ojalá que ese nombre, tan común entonces, hubiera tenido su auténtico significado, aunque sólo hubiera quedado reducido a unos pocos!

Y es que quizás esos pocos, con su talento, su autoridad y sus constantes consejos, hubiesen podido librar al pueblo de sus vicios y errores. Pero la verdad es que esta sabiduría hasta tal punto se había totalmente destruido que, por la propia arrogancia del nombre, queda claro que ninguno de aquellos que se llamaban sabios lo era realmente.

Y, sin embargo, antes de que se inventara eso que se llama filosofía, se nos transmite que hubo siete sabios[3], los cuales fueron los primeros que, por haberse atrevido a investigar y a discutir sobre la naturaleza, merecieron ser tenidos por sabios y ser llamados así.

¡Oh míseros y desgraciados siglos aquellos en los cuales sólo hubo siete personas a lo largo de toda la tierra que merecieran ser llamados hombres!; porque nadie con razón puede ser llamado hombre sino el que es sabio. Pero es que, si todos los demás, a excepción de estos siete, fueron estólidos, tampoco ellos fueron sabios, porque nadie en realidad puede ser considerado sabio por el hecho de que así lo piensen los estólidos. Hasta tal punto estaba lejos de ellos la sabiduría, que ni siquiera después, al aumentar los conocimientos, y al dedicarse constantemente muchos y grandes talentos a este tema, pudo ser conseguida y alcanzada la verdad; en efecto, tras la gloria conseguida por estos siete sabios, toda Grecia se lanzó con increíble ardor y afán a la búsqueda de la verdad; y, tras aborrecer el propio nombre de sabios, se llamaron a sí mismos, no sabios, sino estudiosos de la sabiduría[4]. Con ello acusaron de falsos y estólidos a los que temerariamente se habían dado a sí mismos el nombre de

sabios, y a ellos mismos de ignorantes, cosa que no negaban. Efectivamente, siempre que la propia naturaleza oponía resistencia a su comprensión, de forma que no podían dar ninguna explicación, solían declarar que no sabían nada, que no veían nada. Por ello, resultan ser mucho más sabios los que vieron que ellos eran ignorantes en algún aspecto que los que creyeron estar en posesión de la sabiduría.

La auténtica sabiduría está en la religión de los judíos

Por todo ello, si no fueron sabios aquellos que así fueron llamados, ni tampoco los que después vinieron, los cuales no dudaron en confesar su ignorancia, ¿qué queda sino buscar en otro sitio la sabiduría, ya que no fue encontrada donde se buscó? Y ¿cuál otra debemos pensar que fue la causa de que no fuera encontrada a pesar de ser buscada con extraordinario afán y esfuerzo por tantos talentos y durante tanto tiempo, sino el hecho de que los filósofos la buscaron fuera del lugar donde estaba? Dado que éstos, tras andar e investigar en todos sitios, no consiguieron ninguna sabiduría, y dado que ésta tiene necesariamente que estar en algún sitio, está claro que ha de ser buscada sobre todo allí donde aparece el rótulo de la ignorancia: y es que Dios escondió el tesoro de la sabiduría y de la verdad bajo el manto de la ignorancia, para que el secreto de su obra divina no estuviese a

la vista de todos. Por ello me suelo extrañar de que Pitágoras y Platón, que en su afán por investigar la verdad llegaron hasta los egipcios, los magos y los persas, para conocer los ritos y los cultos de éstos —sospechaban, en efecto, que la sabiduría se basaba en la religión—, no se acercaran a los judíos, que eran los únicos en cuyo poder estaba la verdad y a los cuales hubieran podido tener fácil acceso[5]. Pero pienso que fue la divina providencia la que los apartó de ellos, para que no pudieran conocer la verdad, ya que todavía no estaba permitido a los hombres extraños conocer la religión y la justicia del Dios verdadero. Y es que Dios había decidido enviar desde el cielo un gran jefe, cuando se acercara el final de los tiempos, para que éste, tras quitársela al pueblo pérfido e ingrato, revelara la verdad a los gentiles.

De este tema me propongo hablar en este libro, tras demostrar que la sabiduría va tan unida a la religión que no puede ser separada la una de la otra.

La religión y la sabiduría están necesariamente unidas

En el culto a los dioses, como ya demostré en el libro primero, no hay sabiduría; y no sólo porque ese culto convierte al hombre, animal divino, en esclavo de lo terreno y frágil, sino también porque en él no se enseña nada que sirva para cultivar

las buenas costumbres y regular la vida; además, ese culto no lleva consigo búsqueda alguna de la verdad, sino sólo un conjunto de ceremonias que exigen, no una ayuda de la mente, sino una participación del cuerpo. Y, por tanto, eso no debe ser considerado como verdadera religión, ya que, al no tener preceptos que lleven a la justicia y a la virtud, ni enseña ni hace mejores a los hombres. Por otro lado, la filosofía, al no identificarse con la religión, es decir, con la suma piedad, no es la auténtica sabiduría. Y es que si la voluntad de Dios, que gobierna este mundo y sustenta al género humano con increíble beneficencia y lo asiste con amabilidad casi paternal, es la de que se le devuelvan gracias y se le den honores, no puede ser piadoso un hombre que se muestre desagradecido ante los beneficios celestiales, lo cual no es ciertamente propio de un hombre sabio. Así pues, si, como ya dije, la filosofía y la religión de los dioses están separadas y muy distantes —y es que una cosa son los filósofos, por medio de los cuales no se llega a los dioses, y otra los sacerdotes de la religión, a través de los cuales no se aprende a ser sabios—, está claro que ni aquélla es la verdadera filosofía ni ésta la auténtica religión. Por ello, ni la sabiduría pudo comprender la verdad, ni la religión de los dioses pudo dar la razón de ser de sí misma, sencillamente porque no la tenía.

Pero, cuando la sabiduría se une con inseparable lazo con la religión, las dos son necesariamente verdaderas, ya que en el culto hay que ser sabios, es decir, hay que saber qué y cómo debemos adorar, y en la sabiduría hay que practicar un culto, es decir, cumplir de hecho y con la acción lo que sabemos. Y ¿dónde se une la sabiduría con la religión? Sin duda que allí donde es adorado el único Dios, donde toda vida y toda acción es referida a un solo principio y a un solo fin, y, finalmente, donde los doctores de la sabiduría son los mismos que los sacerdotes de Dios. Sin embargo, que nadie se extrañe de que con frecuencia haya sucedido y pueda suceder que algún filósofo haya recibido el sacerdocio de los dioses: cuando esto sucede, no se une la filosofía con la religión: la filosofía deja de serlo cuando se mezcla con la religión, y la religión deja de ser religión cuando es tratada por la filosofía; y es que una religión como ésa es muda, y no sólo porque es una religión de mudos, sino porque sus ritos están en las manos y en los dedos, no en el corazón y en la lengua, como lo está la nuestra, que es la verdadera.

Por todo ello, pues, la religión coincide con la sabiduría y la sabiduría con la religión, y, como consecuencia, no pueden separarse, ya que ser sabio no es otra cosa que adorar con justo y piadoso culto al Dios verdadero.

Que el culto a muchos dioses no es acorde con la naturaleza puede deducirse y explicarse con el siguiente argumento: todo Dios que es adorado por el hombre debe ser invocado como un padre entre ritos y preces solemnes, no sólo porque lo exija el honor, sino porque lo exige también la razón, ya que es más antiguo que el hombre y regala, como padre que es, la vida, la salud y el alimento; es así que Júpiter, Saturno, Jano, Líber y todos los demás son llamados padres por sus fieles —de lo cual se ríe Lucillo en el *Consejo de los dioses*: «que no haya ninguno de nosotros que no sea llamado Júpiter padre, Neptuno padre, Líber padre, Saturno padre, Marte, Jano, Quirino padres»**[6]**— y que la naturaleza no consiente que un solo hombre tenga muchos padres —sólo es engendrado en efecto por uno—; luego adorar a muchos dioses va contra la naturaleza y contra la piedad. En consecuencia, debemos adorar a un solo Dios, el cual puede verdaderamente ser llamado padre; y este mismo debe ser también señor, ya que de la misma forma que tiene poder para ser indulgente, lo tiene también para castigar. Debe, pues, ser llamado padre, porque nos regala muchos y grandes dones, y señor, porque tiene máximo poder para corregirnos y castigarnos. Incluso la lógica basada en el sentido común nos demuestra que el que es señor es también padre; y es que ¿quién puede educar a los hijos si no tiene sobre ellos el poder de un señor? Y no sin razón se le llama «padre de familia», aunque tenga sólo hijos: efectivamente, el término «padre» abarca también a los esclavos, por cuanto sigue el término «familia»**[7]**, y el término «familia» abarca también a los hijos porque antecede el término «padre»; de ahí queda claro que la misma persona es al mismo tiempo padre de los esclavos y señor de los hijos. Es más, un hijo es manumitido**[8]** de la misma forma que lo es un esclavo, y un esclavo liberado recibe el nombre del padre, como si fuera un hijo. Y es llamado «padre de familia» para que quede claro que está dotado de la doble potestad, ya que como padre debe ser indulgente y como señor debe castigar; por ello hay que concluir que el esclavo se identifica con el hijo y el señor con el padre. Pues bien, de la misma forma que por necesidad natural no puede haber nada más que un padre, así también no puede haber nada más que un señor. Pues ¿qué haría un esclavo si muchos señores le mandaran cosas diferentes? Consiguientemente, las religiones que tienen muchos dioses no están acordes ni con la razón ni con la naturaleza, ya que no puede haber ni muchos padres, ni muchos señores, y los dioses deben ser llamados necesariamente padres y señores. No puede, pues, estar en posesión de la verdad la religión en la que el mismo hombre está sometido a muchos padres y

señores, y en la que el alma, dispersada entre muchas obligaciones, vaga por aquí y por allá; ni puede tener firmeza ninguna la religión cuando carece de una sede segura y estable. Los cultos a los dioses no pueden, pues, ser verdaderos, de la misma forma que no puede llamarse matrimonio a aquel en el que una sola mujer tiene muchos maridos; ésta será llamada más bien meretriz o adúltera: y es que aquella que no tiene pudor, castidad, ni fidelidad, carecerá necesariamente de virtud; de la misma forma, también la religión de los dioses es impúdica e incestuosa, porque carece de fidelidad, y porque ese culto inestable e inseguro carece de meta y origen.

La verdadera religión y la verdadera sabiduría, unidas, dan a conocer al verdadero Dios

De todo lo anterior queda claro cuán unidas están entre sí la religión y la sabiduría. La sabiduría comprende la faceta de los hijos, porque exige amor, y la religión la faceta de los siervos, porque exige temor. Efectivamente, de la misma forma que los hijos deben amar y honrar a su padre, así los siervos deben adorar y temer a su señor. En lo que se refiere a Dios, que es uno solo, porque contiene en sí mismo las dos personalidades, la de padre y señor, debemos amarle, porque somos sus hijos, y temerle, porque somos sus siervos. Consiguientemente, la religión no puede ser separada de la sabiduría, ni la sabiduría ser apartada de la religión, ya que el Dios que debe ser conocido —lo cual es propio de la sabiduría— y el Dios que debe ser honrado —lo cual es propio de la religión— es el mismo. De todas formas, la sabiduría está antes y la religión después, porque lo primero es conocer a Dios y lo segundo adorarle. De esta forma sucede que ambos términos[9] tienen el mismo sentido, aunque parezcan ser cosas distintas: uno se basa en el conocimiento y otro en la acción, pero son semejantes a dos ríos que nacen de la misma fuente. Y la fuente de la sabiduría y de la religión es Dios, y si esos dos ríos se apartan de ella, necesariamente se secarán; y los que desconocen a Dios no pueden ser sabios ni religiosos. Así sucede que los filósofos y los que adoran a muchos dioses son semejantes o bien a hijos repudiados o bien a siervos fugitivos, ya que como hijos no buscan al padre, ni como siervos al señor. Y de la misma forma que los repudiados no reciben la herencia del padre, ni los fugitivos la impunidad, así tampoco los filósofos recibirán la inmortalidad, que es la herencia del reino celestial —es decir, el sumo bien que ellos buscan por encima de todo—, ni los adoradores de los dioses escaparán del castigo de la muerte eterna, que es el castigo que Dios impone para los que huyen de su majestad y nombre. Unos y otros —tanto los adoradores de los dioses como los

maestros de la sabiduría— ignoraron que Dios era al mismo tiempo padre y señor, ya que o bien consideraron que nada debía ser adorado, o bien aceptaron falsas religiones, o bien, tras conocer la fuerza y el poder del sumo Dios —como Platón, quien dice que el único creador del mundo es Dios[10], y como Marco Tulio, quien dice que el hombre ha sido creado por el Dios supremo en condiciones de particular privilegio[11]—, no le rindieron, sin embargo, el culto debido como a padre sumo, cosa que era la necesaria consecuencia. Por otra parte, que los dioses no pueden ser ni padres ni señores es algo que lo declara no sólo la gente, como dije más arriba[12], sino también la razón, ya que ni se nos dice que el hombre fuera creado por los dioses, ni hallamos que los propios dioses fueran anteriores al hombre, ya que está claro que había hombres en la tierra antes de que nacieran Vulcano, Líber, Apolo y el propio Júpiter; incluso ni a Saturno ni a Urano, su padre, suele atribuírseles la creación del hombre. Y si se nos dice que ninguno de estos que son adorados formaron y crearon desde el principio al hombre, ninguno de ellos puede ser llamado padre del hombre, ni tampoco Dios. En consecuencia, no es digno venerar a aquellos por los cuales el hombre no ha sido creado, ya que ni pudo ser engendrado por quienes son posteriores a él, ni pudo ser creado por muchos[13].

Así pues, debe ser adorado el único y solo Dios que vivió antes que Júpiter, que Saturno y que el propio cielo y tierra. Y es que es evidente que sólo modeló al hombre aquel que, antes que al hombre, hizo el cielo y la tierra; sólo puede ser llamado padre quien creó, y sólo puede ser designado como señor quien gobierna y quien tiene el verdadero y eterno poder sobre la vida y la muerte; y quien no adora a éste es un esclavo necio, porque huye y desconoce a su señor, y un hijo impío, porque odia o ignora a su verdadero padre.

Antes de hablar de la verdadera religión y sabiduría, se demuestra la autoridad de los profetas, ya que habrá que recurrir a su testimonio con frecuencia

Ahora, puesto que ya he demostrado que la sabiduría y la religión no pueden separarse, queda que hablemos de la auténtica religión y sabiduría. Soy consciente de la dificultad que supone hablar de cosas celestiales[14], pero debemos sin embargo atrevernos, para que quede patente la verdad sacada a luz y se vean libres del error y de la muerte los muchos que desprecian y rechazan la verdad porque está tapada con la apariencia de necedad.

Pero antes de empezar a hablar de Dios y de sus obras, debo decir algo de los profetas, a cuyo testimonio debo recurrir

ahora, cosa que conseguí no hacer en los libros anteriores. Quien se afane por comprender la verdad, debe ante todo no sólo intentar comprender las palabras de los profetas, sino también investigar con cuidado la época en que vivió cada uno de ellos, para saber qué hechos futuros predijeron y al cabo de cuántos años se cumplieron sus predicciones. En esta investigación no existe ninguna dificultad, ya que cada uno de ellos da testimonio del nombre del rey bajo cuyo reinado conoció el toque del soplo divino, y porque muchos escritores sacaron cronologías empezando por el profeta Moisés, quien vivió novecientos años antes de la guerra de Troya; y tras haber gobernado éste durante cuarenta años, le sucedió Jesús[15], que tuvo el poder veintisiete años. Tras ello, fueron gobernados por jueces durante trescientos setenta años. Después, con un cambio de régimen, empezaron a tener reyes. Tras gobernar éstos durante cuatrocientos cincuenta años hasta el reinado de Sedecías, los judíos, asediados y capturados por el rey babilonio[16], tuvieron que soportar un largo cautiverio, hasta que setenta años después Ciro el Mayor los devolvió a sus tierras y moradas: este Ciro subió al trono de Persia en la misma época en que lo tomó Tarquino el Soberbio en Roma. Pues bien, de la misma forma que la serie de todos estos tiempos puede deducirse de las historias judaicas, griegas y latinas, así también se pueden deducir las épocas de cada uno de los profetas; el último de ellos fue sin duda Zacarías, de quien consta que profetizó bajo el reinado de Darío, concretamente en el octavo mes del segundo año del reinado de éste[17]. De esta forma, comprobamos que los profetas fueron anteriores incluso a los escritores griegos.

Yo aduzco todas estas cosas para que tengan conciencia de su propio error quienes se esfuerzan por acusar a las Sagradas Escrituras de nuevas y recientemente escritas, ignorando de qué fuente mana la religión santa[18]. Y si alguien, tras analizar y comprender la sucesión de los tiempos, descubre para su salud el fundamento de la doctrina, comprenderá totalmente la verdad y rechazará el error tras conocer la verdad.

La creación del hijo, segunda persona de la Trinidad

Pues bien, Dios, creador y fundador de las cosas, como dijimos en el libro segundo, engendró un espíritu santo e incorruptible, antes de emprender la extraordinaria obra de este mundo. Y, aunque después creó otros innumerables espíritus, a los que llamamos ángeles, sólo el primogénito, es decir, el que sobresalía por nacimiento, virtud y majestad, mereció el apelativo divino[19].

Que ese que está dotado del máximo poder es hijo del sumo Dios lo demuestran no sólo las concordes palabras de los profetas, sino también la doctrina de Trismegisto y los vaticinios de las Sibilas[20].

Hermes, en el libro titulado *Palabra perfecta*[21], dice esto: «Señor y creador de todas las cosas, a quien con razón llamamos dios, porque hizo un segundo dios visible y sensible —y digo que es sensible, no porque él sienta (de este tema, si siente o no, hablaré en otro momento), sino porque llega a los sentidos y a la vista—; y puesto que le hizo el primero, solo y único, y le pareció hermoso y lleno de todos los bienes, se alegró y le amó mucho, como parte suya que era».

La Sibila de Eritrea, al comienzo de su poema, que empieza en el sumo Dios, habla del hijo de Dios como jefe y monarca de todas las cosas con estos versos: «fundador que alimenta todo, el cual instituyó un espíritu dulce para todos y creó un Dios guía de todos». Y, de nuevo, al final: «Dios dio otro Dios a los hombres creyentes para que le adoraran»[22]. Y otra Sibila dice que conviene conocer a este Dios: «Conoce al mismo Dios, que es hijo de Dios»[23].

Así pues, es el mismo hijo de Dios el que por medio del sabio rey Salomón, lleno de espíritu divino, dijo las palabras que siguen: «El señor en su creación me colocó como comienzo de sus caminos; me creó antes del tiempo: al principio, antes de hacer la tierra, antes de crear los abismos, antes de que manaran las fuentes de las aguas, antes que a todas las colinas, me hizo a mí. Dios hizo las regiones y los territorios inaccesibles bajo el cielo; y mientras disponía el cielo, yo estaba con él; y también cuando separó la bóveda del cielo. Cuando ponía poderosas nubes sobre los vientos, cuando colocaba las aguas con límites fijos bajo los cielos, cuando creaba los poderosos cimientos de la tierra, yo estaba junto a él como arquitecto. Yo era en quien él se deleitaba; y yo me alegraba constantemente ante su rostro, cuando él se alegraba tras haber acabado el mundo»[24].

Por todo ello Trismegisto le llama «demiurgo de Dios», y la Sibila «símbolo», ya que está dotado por Dios padre de tanta sabiduría y virtud, que éste recurrió a sus manos y consejo para la creación del mundo.

Ese hijo de Dios es Cristo

En este punto, quizás alguien pregunte quién es ese tan poderoso, tan querido para Dios y qué nombre tiene ese que no solamente es anterior en nacimiento al mundo, sino que lo ordenó con su inteligencia y lo construyó con su poder. En primer lugar, nos

conviene saber que su nombre no fue conocido ni siquiera por los ángeles que moran en el cielo, sino que sólo lo conocieron él mismo y Dios padre, y que se anunciará antes de que se cumplan las disposiciones divinas, tal como se nos ha transmitido en las Sagradas Escrituras.

En segundo lugar, su nombre no puede ser pronunciado por boca humana, tal como enseña Hermes con estas palabras: «La voluntad de Dios, como bueno que es, es la que hizo a este que a su vez es creador; su nombre no puede ser pronunciado por boca humana». Y poco después, dirigiéndose al hijo: «Hay, hijo, una palabra inenarrable de sabiduría, y es la palabra santa del único señor de todos y del Dios que concibió todas las cosas, cuyo nombre no puede ser pronunciado por el hombre»[25]. Pero aunque el nombre que le impuso el sumo padre desde el principio no es conocido por nadie más que por él, tiene sin embargo entre los ángeles una denominación y otra entre los hombres. Es, en efecto, llamado, «Jesús» entre los hombres, ya que lo de «Cristo» no es un nombre auténtico, sino la designación de su poder y reinado: así llamaban efectivamente los judíos a sus reyes[26].

Pero debo exponer el sentido de esta denominación para evitar el error de los ignorantes que, cambiando una letra, suelen llamarle «Cresto»[27]. Era preceptivo entre los judíos preparar un ungüento sagrado para poder ungir con él a los llamados al sacerdocio y al reinado, y, de la misma forma que ahora entre los romanos el vestir de púrpura es señal de que se ha conseguido la dignidad imperial, así también entre aquéllos la unción con el ungüento sagrado confería el título y dignidad reales. Ahora bien, como los antiguos griegos usaban el verbo «chriesthai» para designar la acción de «ungir», acción para la que ahora se usa el verbo «aleiphesthai» —ello se recoge en aquel verso de Homero que dice: «las esclavas los lavaron y ungieron (“chrisan”) con aceite (“elaio”)»[28]—, por ello nosotros le llamamos «Cristo», es decir, «el ungido», que en lengua hebrea es «Mesías». De ahí que en algunas Escrituras en griego, que hacen una mala traducción del hebreo, nos encontremos con la palabra «aleimmenos», derivada de «aleiphesthai». De todas formas, con una y otra palabra se alude a «rey», y no porque él consiguiera un reinado terrenal, para cuya consecución todavía no ha llegado el tiempo, sino porque había conseguido un reino celeste y eterno. De ello hablaremos en el último libro[29]. Ahora, en cambio, hablemos de su primer nacimiento.

Primer nacimiento del hijo, como «palabra» de Dios

Pues bien, en primer lugar manifestamos que nació dos veces: primero en espíritu, después en carne. De ahí que se diga en Jeremías: «Antes de que te formara en las entrañas maternas, te conocía»[30]; y también: «Era bienaventurado antes de nacer»[31]; esto no se refiere nada más que a Cristo. Éste, si bien existía desde el principio como hijo de Dios, fue después de nuevo engendrado en carne mortal. Este doble nacimiento del hijo introdujo un gran error en las mentes humanas y cubrió de tinieblas incluso a aquellos que retenían su sagrada unión con la verdadera religión.

Pero yo aclararé total y transparentemente esto, para que los amantes de la sabiduría sean instruidos con facilidad y prontitud. El que oiga que éste es llamado hijo de Dios, no debe concebir en su mente un absurdo tal que piense que Dios procreó tras unirse y mezclarse con una mujer, lo cual sólo lo hacen los animales corporales y mortales. Y es que Dios, cuando todavía estaba él solo, ¿con quién pudo mezclarse?; por otro lado, si tenía un poder tan grande que podía hacer lo que quisiera, no necesitaba ciertamente la unión con nadie para crear: a no ser que pensemos, como pensó Orfeo[32], que Dios es macho y hembra, ya que, según él, no pudo engendrar si no tenía las facultades de ambos sexos: como si Dios se hubiese unido consigo mismo, o como si no pudiese crear sin coito. Pero es que hasta Hermes era de la misma opinión, cuando le llamaba «autopadre» y «automadre»[33]. Si esto fuera así, los profetas, de la misma forma que le llaman padre, le llamarían también «madre».

Entonces, ¿cómo procreó? Hay que decir, en primer lugar, que las obras de Dios no pueden ser conocidas ni contadas por cualquiera. De todas formas, lo enseñan las Sagradas Escrituras, en las cuales se asegura que ese hijo de Dios es la palabra de Dios y que los demás ángeles son el soplo de Dios[34]: la palabra es efectivamente el soplo que sale junto con unos sonidos que significan algo. Sin embargo, dado que el soplo y la palabra salen por partes diferentes —el soplo lo hace por las narices y la palabra por la boca—, hay una gran diferencia entre este hijo de Dios y los demás ángeles: éstos, en efecto, salieron de Dios como soplos callados, ya que no fueron creados para transmitir la doctrina de Dios, sino para ayudarle; aquél, sin embargo, aunque también él es un soplo, salió de la boca de Dios con voz y sonido, como la palabra; y sucedió así para que Dios usara de su palabra ante el pueblo, es decir, para ser el maestro de la doctrina divina y el portador de los secretos celestiales hacia los hombres. Lo

primero que pronunció Dios fue esa «palabra», para dirigirse a nosotros a través de ella y para que ésta nos revelara la voz y la voluntad de Dios. Con razón, pues, es llamado la palabra y la voz de Dios, porque a ese espíritu de la palabra, salido de su boca y concebido, no en el vientre, sino en la mente, Dios, desde la facultad y el poder incomprensible de su majestad, le dio una forma propia, para que tuviera poder por sus propios sentidos y sabiduría; a sus otros espíritus los convirtió en ángeles.

Nuestros espíritus son solubles, porque somos mortales; los espíritus de Dios, sin embargo, viven, permanecen y sienten, ya que él mismo es inmortal y es el dador de los sentidos y de la vida. Y si nuestras palabras, a pesar de que al mezclarse con el aire desaparecen, permanecen con frecuencia al quedar escritas, ¡con cuánta mayor razón hay que creer que la voz de Dios permanece para siempre y siempre va acompañada de sentido y de la facultad que, cual un río de una fuente, saca ella de Dios padre! Y si alguien se extraña de que Dios pueda engendrar a Dios a partir de la emisión de su voz y de su espíritu, dejará inmediatamente de extrañarse si conoce las palabras sagradas de los profetas.

Que Salomón y su padre David, poderosos reyes, fueron también profetas, lo conocen quizás incluso aquellos que no se acercaron a las letras divinas: uno de ellos —el que reinó en segundo lugar[35]— vivió ciento cuarenta años antes del desastre de Troya. Su padre[36], autor de himnos en honor de Dios, dice esto en el salmo treinta y dos: «Por la palabra de Dios fueron hechos los cielos y todo su ejército por el soplo de su boca»[37]. Y de nuevo en el salmo cuarenta y cuatro: «Mi corazón lanzó palabras buenas; yo canto al rey mis obras»[38], dejando bien claro que las obras de Dios no son conocidas para nadie más que para su hijo, el cual es la palabra de Dios y reinará necesariamente para siempre. También Salomón demuestra que la propia palabra de Dios es aquella con cuyas manos fueron fabricadas estas obras del mundo; dice: «Yo salí de la boca del Altísimo antes que ninguna criatura. Yo hice en los cielos que saliera una luz inagotable y como nube cubrí toda la tierra. Yo habité en lo alto y mi trono estaba en una columna de nube»[39]. Juan nos transmite también esto: «Al principio era la palabra y la palabra estaba en Dios y Dios era la palabra; ésta estaba al principio en Dios. Todas las cosas han sido hechas por él y nada ha sido hecho sin él»[40].

Para designar al hijo de Dios es

Pero es mejor el término griego, *logos*, que los nuestros «verbo» o «palabra»: *logos*, en efecto, significa «palabra» o

mejor el término griego «logos» que los latino «uerbum» o «sermo»

«razón», ya que alude a la voz y a la sabiduría de Dios. Esta palabra divina no fue ignorada ni siquiera por los filósofos, ya que Zenón llama *logos* al ordenador y hacedor de la naturaleza, al cual llama también «hado, necesidad de la naturaleza, dios y alma de Júpiter»[41], siguiendo la costumbre según la cual se suele considerar a Júpiter como dios. Pero las palabras no son obstáculo, con tal de que su sentido esté acorde con la verdad: y es que el soplo de Dios es lo que él llama «ánimo de Júpiter»[42]. Trismegisto, en efecto, que investigó —no sé de qué modo— casi toda la verdad, describió con frecuencia la virtud y majestad del verbo, según evidencia el ejemplo que hemos aducido más arriba, en el que confiesa que «hay una palabra inenarrable y santa, cuya pronunciación excede las facultades humanas»[43].

He hablado de su primer nacimiento con la mayor brevedad que he podido. Ahora debo hablar con más extensión del segundo, ya que en él se centra sobre todo la controversia; y lo debemos hacer para proporcionar la luz del entendimiento a los que desean conocer la verdad.

Dios decide enviar al hijo a la tierra

Pues bien, lo primero[44] que deben conocer los hombres es que Dios dispuso desde el principio que era necesario que, al acercarse el final de los tiempos, el hijo de Dios descendiera a la tierra, para construir un templo a Dios y enseñar la justicia; pero dispuso que lo hiciera, no con las facultades de un ángel o con poder celestial, sino bajo figura humana y condición mortal; y que, una vez que hubiese cumplido su magisterio, fuera entregado a manos de los impíos y sufriera muerte, para, una vez superada ésta por su poder, resucitar, ofrecer al hombre —cuya forma vestía y portaba— la esperanza de vencer a la muerte, y admitirle en el premio de la inmortalidad. Y para que nadie desconozca estas disposiciones, demostraré que todas las cosas que vemos cumplidas en Cristo fueron profetizadas. Que nadie crea en mi afirmación si no demuestro que los profetas predijeron hace ya mucho tiempo que vendría un día en que nacería como hombre el hijo de Dios, haría milagros, sembraría el culto a Dios por toda la tierra, sería por fin colgado en el patíbulo y resucitaría al tercer día. Y una vez que demuestre todo esto apoyándome en los escritos de aquellos mismos que hicieron violencia contra su propio Dios[45] cuando éste tenía cuerpo mortal, ¿qué impedirá que quede claro que la verdadera sabiduría está sólo en esta religión?

Ahora debo describir, desde el principio, el origen de todo este sagrado misterio. Nuestros mayores, que eran los príncipes de los hebreos, al padecer esterilidad y escasez, pasaron a Egipto en busca de alimentos y, permaneciendo allí largo tiempo, soportaban el intolerable yugo de la esclavitud. Entonces Dios, compadeciéndose de ellos, los sacó y liberó de las manos del rey de los egipcios, tras cuatrocientos treinta años, bajo la guía de Moisés, por medio del cual les dio Dios después la ley. En esta liberación Dios dio pruebas del poder de su majestad. Condujo, en efecto, a su pueblo a través del Mar Rojo, enviando delante un ángel y separando las aguas, para que el pueblo pudiera pasar a pie enjuto; lo que pasó más bien en aquellas aguas fue, como dice el poeta, que «las olas curvadas se pararon formando una pared a forma de monte»[46]. El rey de los egipcios, enterado de esto, les siguió con un gran ejército y, entrando temerariamente en el mar cuando todavía estaba abierto, fue aniquilado con todo su ejército al volverse a unir las aguas. Los hebreos, en cambio, entrando en el desierto, vieron muchas maravillas. Efectivamente, cuando sufrieron sed, de una roca golpeada por la vara manó una fuente de agua que alivió al pueblo; cuando a su vez padecieron hambre, cayó del cielo una lluvia de alimento; incluso el viento arrastró a su campamento codornices, para que fueran saciados no sólo con pan del cielo, sino también con comida más consistente, Sin embargo, a cambio de estos beneficios, no devolvieron culto a su Dios, sino que una vez libres de la esclavitud y alejadas la sed y el hambre, cayeron en la lujuria entregando sus almas a los profanos ritos de los egipcios: y es que, cuando Moisés, su jefe, ascendió al monte y permaneció en él cuarenta días, construyeron una cabeza de oro de un buey, al que llamaron Apis, para llevarlo al frente o a modo de estandarte. Dios, ofendido por este pecado e impiedad, castigó duramente a este pueblo impío e ingrato por sus pecados y le sometió a la ley que había entregado por medio de Moisés. Posteriormente, mientras moraban en una zona desierta de Siria, perdieron su antiguo nombre de hebreos y, como el líder del grupo era Judá, se llamaron judíos[47], y la tierra que habitaban se llamó Judea. Y, en un primer momento, estuvieron sometidos, no al dominio de reyes, sino que eran jueces civiles los que dirigían al pueblo y legislaban, aunque no eran nombrados anualmente como los cónsules romanos, sino que estaban dotados de poder perpetuo. Posteriormente, tras eliminar el régimen de los jueces, fue introducido el régimen monárquico. De todas formas, durante el régimen de los jueces, habían aceptado con frecuencia religiones depravadas, y Dios, ofendido por ellos, los

sometía otras tantas veces a pueblos extranjeros, hasta que, apaciguado de nuevo por la penitencia del pueblo, los liberaba de la esclavitud. Y también durante el régimen de los reyes se vieron mezclados en desastrosas guerras por sus delitos y, siendo finalmente capturados y llevados a Babilonia, pagaron con una dura esclavitud las culpas de su impiedad, hasta que llegó al trono Ciro, quien inmediatamente liberó mediante un edicto a los judíos. A continuación tuvieron un régimen de tetrarcas hasta Herodes, que gobernó bajo el reinado de Tiberio César; y en el año decimoquinto del reinado de éste, es decir, el año del consulado de los dos Géminos, el día veintitrés de marzo, crucificaron a Cristo los judíos.

Ésta es la sucesión de los hechos y éste es el orden contenido en los secretos de las Sagradas Escrituras. Pero antes mostraré por qué causa vino Cristo a la tierra, para que queden claros el fundamento y la razón de ser de la religión de Dios.

Dios eligió al pueblo judío como depositario de su decisión

Cuando los judíos rechazaban constantemente los preceptos saludables y se alejaban de la ley divina entregándose a los impíos cultos de los dioses, Dios llenaba de su soplo santo a varones justos y elegidos, los profetas, colocándolos en medio del pueblo, para reprochar a éste sus pecados mediante duras palabras y para exhortarle al mismo tiempo a hacer penitencia por su pecado, diciéndole que, si no hacía esta penitencia y abandonando las vanidades volvía a su verdadero Dios, sucedería que él cambiaría su testamento, es decir, entregaría la herencia de la vida eterna a pueblos extraños y elegiría, a partir de extranjeros, otro pueblo más fiel a él. Los judíos, sin embargo, a pesar de ser reprochados por los profetas, no sólo rechazaron sus palabras, sino que, ofendidos porque les echaban en cara sus pecados, los ejecutaron mediante rebuscados tormentos. Todo esto lo tenemos escrito en las Sagradas Escrituras. El profeta Jeremías dice efectivamente esto: «Os envié mis siervos, los profetas. Os los enviaba delante de la luz, y no me oíais ni estabais atentos con vuestros oídos cuando yo os hablaba: que cada uno de vosotros se aleje del mal camino y de vuestras depravadas costumbres, y habitaréis en esta tierra que os di a vosotros y a vuestros padres desde los siglos por los siglos. No queráis marchar tras dioses ajenos para ser esclavos de ellos y no me obliguéis a castigaros en los ídolos construidos por vuestras manos»[48]. También el profeta Esdras, que vivió en tiempos del mismo Ciro que liberó de la esclavitud a los judíos, habla de esta forma: «Se apartaron de ti, despreciaron tu ley tras despreciar su propio

cuerpo y mataron a tus profetas, que les exigían con testimonios que volvieran a ti»[49]. Y también Elías en el libro tercero de *Los Reyes*: «Estoy sometido por el celo a Dios, señor omnipotente, porque los hijos de Israel pecaron contra ti, demolieron *tus altares* y mataron con la espada a tus profetas; y quedé yo solo y buscan mi alma para robármela»[50].

Por estas impiedades los rechazó para siempre y dejó de enviarles profetas. A cambio, ordenó que bajara del cielo a aquel hijo primogénito suyo, a aquel hacedor de las cosas y compañero suyo de trono, para que transmitiera la santa religión de Dios a los gentiles, es decir, a aquellos que desconocían a Dios, y enseñara la justicia que había rechazado el pérfido pueblo. Ya de antemano había anunciado que haría esto, como indica el profeta Malaquías con estas palabras: «No me preocupo de vosotros, dice el Señor, ni aceptaré sacrificios de vuestras manos, ya que desde la salida del sol hasta el ocaso brillará mi nombre entre los gentiles»[51]. Y también David en el salmo diecisiete: «Me pondrás al frente de los gentiles: el pueblo al que no conozco me sirvió»[52]. También Isaías habla así: «Vengo a reunir a todas las gentes y lenguas, y vendrán y verán mi luz. Y enviaré sobre ellos mi señal y a los que se salven de ellos los mandaré hacia los pueblos que están lejos, que no oyeron hablar de mi gloria y que anunciarán mí luz a los gentiles»[53].

Así pues, Dios, en su deseo de enviar al arquitecto de su templo a la tierra[54], no quiso enviarle investido de poder y claridad celestial, para que el pueblo ingrato para con su Dios cayera en el mayor de los errores y para que quienes no habían aceptado a su señor y Dios pagaran las penas de sus crímenes. Ya los profetas habían anunciado hace tiempo que esto iba a suceder así. Isaías, en efecto, a quien los propios judíos ejecutaron cruelmente despedazándole con una sierra, dice esto: «Oye, cielo, y abre tus oídos, tierra, porque habla el señor: engendré y ensalcé a mis hijos, pero ellos me despreciaron. El buey conoce a su amo y el asno el pesebre de su señor; Israel, sin embargo, no me conoció y el pueblo no me entendió»[55]. Jeremías dice algo semejante: «La tórtola y la golondrina conocieron su tiempo, y los pájaros del campo respetaron los tiempos de sus migraciones, pero mi pueblo no conoció los juicios de su señor. ¿Cómo decís “somos sabios y la ley del señor está con nosotros”? Los falsos criterios de vuestros escribas la convirtieron en mentira; vuestros sabios han sido confundidos, avergonzados y cogidos, porque despreciaron la palabra del Señor»[56].

Pues bien, volviendo a mis primeras palabras, Dios, tras haber decidido enviar junto a los hombres al maestro de la virtud, ordenó que naciera de nuevo en carne mortal y que se hiciera semejante a los hombres, para que se convirtiera en su jefe, su compañero y su maestro. Y a pesar de sus maldades, puesto que Dios es clemente y piadoso para con los suyos, envió a su hijo junto a aquellos a los que aborrecía, para no cerrarles para siempre el camino de la salvación y darles en cambio la libre facultad de seguir a su Dios, con lo cual, si le seguían —cosa que hacen e hicieron muchos de ellos—, podían conseguir el premio de la vida y, si rechazaban a su rey, incurrirían en pena de muerte por su culpa. Así pues, ordenó que su hijo fuera de nuevo engendrado entre los hombres y naciera de la carne de ellos, para que no pudieran —cosa que habrían hecho si no hubiera sido uno de ellos— excusar con razón su no cumplimiento de la ley, al no aceptarle, y al mismo tiempo, para que no hubiese en la tierra ningún pueblo al que se le cerrara la esperanza de inmortalidad.

Nacimiento de Cristo, pureza de la Virgen y significado del nombre «Emmanuel»

Pues bien, ese santo espíritu de Dios, en su descenso del cielo, escogió a una virgen santa, en cuyo vientre se introdujo. Ella, por su parte, llena del soplo del espíritu divino, concibió un hijo y su vientre virginal se hinchó de repente sin haber tenido ningún contacto con varón. Si todo el mundo sabe que las hembras de algunos animales suelen quedar encintas por obra del viento o de la brisa, ¿por qué le va a extrañar a alguien que digamos que la virgen quedó encinta por obra del espíritu de Dios, al que le es fácil hacer lo que quiera? Y esto podría parecer sin duda imposible si no hubiese sido cantado por los profetas muchos siglos antes. Salomón, en su salmo diecinueve, dice así: «El vientre de la virgen fue ocupado y concibió un feto; y la virgen quedó embarazada y fue convertida en madre por su mucha piedad»[57]. Y también el profeta Isaías dice lo mismo con estas palabras: «El señor mismo os dará la señal: he aquí que la virgen concebirá en su vientre y dará a luz un hijo y le llamaréis Emmanuel»[58]. ¿Qué cosa más clara que ésta se puede decir? Y los judíos que le mataron habían leído estas cosas. Y si alguien piensa que yo me invento esto, que les pregunte a ellos: no hay testimonio más seguro para probar la verdad que el que se toma de los propios contrarios[59].

De todas formas, nunca fue llamado Emmanuel sino e Jesús, que en latín significa «Saludable» o «Salvador», porque vino a todos los pueblos como portador de la salvación. Pero el profeta le llamó Emmanuel, porque iba a venir

junto a los hombres como Dios en carne mortal: Emmanuel significa, en efecto, «Dios con nosotros», y se le puso este nombre precisamente porque era conveniente que los hombres, al saber que él había nacido de una virgen, reconocieran que Dios estaba con ellos, es decir, en la tierra y en carne mortal. De ahí que David diga en el salmo ochenta y cuatro que «brota la verdad de la tierra»[60], porque Dios, en el cual está la verdad, recibió cuerpo terrenal para abrir el camino de la verdad a los terrenales. Y también el propio Isaías dice: «Pero ellos no creyeron y se rebelaron contra su santo espíritu; y éste se convirtió en su enemigo y combatió contra ellos y les trajo a la memoria los tiempos pasados: ¿dónde estaba ya el que levantó de la tierra al pastor de sus ovejas?»[61]. En cuanto a quién iba a ser el pastor, lo dijo Isaías en otro lugar con estas palabras: «Destilad, cielos, desde arriba; lloved, nubes, la justicia; que se abra la tierra y salga el Salvador. Soy yo, el señor Dios, quien le ha creado»[62]. Y ese salvador es, como ya dijimos más arriba, Jesús. Y en otro lugar, el mismo profeta se pronunció así: «He aquí que os ha nacido un niño y os ha sido dado un hijo, que tiene sobre sus hombros la soberanía y su nombre será "mensajero de las decisiones divinas"»[63]. Y es que fue enviado por Dios padre precisamente para que anunciara a todos los pueblos que *hay* bajo el cielo los sagrados misterios del Dios único y verdadero, misterios arrancados al pueblo pérfido que pecó constantemente contra Dios. También Daniel profetizó cosas parecidas: «miraba yo», dice, «en mi visión nocturna y vi venir en las nubes del cielo a un como hijo de hombre, que se acercó al anciano de muchos días; y los que estaban al lado del anciano se lo presentaron; y le fue dado el señorío, la gloria y el imperio; y todos los pueblos, naciones y lenguas le servirán; y su poder será un poder eterno que nunca pasará, y su imperio, imperio que nunca desaparecerá»[64].

Pues bien, ¿cómo los judíos, que rechazaron a Cristo porque había nacido de hombres, confiesan que ha de venir y esperan que venga el ungido de Dios? Y es que, si Dios tiene establecido que el mismo Cristo venga dos veces a la tierra, una para anunciar al único Dios a los gentiles y otra para reinar, ¿cómo es que creen en la segunda de las venidas quienes no creyeron en la primera? Es más, el propio profeta se refirió a las dos venidas en pocas palabras: «Vi venir», dice, «en las nubes del cielo a un como hijo de hombre»; no dijo «a un como hijo de Dios», sino «a un como hijo de hombre», para mostrar que se habría de investir en la tierra de carne para, asumidas la forma humana y la condición

mortal, enseñar a los hombres la justicia, y tras haber revelado la verdad a los pueblos en cumplimiento de los mandatos divinos, padecer incluso una muerte que le permitiera romper y vencer las leyes infernales y, resucitando por fin, volver al padre llevado en una nube. Y añade el profeta esto: «y se acercó al anciano de muchos días y fue presentado a él»; con «el anciano de muchos días» se refirió al Dios sumo, cuya edad y principio no pueden ser comprendidos, ya que él sólo vivió desde los siglos y vivirá siempre por los siglos.

En lo que se refiere a la pasión, resurrección y ascensión de Cristo hacia Dios padre, las anunció David en el salmo ciento nueve con estas palabras: «Dijo el señor a mi señor: siéntate a mi derecha hasta que ponga a mis enemigos por escabel de tus pies»[65]. Y este profeta, puesto que él mismo era rey, ¿a quién podía llamar señor suyo, sentado a la derecha de Dios, sino a Cristo, hijo de Dios, que es rey de reyes y señor de señores? Esto lo dijo con más claridad Isaías con estas palabras: «Así dice el Señor Dios a Cristo, señor mío, a quien tomé de la mano para someter ante él a las naciones, para debilitar la fortaleza de los reyes, para abrir ante él las puertas y dejarle libre la entrada a las ciudades: yo iré delante de ti y allanaré los montes; yo romperé las puertas de bronce y arrancaré los cerrojos de hierro; y te entregaré los tesoros escondidos e invisibles, para que sepas que yo soy el señor tu Dios que te llamó por tu nombre»[66]; y finalmente, como recompensa de la virtud y fidelidad que observó en la tierra para con Dios «le fue dado el señorío, la gloria y el imperio; y todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieron; y su poder fue un poder eterno que nunca pasará, y su imperio, imperio que nunca desaparecerá»[67]. Estas palabras tienen un doble significado: ahora, en el momento presente, se refieren a su extenso poder, puesto que todos los pueblos y todas las lenguas veneran su nombre, reconocen su majestad, siguen su doctrina, imitan su virtud; y se refieren a su imperio y gloria, puesto que todas las tribus de la tierra obedecen sus preceptos. Y en lo que se refiere al futuro, aluden a que él mismo, cuando venga de nuevo cubierto de su brillantez y potestad, para juzgar a todas las almas y resucitar a los justos, obtendrá de verdad el imperio sobre toda la tierra; en ese momento, una vez arrancada toda maldad de las cosas humanas, surgirá lo que los poetas llaman siglo de oro, es decir, la edad de la justicia y de la paz.

Pero de esta edad hablaremos en el último libro, cuando hablemos de su segunda venida[68]. Ahora analicemos la primera, tal como hemos empezado.

Cristo es Dios y hombre, como atestiguan tos profetas y los oráculos profanos

Así pues, el Dios sumo y padre de u todos, cuando quiso transmitir su culto, envió desde el cielo al maestro de la justicia, para, en él y por medio de él, darnos a nosotros, sus fieles, una nueva ley; y no lo hizo, como antes, por medio de un hombre, sino que prefirió que aquél naciera como hombre, para que en todo fuera semejante al sumo padre. Efectivamente, el propio Dios padre, origen y principio de todas las cosas, al no tener padres, fue llamado con razón por Trismegisto «el sin padre» y «el sin madre»[69], ya que no fue creado por nadie; por ello, fue también conveniente que su hijo naciera dos veces, para que éste también fuera «sin padre» y «sin madre»: en el primer nacimiento espiritual no tuvo, en efecto, madre, ya que fue engendrado sólo por Dios padre sin intervención de madre; y en el segundo nacimiento carnal no tuvo padre, puesto que fue engendrado en el vientre de la virgen sin intervención de padre, para que, portando una substancia divina y humana al mismo tiempo, pudiera llevar, con su propia mano, por así decir, a esta naturaleza nuestra frágil y débil hacia la inmortalidad. Fue hecho hijo de Dios por el espíritu e hijo del hombre por la carne: es decir, era Dios y hombre. Los poderes de Dios se evidencian en él por las obras que hizo, y su fragilidad humana por la pasión que sufrió: en lo que se refiere a la razón por la que aceptó la pasión, la explicaré un poco después[70]. Entre tanto, los profetas nos enseñan con sus vaticinios que era Dios y hombre al mismo tiempo. Isaías da testimonio de que era Dios con estas palabras: «Egipto se someterá y los traficantes de Etiopía y los sabeos de elevada estatura se pasarán a ti, serán tus siervos, marcharán detrás de ti encadenados, te adorarán y suplicarán; y ello porque en ti está Dios, y no hay otro Dios que tú; pues tú eres el Dios y nosotros no te conocíamos, el Dios de Israel, el Salvador; y nosotros no lo sabíamos. Todos los que sean tus enemigos, serán confundidos, se verán llenos de injusticia y caerán en el reconocimiento de sus pecados»[71]. También el profeta Jeremías dice esto: «Éste es nuestro Dios y ningún otro sino él será considerado como tal: él conoce todos los caminos de la sabiduría, él se la concedió a Jacob, su siervo, y a Israel, su amado. Tras ello, se dejó ver en la tierra y vivió con los hombres»[72]. También David en el salmo cuarenta y cuatro: «Tu trono, Dios, es por siempre jamás, y el cetro de la equidad es el cetro de tu reino; amaste la justicia y aborreciste la injusticia; por ello el señor tu Dios te ungió con el óleo de la alegría»[73]. Con este último verbo está

refiriéndose incluso a su nombre, ya que, como dije más arriba, fue llamado Cristo porque «fue ungido»

Que el mismo Cristo fue también hombre, nos lo enseña Jeremías con estas palabras: «Es hombre y ¿quién le conoce?»[74]. Y también Isaías: «Y les enviará el señor un hombre que los salvará y que con su justicia los sanará»[75]. Incluso Moisés en *Números* dice esto: «Nacerá una estrella de Jacob y surgirá un hombre de Israel»[76]. También Apolo de Mileto, cuando se le preguntó si era Dios u hombre, respondió de esta forma: «Era un mortal por la carne, sabio por sus extraordinarias obras, pero obras que hizo gracias a sus poderes caldeos; fue atado al madero teniendo un final cruel»[77]. En el primer verso dijo ciertamente verdad, pero engañó con habilidad al que le hizo la pregunta, que desconocía totalmente el misterio de la verdad: parece, en efecto, decir que Cristo no era Dios. Pero, cuando confiesa que es un mortal según la carne —cosa que nosotros también decimos—, hay que concluir que era Dios según el espíritu, lo cual también lo afirmamos nosotros. Y es que ¿qué necesidad había de hacer mención de la carne, si bastaba con decir que era mortal? Pero, obligado por la verdad, no pudo negar la realidad de las cosas, como, por ejemplo, que era sabio. ¿Qué dices a esto, Apolo? Si era sabio, su doctrina es la sabiduría y no ninguna otra; y son sabios los que le siguen y no ningún otro. ¿Por qué entonces somos tenidos por estólidos, vanos e ineptos entre el vulgo los que seguimos a un maestro que, incluso con el reconocimiento de los propios dioses, es sabio? Y en cuanto a lo que dice sobre las maravillosas obras que hizo —cosa sobre todo por la que merece que se crea que es Dios—, parece coincidir con nosotros, por cuanto dice lo mismo que para nosotros es motivo de gloria. Pero se repliega, sin embargo, y se refugia en engaños demoníacos: efectivamente, al haberse visto obligado a confesar la verdad, iba a dar la impresión de estar traicionando a sus dioses y a sí mismo si no tapaba con engañosa mentira lo que la verdad le había obligado a decir; por ello dijo que Cristo hizo ciertamente obras maravillosas, pero no por sus poderes divinos, sino por sus poderes mágicos. Y ¿qué de extraño tiene que Apolo convenciera a los ignorantes de que esto era verdad, cuando los propios judíos, aunque aparentemente eran fieles al Dios sumo, pensaron esto mismo, a pesar de que aquellos milagros fueron hechos todos los días ante sus ojos? Pues a pesar de ello, la visión de tan grandes poderes no pudo empujarles a creer en el Dios que estaban viendo. Por ello David, profeta al que ellos leen más que a ningún otro, los condena en el salmo veintisiete de esta manera: «Trátalos conforme a sus

obras, porque no creyeron en las obras de Dios»[78]. El propio David y otros profetas anunciaron que Cristo iba a nacer según la carne de la familia del propio David; en Isaías está escrito esto: «Y aquel día brotará la raíz de Jesé y surgirá el que dominará sobre los pueblos: en él esperarán los pueblos y en su honor habrá paz»[79]. Y en otro lugar: «Y brotará una vara de la raíz de Jesé y crecerá una flor de su tronco; sobre ella reposará el espíritu de Dios, espíritu de sabiduría y de inteligencia, espíritu de prudencia y fortaleza, espíritu de entendimiento y de piedad; y la llenará el espíritu de temor a Dios»[80]. Jesé era el padre de David, de cuyo tronco profetizó que habría de salir una flor, concretamente esa flor de la que dice la Sibila: «florecerá una flor pura»[81].

También en el libro segundo de *Los Reyes* se dice que el profeta Natán fue enviado hacia David que quería construir un templo a Dios: «Y el Señor habló a Natán con estas palabras: "ve y di a mi siervo David esto: Esto dice el Señor Dios omnipotente: No me construirás una casa para que yo habite en ella, sino que cuando se cumplan tus días y te duermas con tus padres, haré brotar tras ti tu semilla y prepararé tu reino; esta semilla me edificará mi casa en mi nombre y yo levantaré su trono para siempre; yo seré para él padre, y él será para mí hijo; su casa será siempre fiel y su reino para siempre"»[82]. Pero como los judíos no entendieron esto, Salomón, hijo de David, construyó a Dios un templo y una ciudad, a la que, a partir de su nombre, llamó *Hierosolima*; de esta forma, atribuyeron a Salomón las profecías anteriores. Pero Salomón recibió el trono de manos de su propio padre, mientras que los profetas se referían a aquel que habría de nacer después de que David descansase con sus padres. Es más, el reinado de Salomón no fue eterno, por cuanto reinó durante cuarenta años. Por otro lado, hay que decir que Salomón nunca ha sido llamado hijo de Dios, sino hijo de David, y que la casa que edificó no se mantuvo fiel como se mantiene la Iglesia, que es el verdadero templo de Dios que no se asienta sobre paredes, sino que se asienta en el corazón y en la fe de los hombres que creen en él y que son llamados fieles; el templo de Salomón, en cambio, puesto que fue hecho por manos humanas, cayó a manos humanas. En fin, el propio padre de Salomón hizo en el salmo ciento veintiséis las siguientes profecías sobre las obras de sus hijos: «Si el Señor no edifica su casa, en vano trabajan los que la construyen; si el Señor no guarda su ciudad, en vano la guardan quienes la vigilan»[83].

Cristo es el sumo sacerdote de la iglesia y sacerdote eterno

De lo dicho anteriormente queda claro todos los profetas anunciaron, en lo que a Cristo se refiere, que vendría un tiempo en el que, nacido en cuerpo carnal de la estirpe de David, construiría un templo eterno para Dios —templo que se llama «Iglesia»— y convocaría a todas las gentes hacia el verdadero culto a Dios. Esta Iglesia es la casa fiel, ella es el templo inmortal, en el que si alguien no hace sacrificios, ése no tendrá el premio de la inmortalidad. Y puesto que fue Cristo el constructor de este templo grande y eterno, él mismo tendrá que ser necesariamente el sacerdote eterno de ese templo; y no se podrá llegar al templo y a la presencia de Dios si no es a través de aquel que lo levantó.

Esto mismo es lo que enseña David en el salmo ciento nueve con estas palabras: «Te engendré antes que al día; juró el Señor y no se arrepentirá: tú eres sacerdote eterno»[84]. Y también en el libro primero de *Los Reyes*: «Y yo haré surgir para mí un sacerdote fiel que obrará según mi corazón; le edificaré una casa estable y andará en mi presencia durante todos los días»[85]. En lo que se refiere a quién iba a ser ese a quien Dios prometía sacerdocio eterno, nos lo enseña claramente Zacarías aduciendo incluso su nombre; dice, en efecto, así: «Y el Señor me mostró a Jesús, sumo sacerdote, que estaba en pie delante del ángel del Señor; y el diablo estaba a su derecha para contradecirle. Y dijo el Señor al diablo: "que el Señor que ha elegido a Jerusalén impere sobre ti; he aquí un tizón sacado de la hoguera". Y Jesús estaba vestido con vestiduras inmundas y estaba de pie delante del ángel. Y el ángel respondió y dijo a los que estaban delante de él estas palabras: "Quitadle las vestiduras inmundas, vestidle una túnica hasta los talones y poned sobre su cabeza una tiara limpia". Y le cubrieron con vestidos y le colocaron sobre la cabeza una tiara. Y el ángel del Señor, puesto en pie, le dijo a Jesús estas palabras: "Esto dice el Señor omnipotente: si andas por mis caminos y observas mis preceptos, administrarás mi casa y te daré puesto entre estos que están aquí; oye, pues, Jesús, sumo sacerdote"»[86]. Pues bien, ¿quién no va a pensar que fueron locos los judíos cuando, a pesar de leer y de oír estas cosas, pusieron sus nefandas manos sobre su Dios? Es más, desde la época en que vivió Zacarías hasta el año decimoquinto del reinado de Tiberio César, año en que Jesús fue crucificado, se contabilizan unos quinientos años, si es que Zacarías vivió en época de Darío y Alejandro, los cuales vivieron a su vez no mucho después de la expulsión de Tarquino el Soberbio[87]. Pero los judíos, de nuevo en esto y de la misma forma que en otras ocasiones, cayeron en la falsedad y en el engaño al pensar que

estas cosas se dijeron de Jesús, el hijo de Navé, que fue sucesor de Moisés[88], o del sacerdote Jesús, hijo de Josedec, con los cuales no coincide ninguna de las cosas que dijo el profeta. Efectivamente, éstos no estuvieron nunca mal vestidos, ya que uno de ellos fue poderosísimo rey y el otro sacerdote; ni sufrieron ninguna adversidad tal como para pensar que eran algo así como un tizón sacado del fuego; ni estuvieron nunca en presencia de Dios ni de los ángeles; ni el profeta hablaba de cosas pasadas, sino de futuras. Se refería, pues, a Jesús, hijo de Dios, del que mostró primero que iba a venir bajo apariencia humilde y carnal; a esto se refieren, en efecto, las vestiduras inmundas: a que prepararía el templo de Dios, sería quemado por el fuego como un tizón, es decir, sufriría tormentos de parte de los hombres, y finalmente se consumiría; el vulgo, en efecto, llama tizón a un leño sacado del fuego, medio quemado y apagado.

En lo que se refiere al modo y a los mandatos con que sería enviado por Dios a la tierra, lo declaró el espíritu de Dios por medio del profeta mostrando que iba a suceder que, una vez que cumpliera fiel y constantemente la voluntad del sumo padre, recibiría el gobierno e imperio sempiterno: «Si andas por mis caminos y observas mis preceptos», dice, «administrarás mi casa». En lo que se refiere a cuáles fueron los caminos de Dios y cuáles sus preceptos, es cosa conocida y clara; efectivamente, Dios, cuando vio que la maldad y el culto a los falsos dioses se habían apoderado de tal forma del orbe de la tierra que ya su nombre había sido casi totalmente arrancado del recuerdo de los hombres —y es que incluso los judíos, que eran los únicos a los que Dios había confiado su misterio, abandonando a su Dios vivo para adorar estatuas, pecaron tras ser atrapados por las engañosas redes de los demonios y no quisieron, a pesar de las advertencias de los profetas, volver a su Dios—, envió como legado ante los hombres a su hijo, príncipe de los ángeles, para que, apartándolos de los vanos e impíos cultos, los llevara al conocimiento y culto del Dios verdadero y también para que condujera sus mentes desde la necedad a la sabiduría, desde la iniquidad a la justicia. Éstos son los caminos del Señor en los cuales le ordenó que anduviera; éstos son los preceptos que ordenó que fueran observados. Y él, por su parte, se mostró fiel a Dios: enseñó, en efecto, que hay un solo Dios y que se debe adorar sólo a él; y nunca dijo que él era Dios, ya que no se hubiera mantenido fiel si, enviado para que eliminara a los dioses y afirmara la existencia de uno solo, hubiera introducido otro dios distinto del único que hay: ello hubiera sido, no predicar la existencia de un solo Dios ni administrar los

asuntos de aquel que le había enviado, sino administrar sus propios asuntos y separarse de aquel para cuya difusión había venido. Y dado que se mantuvo fiel y que no tomó nada para sí, cumpliendo así los mandatos del que le había enviado, recibió la dignidad del sacerdocio perpetuo, el honor del más alto reinado, la potestad de un juez y el nombre de Dios.

Milagros de Cristo

Una vez que ya hemos hablado de su segundo nacimiento, en el que se mostró de forma carnal a los hombres, vayamos ahora a sus maravillosas obras, a causa de las cuales —aunque eran indicio de su poder celestial— los judíos le consideraron como un mago.

Al comienzo de su madurez fue bautizado por el profeta Juan en el río Jordán, para borrar, con este lavado espiritual, no sus pecados, que ciertamente no tenía, sino los pecados de la carne que portaba: de esta manera, de la misma forma que había hecho partícipes de la salvación a los judíos mediante la realización de la circuncisión, así también hacía partícipes de esa misma salvación a los gentiles mediante el bautismo, es decir, mediante el derramamiento del agua purificadora. En el momento del bautismo se oyó una voz del cielo que decía: «Tú eres mi hijo; hoy te he engendrado»; estas palabras ya estaban profetizadas en David[89]. Y descendió sobre él el espíritu de Dios en forma de blanca paloma.

A partir de ese momento empezó a realizar grandes acciones, y no como consecuencia de poderes mágicos, que no evidencian nada verdadero ni consistente, sino por su fuerza y poder divinos; estas acciones ya fueron anunciadas por los profetas. Y son tantas que un solo libro no sería suficiente para recogerlas todas. Las enumeraré, pues, brevemente y de una forma general, sin aludir a personas y a lugares, para poder llegar a la exposición de su pasión y cruz, que es a donde se dirige con rapidez desde hace tiempo mi discurso. Sus acciones fueron las que Apolo llamó «maravillosas»[90], ya que, por donde quiera que iba, sanaba, con una sola palabra y en un instante, a los enfermos, a los débiles y a los afectados por todo tipo de enfermedades, hasta el punto de que quienes tenían todos sus miembros impedidos, tras recuperar de pronto sus fuerzas, cogían ellos mismos los lechos en los que poco antes habían sido transportados. A los cojos y a los que tenían defectos en los pies les devolvía la facultad no sólo de andar, sino incluso de correr; a los que con ojos cerrados estaban en las más oscuras tinieblas les devolvía sus ojos en su antiguo estado; a los mudos también les soltaba sus lenguas para que hablaran y conversaran. Igualmente, devolvía la audición a los oídos, ya abiertos, de los sordos y

purificaba a los manchados y llenos de llagas. Y todo esto lo hacía, no con las manos o con algún medicamento, sino con las palabras y órdenes, como ya había predicho incluso la Sibila: «Haciéndolo todo y curando todas las enfermedades con la palabra»[91]. Y no es extraño que hiciera estos milagros con la palabra, puesto que él mismo era la palabra de Dios, apoyada en una virtud y poder celestiales. Y no hubiera sido suficiente devolver fuerza a los muertos, entereza a los débiles, salud a los enfermos y agotados, si no hubiera también resucitado y devuelto a la vida, como sacándolos de un sueño, a los muertos. Y los judíos entonces, al ver estas cosas, decían que se trataba de portentos demoníacos, a pesar de que sus propios libros antiguos anunciaban que éstas iban a suceder tal como sucedieron. Podían leer, en efecto, además de las palabras de otros profetas, éstas de Isaías: «Confortaos, manos desencajadas; consolaos, rodillas débiles; no temáis, no tengáis miedo quienes sois pequeños de ánimo. Nuestro Dios volverá a juzgar, volverá a venir y nos salvará. Entonces se abrirán los ojos de los ciegos y oirán los oídos de los sordos; entonces los cojos correrán como el ciervo y la lengua de los mudos se desenredará, porque brotará agua en el desierto y correrán ríos en la tierra para los sedientos»[92]. Incluso la Sibila cantó estas mismas cosas en estos versos: «Los muertos resucitarán, la carrera de los cojos será rápida y el sordo oirá, los ciegos verán y los que no hablan hablarán»[93]. Dado que por estos milagros y acciones divinas le seguía multitud de débiles, de enfermos y de gentes deseosas de ser curadas, subió a un monte desierto para hacer allí mismo oración. Tras haber pasado allí tres días y estando la muchedumbre con hambre, llamó a sus discípulos y les preguntó qué alimentos tenían. Ellos le dijeron que tenían en una cesta cinco panes y dos peces. Mandó que se los trajeran y que la muchedumbre se distribuyera en grupos de cincuenta. Mientras los discípulos hacían esto, él partía en trozos pequeños el pan y los peces; y el pan y los peces crecían en sus manos. Y, tras ordenar a los discípulos que lo ofrecieran a la gente, se saciaron quince mil hombres y todavía recogieron doce cestos de sobra. ¿Qué otra cosa más admirable puede decirse o hacerse? La Sibila, por su parte, ya había cantado en otro tiempo que esto iba a suceder en unos versos que se nos transmiten así: «Con cinco panes y un pez marino alimentará en el desierto a cinco mil hombres y cogiendo todos los trozos sobrantes llenará doce cestos para guardarlos»[94]. Me pregunto qué hubiera podido hacer aquí la magia, magia cuya técnica sólo tiene valor aparentemente[95].

El mismo Jesús, con el fin de retirarse a un monte para orar —cosa que solía hacer con frecuencia—, ordenó a sus discípulos que cogieran una barca y marcharan delante; y ellos, saliendo ya al atardecer, empezaron a tener problemas a causa de un viento desfavorable. Y cuando ya estaban en la mitad del lago, él los alcanzó entrando en el mar por sus pies y marchando como si de tierra firme se tratara, y no como entró Orión en el mar, según invención de los poetas: sacando sobre las olas el hombro, mientras que el resto del cuerpo estaba sumergido[96]. Y, cuando ya él se había dormido sobre la nave, el viento comenzó a arreciar poniéndoles en grave peligro; fue despertado; al instante ordenó al viento que se callara y a las olas embravecidas que se apaciguaran; e inmediatamente, con sólo su palabra, volvió la tranquilidad. Pensemos en la probabilidad de que las Sagradas Escrituras mientan cuando dicen que el poder de Jesús era tan grande que obligaba a los vientos a obedecer sus órdenes, a los mares a someterse, a las enfermedades a ceder, y a los infiernos a obedecer. Pero ¿qué decir del hecho de que las Sibilas anunciaron antes estas mismas cosas en sus profecías? Una de ellas, la que hemos citado más arriba, dice así: «calmará a los vientos con su palabra, allanará el mar embravecido pisando con pies de paz y con fe»[97]. Otra dice esto: «Caminará sobre las olas, destruirá las enfermedades de los hombres, pondrá en pie a los muertos, alejará muchos males; de una sola bolsa habrá saciedad de pan para los hombres»[98]. Apremiados por estos testimonios, algunos suelen refugiarse en la afirmación de que esos versos no son de las Sibilas, sino que han sido inventados y compuestos por nosotros. No será ciertamente ésta la opinión de quien haya leído a Cicerón, Varrón y otros autores antiguos, que recuerdan a la Sibila de Eritrea y a otras Sibilas, de cuyos libros hemos sacado los ejemplos; y estos autores murieron antes de que Cristo naciera según la carne. No dudo, sin embargo, de que esos versos fueron tenidos en tiempos pasados como delirantes, porque nadie los entendía: anunciaban, en efecto, ciertos milagros portentosos, sin aludir a la forma, al momento y al autor de los mismos. Incluso la propia Sibila de Eritrea dijo que en el futuro sería llamada loca y falaz; dice, en efecto, esto: «Dirán que la Sibila está loca y miente; cuando todo se cumpla, inmediatamente os acordaréis de mí y nadie dirá de mí, la profetisa del gran Dios, que estoy loca»[99]. Estas palabras permanecieron, pues, ocultas durante muchos siglos; pero una vez que se cumplieron, el nacimiento y pasión de Cristo lo clarificó todo; y lo mismo sucedió con las palabras de los profetas, las cuales, a pesar de haber sido leídas durante mil quinientos años y más, no

fueron sin embargo entendidas hasta que Cristo las interpretó con su palabra y sus obras —los profetas, en efecto, habían anunciado la venida de Cristo—; y de ningún modo podían ser comprendidas las cosas que los profetas decían si no se cumplían totalmente.

Pasión de Cristo

Paso ahora a la propia pasión —en relación a la cual nos suelen objetar que es un oprobio que adoremos a un hombre y a un hombre sometido a enorme suplicio y crucificado por los propios hombres—, para demostrar que esa misma pasión fue aceptada con gran sentido divino y que en ella sola se contienen la virtud, la verdad y la sabiduría. Y es que, si hubiera llevado en la tierra una vida feliz y hubiese reinado durante toda su vida en medio de una gran felicidad, ningún sensato le consideraría como Dios ni pensaría que es digno de culto divino: eso lo hacen quienes no conocen la auténtica divinidad, los cuales no sólo aceptan las riquezas caducas, el frágil poder y los bienes prestados, sino que incluso adoran a los muertos y son conscientemente esclavos de su recuerdo, adorando una fortuna ya extinguida, fortuna que ni siquiera cuando estaba viva y presente consideraron los sensatos que debía ser adorada por ellos. No puede, en efecto, haber en las cosas terrenas nada venerable y digno del cielo; sólo la virtud y la justicia pueden ser consideradas como el bien verdadero, celestial y perpetuo, ya que ellas no son regaladas ni robadas a nadie. Y como Cristo vino a la tierra investido de esa virtud y justicia, es más, como él mismo era la virtud y la justicia, bajó del cielo para enseñarlas y educar a los hombres. Y dado que desempeñó, gracias a esa misma virtud, ese magisterio y el encargo de Dios, que enseñó y cumplió al mismo tiempo, con razón mereció y pudo ser considerado como Dios por todas las gentes. La consecuencia fue que, al acudir a su lado gran cantidad de gentes ya por la justa doctrina que enseñaba, ya por los milagros que hacía, y al escuchar esa gente sus preceptos y creer que era el hijo de Dios enviado por éste, los príncipes y sacerdotes de los judíos, pinchados por la ira —eran increpados por Cristo como pecadores—, arrastrados por la envidia —veían que eran despreciados y abandonados por la multitud que seguía a Cristo— y, lo que es el colmo de su maldad, cegados por la necedad y el error y olvidándose de los preceptos celestiales y proféticos, se unieron contra él y tomaron la impía decisión de apresarle y crucificarle: esto ya lo habían anunciado mucho antes los profetas. David, en efecto, previendo en su mente cuán gran crimen iban a cometer, dice al comienzo de sus salmos: «Bienaventurado quien no participa de las decisiones de los impíos»[100]. Y Salomón nos dice en el libro de *La*

Sabiduría: «Cerquemos al justo porque es duro con nosotros y nos echa en cara nuestros pecados contra la ley. Pretende estar en posesión de la ciencia de Dios y se llama a sí mismo hijo de Dios. Se ha convertido en la obsesión de nuestros pensamientos y hasta el verle nos es insoportable, porque su vida en nada se parece a la de los demás y sus caminos son muy distintos. Somos considerados por él como escoria; se aparta de nuestros caminos como si fueran barrizales; ensalza el fin de los justos y se jacta de tener a Dios por padre. Veamos, pues, si sus palabras son verdaderas y comprobemos cómo acaba. Probémosle con ultrajes y tormentos, conozcamos su resignación y probemos su paciencia; condenémosle a muerte afrentosa. Éstos fueron los pensamientos de ellos, pero se equivocaron, porque les cegó su maldad y desconocieron los misteriosos designios de Dios»[101]. ¿No está acaso Salomón describiendo aquí las malvadas decisiones tomadas por los judíos contra Dios, de forma que da la impresión de haber sido testigo de ello? Y, sin embargo, desde Salomón, que profetizó esto, hasta la época en que ocurrió pasaron mil diez años. Yo no he inventado nada, ni he añadido nada: esas palabras las conocían quienes lo hicieron y las leían aquellos para los cuales fueron dichas. Pero es que todavía ahora los herederos de su nombre y de su crimen conocen y lanzan al viento en lecturas diarias su propia condena anunciada por la voz de los profetas, y no la aceptan en su corazón, corazón que es también parte afectada por la condena. Como consecuencia, los judíos, increpados frecuentemente por Cristo —les reprochaba su pecado y maldad— y abandonados casi por su pueblo, se vieron empujados a matarle: para su osada acción les dio fuerzas la humildad de él mismo. Y es que, al leer que el hijo de Dios iba a bajar del cielo con gran poder y brillantez, y al ver, sin embargo, que Jesús era humilde, sencillo y sin apariencia divina, no creyeron que él fuera el hijo de Dios, olvidándose así de las dos venidas de Cristo anunciadas por los profetas: la primera, oscurecido en la humildad de la carne, y la segunda, manifestado en la fortaleza de su majestad. De la primera venida nos habla David en el salmo setenta y uno de esta forma: «Caerá como lluvia sobre el algodón; florecerán en sus días la justicia y la abundante paz, mientras dure la luna»[102]. Efectivamente, de la misma forma que la lluvia al caer sobre el algodón no puede ser oída, porque no hace ruido, así, en palabras del profeta, vendrá Cristo a la tierra sin que nadie lo sepa, para enseñar la justicia y la paz. También Isaías nos transmite esto: «Señor, ¿quién ha creído lo que hemos oído? ¿A quién ha sido revelado el brazo del señor? Te proclamamos en él como niños y como retoño de raíz en

tierra árida. No hay en él hermosura ni brillantez; le vemos y no encontramos en él hermosura ni gloria, sino que su figura es más deshonrosa y deficiente que la de los demás hombres. Es un hombre puesto en medio de la desgracia y conocedor de todos los quebrantos, ya que todo el mundo se aparta de él y nadie le tiene en cuenta. Él lleva sobre sí nuestros pecados y carga con nuestros dolores; y nosotros le tuvimos por castigado, herido y humillado; él, sin embargo, fue traspasado por nuestras iniquidades y aniquilado por nuestros pecados. El precio de la paz pesó sobre él y en sus llagas hemos sido curados. Todos andábamos errantes como ovejas y Dios nos lo entregó por nuestros pecados»**[103]**. Y del mismo modo la Sibila: «Miserable, deshonrado y sin apariencia divina, para que dé esperanza a los miserables»**[104]**.

Y los judíos, como no conocieron a su Dios a causa de esta humilde apariencia, tomaron la decisión de repudiarle, quitando la vida al que había venido para darles vida.

Pretextos de los judíos para matar a Cristo

Pero, en lugar del odio y de la envidia que tenían en sus corazones, los judíos pretextaban otras causas: que no cumplía la ley entregada por Dios a Moisés, es decir, que no descansaba los sábados, en los cuales sanaba enfermos; que despreciaba la circuncisión; que rechazaba la abstinencia de carne de cerdo: en estas cosas consisten los ritos sagrados de la religión judaica. Por esto, pues, el resto del pueblo, que todavía no seguía a Cristo, era empujado por los sacerdotes a que le consideraran impío, porque deshacía la ley de Dios, cuando la verdad es que él hacía esto, no por criterio propio, sino por voluntad de Dios y según los anuncios de los profetas. Miqueas dice, en efecto, que Cristo iba a imponer una nueva ley con estas palabras: «De Sión saldrá la ley y de Jerusalén la palabra del Señor. Y será norma de justicia entre muchos pueblos y someterá y llegará a pueblos poderosos»**[105]**. Efectivamente, la primera ley que fue entregada por medio de Moisés no fue entregada en el Monte Sión, sino en el Monte Coreb; ésta es la ley de la que dijo la Sibila que sería abolida por el hijo de Dios: «Pero cuando se cumplan todas estas cosas que dije, toda ley será abolida ante él»**[106]**. Incluso el mismo Moisés —cuya ley defienden obstinadamente, mientras que al mismo tiempo se apartaron de su Dios y no le reconocieron— había profetizado que Dios enviaría al más grande de los profetas, el cual estaría por encima de la ley y anunciaría la voluntad de Dios a los hombres. En el *Deuteronomio* escribió estas palabras: «Y me dijo el Señor: “Yo haré nacer para ellos de en medio de sus hermanos un profeta como tú en cuya boca

pondré mis palabras y él les comunicará lo que yo le mande. Y a quien no escuche las cosas que diga ese profeta en mi nombre yo le pediré cuentas”»[107]. Anunció, pues, Dios, por medio de su propio legislador, que iba a enviar a su propio hijo, es decir, que iba a enviar una ley viva y nueva, y que iba a abolir la vieja, entregada por medio de un hombre; y que esto lo iba a hacer así para, por medio del que era eterno, sancionar como eterna a la ley.

En lo que se refiere también a la abolición de la circuncisión, la profetizó Isaías así: «Esto dice el señor a los hombres de Judá y a los que habitan en Jerusalén: “renovaos y no sembréis en cardizales. Circuncidaos para vuestro Dios y circuncidad el prepucio de vuestros corazones, no sea que se derrame como fuego mi ira y no haya quien la apague”»[108]. Y el propio Moisés: «En los últimos días circuncidará Dios tu corazón para que ames al señor tu Dios»[109]. Y también Jesús Nave, sucesor de Moisés: «Y dijo el señor a Jesús; “haz cuchillos de piedra muy afilados, siéntate y circuncida a continuación a los hijos de Israel”»[110]. Dijo, pues, que iba a haber una segunda circuncisión, no de la carne, como la primera, todavía practicada por los judíos, sino del corazón y del espíritu, circuncisión que nos enseñó Cristo, que fue el verdadero Jesús. El profeta no dice, en efecto, «y me dijo el señor», sino «dijo a Jesús», para dejar claro que no hablaba de él mismo, sino de Cristo, que era al que hablaba Dios; aquel Jesús llevaba, pues, la figura de Cristo; y, aunque éste en principio se llamaba Ausés, Moisés, presintiendo el futuro, mandó llamarle Jesús, para que, al ser elegido general del ejército en la guerra con Amalee, el cual asediaba a los hijos de Israel, pudiera, gracias al simbolismo de su nombre, derrotar al enemigo y llevar al pueblo a la tierra de promisión. Y por ello también sucedió a Moisés, para mostrar que la nueva ley dada por Cristo Jesús iba a sustituir a la vieja ley, que había sido entregada por medio de Moisés. Así pues, aquella circuncisión de la carne carece en absoluto de sentido, porque, si Dios hubiera querido esto, habría creado al hombre desde el principio sin prepucio; ahora bien, el significado de la segunda circuncisión es el de que debemos descubrir nuestro pecho, es decir, el de que debemos vivir con corazón abierto y sencillo; y es que la parte que se circuncida tiene cierta semejanza con el corazón y es una parte pudenda; por ello Dios mandó descubrir esta parte: para amonestarnos con esta prueba a tener un corazón sin pliegues, es decir, a no esconder entre los secretos de nuestra conciencia hechos vergonzosos. Ésta es la circuncisión del corazón, de la que hablan los profetas: Dios la trasladó de la carne mortal al alma, que es la única que permanecerá. Queriendo, pues, en su eterna piedad

mirar por nuestra vida y nuestra salvación, nos impuso penitencia en aquella circuncisión, para que, si descubríamos nuestro corazón, es decir, si confesando nuestros pecados damos satisfacción a Dios, pudiéramos conseguir el perdón; perdón que aquel que ve, no la cara, como el hombre, sino las intimidades y profundidades del corazón, niega a los contumaces y a los que ocultan sus maldades.

El mismo sentido tiene la prohibición de comer carne de cerdo. Al ordenar Dios que se abstuvieran de ella, quiso sobre todo dar a entender esto: que se abstuvieran de pecado y de inmundicia. Este animal, en efecto, está siempre embarrado, es sucio y no mira nunca al cielo, sino que, tendido sobre la tierra en toda la extensión de su cuerpo y cabeza, sólo sirve al vientre y a la comida; y en su vida no puede prestar otra ninguna ayuda, cosa que sí hacen los demás seres vivos, de los cuales unos proporcionan una silla móvil, otros ayudan en el cultivo del campo, otros arrastran los carros con su cuello, otros llevan cargas en su lomo, otros proporcionan vestidos con sus pieles, otros vierten abundante leche, y otros vigilan para guardar la casa. Prohibió, pues, la alimentación con carne porcina, es decir, prohibió imitar la vida de los cerdos, que sólo se alimentan para morir; y lo prohibió para que, al no ser esclavos del vientre y de los placeres, los hombres puedan ser buenos e inmortales; y también para que no se sumergieran en los sucios placeres, como el cerdo, que se engulle en el cieno, ni sean esclavos de las estatuas de la tierra, ni se manchen con lodo; y es que se embadurnan con lodo quienes adoran a los dioses, es decir, al lodo y a la tierra.

De esta forma, todos los preceptos de la ley judía tienden a mostrar la justicia: efectivamente, son presentados mediante figuras para que, por medio de esos símbolos carnales, se conozcan las cosas espirituales.

Hechos de la pasión ya profetizados anteriormente

Así pues, cuando Cristo cumplió las cosas que Dios quiso que se hicieran y que habían sido anunciadas por sus profetas en siglos anteriores, los judíos, espoleados por ello y desconocedores de las letras divinas, se unieron para condenar a Dios. Cristo, a pesar de que él sabía que esto tenía que suceder y a pesar de que él mismo decía que era necesario que padeciera y muriera por la salvación de muchos, se retiró con sus discípulos, no para evitar lo que necesariamente tenía que padecer y soportar, sino para demostrar que esto es lo que tiene que suceder en toda persecución, con el fin de que nadie dé la impresión de que se precipita hacia un castigo que merece.

Y anunció que iba a ser traicionado por uno de los suyos. Efectivamente, Judas, comprado por dinero, le entregó a los judíos. Éstos, por su parte, una vez que le prendieron y le entregaron a Pilato, que entonces era gobernador de Siria como legado, exigieron que fuera crucificado, no alegando otra cosa que el haber dicho que era hijo de Dios, rey de los judíos; y también que había dicho: «Si destruís este templo, que fue edificado en cuarenta y seis años, yo lo restauraré sin manos en tres días»[111], dando a entender con ello que su pasión estaba ya cercana y que, una vez ejecutado por los judíos, iba a resucitar al tercer día. Él, en efecto, era el verdadero templo de Dios. Le acusaban por estas palabras, como si fueran funestas e im pías. Pilato, al oír esta acusación y ver que Cristo no decía nada en defensa propia, dijo que le parecía que no había nada merecedor de condena en él. Pero aquellos injustísimos acusadores y el pueblo, al que ellos habían soliviantado, empezaron a gritar y a exigir con grandes voces la cruz para Cristo. Entonces Poncio cedió ante las voces de aquéllos y ante la instigación del tetrarca Herodes, que tenía miedo de ser expulsado del trono; pero no pronunció él la sentencia, sino que se lo entregó a los judíos, para que ellos le juzgaran según su ley. Se lo llevaron, pues, le flagelaron y, antes de crucificarle, se burlaron de él: efectivamente, cubierto con una túnica de color rojo y coronado con espinas, le saludaron como a un rey, le dieron como alimento hiel y como bebida vinagre; tras ello, le escupieron en la cara y le hicieron caer a golpes. Y sus verdugos, al no ponerse de acuerdo sobre el reparto de sus vestidos, echaron a suerte entre ellos la túnica y el palio. Y cuando sucedía todo esto, él no pronunció ni una sola palabra con su boca, como si estuviera mudo. Entonces le colgaron en medio de dos culpables, condenados por ladrones, y le clavaron en la cruz.

¿Qué hecho concreto voy a deplorar entre tantos crímenes o con qué palabras me quejaré de tanta maldad? Y es que no me estoy refiriendo a la cruz en que fue colgado Gavio, hecho que Marco Tulio denunció[112], abriendo, por así decir, las fuentes de todo su talento, con toda la violencia y fuerzas de su elocuencia, proclamando que era indigno que un ciudadano romano fuera crucificado en contra de toda ley. Pero Gavio, aunque era inocente y no merecedor de aquel suplicio, era sin embargo mortal y fue condenado por un criminal que desconocía la justicia. Pero ¿qué diremos de este indigno sacrificio de la cruz, en el que Dios fue colgado y clavado por sus propios fieles? ¿Quién habrá tan elocuente y dotado de tal abundancia de ideas y palabras y qué

discurso habrá tan fecundo que sea suficiente para llorar esa cruz, que deploraron la propia naturaleza y los elementos de la naturaleza?

De todas formas, ya las voces de los profetas y los poemas de las Sibilas denunciaron que esto iba a suceder así. En Isaías nos encontramos esto: «No soy contumaz, ni me contradigo; ofrecí mi espalda a los azotes y mis mejillas a los golpes; y no aparté mi rostro de los sucios escupitajos»[113]. De la misma forma habla David en el salmo treinta y cuatro: «Cayeron sobre mí montones de azotes y me despreciaron; están pervertidos y no les remuerde la conciencia; me tentaron y se burlaron; y rechinaron sobre mí con sus dientes»[114]. También la Sibila profetizó esto: «Vendrá después a manos inicuas e infieles; darán golpes a Dios con manos incestuosas; y escupirán escupitajos venenosos con sus impuras bocas: y a los azotes ofrecerá sencillamente sus santas espaldas» [115].

Sobre el silencio que tenazmente mantuvo hasta la muerte, habla también Isaías así: «Como una oveja es llevado a la inmolación y, de la misma forma que un cordero no bala ante los que le despellejan, así él no abrió la boca»[116]. Y la Sibila anteriormente citada: «Y callará al recibir los golpes, para que nadie conozca ni el contenido ni la procedencia de las quejas, hasta que hable a los muertos, y será coronado con corona de espinas»[117].

En lo que se refiere a la comida y bebida que le ofrecieron antes de crucificarle, dice David esto en el salmo sesenta y ocho: «Y me dieron de comida hiel y para apagar mi sed me dieron vinagre»[118]. También la Sibila anunció que esto iba a suceder: «Como alimento le dieron hiel y como bebida vinagre; ofrecerán esta mesa de inhospitalidad»[119]. Y otra Sibila increpa a la tierra judía con estos versos: «Y es que tú, ignorante, no comprendiste a tu Dios que jugaba con las mentes de los mortales, sino que le coronaste de espinas y le escanciaste horrible hiel»[120].

En cuanto a que iban a ser los judíos los que pondrían las manos sobre Dios y le matarían, tenemos los siguientes testimonios antiguos de los profetas: en Esdras encontramos escrito esto: «Y dijo Esdras al pueblo: Esta pascua es nuestra salvación y nuestro refugio. Pensad, y que llegue a vuestro corazón, que vamos a humillarle en la cruz; y después cifraremos en él nuestra esperanza de que este lugar no sea abandonado para siempre. Esto lo dice el señor de las virtudes. Si no creéis en él ni oís sus palabras, serviréis de burla entre los pueblos»[121]. De estas palabras queda claro que los judíos no tenían otra esperanza que limpiarse la sangre y esperar en aquel al que habían matado.

Isaías también profetiza el crimen de éstos con estas palabras: «Su juicio fue soportado en la humildad; ¿quién remitirá a su origen? Para que su vida fuera arrancada de la tierra, fue llevado a la muerte por los crímenes de mi pueblo. Y le daré sepultura con los delincuentes y túmulo con los ricos, aunque no ha cometido crimen, ni pronunció insidias con su boca. Por ello le seguirán muchos y compartirá el botín de los poderosos, porque fue entregado a la muerte y fue contado entre los delincuentes; y llevó sobre sus hombros los pecados de muchos y fue entregado por los pecados de ellos»[122]. También David en el salmo noventa y tres: «Se lanzarán contra la vida del justo y condenarán la sangre inocente; pero el señor se ha convertido en mi refugio»[123]. Y Jeremías: «Señor, házmelo saber y que yo lo entienda. Entonces vi lo que tramaban: como inocente cordero soy llevado al sacrificio; habían tramado una conjura contra mí diciendo: "venid, pongamos leña en su pan, arranquemos su vida de la tierra y su nombre ya no será recordado más"»[124]. Con el término «leña» se alude a la cruz y con «pan» a su cuerpo, ya que Cristo es alimento y vida de todos los que creen en el cuerpo que llevó y en la cruz en que fue colgado. De ella habló con claridad Moisés en el *Deuteronomio*: «Y tu vida estará colgada ante tus ojos, tendrás miedo día y noche y no confiarás en tu *vida*» [125]. Y el mismo Moisés en *Números*: «El señor no es colgado como si fuera un hombre, ni soporta amenazas como si fuera hijo de hombre»[126]. Zacarías también nos transmite esto: «Y me mirarán a mí, a quien atravesaron»[127]. De nuevo David en el salmo veintiuno: «Han taladrado mis manos y mis pies; han contado todos mis huesos; pero ellos me miraron, me vieron, dividieron entre ellos mis vestidos y echaron a suerte sobre mi túnica»[128]. Y estas cosas no las dijo ciertamente el profeta refiriéndose a él —era, en efecto, un rey y nunca soportó tales cosas—, sino que quien hablaba por su boca era el espíritu de Dios, que era quien había de soportar tales cosas una vez pasados mil quinientos años: éste es en efecto el número de años que pasaron desde el reinado de David hasta la crucifixión de Cristo. También Salomón, hijo de David y fundador de la ciudad de Jerusalén, anunció que esta ciudad iba a perecer como venganza de la santa cruz: «Si os apartáis de mí, dice el señor, y no guardáis mi verdad, echaré a Israel de la tierra que le di, y echaré de todos sitios esa casa que edifiqué para ellos en mi nombre, e Israel será el sarcasmo y la burla de todos los pueblos. Y esta casa será abandonada y todos los que pasen cerca de ella se quedarán asombrados y dirán: "¿por qué razón ha

tratado tan mal Dios a esta tierra y a esta casa?”; y se contestará: “porque abandonaron al señor su Dios, persiguieron a su rey, amadísimo de Dios, y le crucificaron humillándole; por eso Dios les trató tan mal”»[129].

Muerte y resurrección de Cristo

¿Qué más se puede decir del crimen de los judíos sino que estaban ofuscados y tocados de insanable locura, por cuanto, a pesar de leer todos los días estas cosas, no las entendieron ni pudieron dejar de hacer lo que hicieron?

Pues bien, colgado y clavado en la cruz, se dirigió a Dios con gran voz y entregó a continuación su espíritu. Y en ese momento se produjo un terremoto, el velo del templo que separaba los dos tabernáculos se rajó en dos trozos, el sol se oscureció de repente, y hubo tinieblas desde la hora sexta hasta la nona. De este hecho da testimonio el profeta Amos: «Aquel día, dice el señor, el sol se pondrá a mediodía y en pleno día se llenará todo de tinieblas; y convertiré en duelo vuestras fiestas y vuestros cantos en lamentaciones»[130]. Y también Jeremías: «La madre se atemorizó y su alma desfalleció; el sol desapareció para ella cuando todavía era mediodía; quedó abatida y despreciada. Los restos de ellos los entregaré a la espada en presencia de sus enemigos»[131]. Y la Sibila: «El velo del templo se rajará y llegará la noche en mitad del día: una espesa oscuridad sobrevendrá durante tres horas»[132].

Y a pesar de que sucedieron estas cosas, no quisieron aceptar su crimen ni siquiera ante estos prodigios celestiales; todo lo contrario: puesto que había anunciado que iba a resucitar al tercer día del sepulcro, ante el temor de que, si sus discípulos robaban y se llevaban el cuerpo, todo el mundo iba a creer que había resucitado y de que se iba a provocar una confusión mucho mayor entre el pueblo, le bajaron de la cruz y, enterrándole en un sepulcro, pusieron alrededor de él una fuerte vigilancia militar. A pesar de ello, al amanecer del tercer día, se produjo un terremoto y el sepulcro se abrió y, sin que vieran nada los guardias que quedaron atónitos y estupefactos de pavor, salió íntegro y vivo del sepulcro y marchó a Galilea para buscar a sus discípulos; en el sepulcro no se encontraron sino las ropas en las que habían envuelto su cuerpo. Ya los profetas habían anunciado que Cristo no permanecería en el sepulcro, sino que resucitaría al tercer día; David dice en el salmo quince: «No dejarás mi alma en el sepulcro, ni dejarás que tu santo vea la muerte»[133], y también en el salmo tres: «Dormí y concilié el sueño, y luego resucité, porque el señor me auxilió»[134]. También Oseas, el primero de los doce profetas, dio testimonio de

la resurrección de Cristo: «Éste es mi hijo sabio; por ello no servirá de tribulación para sus hijos: le libraré de las garras del sepulcro; ¿dónde está tu poder, muerte?, ¿dónde tu azote?»[135]. El mismo Oseas en otro lugar: «Nos dará vida al tercer día, una vez pasados dos»[136]. Por eso la Sibila dijo que la muerte terminaría después de un sueño de tres días: «Y pondré fin a la muerte tras un sueño de tres días; y entonces, saliendo de entre los muertos, saldrá hacia la luz, mostrando, él el primero, el comienzo de la resurrección de los escogidos»[137]. Efectivamente, al superar la muerte, consiguió para nosotros la vida. Así pues, para el hombre no hay otra esperanza de conseguir la inmortalidad que creer en Cristo y aceptar la cruz para llevarla y soportarla.

Testamento de Cristo

Marchó, pues, a Galilea —no quiso, en efecto, aparecer ante los judíos, para no atraerlos hacia la penitencia y para no recuperar a los impíos— y reunidos de nuevo los discípulos, les mostró las palabras de las Sagradas Escrituras, es decir, los secretos de los profetas, secretos que no habían podido comprender antes de su pasión, ya que lo que anunciaban era la venida del propio Cristo y su pasión. Moisés y los propios profetas llaman testamento a la ley entregada a los judíos, y la llaman testamento porque, hasta que no muere el testador, no puede confirmarse el testamento, ni puede saberse qué hay escrito en él, ya que está sellado y cerrado; y, si Cristo no hubiese aceptado la muerte, no se habría podido abrir el testamento, es decir, no se habría podido revelar y entender el misterio de Dios. Ahora bien, las Escrituras están divididas en dos testamentos: el que antecede a la venida y pasión de Cristo, es decir, la ley y los profetas, que se llama antiguo; y el que fue escrito después de la resurrección de Cristo, que se llama nuevo. Los judíos se guían por el antiguo, nosotros por el nuevo: no son, sin embargo, distintos, ya que el nuevo es el remate del antiguo y en ambos hay el mismo testador, Cristo, el cual, tras aceptar la muerte por nosotros, nos hizo herederos del reino eterno, rechazando y desheredando a los judíos, tal como atestigua el profeta Jeremías con estas palabras: «He aquí que se acercan los días, dice el Señor, y completaré un nuevo testamento para la casa de Israel y la casa de Judá, pero no un testamento como el que hice para los padres de éstos el día que cogí sus manos para sacarlos de la tierra de Egipto; y es que aquéllos no perseveraron en mi testamento y yo los desprecié, dice el Señor»[138]. El mismo Jeremías dice algo parecido en otro lugar: «Abandoné mi casa; dejé mi herencia en manos de sus enemigos. Mi heredad se convirtió para mí como un león en la

selva; ella levantó contra mí su voz, y por eso la odié»[139]. Como su heredad es el reino del cielo, lo que quiere decir no es que odiara su heredad, sino a sus herederos, que fueron los ingratos e impíos para con él. «Mi heredad», dice, «se convirtió para mí como un león», es decir, me he convertido en presa y objeto de devoción para mis herederos, los cuales me inmolaron como a un cordero; «levantó contra mí su voz», es decir, pronunciaron contra mí las sentencias de muerte y cruz; efectivamente, con sus palabras anteriores de que «completaría un nuevo testamento para la casa de Judá» demuestra que aquel viejo testamento que fue entregado por medio de Moisés no era perfecto, mientras que el que iba a ser dado a través de Cristo sería la consumación. Ahora bien, con «la casa de Judá y de Israel» no se está refiriendo a los judíos, a los cuales rechazó, sino a nosotros, que llamados de entre los gentiles hemos ocupado en adopción el lugar de aquéllos y nos llamamos hijos de los judíos; esto lo manifiesta la Sibila, cuando dice: «Raza divina de los bienaventurados judíos, hijos de Dios»[140]. En lo que se refiere al futuro de esta raza, lo señala Isaías, en cuyas profecías el sumo padre habla de esta forma al hijo: «Yo, el señor tu Dios, te he llamado para la justicia, y tomaré tu mano y te lo ratificaré; y te he puesto para que seas el testamento de mi raza y luz de las gentes, para que abras los ojos de los ciegos, saques de las cárceles a los presos y del fondo del calabozo a los que moran en las tinieblas»[141].

Así pues, nosotros estábamos antes algo así como ciegos, encerrados en la cárcel de la necedad y sentados en las tinieblas sin tener conocimiento de Dios y de la verdad; y ahora hemos sido iluminados por él, quien nos ha adoptado en su testamento y, tras liberarnos de las malas ataduras y llevarnos a la luz de la sabiduría, nos ha adscrito a la herencia del reino celestial.

Poderes que Cristo dio a sus apóstoles

Pues bien, una vez que ordenó a sus discípulos que predicaran su evangelio y su nombre, una nube le rodeó de repente y le llevó al cielo, cuando ya habían pasado cuarenta días desde la pasión, tal como había dicho Daniel que sucedería con estas palabras: «Y vi venir en la nube del cielo a un como hijo de hombre y llegó hasta el anciano de muchos días»[142]. Los discípulos, por su parte, repartiéndose por las provincias pusieron por todas partes los fundamentos de la Iglesia, haciendo también ellos en nombre de su maestro Dios grandes y casi increíbles milagros: y es que éste, al marcharse, les había dotado de facultad y poder, con el fin de que las razones de la nueva doctrina pudieran tener fundamento y base. Incluso les dio a conocer todo el futuro; del futuro hablaron

Pedro y Pablo en Roma y sus palabras permanecen escritas para recuerdo; en esta predicación, aparte de otras muchas cosas, dijeron también que iba a suceder esto: «que tras breve espacio de tiempo iba a enviar Dios un rey que atacaría a los judíos y asolaría sus ciudades; y que asediaría a sus habitantes sometiéndolos a hambre y sed; que sucedería entonces que se alimentarían de sus propios cuerpos y se comerían unos a otros; que finalmente, hechos prisioneros, vendrían a manos de los enemigos y verían cómo en su presencia eran cruelmente atormentadas sus esposas, violadas y prostituidas sus doncellas, arrebatados sus niños, aplastados los pequeños, devastado todo por el fuego y el hierro, expulsados los prisioneros para siempre de sus tierras. Y todo ello porque se habían levantado con soberbia contra el hijo amado y querido de Dios»[143]. Efectivamente, tras haber eliminado Nerón a algunos de ellos, Vespasiano borró totalmente el nombre y el pueblo judío y llevó a cabo todo lo que Pedro y Pablo habían predicho.

Argumentos de quienes no creen todo lo que anteriormente se ha dicho de Cristo

Se ha cumplido, pues, según pienso, aquello que consideraban como falso e increíble esos que no fueron imbuidos por la auténtica doctrina de las Sagradas Escrituras.

Sin embargo, para refutar también a aquellos que son demasiado sabios, no sin detrimento de ellos mismos, y que no dan crédito a las cosas divinas, ataquemos su error con sus propios argumentos, para que al fin vean que todo debió suceder tal como nosotros hemos mostrado que sucedió. Y a pesar de que ante los buenos jueces son pruebas suficientes ya los argumentos sin testimonios, ya los testimonios sin argumentos, yo, sin embargo, no me conformo con una sola de las dos cosas[144] —a pesar de que cualquiera de las dos nos es suficiente—, para no dejar a ningún perverso ingenioso la oportunidad de no enterarse o de argüir en contra. Dicen que no pudo suceder que le faltara algo a la naturaleza inmortal; dicen, en definitiva, que no es digno que Dios quisiera hacerse hombre y que aceptara la carga de la debilidad de la carne, para someterse a las pasiones, al dolor y a la muerte —como si no le hubiera sido a él fácil mostrarse a los hombres por encima de la debilidad del cuerpo y enseñarles la justicia desde la mayor autoridad, es decir, desde su posición de Dios reconocido, con tal de que así hubiera querido hacerlo—; y es que, si sus preceptos huhieran ido acompañados de la autoridad y del poder divinos, sin duda todos los hombres se habrían sometido a los preceptos celestiales. «¿Por qué, pues», dicen, «no vino como Dios a enseñar a los hombres? ¿Por qué se presentó tan humilde y débil,

que pudo ser despreciado y castigado por los hombres? ¿Por qué soportó violencia de los débiles y mortales? ¿Por qué no rechazó la violencia de los hombres con su poder o su divinidad? ¿Por qué no puso en evidencia su majestad al menos en el momento de la muerte, sino que, cual impotente, fue llevado a juicio, cual culpable fue condenado, y cual mortal matado?».

Refutaré cuidadosamente estos argumentos y no consentiré que nadie permanezca en el error. Todo esto sucedió en aras de importantes y admirables razones: cualquiera que comprenda esas razones, no sólo dejará de extrañarse de que Dios fuese crucificado por los hombres, sino que incluso verá que Cristo no hubiese podido ser considerado como Dios si no hubiesen sucedido esas cosas que se arguyen.

Argumentos en favor de la divinidad de Cristo: Cristo confirma con hechos su doctrina

En lo que se refiere a cualquier sabio que dé preceptos a los hombres en orden a regir su vida y que conduzca las costumbres de otros, yo me pregunto si debe él mismo hacer las cosas que ordena o no. Si no lo hace, sus preceptos son inconsistentes. Efectivamente, si los preceptos son buenos, si ponen la vida del hombre en una situación óptima, el propio preceptor no debería apartarse del grupo y compañía de los hombres entre los cuales se mueve, sino que debería él mismo vivir de la forma que enseña que se debe vivir, porque, si vive de otra forma, quitará credibilidad a sus propios preceptos y debilitará su propia doctrina si con su acción convierte en inconsistente lo que intenta expresar como coherente con sus palabras. Y es que todo el mundo, cuando escucha a alguien que está dando preceptos, no quiere imponerse a sí mismo la necesidad de obedecer, ya que con ello da la impresión de estar recortando su propia libertad. Responderá, pues, de esta forma al que le está enseñando: «No puedo hacer lo que mandas, puesto que es imposible. Me prohíbes irritarme, me prohíbes las pasiones, me prohíbes conmoverme por el placer, me prohíbes quejarme, me prohíbes temer a la muerte; pero todo esto va hasta tal punto contra la naturaleza, que todos los animales están sometidos a estos sentimientos; ahora bien, si tú piensas que se puede ir contra la naturaleza, haz tú eso mismo que ordenas, para que yo sepa que se puede hacer. Pero, como tú no lo haces, ¿qué insolencia es esta de querer imponer a un hombre libre leyes que tú mismo no obedeces? Primero, aprende tú lo que enseñas y, antes de corregir las costumbres de otros, corrige tú las tuyas». ¿Quién puede negar que este reproche es justo? Es más, los maestros de

este tipo serán despreciados y al mismo tiempo burlados, por cuanto ellos mismos darán la impresión de que se están burlando de los demás.

Y ¿qué hará ese preceptor si se le ponen estos reparos? ¿Cómo quitará motivos de excusa a los contumaces, sino enseñando con hechos reales que es posible lo que él enseña? De ahí que suceda que nadie obedezca los preceptos de los filósofos. Y es que los hombres prefieren los ejemplos a las palabras, ya que hablar es fácil, pero dar, difícil; ¡ojalá que se portaran bien tantos cuantos hablan bien! Pero a quienes hablan y no hacen, les falta credibilidad: y si son hombres los que dan los preceptos, serán despreciados como insignificantes; y si es Dios, se le pondrá la excusa de la fragilidad humana. Hace falta confirmar las palabras con hechos; y esto no pueden hacerlo los filósofos. Así pues, si los propios preceptores son esclavos de los sentimientos que, según sus palabras, conviene dominar, no podrán llevar a nadie hacia la virtud que predican en falso. Por ello se piensa que todavía no ha existido ningún sabio perfecto, es decir, ningún sabio en el que coincidan el sumo grado de doctrina y ciencia con una justicia perfecta. Y esto es verdad, ya que no hubo desde la creación del mundo ningún sabio de este tipo salvo Cristo, el cual transmitió la sabiduría con la palabra y confirmó su doctrina con la virtud de su vida.

Cristo vino al mundo como hombre para demostrar que lo que él enseñaba podían hacerlo los hombres

Consideremos ahora si un maestro enviado del cielo puede no ser perfecto. Todavía no hablo de ese que dicen que no vino de Dios. Imaginemos que alguien debe ser enviado desde el cielo para instruir la vida de los hombres en los rudimentos de la virtud y adecuarla a la justicia. Nadie puede dudar de que ese maestro enviado desde el cielo es perfecto tanto en el conocimiento de todas las cosas como en virtud, de forma que no hay diferencia entre el que estaba en el cielo y el que ha bajado a la tierra. Y es que en el hombre de la tierra no puede haber de ninguna forma una doctrina interna y propia: efectivamente, una mente encerrada en carne terrenal e impedida por la corrupción del cuerpo no puede por sí misma comprender y asimilar la verdad si no le es enseñada desde fuera. Y aun en el remotísimo caso de que pudiera, no podría asimilar la virtud perfecta ni resistir a todos los vicios, cuya materia está contenida en la carne. De ahí se sigue que el maestro de este mundo no puede ser perfecto. El maestro celestial, sin embargo, a quien su divinidad le ha concedido la ciencia y su inmortalidad la virtud, es necesariamente perfecto y completo tanto en la enseñanza como en las demás cosas. Ahora bien, no hay en absoluto ocasión de poder mostrar esa perfección

si no se asume un cuerpo mortal; y la razón de ello está clara: en efecto, si se presenta ante los hombres como Dios, no podría, como tal Dios —y paso por alto el hecho de que los hombres no pueden contemplar ni aguantar la brillantez de su majestad—, enseñar la virtud, ya que, al carecer de cuerpo, no podría hacer las cosas que enseña y, en consecuencia, su enseñanza no sería perfecta. Y más aún, si la virtud suprema consiste en soportar el dolor con paciencia en aras de la justicia y del deber, si la virtud consiste en no tener miedo a la muerte, incluso cuando ésta es inminente, y en aguantarla con fortaleza cuando se presenta, ese maestro perfecto debe enseñar esto con preceptos y confirmarlo con hechos, ya que quien da preceptos sobre la forma de vida debe cortar todas las vías de excusa, para imponer a los demás la obligación de obedecer, no con ningún tipo de violencia, sino con honestidad, dejándoles sin embargo libertad, para que haya un premio para los obedientes —ya que, si hubieran querido, podían no haber obedecido— y un castigo para los no obedientes —ya que, si hubieran querido, podían haber obedecido—. Y ¿cómo se pueden cortar todas las vías de excusa por parte del preceptor sino haciendo él mismo las cosas que enseña y siendo él algo así como el que abre el camino y el que extiende la mano al que está dispuesto a seguirle? Y ¿cómo puede hacer las cosas que enseña si no es semejante a aquel que aprende? Si el que enseña no está sujeto a ningún tipo de pasiones, el discípulo puede responder al maestro así: «Quiero en verdad no pecar, pero me rindo; estoy, en efecto, investido de carne frágil y débil; ella es la que tiene pasiones, la que se irrita, la que teme el dolor y la muerte. Por ello me veo arrastrado en contra de mi voluntad y peco, y no porque yo quiera, sino porque me veo obligado. Me doy cuenta incluso yo mismo de que peco, pero me empuja ineludiblemente mi fragilidad, a la que no puedo resistir». ¿Qué responderá a esto ese preceptor del bien? ¿Cómo refutará y reargüirá a ese que excusa con la carne sus pecados si él mismo no está investido de la carne, de forma que pueda demostrar que incluso la carne puede ser virtuosa? Los contumaces, en efecto, no pueden ser refutados sino con el ejemplo. Y es que, si es imposible que esos contumaces posean la firmeza que se les predica si antes no se lo demostramos con el ejemplo, y dado que la naturaleza humana, proclive a los vicios, tiende a pecar, buscando no sólo una excusa, sino incluso una razón, conviene que el maestro y preceptor de la virtud sea totalmente semejante al hombre, para que, venciendo él mismo al pecado, enseñe al hombre que el pecado puede ser vencido por él. Pero si ese maestro es un inmortal, de ninguna forma puede dar ejemplo al hombre. Habrá siempre

alguien que diga impertérrito: «Tú ciertamente no pecas, porque estás libre de este cuerpo; no tienes placeres, porque nada de ello es necesario para un inmortal: yo, sin embargo, necesito muchas cosas para proteger mi vida. Tú no temes a la muerte, porque ella no puede nada contra ti; desprecias el dolor, porque no hay violencia que pueda contra ti; yo, sin embargo, como mortal, temo ambas cosas, porque ambas me producen gravísimos sufrimientos, que no puede soportar la fragilidad de mi carne». Pues bien, el preceptor de la virtud debe también quitar a los hombres la posibilidad de esta excusa, para que ningún pecador achaque su pecado a la necesidad y no a la responsabilidad. Consiguientemente, para que el preceptor pueda ser perfecto, no debe ponerle ningún obstáculo el discípulo, de forma que, si éste dice «me mandas imposibles», pueda él responder: «Mira cómo yo mismo lo hago»; y si dice «yo estoy investido de carne, que es por naturaleza pecaminosa», pueda responder: «Yo también tengo la misma carne y, sin embargo, el pecado no me domina»; y si dice «me es difícil despreciar las riquezas, porque no se puede vivir de otra forma dentro de este cuerpo», pueda responder: «También yo tengo cuerpo y, sin embargo, lucho contra todos los placeres»; y si dice «no puedo soportar el dolor y la muerte en aras del bien, porque soy débil», pueda responder: «Mira también cómo el dolor y la muerte tienen poder sobre mí y, sin embargo, supero esos mismos temores tuyos, para convertirte a ti en vencedor del dolor y la muerte; soy yo el primero que ando sobre eso que tú pretendes no poder aguantar: si no puedes seguir al que te da preceptos, sigue al menos al que va delante de ti». De esta forma se elimina toda excusa y el hombre se verá obligado a confesar que peca por su culpa, ya que no sigue al que es preceptor de la virtud y al mismo tiempo guía. Se comprueba, pues, así cuánto más perfecto es un preceptor mortal, porque puede ser guía del mortal, que un preceptor inmortal, ya que no puede enseñar la virtud de la paciencia quien no está sujeto a pasiones.

Esto, sin embargo, no quiere decir que yo prefiera el hombre a Dios, sino que pretendo demostrar que ni el hombre puede ser un perfecto maestro si no es al mismo tiempo Dios, para que con su autoridad celestial imponga a los hombres la obligación de obedecer, ni Dios puede serlo tampoco si no se inviste de cuerpo mortal, para que, cumpliendo él mismo de hecho sus preceptos, pueda obligar a los demás a obedecerle. Queda, pues, muy claro que el que haya de ser guía de la vida y maestro del bien debe ser corporal y que, de otra forma, no puede suceder que su doctrina sea total y perfecta, ni que tenga raíces

fundadas, ni que se mantenga estable y fija entre los hombres; conviene que él mismo soporte la debilidad de la carne y del cuerpo, y que tenga en sí mismo el bien que enseña, para que lo enseñe al mismo tiempo con palabras y hechos. Es más, debe estar sujeto a la muerte y a todas las pasiones, ya que el sentido de la virtud se cifra en tolerar las pasiones y en soportar la muerte. Todo esto, como dije, lo debe soportar el maestro consumado, para demostrar que se puede soportar.

Para poder, pues, dar ejemplo, Dios envió a su hijo en carne mortal

Que sepan, pues, los hombres y que entiendan por qué el Dios supremo, al enviar a su legado y mensajero para instruir a los hombres en los preceptos del bien, quiso que viniera en carne mortal, y que fuera atormentado y ejecutado. Y es que, como no existía ningún bien en la tierra, envió un maestro como ley viva, para que creara una nueva familia y un nuevo templo, y sembrara por toda la tierra, con palabras y con ejemplo, el verdadero y piadoso culto. Sin embargo, para que quedara claro que había sido enviado por Dios, no convino que naciera como nacen los hombres concebidos por dos mortales, sino que, para que quedara claro que en aquel hombre había un ser divino, fue concebido sin obra de varón. Tenía, en efecto, como padre espiritual a Dios y, de la misma forma que el padre de su alma era Dios, sin que ésta tuviera madre, así también la madre de su cuerpo era virgen, sin que éste tuviera padre. Fue, pues, Dios y hombre, estando a medio camino entre Dios y hombre —de ahí que los griegos le llamen «mediador»—, para poder conducir al hombre hasta Dios, es decir, hasta la inmortalidad, ya que, si hubiera sido sólo Dios, no habría podido, como dije más arriba, dar ejemplo de virtud al hombre; y si sólo hubiese sido hombre, no habría podido empujar a los hombres hacia el bien, salvo que hubiera tenido mayor autoridad y virtud que el hombre. Y es que el hombre consta de cuerpo y alma, y el alma necesita hacer cosas buenas para hacerse eterna; es así que el cuerpo es terrenal y por ello mortal y arrastra consigo al espíritu que tiene unido llevándole de la inmortalidad a la muerte; luego el espíritu libre de cuerpo no podía de ninguna forma servir de guía al hombre hacia la inmortalidad, puesto que el cuerpo impide al espíritu seguir a Dios; y es que es frágil y está sometido al pecado, y el pecado, a su vez, es alimento de la muerte.

Así pues, vino como mediador, es decir, como Dios en carne mortal, para que la carne pudiera seguirle y para arrancar al hombre de la muerte que domina sobre la carne. Y se vistió de cuerpo carnal para, tras domar las

pasiones carnales, demostrar que el pecado no es algo inevitable, sino una consecuencia de la deliberación y voluntad propias. Y es que nosotros tenemos planteada una sola lucha, pero enorme e importante, con la carne, cuyos infinitos placeres presionan sobre el alma y no consienten que ésta mande, sino que, alienándola con placeres y suaves atractivos, la condenan a una muerte eterna. Para que pudiéramos hacer frente a esto, Dios nos abrió y mostró el camino para superar a la carne. Esta virtud, si es perfecta y está libre de todos los encantos, proporciona a los vencedores el premio y el pago de la inmortalidad.

Significado de la muerte en cruz

He dicho, en lo que se refiere a la humildad, fragilidad y pasión, por qué Dios prefirió someterse a ellas. Ahora hay que dar explicación de la propia cruz y hay que explicar su sentido. En lo que se refiere a los planes del Dios supremo y a cómo ordenó todas las cosas que iban a suceder, lo muestran no sólo los anuncios de los profetas, anuncios verdaderos que precedieron a Cristo, sino también el desarrollo de la propia pasión. Efectivamente, todo lo que Cristo padeció, no fue en vano, sino que todo tuvo un gran significado simbólico, de la misma forma que lo tuvieron todas las obras divinas que hizo: su significado y potencialidad tenían valor ciertamente para el presente, pero anunciaban también algo para el futuro.

Abría los ojos a los ciegos. Es sin duda un poder celestial devolver la vista a los que no ven, pero con ello daba a entender que, dirigiéndose a los que desconocían a Dios, iba a iluminar los corazones de los necios con la luz de la sabiduría e iba a abrir los ojos del corazón a la contemplación de la verdad. Y es que son auténticos ciegos quienes, no viendo las cosas celestiales y tapados por las tinieblas de la ignorancia, veneran lo terreno y frágil.

Abría los oídos a los sordos. Es cierto que hasta entonces no se había visto una obra celestial tal, pero con ella declaraba que en breve sucedería que quienes no conocían la verdad iban a oír y a entender las palabras divinas de Dios. Y es que se puede llamar auténticamente sordos a quienes no oyen lo divino, lo verdadero y lo que se debe hacer.

Hacía que hablaran las lenguas de los mudos. ¡Admirable poder, aunque sólo hubiera hecho esto! Pero en este milagro subyacía otro significado, con el cual estaba mostrando que los que hasta hacía poco eran ignorantes de las cosas celestiales iban a hablar sobre Dios y sobre la verdad, tras haber aprendido la ciencia de la sabiduría. Y es que quien ignora el sentido de la divinidad es un auténtico deslenguado y mudo, aunque sea el más elocuente de todos.

Efectivamente, la lengua, cuando empieza a manifestar la verdad, esto es, a interpretar la virtud y majestad del Dios único, está cumpliendo por fin su función natural; pero, cuando dice mentiras, no está en su función; y por ello es necesariamente un niño que no habla aquel que no puede anunciar las cosas divinas.

Curaba los pies de los cojos, para que pudieran andar. ¡Loable el poderío de esta acción divina! Pero ella contenía un significado simbólico: que a los errores mantenidos durante una época secular y descarriada se abría el camino de la verdad, por el que los hombres podían marchar hacia la consecución de la gracia divina. Debe ser considerado, en efecto, como auténtico cojo aquel que, enredado en la bruma y tinieblas de la necedad y desconocedor de cuál es su camino, marcha por la vía de la muerte con tropezones y caídas.

Limpió igualmente las llagas y manchas de los cuerpos infestados. Ello es una no pequeña obra de un poder inmortal. Pero esa fuerza significaba esto: que su doctrina iba a purificar, con la enseñanza del bien, a los que estaban infestados con las llagas de los pecados y con las manchas de los vicios. Y es que deben ser considerados como auténticos leprosos e infestados aquellos que son empujados por sus infinitos placeres hacia los crímenes y por sus insaciables pasiones al mal, y que, quemados por las manchas de la deshonra, se ven afectados por una peste continua.

Levantó los cadáveres de los muertos y los hizo volver de la muerte llamándolos por su nombre. ¿Qué más congruente con un Dios? ¿Qué más digno de admirar a lo largo de todos los siglos que devolver una vida ya acabada, alargar la vida ya terminada de los hombres y revelar los secretos de la muerte? Pero este inenarrable poderío fue la imagen de un milagro aún mayor, con la cual demostraba que su doctrina iba a tener tanta fuerza que los pueblos de todo el orbe que separados hasta ahora de Dios habían estado sometidos a la muerte, animados ahora con el conocimiento de la verdadera luz, iban a llegar al premio de la inmortalidad. Y es que se debe considerar como auténticos muertos a aquellos que, desconociendo a Dios, dador de la vida, y aplastando sus almas celestiales contra la tierra, caen en los lazos de la muerte eterna.

Así pues, todo lo que hacía era símbolo de cosas futuras. Lo que manifestaba en los cuerpos lesionados y enfermos, llevaba el símbolo de algo espiritual. De esta forma, en el momento en que lo hacía, mostraba hechos propios de un poder no terrenal y, para el futuro, apuntaba el poderío de su celestial majestad. Pues bien, de la misma forma que sus obras comportaban un

significado de mayor poderío para el futuro, así también su pasión era un anuncio, no simple, ni vano, ni fortuito de cosas futuras; todo lo contrario, de la misma forma que sus hechos anunciaban la grandeza de la virtud y el poder de su doctrina, así también su pasión anunciaba que su doctrina iba a ser odiada. Efectivamente, el vinagre que bebió y la hiel que comió prometían durezas y amarguras en esta vida para los seguidores de la verdad. Y si bien la pasión, dura y amarga por sí misma, nos daba un ejemplo de futuros tormentos —tormentos que nos exige en este mundo la práctica misma de la virtud—, sin embargo, una comida y una bebida de este tipo, arrojadas al rostro de nuestro maestro, nos daban un ejemplo de persecuciones, sufrimientos y miserias: todo esto lo deben necesariamente soportar y aguantar quienes siguen a la verdad, ya que la verdad es dura y odiada por todos los que, privados de la virtud, entregan su vida a los mortíferos placeres.

La corona de espinas, colocada sobre su cabeza, anunciaba esto: que iba a reunir a su lado una grey divina a partir de culpables. Efectivamente, se llama corona a los pueblos que están alrededor del orbe; y nosotros, que antes de conocer a Dios éramos malvados, éramos las espinas, es decir, los malos y culpables, ya que desconocíamos cuál era el bien y, alejados del contenido y de la obra del bien, lo manchábamos todo de pecados y crímenes. Sacados, pues, de los jarales y zarzas ceñimos la santa cabeza de Dios, ya que, llamados a él y agrupados por todas partes a su alrededor, estamos al lado de Dios, nuestro maestro y doctor, y le coronamos como rey del mundo y señor de todos los vivos.

En lo que se refiere a la cruz, ésta tiene un profundo sentido y significado, que ahora intentaré mostrar. Efectivamente, Dios, como ya expuse más arriba, cuando decidió liberar al hombre, envió a la tierra como legado al maestro de la virtud, para que instruyera a los hombres en la inocencia con benéficos preceptos y abriera con sus obras y hechos reales el camino del bien: y el hombre, marchando por él y siguiendo a través de él a su maestro, llegaría a la vida eterna. Así pues, Cristo tomó cuerpo y se vistió de carne para mostrar al hombre —para enseñar al cual había venido— ejemplos y estímulos de la virtud. Ahora bien, aunque en todas las actuaciones de su vida mostró ejemplos de actos buenos, sin embargo, con el fin de enseñar también al hombre a soportar el dolor y a despreciar la muerte —con lo cual se consigue la perfecta y plena virtud—, se entregó a las manos de un pueblo impío, cuando él, gracias al conocimiento que tenía del futuro, pudo haberlo evitado y, con el mismo

poder con que hacía los milagros, pudo haberlo rechazado. Aguantó, pues, tormentos, azotes y espinas. Finalmente no rechazó aceptar incluso la muerte, para que el hombre, siguiendo su ejemplo, triunfara sobre la muerte, sometida y encadenada, y sobre los terrores de la muerte. Ahora bien, ¿por qué el padre supremo eligió este tipo de muerte, con la que permitió que fuera ejecutado? La razón es la siguiente. Quizás alguien diga: «¿Por qué, si era Dios y decidió morir, no fue ejecutado al menos con un tipo de muerte honroso? ¿Por qué, por encima de otro, el suplicio de la cruz? ¿Por qué este tipo infame de suplicio, que parece no digno de un hombre libre, incluso aunque sea cúlpable?»[145]. En primer lugar, porque aquel que había venido humildemente, para ayudar a los humildes e insignificantes y para ofrecer a todos la esperanza de salvación, tenía que ser sometido al mismo suplicio al que son sometidos los humildes e insignificantes, para que no hubiera nadie que no pudiera imitarle. En segundo lugar, para que se conservara entero su cuerpo, que debía resucitar de entre los muertos al tercer día. Efectivamente, nadie debe ignorar que él mismo, al hablar con antelación de su pasión, hizo saber a todos que él tenía poder para rechazar y recuperar la vida cuando quisiera. Pues bien, dado que exhaló su espíritu estando clavado, los verdugos no consideraron necesario quebrantar sus huesos, como era costumbre, contentándose solamente con perforar su costado. De esta forma, su cuerpo fue descolgado entero del patíbulo y cuidadosamente encerrado en el sepulcro. Y todo esto sucedió para que su cuerpo no resultara, lesionado y mutilado, inaprovechable para la resurrección. Otra causa fundamental por la que Dios escogió la cruz fue que ésta necesariamente le levantaba y daba a conocer la pasión de Dios a los pueblos. Efectivamente, además de que aquel que es suspendido en la cruz está a la vista de todos y más alto que los demás, fue escogida la cruz sobre todo para indicar que Cristo iba a ser tan visible y tan sublime que todos los pueblos de todo el mundo correrían a conocerle y adorarle. Finalmente, no hay pueblo tan inhumano ni región tan alejada que no conozca su pasión y sublime majestad. Extendió, pues, en la pasión sus manos y abarcó con ellas el orbe, para mostrar ya desde entonces que, desde la salida del sol hasta el ocaso, un pueblo formado por gentes de todas las lenguas y tribus iba a marchar en sus filas e iba a aceptar en sus frentes aquella importante y sublime señal. Los judíos todavía conservan la figura simbólica de la pasión cuando marcan con sangre de cordero los dinteles de sus puertas; y es que Dios, cuando decidió castigar a los egipcios, ordenó a los hebreos, para librarlos del castigo, que inmolaran un cordero blanco sin

mancha y pusieran con su sangre una señal en sus puertas. De esta forma, mientras que los primogénitos de los egipcios murieron todos en una sola noche, sólo los hebreos, protegidos por la señal de la sangre, se salvaron; y ello, no porque la sangre del animal tuviera por sí misma un poder tan grande que pudiera salvar a los hombres, sino que ello era el símbolo de hechos futuros. Efectivamente, el cordero blanco sin mancha era Cristo, es decir, el inocente, el justo, el santo, el cual fue inmolado por los mismos judíos para salvación de todos aquellos que marcan en su frente la señal de la sangre, es decir, de la cruz en que derramó su sangre. La frente es, en efecto, el dintel más alto del hombre; y el marco de madera manchado de sangre es el símbolo de la cruz.

Finalmente, los mismos que hacen los sacrificios llaman «pascua» a la inmolación del animal a partir del verbo «pascho» («sufrir»), ya que esa pascua es el símbolo de la pasión, símbolo que Dios, conocedor del futuro, entregó a su pueblo por medio de Moisés para que la celebrara. De todas formas, ese símbolo sirvió en aquel momento para alejar un peligro, con el fin de que quedara claro el enorme poder de la verdad a la hora de proteger al pueblo de Dios hasta en los confines de todo el orbe.

En lo que se refiere a la forma y al desastre del que se verán libres aquellos que marquen su frente con esta señal de sangre auténtica y divina, lo mostraré en el último libro.

Valor y fuerza de la señal de la cruz

Ahora nos basta con exponer el valor del poder de esta señal. En lo que se refiere al terror que esta señal causa a los demonios, lo sabrá aquel que vea hasta qué punto huyen de los cuerpos que dominan, al ser conjurados en nombre de Cristo; y es que, de la misma forma que él mismo, cuando estaba en este mundo, poma en fuga con su palabra a todos los demonios y devolvía a su antiguo estado las mentes de los hombres desquiciadas y enloquecidas por los malvados ataques de aquéllos, así también ahora los seguidores de Cristo expulsan a esos mismos espíritus malvados de los cuerpos de los hombres con el nombre de su maestro y con el signo de la pasión. Y esto no es difícil probarlo: efectivamente, si, cuando los paganos están haciendo inmolaciones a sus dioses, se acerca alguien haciendo la señal de la cruz en su frente, abandonan sus ritos y «ni siquiera el vate, aun siendo consultado, puede dar ninguna respuesta»[146]. Éste fue muchas veces el motivo fundamental de que los malos emperadores persiguieran a los justos: efectivamente, algunos de nuestros ministros se acercaban a los sacerdotes paganos cuando éstos hacían sacrificios, y, haciendo

la señal de la cruz, ponían en fuga a los dioses de aquéllos, para que no pudieran describir el futuro a partir de las vísceras de sus víctimas; cuando los arúspices se dieron cuenta de ello, empezaron, por presión de los propios demonios para los cuales sacrificaban, a quejarse de que hombres profanos asistían a sus ritos, suscitando así el furor de los emperadores; y éstos terminaron por asaltar el templo de Dios y por mancharse con un auténtico sacrilegio, que sólo sería expiado con los durísimos castigos que sufren los perseguidores[147]. Y, sin embargo, ni siquiera con esto los hombres ciegos pueden entender que la verdadera religión es esta en la que hay un poder tan grande de victoria, ni que la falsa es aquella que no puede subsistir ni apiñarse. Pero, dicen ellos, los dioses hacen esto, no por miedo, sino por odio: como si alguien pudiera odiar a alguien que no sea aquel que o le hace daño o le puede hacer daño. Es más, era mucho más congruente con su majestad que, en lugar de huir, castigaran allí mismo con penas a aquellos a los que odiaban. Pero, como ni pueden acercarse a aquellos en los cuales ven la señal divina, ni castigar a aquellos que están protegidos con esa misma señal como por un muro inexpugnable, los atormentan por medio de los hombres y los persiguen con manos ajenas.

A estos dioses, si es que, tal como ellos confiesan, son dioses, los hemos ciertamente vencido. Y es que la verdadera religión es necesariamente aquella que conoce las artimañas de los demonios, entiende su astucia, aplasta su fuerza y les obliga a ceder ante ella, domándolos y sometiéndolos con sus armas espirituales. Si alguien lo niega, puede ser refutado con los testimonios de poetas y filósofos. Pero si no reconocen que existen y que son malos, ¿qué queda sino decir que unos son los dioses y otros los demonios? Que nos digan entonces la diferencia entre una especie y otra, para que sepamos qué es lo que debemos adorar y qué es lo que debemos rechazar y sepamos si tienen entre sí algún consorcio o son enemigos. Si están unidos por algún lazo, ¿hasta qué punto los podemos distinguir y cómo no vamos a mezclar la adoración y el culto en una y otra especie? Pero, si son enemigos, ¿por qué los demonios no temen a los dioses o los dioses no pueden poner en fuga a los demonios? Supongamos que alguien, poseído por un demonio, se vuelve demente, desenfrenado y loco; llevémosle al templo de Júpiter, óptimo y máximo, o bien —puesto que Júpiter no sabe curar a los hombres— al templo de Esculapio o de Apolo. Que el sacerdote de cualquiera de estos dos dioses ordene en nombre de Dios que ese espíritu nocivo salga del cuerpo del hombre: esto no sucederá de

ninguna forma. ¿Cuál es entonces el poder de los dioses, si no tienen bajo su dominio a los demonios?

En cambio, esos mismos demonios, si son conjurados en nombre del Dios verdadero, huyen inmediatamente. ¿Qué razón hay para que teman a Cristo y no teman a Júpiter sino que los demonios son los mismos que el vulgo cree que son dioses? En fin, supongamos que se nos presentan un endemoniado y un sacerdote de Apolo de Delfos; pues bien, de la misma forma quedarán horrorizados ante el nombre de Dios, y Apolo huirá de su sacerdote con la misma rapidez que el espíritu demoníaco del hombre; y una vez conjurado y puesto en fuga su dios, el poeta sacerdote callará para siempre. Así pues, los demonios, sobre los cuales aceptan que deben ser expulsados, y los dioses, a los cuales suplican, son lo mismo. Y si piensan que no se nos debe creer a nosotros, que crean a Homero, quien identificó a aquel gran Júpiter con los demonios[148], y a otros poetas y filósofos que llaman a los mismos unas veces demonios y otras veces dioses, de lo cual una cosa tiene que ser falsa y otra verdadera. Y es que esos nefastos espíritus, cuando son conjurados, se reconocen a sí mismos como demonios y, cuando son invocados, se fingen dioses, para engañar a los hombres y apartarlos del auténtico conocimiento de Dios, que es el único que puede evitar la muerte eterna. Igualmente son demonios aquellos que, para perder al hombre, crearon para sí diferentes cultos a lo largo de diversas regiones, tomando nombres fingidos para engañar. Y es que, como no podían atribuirse la divinidad por sus propios poderes, se dieron a sí mismos nombres de reyes poderosos, bajo cuyos títulos reivindicaron para sí honores divinos. Pero este error puede ser erradicado y la verdad sacada a la luz. Efectivamente, si alguien se preocupa por investigar más profundamente, que congregue a esos cuya pericia consiste en sacar las almas de entre los muertos; que llamen a Júpiter, Neptuno, Vulcano, Mercurio, Apolo y al padre de todos ellos, Saturno: responderán todos desde los infiernos, hablarán si se les pregunta y confesarán la verdad sobre ellos mismos y sobre Dios. Tras ello, que llamen a Cristo: no vendrá, no aparecerá, porque no estuvo nada más que dos días entre los muertos. ¿Qué prueba más cierta puede darse? Yo, por mi parte, no dudo de que Trismegisto[149] llegó a la verdad con algún razonamiento, ya que sobre el padre lo dijo todo, y sobre el hijo, mucho de lo contenido en los secretos divinos.

Dado que esto es como hemos dicho, está claro que el hombre no tiene otra esperanza de vida que, tras abandonar las vanidades y el mísero error, conocer y

Diferencia entre religión y superstición

servir a Dios; que renunciar a esta vida temporal y dedicarse, a partir del instrumento del bien, a la práctica de la verdadera religión. Nacemos, en efecto, con esta condición: para ofrecer al Dios que nos ha engendrado el justo y debido culto, para conocerle a él solo y seguirle. Con este vínculo de piedad estamos atados y ligados a Dios: de ahí el término «religión», que no toma su significado, como interpreta Cicerón, de *releyere* («escoger»), según dijo en el libro segundo del *Sobre la naturaleza de los dioses* con estas palabras: «No sólo los filósofos, sino también nuestros antepasados separaron la superstición de la religión. Efectivamente, aquellos que suplicaban e inmolaban todos los días para que sus hijos pervivieran (fueran *superstites*) fueron llamados supersticiosos**[150]**, mientras que aquellos que seleccionaban y, por así decir, escogían todo lo que se refería al culto de los dioses, fueron llamados, a partir de *relegere* (escoger), religiosos, de la misma forma que llamamos elegantes a los que eligen, diligentes a los que actúan con diligencia, e inteligentes a los que entienden. En todos estos términos subyace el mismo significado de "coger" **[151]** que subyace en el de "religión". De esta forma sucede que en el caso del supersticioso recurrimos a un término negativo y en el del religioso a uno de significado positivo»**[152]**. La propia realidad nos permite conocer hasta qué punto esta interpretación es absurda; efectivamente, si tanto la superstición como la religión consiste en adorar a los mismos dioses, la diferencia entre una y otra es muy pequeña o nula. Pues ¿qué causa se me va a dar a mí que explique que pedir por la salud de los hijos una sola vez es propio de un hombre religioso, mientras que pedir eso mismo diez veces es propio de un supersticioso? Si hacerlo una vez es cosa muy buena, ¿cuánto más lo será hacerlo muchas veces? Si es bueno hacerlo a primera hora del día, también lo será hacerlo durante todo el día; y si una ofrenda puede aplacar, mucho más aplacarán muchas ofrendas, ya que la multiplicación de regalos merece más que ofende. A mí, en efecto, no me parecen odiosos, sino más bien apreciables, aquellos siervos que asidua y frecuentemente hacen obsequios. ¿Por qué entonces va a ser culpable y va a recibir una designación rechazable aquel que ama más a sus hijos o que honra más a los dioses, mientras que va a ser alabado aquel que los quiere y honra menos?

Y este argumento también vale dándole la vuelta: si hacer preces y sacrificios todos los días es vicioso, también lo será hacerlo una vez; si desear constantemente que sobrevivan los hijos es vicioso, también será supersticioso

aquel que lo desea raras veces. O ¿es que el término para el vicio se ha sacado de aquello que es lo más honesto y más deseable? Efectivamente, en lo que se refiere a eso que dice de que «se llaman religiosos, de *relegere*, aquellos que seleccionan diligentemente todo lo relativo al culto de los dioses», ¿por qué entonces aquellos que practican eso muchas veces al día van a perder el nombre de religiosos, si con la propia repetición de los actos eligen ciertamente con mucha más diligencia las formas con que se honra a los dioses?

¿Qué decir, pues? Sin duda que la religión alude a un culto verdadero y la superstición a un culto falso. Y en términos absolutos, que lo que interesa es qué adoras y no cómo o con qué preces. Lo que pasa es que, como los adoradores de los dioses se consideran a sí mismos religiosos, cuando en realidad son supersticiosos, no pueden diferenciar la religión de la superstición, ni comprender el significado de las palabras. Dijimos que el término religión significa atadura de piedad, ya que Dios ata al hombre a sí mismo y le ata con la piedad, ya que debemos servirle como señor y complacerle como padre. Por ello, pues, interpretó mejor el significado de este término Lucrecio, cuando dijo que él «desataba los nudos de la religión»[153]. Y son llamados supersticiosos, no aquellos que desean que sus hijos sobrevivan (sean *superstites*) —cosa que todos deseamos—, sino aquellos que adoran el recuerdo supérstite de los muertos o que adoran en casa, en honor de sus antepasados, las imágenes supérstites de aquéllos como a dioses penates. Efectivamente, a aquellos que adoptaban nuevos ritos para adorar como a dioses a hombres muertos, de los cuales pensaban que habían sido recibidos en el cielo, los llamaban supersticiosos, mientras que a aquellos que adoraban a los dioses públicos y antiguos los llamaban religiosos. De ahí lo de Virgilio: «Superstición vana y desconocedora de los dioses antiguos»[154]. Ahora bien, como ya hemos descubierto que también los dioses antiguos fueron igualmente divinizados tras su muerte, hay que concluir que son también supersticiosos quienes adoran a muchos y falsos dioses, y que nosotros, que rogamos al único y verdadero Dios, somos religiosos.

Unidad del padre y del hijo

Quizás alguien se pregunte cómo es posible que, tras decir que nosotros adoramos a un solo Dios, afirmemos, sin embargo, que hay dos: Dios padre y Dios hijo. Esta afirmación hace caer en un gran error a muchos que, si bien consideran que todo lo demás que decimos es probable, piensan que sólo en esto nos hemos equivocado, ya que hablamos de otro Dios, incluso mortal.

Sobre su mortalidad ya hemos hablado. Hablemos ahora de su unidad. Cuando decimos «Dios padre» y «Dios hijo», no nos referimos a dioses distintos, ni separamos el uno del otro, ya que ni el padre puede ser separado del hijo, ni el hijo del padre, por cuanto ni el padre puede ser llamado padre sin el hijo, ni el hijo puede ser engendrado sin el padre. Así pues, si el padre hace al hijo y el hijo al padre, ambos tienen una sola mente, un solo espíritu, una sola substancia: lo que pasa es que aquél es como una fuente exuberante y éste como un río que sale de ella; aquél, como el sol, y éste como un rayo que sale del sol. Y éste, como es fiel y querido del sumo padre, no se separa de él, como no se separa el arroyo de la fuente, ni el rayo del sol, ya que el agua de la fuente está en el arroyo y la luz del sol en el rayo; de igual forma, tampoco se puede separar la voz de la boca, ni la fuerza o la mano del cuerpo. Así pues, cuando los profetas llaman a Cristo mano, fuerza o palabra de Dios, no hay ninguna diferencia, ya que tanto la lengua, oficiante de la palabra, como la mano, portadora de la fuerza, son partes inseparables del cuerpo.

Podemos recurrir a un ejemplo más apropiado. Cuando alguien tiene un hijo y sólo a él ha escogido como partícipe de sus bienes, aunque el hijo esté en la casa y bajo la potestad del padre y se dé a éste el título y la potestad de señor, sin embargo, en derecho civil, hay una sola casa y un solo señor. De la misma forma, este mundo es la única casa de Dios, y el padre y el hijo, que habitan juntos en este mundo, son un solo Dios, ya que uno equivale a los dos y los dos equivalen a uno. Y esto no es extraño, ya que el hijo está en el padre, porque el padre ama al hijo, y el padre en el hijo, porque éste obedece fielmente la voluntad del padre y nunca hace ni ha hecho otra cosa que la voluntad y mandatos del padre.

Finalmente, que tanto el padre como el hijo son un solo Dios lo demuestra Isaías en el ejemplo que pusimos más arriba con estas palabras: «Te adorarán y suplicarán, porque sólo en ti está Dios y no hay otro Dios que tú»[155]. Y en otro lugar dice igualmente: «Así dice el Dios rey de Israel y el Dios eterno que lo creó: “Yo soy el primero y el último, y fuera de mí no hay otro Dios”»[156]. Si bien habla al principio de dos personas, la del Dios rey, es decir, Cristo, y la del Dios padre, que sacó al primero de entre los muertos tras la pasión —tal como dijimos que mostró el profeta Oseas con estas palabras: «Y le sacaré de las garras del otro mundo»[157]—, sin embargo añadió, refiriéndose a ambas personas: «Y fuera de mí no hay otro Dios», cuando pudo haber dicho «fuera de nosotros»; pero no era justo separar tan gran unión con un plural. Y es que es

uno, solo, libre, Dios sumo, sin origen, ya que él mismo es el origen de todas las cosas y en él están al mismo tiempo el hijo y todas las cosas. Por lo cual, si la mente y voluntad de uno están en el otro o, más bien, son una sola en ambos, con razón uno y otro es llamado Dios único, ya que lo que hay en el padre pasa al hijo y lo que hay en el hijo procede del padre. No puede, pues, el sumo y singular Dios ser adorado sino a través del hijo. Quien adora sólo al padre y no al hijo, de la misma forma que no adora al hijo, tampoco adora al padre. Pero quien acepta al hijo y lleva su nombre, adora, juntamente con el hijo, también al padre, ya que el hijo es el legado, el mensajero y el sacerdote del sumo padre. Él es la puerta del gran templo, el camino de la luz, el guía de la salud, la entrada de la vida.

Herejías y cismas entre los cristianos

Pero dado que ha habido muchas herejías y que el pueblo de Dios se ha visto escindido por las asechanzas de los demonios, debemos delimitar brevemente la verdad y colocarla en su sitio, para que, si alguien desea beber del agua de la vida, no se acerque a fuentes secas que no tienen manantial, sino que conozca la fecundísima fuente de Dios, con cuya agua tendrá luz eterna. Ante todo conviene que sepamos que él mismo y sus discípulos profetizaron que iba a haber muchas sectas que rompieran la concordia de este santo cuerpo, y conviene saber que nos aconsejaron que procuráramos con mucha prudencia no caer en los lazos y engaños de aquel enemigo nuestro con el que Dios quiso que lucháramos; y que entonces nos dieron preceptos concretos que deberíamos guardar para siempre. Pero muchos, olvidándose de esos preceptos, tras abandonar el camino de Dios, se han buscado caminos desviados a través de rodeos y precipicios, a través de los cuales han conducido hacia las tinieblas a parte del pueblo incauto y simple. Voy a exponer ahora cómo sucedió esto.

Hubo algunos de los nuestros que, ya porque tenían una fe poco estable, ya porque estaban poco instruidos o eran poco precavidos, provocaron una ruptura de la unidad y separaron a la Iglesia. Aquéllos, cuya fe era resbaladiza, simulando conocer y adorar a Dios, pero intentando únicamente aumentar sus riquezas y gloria, aparentaban ostentar el sacerdocio máximo. Y derrotados por los buenos, prefirieron separarse con sus secuaces antes que soportar como jefes a aquellos a los que hubieran deseado tener bajo su mando[158]. Otros cuantos, en cambio, no suficientemente instruidos en las letras divinas, al no poder responder a los acusadores de la verdad cuando éstos decían que era imposible o incongruente que Dios se encerrara en el vientre de una mujer, y

que aquella majestad celestial no pudo llegar a tal extremo de debilidad como para servir de desprecio, burla, rechazo y chanza de los hombres, y como para tener que soportar al fin tormentos y ser clavado en execrable patíbulo, como no podían rechazar ni refutar con su talento ni con sus conocimientos estos argumentos —y es que no veían en absoluto ni el sentido ni la razón de todo esto—, se apartaron del camino recto y rechazaron los escritos divinos, para prepararse una nueva doctrina sin ninguna base ni estabilidad[159]. Otros, a su vez, engañados por los vaticinios de falsos profetas, sobre los cuales ya habían hablado los auténticos profetas y el propio Cristo, se alejaron de la doctrina de Dios y abandonaron la tradición verdadera[160]. Todos ellos, enredados en los engaños demoníacos —engaños que debieron ver y precaver—, abandonaron por imprudencia el nombre y el culto divino. Efectivamente, en cuanto se llaman frigios[161], novacianos[162], valentinianos[163], marcionitas[164], antropianos[165] o cualquier otra cosa, dejan de ser cristianos, ya que, perdido el nombre de Cristo, adoptaron términos referidos a hombres y extraños a aquél. Así pues, la única Iglesia católica es la que conserva el culto verdadero: ella es la fuente de la verdad, la sede de la fe, el templo de Dios; si alguien no entra en ella o se sale de ella, está lejos de la esperanza de vida y salvación. A nadie le conviene, pues, condescender con los pertinaces enemigos, ya que está en juego la vida y la salvación, las cuales —si no se mira con cuidado y diligencia por ellas— terminarán por perderse y desaparecer. De todas formas, como cada uno de los grupos heréticos afirma que él es el más cristiano y que su Iglesia es la católica, hay que saber que la verdadera Iglesia católica es aquella en la que se mantiene la confesión y La penitencia, y la que perdona los pecados y heridas a los que está sometida la debilidad de la carne.

Esto lo he dicho en pocas palabras con la única intención de hacer una amonestación, para que nadie, en su deseo de abandonar el error, caiga en uno mayor por no conocer los secretos de la verdad. En otro momento, y en una obra distinta y expresamente dedicada a ello, refutaré con plenitud y abundancia todas estas sectas de mentirosos[166].

Lo que procede ahora es que, dado que ya he escrito bastante sobre la verdadera religión y sabiduría, hablemos, en el libro siguiente, del bien.

LIBRO V

SOBRE EL BIEN

Justificación del estilo y de la unión entre elocuencia y religión

No dudo de que si alguno de esos necios supersticiosos se acerca a esta obra mía, en la que se afirma la existencia de un solo creador de las cosas y de un solo rector de este inmenso mundo, la maldecirá incluso, puesto que están nerviosos a causa de su enorme superstición; pero una vez que haya leído el comienzo de la misma, quizás se aflija, desprecie y maldiga a sí mismo; y si lee o escucha con paciencia, comprenderá que está contaminado y afectado por imperdonable crimen. A ese posible lector, sin embargo, yo le pido, si es que puede ser, en aras de su calidad de hombre, que no condene hasta que no lo conozca todo. Y es que, si se da a los sacrílegos, traidores y envenenadores la posibilidad de defenderse y no se puede condenar de antemano a nadie sin conocer la causa, no debe parecer a nadie que no tengo razón al pedir que, si alguien se acerca a esta obra mía, la lea totalmente, si es que la lee; y que, si la escucha, pronuncie su sentencia sólo al final. Pero yo conozco la tozudez de los hombres y nunca conseguiré eso. Tienen, en efecto, miedo de que, vencidos por nosotros, se vean obligados a ceder en algún momento ante la presión de la verdad. Hacen ruido, pues, y se ponen de espaldas, para no oír, y cierran sus ojos para no ver la luz que les ofrecemos: con ello están sin duda dando pruebas de la desconfianza que tienen en su propia causa ya perdida, ya que no se atreven ni a conocer nuestras razones, ni a enfrentarse a nosotros, porque saben que serán fácilmente superados. Y por ello, dejando a un lado la discusión, «prescinden de las razones y recurren a la fuerza», como dice Ennio[1]'. Y, dado que su afán es condenar como culpables a los que saben que son inocentes, no quieren tener constancia de esa inocencia: como si fuera mayor injusticia

condenar a los que se ha probado que son inocentes que a aquellos cuya inocencia no se quiere escuchar. Pero, tal como he dicho, tienen miedo de que, si los escuchan, no puedan condenarlos, y por ello atormentan, matan y exterminan a los adoradores del Dios sumo, es decir, a los hombres justos. Y esos mismos que odian con tanta fuerza no pueden dar las razones de su odio: como ellos están en el error, odian a los que siguen el camino verdadero y, en lugar de corregirse, como podían hacerlo, acumulan crueles acciones sobre sus errores, se manchan con la sangre de inocentes y atormentan a las almas entregadas a Dios, tras haber destrozado los cuerpos.

Con ellos pretendo discutir y disputar ahora[2] y llevarlos desde sus necias convicciones hacia la verdad, a pesar de que beben con más facilidad la sangre que las palabras de los justos. ¿Qué hacer, pues? ¿Estoy perdiendo el tiempo? De ninguna forma. Y es que, si bien no podemos librar a éstos de la muerte, hacia la cual se lanzan obstinadamente, si no podemos sacarlos de su desviado camino y llevarlos a la vida y a la luz, puesto que reniegan de su propia salvación, sí daremos, sin embargo, fuerza a aquellos de los nuestros cuya convicción no es estable ni está fundada ni basada en sólidas raíces. Y es que son muchos los que se tambalean, sobre todo aquellos que son un poco cultos. Efectivamente, los filósofos, oradores y poetas son perniciosos, precisamente porque pueden fácilmente enredar a las mentes incautas con la suavidad de su palabra y de los poemas compuestos con dulce ritmo.

Por este motivo, yo he querido unir la sabiduría y la religión: por un lado, para que la vana religión no pueda ser un obstáculo para los estudiosos; por otro, para que los conocimientos de las letras no sólo no sean nocivos para la religión y el bien, sino, todo lo contrario, para que sean útiles, con tal de que el que los tenga esté instruido en las virtudes y sea conocedor de la verdad. En todo caso, si a otros no les sirve, a mí ciertamente si: la conciencia se deleitará y la mente gozará por moverse en la luz de la verdad, ya que así se empapa el alma de alimento con una especie de increíble alegría.

Pero no hay que desesperar: quizás «no estemos cantando para sordos»[3]. La situación, en efecto, no está en tan mal estado que falten mentes sanas a las que guste la verdad y que, una vez que se les muestre el camino de la rectitud, lo vean y sigan, con tal de que el vaso de la sabiduría vaya endulzado con miel celestial, para que los ignorantes puedan beber sin disgusto los amargos remedios, ya que el dulzor primero hace atractiva amargura del sabor áspero ocultándolo bajo la apariencia de dulzura. Y es que ésta es fundamentalmente la

causa de que carezcan de fiabilidad las Sagradas Escrituras entre los sabios, cultos y principales de este mundo: que los profetas, como quiera que hablaban al pueblo, lo hicieron con un lenguaje común y sencillo; como consecuencia, son despreciados por aquellos que no quieren oír ni leer sino cosas lindas y elocuentes, y cuyas mentes no pueden aceptar nada que no agrade a sus oídos con dulces sonidos; lo que les parece sórdido, lo consideran vano, absurdo y vulgar. Hasta ese punto consideran que no hay nada verdadero, salvo lo que les es suave al oído; ninguno estima las cosas por la verdad en ellas encerrada, sino por su fama. Así pues, no sólo no creen en las cosas divinas porque carecen de una forma bonita, sino que tampoco creen a los que las interpretan, ya que o bien son totalmente ignorantes o bien poco cultos. Y es que sucede muy pocas veces que los intérpretes de las Escrituras sean excesivamente elocuentes; y es muy clara la razón de ello: la elocuencia sirve a este mundo; procura campar entre el vulgo y agradar incluso en las cosas malas, ya que muchas veces intenta saltar por encima de la verdad, con tal de mostrar su fuerza; busca riquezas, desea honores, anhela en fin el mayor escalón de la gloria. Como consecuencia, desprecia las Sagradas Escrituras por humildes, huye de lo antiguo por ser contrario a ella, ya que intenta agradar al oído del vulgo y desea que escuchen muchos y con frecuencia.

De aquí se sigue que la sabiduría y la verdad estén necesitadas de una forma idónea. Y si casualmente se dedicaron a ellas algunas personas cultas, éstas no se bastaron para defenderlas. Entre las que yo conozco, se encuentra Minucio Félix, abogado no desdeñable entre los de su ciudad; su libro, que lleva por título *Octavio*, apunta lo buen defensor de la verdad que hubiera podido ser si se hubiese entregado totalmente a esta misión. También Septimio Tertuliano fue persona ducha en todo tipo de letras, pero en la elocuencia fue poco ágil, menos elegante y muy oscuro; como consecuencia, ni siquiera él consiguió celebridad. Así pues, el único importante y famoso fue Cipriano, ya que había conseguido gran fama en su profesión del arte oratoria y escribió aún muchas cosas admirables en este género suyo; era, en efecto, de talento ágil, abundante y suave y —lo que es la mayor virtud de la palabra— claro, de forma que no se puede distinguir fácilmente si era más elegante al hablar, o más acertado al explicar, o más persuasivo al convencer; éste, sin embargo, prescindiendo de sus palabras, no puede agradar a los que desconocen el misterio, ya que lo que escribió es de contenido místico con la única finalidad de que fuera leído sólo por los fieles; finalmente, suele ser objeto de burla por parte de los sabios de

este mundo que casualmente conocieron sus escritos: yo oí a una persona, ciertamente elocuente, que le llamaba, cambiando una letra, Copriano[4], como si hubiese dedicado su talento, elegante y apropiado para cosas mejores, a componer fábulas de viejas. Y si le ocurrió esto a Cipriano, cuya elocuencia era digna, ¿qué pensamos que les ocurrirá a aquellos cuyo lenguaje era seco y desagradable? Éstos no pudieron tener ni fuerza persuasiva, ni sutileza de argumentación, ni en absoluto ninguna agudeza para refutar.

Primeros autores de obras contra los cristianos

Así pues, puesto que faltaron entre nosotros doctores idóneos y cultos que refutaran con vehemencia y agudeza los errores de la gente y que defendieran elegante y abundantemente toda la causa de la verdad, esta escasez provocó en algunos la osadía de escribir en contra de la verdad que desconocían. Paso por alto a aquellos que la denigraron en vano en los primeros tiempos[5].

Mientras yo enseñaba la elocuencia, tras haber sido llamado a Bitinia[6], al ocurrir en aquel tiempo la destrucción del templo de Dios[7], hubo allí dos que atacaron a la verdad, que estaba por los suelos y postrada, no sé si por soberbia o por aprovechar la ocasión.

Uno de ellos[8] se reconocía a sí mismo como prócer de la filosofía, pero era en realidad tan dado a los vicios que ese maestro de la continencia ardía no menos en avaricia que en placeres; era tan suntuoso en la comida que ese defensor de la virtud y ensalzador de la moderación y pobreza en la escuela, comía en su casa mejor que en palacio. Sin embargo, ocultaba sus vicios con los cabellos, con la túnica y con lo que es el colmo de las tapaderas, las riquezas, para aumentar las cuales se granjeaba con admirable habilidad la amistad de los jueces y los comprometía con él sirviéndose de nombre falso: de esta forma, no sólo vendía sus sentencias, sino que incluso a aquellos a los que expulsaba de sus casas y campos les impedía, con este poder, reclamar sus territorios. Pues bien, éste, que destruía sus razonamientos con su forma de vida o que acusaba a su forma de vida con sus razonamientos, éste, que era duro censor y acérrimo acusador de sí mismo, en esa misma época en que el pueblo de Dios era malvadamente perseguido, vomitó tres veces contra la religión y el nombre cristianos, diciendo que «la obligación del filósofo es, por encima de todo, ir contra los errores de los hombres y hacer volver a éstos al camino verdadero, es decir, al culto de los dioses, por cuya providencia y majestad está regido el

mundo; y no permitir que los hombres ignorantes sean enredados por los engaños de unos pocos para que su simpleza no sea presa y pasto de hombres astutos; que, por ello, él había asumido esta carga digna de un filósofo: la de ofrecer la luz de la sabiduría a los que no ven, no sólo para que recobren la salud tras aceptar el culto de los dioses, sino también para que, abandonada su pertinaz obstinación, eviten los tormentos corporales y no quieran soportar en vano las crueles laceraciones de sus miembros». Y para que quedara claro por qué había compuesto esta obra, se deshizo en alabanzas de los príncipes, «cuya piedad y providencia», como él mismo decía, «se habían distinguido en otras muchas cosas, pero sobre todo en la defensa de las religiones de los dioses: y es que por fin había habido preocupación por las cosas humanas, para que, rechazada la impía y vana superstición, todos los hombres pudieran dedicarse a los ritos legítimos y pudieran experimentar la buena disposición de los dioses para con ellos»[9]. Pero cuando quiso debilitar las razones de la religión contra la cual hablaba, se mostró inepto, vano y ridículo, ya que ese sesudo defensor de la utilidad ajena no sabía no sólo qué argumentos oponer, sino ni siquiera qué decir. Efectivamente, en las ocasiones en que asistió a sus argumentaciones alguno de los nuestros, éste, si bien asentía en aras de la oportunidad, se reía sin embargo para sus adentros, ya que estaba viendo a un hombre que anunciaba que iba a iluminar a otros cuando él mismo estaba ciego; a un hombre que anunciaba que iba a sacar a otros del error, cuando él no sabía dónde ponía los pies; que iba a instruir a otros en la verdad, cuando él ni siquiera había visto en ningún momento ni una sola chispa de la misma, ya que él, que profesaba la sabiduría, se estaba esforzando por aplastarla. De todas formas, todos le echaban en cara esto: el hecho de que emprendiera esta obra precisamente en el momento en que enloquecía la odiosa crueldad de la persecución. ¡Oh filósofo adulador y esclavo del tiempo! De todas formas, a cambio de su vanidad, cayó en el mayor de los desprecios, ya que no consiguió la gracia que esperaba, y, por otro lado, la gloria que consiguió se convirtió en culpa y acusación.

El otro[10], que era entonces juez y fue el principal protagonista de la persecución, escribió con más mordacidad sobre el mismo tema: y no contento con sus criminales acciones, persiguió también con escritos a aquellos a los que había atormentado. Compuso en efecto dos libelos, no contra los cristianos, para no dar la impresión de que los perseguía como enemigos, sino para los cristianos[11], para que se pensara que se preocupaba humana y benévolamente de ellos; con estos libelos intentó acusar de falsas a las Sagradas Escrituras,

basándose en que estaban totalmente llenas de contradicciones. Efectivamente, expuso alunos capítulos que eran aparentemente contradictorios, enumerando tantos detalles, que da la impresión de que había sido en otro tiempo maestro de la Biblia. Si realmente lo fue, ¿qué Demóstenes podrá defenderle de la acusación de impiedad, si se había convertido en traidor de la religión a la cual había pertenecido, de la fe cuyo nombre había asumido, y del misterio que había aceptado? Pero si lo que sucedió fue que las Sagradas Escrituras llegaron casualmente a sus manos, ¿qué temeridad es esa de atreverse a rechazar aquello que nadie le había explicado? De todas formas, supongamos o bien que no aprendió nada, o bien que no entendió nada; cualquiera de ambas cosas nos vale, porque tan lejos están las Sagradas Escrituras de contradicción cuanto él lo está de la fe y de la verdad. A pesar de todo, atacó principalmente «a Pablo y Pedro y a los demás discípulos como sembradores de mentiras», diciendo, sin embargo, de ellos mismos, «que fueron ignorantes e incultos, ya que algunos de ellos se ganaban la vida pescando»: como si le sentara mal que aquella religión no hubiese sido inventada por un Aristófanes o un Aristarco[12].

Refutación de los argumentos de Hierocles

Carecieron, pues, los cristianos de voluntad y arte para fingir, ya que eran incultos; ¿qué inculto podía inventarse ideas aptas relacionadas entre sí y coherentes, cuando los más sabios filósofos, como Platón, Aristóteles, Epicuro y Zenón, enseñaron cosas chocantes y contradictorias entre sí? Y es que ésta es la característica natural de los mentirosos: el no poder ser coherentes. La tradición, sin embargo, de los cristianos, puesto que es verdadera, cuadra en todas las partes, es absolutamente coherente consigo misma y convence precisamente porque se apoya en razonamientos inmutables. No se inventaron, pues, esta religión para su propio lucro y comodidad, ya que con su enseñanza y práctica siguieron una vida que carece de placeres y que desprecia todo lo que es tenido por bueno; y también porque no sólo soportaron la muerte por la fe, sino que incluso sabían que iban a morir y predijeron que, posteriormente, iban a soportar nefandas crueldades todos aquellos que siguieran su doctrina.

El mismo Hierocles afirmó que «el propio Cristo, huido de entre los judíos, reunió un grupo de novecientos hombres y se dedicó a hacer rapiñas». ¿Quién se atreverá a oponerse a tan gran autoridad? Creámosle plenamente, porque quizás algún Apolo le anunció esto en sueño. Es verdad que durante todos los tiempos han sido ejecutados muchos ladrones y que tú mismo has condenado a muchos; pero ¿cuál de ellos, tras ser crucificado, ha sido llamado, no diré que

Dios, sino simplemente hombre? Pero tú quizás creíste eso porque vosotros mismos adoráis como dios al homicida Marte, cosa que no hubieseis hecho si los areopagitas le hubiesen suspendido en la cruz[13].

El mismo Hierocles, en su intento de desprestigiar los milagrosos hechos de Cristo, sin atreverse sin embargo a negarlos, pretendió demostrar que «Apolonio había hecho cosas parecidas o mayores»[14]. Es extraño que se haya olvidado de Apuleyo, del que se suelen recordar muchos y maravillosos hechos. Pues bien, ¿por qué, oh cabeza loca, nadie adora a Apolonio como dios? A menos que lo adores tú solo, que eres digno de ese dios, en compañía del cual te castigará para siempre el verdadero Dios. Si Cristo es un mago porque hizo milagros, Apolonio, que, como tú dices, «se convirtió de repente en invisible ante el tribunal, cuando Domiciano quiso castigarle», es mucho más hábil que aquel que fue prendido y crucificado. Aunque quizás pretendió resaltar la insolencia de Cristo llamando la atención sobre el hecho de que se proclamó a sí mismo Dios; así da la impresión de ser mucho más modesto aquel que, a pesar de haber hecho cosas mayores, según él piensa, no se atribuyó a sí mismo la naturaleza divina. Paso ahora por alto la comparación entre las obras de Cristo y las de Apolonio, ya que en el libro segundo y en el anterior a éste[15] ya hablé del fraude y falacia del arte de la magia. Y lo que afirmo es que no hay ningún hombre que no desee sobre todo tener tras la muerte aquello que desean incluso los más grandes reyes. ¿Por qué, en efecto, los hombres se construyen sepulcros, estatuas e imágenes? ¿Por qué pretenden conseguir la estima pública con algunas acciones famosas o afrontando incluso la muerte por sus conciudadanos? ¿Por qué tú mismo has querido erigir este abominable monumento de tu ingenio, construido sobre la estolidez, como si lo estuviera sobre el fango, sino porque esperas que el recuerdo de tu nombre te dé la inmortalidad? Es de necios, pues, pensar que Apolonio no quiso aquello que sin duda hubiese deseado si hubiese podido, ya que no hay nadie que rechace la inmortalidad, máxime cuando él, según dices tú, «fue adorado por algunos como dios tras su muerte, y su estatua, erigida por los efesios bajo la advocación de "Hércules alejador de males", recibe todavía hoy culto». No pudo, pues, ser considerado como dios tras su muerte, porque era evidente que era hombre y mago, y pretendió ser dios tomando el nombre de otro, porque ni podía ni se atrevía a serlo con el suyo. Nuestro Cristo, sin embargo, pudo ser considerado como Dios porque no era mago, y de hecho lo fue porque realmente lo era.

«Yo no digo esto», dice, «para que parezca que Apolonio no fue considerado como dios porque no quiso, sino para que quede claro que nosotros, que no atribuimos inmediatamente la categoría de divinidad a los hechos milagrosos, somos más sabios que vosotros, que le considerasteis dios por insignificantes portentos». No es extraño que tú, que estás muy lejos de la sabiduría divina, no entiendas nada de lo que leíste, cuando los judíos, los cuales leyeron a los profetas desde el principio y a los cuales había sido confiado el misterio de Dios, no se daban cuenta de lo que leían. Sábete, pues, si es que tienes algo de cordura, que nosotros no le consideramos Dios porque hiciera milagros, sino porque en él se cumplieron todas las cosas que habían sido anunciadas por los profetas. Que hizo milagros: nosotros mismos le hubiésemos considerado mago, como vosotros le consideráis ahora y como le consideraron entonces los judíos, si los profetas no hubiesen anunciado, como consecuencia de una sola inspiración, que iba a hacer esos mismos milagros[16]. Así pues, nosotros le consideramos Dios no tanto por sus hechos y obras milagrosas como por aquella su propia cruz que vosotros laméis como perros, ya que también ella fue igualmente profetizada. Consiguientemente, la credibilidad de su carácter divino la consigue no por lo que él dice —¿a quién que diga cosas sobre sí mismo puede, en efecto, creerse?—, sino por lo que dicen los profetas, que profetizaron mucho antes todo lo que hizo y sufrió; esto no pudo ni puede sucederle nunca a Apolonio, a Apuleyo, ni a cualquiera de los magos.

Pues bien, Hierocles, tras haber divulgado todas estas delirantes ideas, producto de su ignorancia, y tras haber intentado aniquilar totalmente la verdad, tuvo la osadía de titular a sus nefastos y ateos libros como *Los amigos de la verdad*. ¡Oh corazón ciego! ¡Oh mente más ciega que, como suele decirse, las tinieblas cimerias![17]. Quizás fue éste discípulo de Anaxágoras, para el cual las nieves eran negras[18]; la misma ceguera es dar a la verdad el nombre de falsedad que dar a la mentira el de la verdad. Y es que este hombre artero pretendió ocultar un lobo bajo piel de oveja para poder enredar al lector con un título engañoso. Concedámoste, sin embargo, que hicieras esto sin darte cuenta y no por malicia; en definitiva, ¿qué verdad nos enseñaste sino que tú, tras defender a los dioses, al final los traicionaste? Efectivamente, en tu búsqueda de alabanzas para el Dios sumo, al que reconoces como rey, como el más grande, como autor de las cosas, como fuente de los bienes, como padre de todos y como autor y alimentador de los seres vivos, has quitado a tu Júpiter el

trono y le has reducido, tras expulsarle del sumo poder, a sirviente. Tu conclusión, pues, pone en evidencia tu estolidez, tu vanidad y tu error. Afirmas, en efecto, que los dioses existen y, sin embargo, los sometes y pones bajo el Dios cuya religión intentas destruir.

Método apologético utilizado

Dado que estos que acabo de citar divulgaron sus sacrílegas obras en mi presencia y para dolor mío, yo, pinchado por la altanera impiedad de ellos, por la conciencia de la propia verdad y, según creo, por Dios, emprendí la tarea de refutar con todas las fuerzas de mi talento a los acusadores del bien, y no para escribir contra éstos, que hubieran podido ser triturados con pocas palabras, sino para aniquilar de una sola vez y con un solo golpe a todos los que por todas partes hacen o hicieron lo mismo. No dudo, en efecto, de que otros muchos y en muchos lugares han dejado recuerdo de su maldad no sólo en lengua griega, sino también en latín. Y, como no podía responder a cada uno en particular, pensé que esta causa debía llevarla de la siguiente forma: refutar a los enemigos antiguos con todos sus escritos y quitar a los enemigos futuros toda posibilidad de escribir o de responder. Que presten sólo sus oídos: conseguiré sin duda que cualquiera que conozca esto que yo escribo acepte lo que antes condenó o bien —lo cual es mi primera etapa— deje al fin de reírse.

Si bien Tertuliano defendió esta misma causa en su libro titulado *Apologético*, sin embargo, dado que una cosa es responder a los acusadores —en cuyo caso la respuesta consiste en defenderse o en negar— y otra fijar nuestra actitud, que es lo que hago yo —en cuyo caso es necesario establecer la sustancia de toda nuestra doctrina[19]—, yo no he hecho mi obra en la línea que, de forma incompleta, siguió Cipriano en el discurso en que intenta refutar a Demetriano[20], el cual, como dice el mismo Cipriano, lanzaba una especie de ladridos y gritos contra la verdad. Cipriano no trató el tema como debió hacerlo: y es que Demetriano no debía ser refutado con testimonios de las Escrituras, a las que él consideraba como vanas, fingidas e inventadas, sino con argumentos racionales. Efectivamente, al tratar con una persona desconocedora de la verdad, debió, dejando un poco al lado los tratados divinos, formarle desde el principio como a un ignorante y mostrarle poco a poco los principios de la luz, para que no se deslumbrara al recibir toda la luz de golpe. Pues, de la misma forma que un niño no puede aguantar la fuerza de un alimento sólido y fuerte a causa de la delicadeza de su estómago, sino que es alimentado con leche líquida y ligera hasta que puede ser nutrido con alimentos más fuertes,

cuando ya ha adquirido fuerzas, así también hubiese convenido ofrecerle primero a éste —puesto que todavía no podía comprender argumentos divinos— testimonios humanos, concretamente de filósofos e historiadores, para que fuera refutado principalmente por sus propios autores. Y como Cipriano, arrastrado por su extraordinario conocimiento de las Sagradas Escrituras —hasta el punto de que sólo se contentó con los argumentos apoyados en la fe—, no hizo eso, yo, con la inspiración divina, he decidido hacerlo y dar al mismo tiempo a los demás un camino a imitar. Y si los hombres, enseñados e instruidos por estas recomendaciones, hubiesen empezado a acogerse a este método mío y hubiesen preferido aplicar su talento y fuerza oratoria en este campo de la verdad, nadie dudaría de que, al haberse convencido todos de que ésta es la única religión y, sobre todo, de que ésta es la única y verdadera sabiduría, las falsas religiones estarían a punto de desaparecer y toda la filosofía a punto de fenecer.

Pero me he apartado del tema más de lo que quería.

El bien ya existía en época de Saturno; pero cuando Saturno fue expulsado del reino, el bien desapareció

Ahora he de volver al tema propuesto: el bien. El bien es ya la propia virtud, ya la fuente misma de la virtud; fue buscado no sólo por los filósofos, sino también por los poetas muy antiguos que fueron considerados como sabios antes de que existiera el término filosofía. Éstos comprendieron perfectamente que el bien estaba ausente de las cosas humanas e imaginaron que, ofendido por los vicios de los hombres, había desaparecido de la tierra y emigrado al cielo[21]. Y para enseñar en qué consiste vivir de acuerdo con el bien —suelen dar, en efecto, sus preceptos por medio de rodeos— traen a colación ejemplos de vida recta de la época de Saturno, época a la que llaman dorada, y cuentan en qué estado se encontraba la vida humana cuando el bien moraba en la tierra. Esto debe ser tenido ciertamente, no como una invención, sino como algo verdadero.

Efectivamente, durante el reinado de Saturno, cuando todavía no se habían establecido los cultos a los dioses y aquella gente todavía no se había entregado a la creencia en los dioses, Dios sí era adorado. Y por ello no existían todavía ni disensiones, ni enemistades, ni guerras; «todavía la rabia no había desenvainado las locas espadas»[22], como dice Germánico César en su poema *Aratea*, «ni la discordia era conocida entre las pasiones»[23]; es más, ni siquiera entre los extraños; pero es que ni siquiera hubo espadas que desenvainar. Y es que, al existir y reinar el bien, ¿quién se iba a preocupar de la propia defensa, si nadie

le atacaba, o quién se iba a preocupar de dañar al prójimo, si nadie deseaba nada? «Preferían vivir contentos con una forma de vida sencilla», como dice Cicerón en su *Aratea*[24]. Y eso es propio de nuestra religión. «No estaba permitido ni siquiera marcar o dividir el campo con lindes; los bienes adquiridos eran comunes»[25], ya que Dios había dado la tierra en comunidad a todos, para que llevaran una vida en común, y no para que la rabiosa y loca avaricia lo quisiera todo para sí, y para que a nadie faltara lo que había nacido para todos. Estas palabras del poeta deben ser entendidas, no en el sentido de que pensemos que no existía en absoluto la propiedad privada, sino que debemos entenderlas, en su valor poético figurado, en el sentido de que los hombres eran tan liberales, que no escondían los frutos que les nacían, ni se entregaban ellos solos a bienes escondidos, sino que admitían a los pobres en la participación de los frutos del propio trabajo. «Corrían ya ríos de leche, ríos de néctar»[26], y no es extraño, ya que las ganancias de los buenos estaban generosamente a disposición de todos y la avaricia, que intercepta la llegada de los bienes divinos, no provocaba entre el pueblo hambre ni sed, sino que todos eran igualmente ricos, ya que los que tenían daban con largueza y abundancia a los que no tenían.

Pero una vez que Saturno fue expulsado por su hijo y, «huyendo de las armas de Júpiter y siendo un desterrado tras haberle sido arrebatado el trono»[27], fue echado al Lacio, cuando el pueblo, ya por miedo al nuevo rey, ya por espontánea depravación propia, dejó de adorar a Dios y empezó a tener por Dios a su rey, y cuando el propio Júpiter, poco menos que parricida, daba a los demás ejemplo de violación del cariño familiar, «la rectísima doncella[28] abandonó inmediatamente las tierras»[29]; pero esta doncella no «se asentó», como dice Cicerón, «en el reino de Júpiter ni en ninguna parte del cielo»[30]. Y es que ¿cómo podía ella asentarse o morar en el reino de aquel que había echado a su padre del trono, que le había perseguido con las armas, y que le había lanzado como desterrado por todo el orbe? «Él puso el malvado veneno en las negras serpientes y ordenó a los lobos depredar»[31], es decir, introdujo el odio, la envidia y el engaño en los hombres, para que fueran tan envenenados como las serpientes y tan depredadores como los lobos. Esto es realmente lo que hacen quienes persiguen a los justos y a los fieles de Dios, y quienes dan a los jueces la potestad de ensañarse con los inocentes. Quizás Júpiter hizo algo parecido para destruir y erradicar el bien y, por ello, dice la tradición que

enloqueció a las serpientes e incitó a los lobos. «Después siguió la rabia de la guerra y el deseo de posesión»[31bis]; y no sin razón; efectivamente, al ser erradicada la religión de Dios, los hombres perdieron la ciencia del bien y del mal; de esta forma, desapareció para los hombres la vida en común y se rompió la alianza de la sociedad humana. Entonces empezaron a enfrentarse entre sí, a insidiar y a buscarse la gloria matando a otros hombres.

La llegada de Júpiter coincide con el final de la edad de oro y del reinado del bien

La fuente de todos estos males era la ambición, cuyas raíces están concretamente en el desprecio a la verdadera majestad. Efectivamente, aquellos a los que correspondía algo no sólo no hacían partícipes a los demás de ello, sino que incluso robaban lo ajeno, reduciéndolo todo a interés privado; y lo que antes producía cada uno para uso común, ahora se acumulaba en la casa de unos pocos. Y para someter a los demás a la servidumbre, empezaron en primer lugar a sustraer y acumular las cosas necesarias para la vida y a custodiarlas sólidamente guardadas, para convertir los beneficios del cielo en propiedad suya: y esto lo hacían, no por benevolencia para con los demás hombres, benevolencia que no tenían, sino para apropiarse de todo lo que podía servir a su ambición y a la avaricia. Promulgaron incluso en su favor, y bajo la apariencia de justicia, leyes inicuas e injustas, mediante las cuales protegían sus rapiñas y avaricias contra los ataques de la muchedumbre. Como consecuencia, su poder se basaba tanto en su autoridad como en la fuerza, la riqueza y la maldad. Y, como en ellos no había ningún resquicio de bondad, cuyos oficios son la benevolencia, la equidad y la misericordia, se regodeaban en la soberbia e hinchada desigualdad y, con escolta, armas y suntuosos vestidos, se hacían a sí mismos superiores a los demás hombres. A raíz de ello, se inventaron para sí honores, púrpura y signos de poder, para, protegidos así por el terror a las hoces y espadas, dominar, casi con derecho de dueños, sobre los sometidos y aterrorizados.

En estas condiciones puso la vida del hombre aquel rey que, tras derrotar y poner en fuga a su padre, ocupó por la fuerza y con hombres armados, no un reino, sino una impía tiranía; y eliminó aquella época dorada y justa; y obligó a los hombres a ser malvados e impíos, apartándolos incluso de su propio Dios para llevarlos a la idolatría: esto es lo que trajo consigo el miedo a su poder extremadamente arrogante. Y es que ¿quién no iba a tener miedo de quien estaba ceñido de armas y rodeado del insólito fulgor del hierro y de las espadas? O ¿a qué extraño iba a respetar quien no había respetado ni siquiera a

su padre? ¿A quién iba a temer quien había derrotado en la guerra y aniquilado con la muerte al robusto y extraordinariamente fuerte pueblo de los Titanes? ¿Qué tiene de extraño que todas las gentes, apremiadas por insólito miedo, se entregaran a la adulación de uno solo? A él veneraban, a él concedían los máximos honores. Y, dado que la imitación de las costumbres y vicios del rey es considerada como un tipo de adulación, abandonaron todos la piedad, para no dar la impresión de que estaban reprochando al rey su crimen si vivían piadosamente. Corrompidos de esta forma por la constante adulación, abandonaron el derecho divino y el hábito de vivir impíamente se fue convirtiendo poco a poco en costumbre. Y ya no quedó nada de la honesta y virtuosa situación de la época anterior, sino que la expulsión del bien, expulsión que llevó consigo también la de la verdad, dejó a los hombres en el error, la ignorancia y la ceguera. Insensatos fueron, pues, los poetas cuando escribieron que el bien se refugió en el reino de Júpiter, ya que si el bien existió en la tierra en la época que llaman dorada, fue sin duda rechazado por Júpiter, que fue quien puso fin a la edad de oro.

Pues bien, el final de la edad de oro y la expulsión del bien no deben ser considerados, según dije, sino como el abandono de la religión divina, que es la única que consigue que el hombre ame al hombre; que éste sepa que los demás hombres están unidos a él por un vínculo de fraternidad, por cuanto «todos tienen a Dios como único padre»[32]; que el hombre comparta con los que no los tienen los beneficios de Dios y padre común; que no haga daño a ningún otro; que no oprima a ningún otro; que no cierre las puertas al huésped, los oídos al que suplica, sino que sea generoso, benéfico y liberal, cualidades regias, en opinión de Cicerón[33]. Esto es sin duda el bien, y en esto consistió la edad de oro, edad que en un primer momento, bajo el reinado de Júpiter, fue corrompida, y después, con la adoración a él mismo y a toda su descendencia y con la aceptación del culto a muchos dioses, fue totalmente erradicada.

El bien ha vuelto con Cristo, pero sólo para unos pocos; discusión sobre el bien y el mal

Pero Dios, como padre indulgentísimo que es, al acercarse el final de los tiempos, envió un mensajero que hiciera volver aquella vieja edad y bien, que habían sido expulsados, para que el género humano no se viera ajetreado por graves y constantes errores. Volvió, pues, una imagen de aquella edad de oro; y el bien volvió realmente a la tierra, aunque fue concedido sólo a unos pocos: este bien no es otra cosa que el piadoso y religioso culto al Dios único. Quizás a alguien le perturbe esta duda: ¿por qué, si éste es el bien, no fue

concedido a todo el género humano y por qué no se ha adherido a él todo el mundo? Éste es un motivo de gran discusión: ¿por qué Dios decidió que hubiera estas diferencias al dar el bien a la tierra? Ello ya lo he explicado en otro lugar[34], y lo explicaré siempre que haya oportunidad. Ahora me basta con apuntarlo brevemente: la virtud no puede ser reconocida si no tiene vicios en frente, o no puede ser perfecta si no es puesta a prueba por sus contrarios. Dios quiso, pues, que hubiera oposición entre el bien y el mal para que pudiéramos conocer la esencia del bien por oposición al mal, y la del mal por oposición al bien: la naturaleza de uno no se puede conocer si prescindimos del otro. Así pues, Dios dejó que existiera el mal para que se pudiese conocer la naturaleza del bien. Efectivamente, ¿cómo podría la paciencia mantener su sentido y su nombre si no hubiera nada que nos viéramos obligados a soportar? ¿Cómo podría ser digno de alabanza el devoto fiel a su Dios si no hubiera otro que intentara apartarle de su Dios? Y por ello permitió Dios que los malvados fueran poderosos, para que pudieran empujar hacia el mal; y que fueran muchos, para que la virtud, por su rareza, fuera un bien apreciado. Este mismo concepto lo expresó Quintiliano excelente y brevemente en la declamación titulada *La cabeza velada*[35], donde dice: «¿Qué virtud sería la inocencia si su rareza no le hubiese dado gloria? Mas, puesto que por naturaleza sucede que el odio, la ambición y la ira convierten en ciegos a aquellos de los que se apoderan, parece superior a las fuerzas humanas estar sin culpa. Por lo demás, si la naturaleza hubiese concedido a todos idénticas disposiciones de ánimo, la bondad no existiría». La veracidad de este hecho viene demostrada necesariamente por la propia razón: efectivamente, si la virtud consiste en oponerse con fortaleza a los males y a los vicios, está claro que sin mal y sin vicio no existiría ninguna virtud; y Dios, para convertirla en absolutamente perfecta, permitió que existiera su contrario para que pudiera medirse con él, ya que, al ser sacudida por los azotes de los males, adquiere estabilidad y, cuanto más fuertemente es golpeada, tanto más firmemente se robustece. Ésta es la causa por la cual, a pesar de que el bien ha sido enviado a los hombres, a esta edad nuestra no se la conoce sin embargo como la dorada, ya que Dios, para mantener la oposición que explica por sí sola el misterio de la divina religión, no erradicó el mal.

El bien podría ser patrimonio

Quienes piensan, pues, que no existe ningún justo tienen ante sus ojos la justicia, pero no quieren verla. Pues ¿qué otra cosa es describirla en los poemas o en todos los otros escritos,

de todos, si abandonaran el culto a los dioses

quejándose de su ausencia, cuando es facilísimo ser justos, si quieren? ¿Por qué pintáis para vosotros una justicia vana y pretendéis que caiga del cielo, como si tuviera forma y figura? La tenéis ante vuestros ojos: recibidla si podéis, colocadla en la sede de vuestro corazón, y no consideréis esto ni difícil ni anacrónico. Sed rectos y buenos, y la justicia que buscáis os seguirá espontáneamente; echad de vuestros corazones todo mal pensamiento, e inmediatamente volverá para vosotros aquella época dorada: y eso no lo podéis conseguir de otra forma que empezando a adorar al Dios verdadero. Vosotros, por el contrario, deseáis que el bien reine sobre la tierra mientras conserváis el culto a los dioses, y eso es imposible que suceda; pero es que tampoco pudo suceder en la época en que vosotros pensáis, puesto que, al no haber nacido todavía los dioses a los que impíamente adoráis, sólo existía necesariamente en la tierra el culto al único Dios, ese que rechaza la maldad y reclama la bondad, cuyo templo no son las piedras y el barro, sino el hombre mismo, que lleva la figura de Dios: ese templo no está adornado con los corruptibles regalos de oro y piedras preciosas, sino con los regalos eternos de las virtudes. Aprended, pues, si es que tenéis algo de sentido común, que los hombres son malos y perversos porque adoran a los dioses, y que todos los males aumentan cada día más en las situaciones humanas porque Dios, creador y rector de este mundo, ha sido abandonado, porque se han aceptado religiones impías en detrimento de la ley divina, y finalmente porque no dejáis que Dios sea adorado ni siquiera por unos pocos. Si fuera adorado sólo Dios, no habría disensiones ni guerras, ya que los hombres sabrían que son hijos de un solo Dios y que por ello están unidos por el sagrado e inviolable vínculo del parentesco divino; no se harían asechanzas, porque conocerían las penas que Dios tiene guardadas para los asesinos de las almas, ya que él ve los crímenes más secretos e incluso los propios pensamientos; no habría robos ni rapiñas si siguiendo la enseñanza divina los hombres hubiesen aprendido a contentarse con lo poco suyo y a preferir lo sólido y eterno a lo frágil y caduco; no habría adulterios, estupros, ni prostitución de mujeres, si todos supieran que Dios condena las apetencias que sobrepasan el deseo de engendrar; la necesidad no obligaría a las mujeres a profanar su pudor para ganarse el sustento de la forma más obscena, porque los hombres frenarían su pasión y las honestas y religiosas aportaciones de los ricos remediarían a los pobres. No existirían, pues, como he dicho, todos estos males en la tierra si todos juraran en común ser fieles a la ley de Dios, si todo el mundo se portara como se porta solamente nuestro pueblo.

¡Qué feliz y dorado sería el estado de las cosas humanas si moraran por todo el mundo la mansedumbre, la piedad, la paz, la inocencia, la equidad, la templanza y la fe! Finalmente, para gobernar a los hombres no harían falta tan numerosas y variadas leyes, porque para la bondad perfecta bastaría sólo la ley de Dios; ni harían falta las cárceles, ni las espadas de los gobernantes, ni el terror de los castigos, porque los saludables preceptos divinos, infundidos en los corazones humanos, inducirían espontáneamente a los hombres a la realización del bien. Ahora, sin embargo, los hombres son malos, porque ignoran la rectitud y el bien. Esto ya lo vio Cicerón; efectivamente, al hablar de las leyes, dice: «De la misma forma que el mundo, gracias a su única y misma naturaleza, está unido y soldado con todas sus partes en armonía consigo mismas, así todos los hombres, unidos entre sí por naturaleza, están en desacuerdo por su maldad y no entienden que son de la misma sangre y que están todos sujetos a una sola y misma tutela; si tuvieran esto presente, los hombres llevarían sin duda una vida semejante a la de los dioses»[36]. Ha sido, pues, el injusto e impío culto a los dioses el que ha introducido todos los males con que los hombres se aquejan mutuamente entre sí. Y no pudieron mantener entre ellos el recíproco respeto porque, cual hijos pérfidos y rebeldes, renegaron de Dios, padre común de todos.

La maldad de los paganos

A veces, sin embargo, se dan cuenta de que son malos, añoran la situación de épocas pasadas y reconocen que sus costumbres y méritos no son buenos: y al que sigue el camino recto no sólo no le aceptan ni reconocen, sino que incluso le odian ferozmente, le persiguen y tratan de eliminarle.

Supongamos entre tanto que no existe ese bien que nosotros perseguimos: ¿cómo lo recibirán, si llega eso que ellos consideran como el bien, ellos que torturan y matan a quienes ellos mismos reconocen como seguidores del bien —y que son realmente buenos, porque hacen obras buenas y justas—, cuando, aunque sólo mataran a los culpables, no serían dignos de que se acercara a ellos el bien, ya que éste abandonó la tierra única y exclusivamente porque se empezó a derramar sangre sobre ella?[37] . Con mucha menos razón llegará a ellos el bien, cuando matan a personas honradas y consideran como enemigos, y aun más que enemigos, a los propios seguidores del bien. En lo que se refiere a los enemigos, si bien se ataca con las armas y el fuego sus vidas, sus riquezas e hijos, sin embargo se perdona a los vencidos, suele haber lugar para clemencia e, incluso, aunque haya rienda suelta para la crueldad, no se permite

nada más que matar o reducir a la servidumbre. Pero lo que se hace contra los que no saben hacer mal es inenarrable y ninguna persona es considerada más culpable que aquel que es más inocente de todos. Así pues, se atreven a hablar de justicia los más malvados, los que superan a las fieras en ferocidad, los que exterminan al pacífico pueblo de Dios «como lobos salvajes en medio de una negra niebla, a los que ciega el furor implacable de su vientre»[38]. Pero a estos enemigos nuestros no los enloquece el furor de su vientre, sino el de su corazón; y no andan en medio de una negra niebla, sino en abiertas correrías depredadoras; ni el remordimiento de sus crímenes les impide nunca violar con su boca, empapada de sangre de inocentes cual fauces de bestias, el santo y piadoso nombre del bien. ¿Cuál diremos que es la causa principal de este odio tan grande y pertinaz? ¿Acaso que «la verdad engendra odio»[39], como dice el poeta inspirado casi por un soplo divino, o que les enrojece ser malvados en presencia de justos y buenos? ¿O ambas cosas a la vez? La verdad, en efecto, siempre es odiada, ya que quien peca quiere tener vía libre para pecar y piensa que la mejor forma de poder disfrutar con más seguridad del placer de sus malas acciones es no teniendo a nadie al que desagraden sus delitos. En consecuencia, tratan de extirparlos y erradicarlos totalmente al considerarlos como testigos de sus crímenes y maldad; y los consideran molestos para ellos, como si la vida de éstos les estuviera poniendo en evidencia, Pues ¿para qué tiene que haber hombres rectos inoportunos que, con su recta forma de vida, critican la corrupción general? ¿Por qué no son todos en la misma medida malos, ladrones, impúdicos, adúlteros, perjuros, avaros y fraudulentos? Mejor quitar de en medio a aquellos en cuya presencia da vergüenza vivir, a aquellos que si bien no culpan ni golpean el rostro de los pecadores con la palabra, porque callan, sí lo hacen con su propia forma de vida distinta. Y es que quien no opina como ellos parece que les está castigando. Y no es extraño que hagan esto contra los hombres, cuando contra el propio Dios, y por la misma causa, se sublevó incluso el pueblo al que se concedió la promesa y que le conocía: de esta forma, a los buenos les ha correspondido la misma suerte que al propio autor del bien.

Maltratan, pues, atormentan con rebuscados tipos de castigos y no se contentan con matar a los que odian, sino se ensañan también cruelmente con sus cuerpos. Y si algunos, por miedo al dolor o a la muerte o por su propia perfidia, reniegan de su juramento divino y aceptan los sacrificios paganos[40], son alabados y colmados de honores, para que los demás sean atraídos por su

ejemplo. Pero a quienes tienen en gran estima su fe y no renuncian al culto de su Dios, contra ésos se lanzan, cual sedientos de sangre, con todas las fuerzas de su ferocidad carnívora, y los llaman desesperados porque no se preocupan de su cuerpo: como si hubiera mayor desesperanza que la de atormentar y despedazar a aquel que sabes que es inocente. ¡Hasta tal punto no tienen pudor aquellos de los cuales se aparta todo sentido humano y retuercen contra los buenos los castigos que a ellos convendrían! Los llaman, en efecto, impíos, ellos que, naturalmente, son píos y limpios de sangre humana, cuando, si consideran sus propias acciones y las de aquellos a los que consideran como impíos, entenderán cuán falaces son y cuánto más dignos de todo eso que dicen y hacen contra los buenos. Y es que no es en nuestro grupo, sino en el suyo, donde hay siempre quienes bloquean los caminos con las armas en las manos; quienes ejercen la piratería por los mares; quienes preparan ocultamente venenos, si no pueden agredir abiertamente; quienes matan a sus mujeres para quedarse con su dote, o a sus maridos, para casarse con los amantes; quienes estrangulan a sus hijos o, si tienen un poco de piedad, los abandonan como expósitos; quienes no se abstienen de relaciones incestuosas con sus hijas, sus hermanas, su madre y con las sacerdotisas; quienes conspiran contra sus conciudadanos y patria; quienes no temen al saco[41]; finalmente, quienes cometen sacrilegios y despojan los templos de los dioses a los que adoran; y —por decir lo más suave y corriente— quienes andan a la caza de herencias, falsifican testamentos, aíslan o eliminan a los legítimos herederos; quienes prostituyen sus cuerpos por placer; quienes, olvidándose de su sexo rivalizan con las mujeres en debilidad; quienes manchan y profanan, contra toda honra, la parte más sagrada incluso de su cuerpo; quienes se castran con la espada para ser —lo cual es aún más vergonzoso— ministros religiosos[42]; quienes no respetan ni siquiera su vida, sino que venden su alma para que se consuma públicamente; quienes, si se sientan en el tribunal como jueces, condenan a los inocentes corrompidos por el dinero o dejan marchar impunemente a los culpables; quienes intentan comprar el propio cielo con sus encantamientos, como si la tierra no bastara para recoger su maldad.

Todos estos crímenes, insisto, y otros muchos son hechos por los adoradores de los dioses. ¿Qué lugar hay para la justicia entre tantos y tan grandes crímenes? Y eso que sólo he recogido unos pocos de entre muchos, no como acusación, sino como muestra. Quien quiera conocerlos todos, que coja en sus manos los libros de Séneca, veracísimo descriptor y durísimo acusador de las

costumbres y vicios públicos[43]. De todas formas, Lucilio describió resumida y brevemente esta tenebrosa forma de vida con estos versos: «Ahora, desde la mañana a la noche, en días festivos y en días de trabajo, el pueblo todo y toda la nobleza sin distinción se lanzan durante todo el día al foro, no se retiran nunca, se entregan todos a un único y solo afán y artimaña: poder hablar con cautela, discutir con engaños, rivalizar en lisonjas, simular ser honestos, tender asechanzas, como si todos fueran enemigos entre sí»[44].

A nuestro pueblo, sin embargo, cuya religión consiste totalmente en vivir sin pecado y sin mancha, ¿cuál de estas cosas se le puede achacar? Pues bien, al ver que ellos y los suyos hacen esas cosas que hemos descrito, y que nosotros, sin embargo, no hacemos otra cosa que lo recto y lo bueno, podían, si es que hubieran tenido sentido común, haber entendido, a partir de ello, que los que hacen el bien son piadosos y que ellos, que cometen cosas nefandas, son los impíos, y es que no puede suceder que quienes no se equivocan en todos los demás actos de su vida se equivoquen en el más importante, la religión, que es el vértice de todas las acciones: efectivamente, si se es impío en lo importante, también se es, como consecuencia, en todas las demás cosas. De la misma forma, tampoco puede suceder que quienes se equivocan en todas las acciones de su vida no se equivoquen también en la religión, ya que, si se es piadoso en lo importante, se seguirá el mismo tenor en las demás cosas. De ahí se sigue que, tanto en unos como en otros, se pueda conocer, por las características de las acciones que hacen, cuál es la condición de lo importante.

Los que adoran a los dioses, por muy honrados que sean, no son piadosos

Merece la pena conocer su piedad para que, a partir de sus acciones rectas y piadosas, pueda comprenderse que delitos cometen contra las leyes de la piedad. Y para que no pueda dar yo a nadie la impresión de que actuó incorrectamente, recurriré a un personaje de la poesía que constituya el ejemplo más grande posible de piedad[45]. Ese rey maroniano, «más justo que el cual en piedad y más valiente en la guerra y en las armas no había otro»[46], ¿qué testimonios de bondad nos dejó? «Había atado a las espaldas las manos de aquellos que iba a ofrecer en sacrificio a las sombras infernales, para extender así las llamas con la sangre de los muertos»[47]. ¿Qué más clemente, en un hombre piadoso como éste, que inmolar víctimas humanas a los muertos y alimentar el fuego con sangre humana, como si fuese aceite? Aunque quizás esto no fue un pecado del propio Eneas, sino del poeta, que cubrió a un

«hombre de insigne piedad»[48] con un crimen insigne. ¿Dónde está, pues, poeta, esa piedad que tantas veces alabas? He aquí que el piadoso Eneas «coge vivos a cuatro mozos, hijos de Sulmón, y a otros cuatro de Ufente, para inmolarlos como víctimas expiatorias a las sombras y para extender las llamas de la pira con la sangre de los prisioneros»[49]. ¿Por qué, entonces, cuando conducía al sacrificio a hombres encadenados, decía que él «quisiera conceder la libertad incluso a los vivos»[50], cuando mandaba matar como a animales a los que tenía vivos en su poder? Pero esto, como he dicho, no fue responsabilidad de Eneas, que quizás era un inculto, sino tuya: tú, que, a pesar de ser culto, no sabías en qué consistía la piedad, y creíste que todo lo nefando y detestable que él hacía, lo hacía en el desempeño de su piedad. Evidentemente, es llamado piadoso sólo por esto: porque amó a su padre. ¿Qué decir del hecho de que «el buen Eneas mató a los que hacían plegarias justas»?[51]. Efectivamente, jurando en nombre de su padre y «por lo que prometía el joven Julo»[52], «en un acceso de locura e ira»[53] no se entregó al perdón. ¿Puede pensar alguien que tenía algo de virtuoso aquel que ardía de locura cual paja y, olvidándose de los males de su padre, en cuyo nombre hacía ruegos, no podía reprimir su ira? En absoluto es, pues, piadoso aquel que mata no sólo a los que no se le oponen, sino incluso a los que le suplican.

Alguien dirá en este punto: ¿Qué es, dónde está y cómo es la piedad? ¡Sin duda está entre aquellos que desconocen la guerra, que mantienen la concordia con todos, que son amigos incluso de sus enemigos, que aman a todos los hombres como hermanos, que saben reprimir su ira y moderar tranquilamente todo acceso de locura de su ánimo! Consiguientemente, ¿qué cantidad de tinieblas, qué nube de oscuridad y errores cegó los corazones de aquellos hombres que, cuanto más piadosos se consideran a sí mismos, tanto más impíos son? Efectivamente, cuanto más religiosamente sirven a estas estatuas terrenales, tanto más criminales son contra el nombre del verdadero Dios. En consecuencia, y por los propios méritos de su impiedad, frecuentemente se ven aquejados por graves desgracias; y como desconocen el origen de estas desgracias, las achacan totalmente a la fortuna, y de ahí que tenga explicación la filosofía de Epicuro que piensa que los dioses no se preocupan de nada, ni son afectados por los favores, ni conmovidos por la ira, ya que se ve con frecuencia que son felices quienes los desprecian y desgraciados quienes les son fieles. Esto sucede porque, al dar la impresión de que son religiosos y

naturalmente buenos, se piensa que no merecen ninguna de las desgracias que con frecuencia soportan; se consuelan, sin embargo, acusando a la fortuna y no se dan cuenta de que, si existiese alguna fortuna, no haría daño a sus fieles. Con razón, pues, son castigados los piadosos de este tipo y con razón la providencia divina, ofendida por los crímenes de hombres erróneamente religiosos, los castiga con desgracias; y es que éstos, aunque lleven una vida moralmente recta en medio de una extrema fidelidad e inocencia, sin embargo, al adorar a los dioses, cuyos impíos y profanos ritos odia el verdadero Dios, se alejan de la auténtica justicia y piedad. Y no es difícil demostrar por qué los adoradores de los dioses no pueden ser buenos ni justos; efectivamente, ¿cómo van a abstenerse de crímenes quienes adoran a los sangrientos dioses Marte y Belona?[54]. ¿Cómo van a respetar a sus padres quienes adoran a Júpiter, desterrador de su padre, o a sus hijos quienes adoran a Saturno?[55]. ¿Cómo van a proteger el pudor quienes adoran a la diosa desnuda, adúltera y casi prostituta entre los dioses?[56] ¿Cómo se van a abstener de rapiñas y robos quienes conocen los robos de Mercurio, que enseña que engañar no es fraude, sino astucia?[57]. ¿Cómo van a reprimir sus placeres quienes veneran a Júpiter, Hércules, Líber, Apolo y demás, cuyos adulterios y estupros, cometidos sobre varones y hembras, son conocidos no sólo por los cultos, sino que se representan incluso en los teatros y son objeto de cantos, para que sean conocidos por todos? ¿Pueden existir, con tales ejemplos, hombres justos, los cuales, aunque sean buenos por naturaleza, son instruidos por los propios dioses en maldad? Y es que para aplacar al dios al que se adora hay que recurrir a aquellas cosas que se sabe que le agradan y deleitan; así sucede que el dios modela la vida de sus fieles con las características de su forma de ser, puesto que el mejor modo de venerar a un dios consiste en imitarle.

Crueldad de los perseguidores

Pues bien, puesto que a estos hombres que comparten las costumbres de sus dioses les resulta dura y molesta la justicia, practican violentamente contra los justos la misma impiedad que inspira todas sus acciones, y no sin razón son llamados bestias por los profetas[58]. Muy bien dijo, pues, Marco Tulio: «Así pues, si no hay nadie que no prefiera morir antes que ser transformado en bestia, aun conservando la inteligencia humana, ¿cuánto más miserable es tener alma de fiera en un cuerpo humano? A mí, al menos, me parece mucho más miserable, en la medida en que el alma es más noble que el cuerpo» [59]. Pues bien, desprecian los cuerpos de

las bestias, siendo ellos más crueles que éstas, mientras que se complacen por haber nacido hombres, cuando de hombre no tienen nada más que los contornos y la forma erecta. Efectivamente, ¿qué Cáucaso, qué India, qué Hircania alimentó nunca fieras tan crueles y sanguinarias? Y es que la rabia de todas las fieras enloquece sólo hasta que se sacia el vientre, ya que, en cuanto se sacia el hambre, inmediatamente amaina. La verdadera bestia es aquel que con una sola orden «desparrama por todas partes negra sangre, por todas partes cruel llanto, y por todas partes pavor e infinitas visiones de muerte»**[60]**. Nadie puede describir convenientemente la crueldad de esta enorme bestia que, afincada en un solo lugar, se ensaña por todo el orbe con sus dientes de hierro y no sólo destruye los miembros de los hombres, sino que elimina los propios huesos y se ensaña con las cenizas, para que no exista ningún sepulcro: como si aquellos que profesan su fe en Dios pretendieran que se visitaran sus sepulcros, y no el lle gar ellos mismos junto a Dios. ¿Qué fiereza, qué rabia, qué locura es esa de privar de luz a los vivos y de tierra a los muertos? Para mí, pues, no hay nada más desgraciado que esos hombres, a los que fatales circunstancias han revelado o convertido en ministros de la locura ajena y en satélites de impías órdenes; su cargo no es, pues, un honor ni un aumento de dignidad, sino una condena de su persona al oficio de verdugo y, después, al castigo eterno de Dios. En lo que se refiere a las acciones de cada uno de ellos por todo el orbe, es imposible narrarlas; pues ¿qué número de volúmenes sería suficiente para recoger tan infinitos y variados tipos de crueldad? Y es que, tras ser investidos del poder, cada uno se ensañó según sus costumbres: unos, por temor a quedarse cortos, se atrevieron a hacer más de lo que se les había mandado; otros se ensañaban por su propio odio contra los justos; algunos, por la natural fiereza de su alma; aquéllos, para agradar y buscarse de esta forma un acceso a cargos más altos; otros se mostraron excesivamente descabellados a la hora de matar, como uno de Frigia que quemó a todos los fieles juntamente con la casa en que estaban reunidos; pero el más cruel es aquel que aparece como más clemente; el tipo peor es el que aparenta una falsa clemencia; el más grave, el más cruel es el verdugo que decidió no matar a nadie; es imposible, en efecto, decir cuántos y cuán graves tipos de tormentos idearon estos jueces para llevar a término sus propósitos; y esto lo hacen no sólo para jactarse de que ellos no han ejecutado a ningún inocente —yo mismo he oído a algunos jactarse de que su régimen ha sido incruento a este respecto—, sino por envidia, para no ser ellos mismos derrotados o para que los cristianos no consigan la gloria que sigue a su valor;

por ello, al idear los tipos de penas, sólo pensaron en la victoria: y es que saben que se trata de una contienda y de una guerra. Yo he visto en Bitinia a un gobernador que exultaba sobremanera de gozo, como si hubiera sometido a un pueblo bárbaro, porque un cristiano, que había resistido con gran virtud durante dos años, parecía al fin ceder. Se esfuerzan, pues, por vencer, infringen refinados tormentos a los cuerpos y no les preocupa otra cosa que evitar que los torturados mueran: como si sólo produjera bienaventurados la muerte y como si los tormentos, cuanto más duros son, no produjeran tanta mayor gloria. Ellos, sin embargo, en su obstinada estolidez mandan cuidar con diligencia de los torturados, para que sus miembros queden dispuestos para nuevos tormentos y para que nueva sangre se recupere para otros tormentos. ¿Qué otra cosa tan piadosa, tan benévola, tan humana puede hacerse? Sin duda que no hubiesen cuidado con tanta solicitud de sus seres queridos. Ésta es la disciplina de los dioses, para estas acciones amaestran a sus fieles, éstos son los ritos que desean; es más, estos criminales homicidas establecieron impías leyes contra los piadosos: conservamos, en efecto, escritas sacrílegas disposiciones e injustos análisis de jurisconsultos. Domicio, en el libro séptimo de su obra *Sobre las obligaciones de un gobernador*[61], recoge nefastos escritos imperiales, para dar a conocer cuáles eran los castigos que se debían dar a los que se reconocían como adoradores de Dios.

¿Quiénes son los necios y quiénes los sensatos? ¿Los cristianos o sus perseguidores?

¿Cómo te comportarías con aquellos que consideran conforme a derecho los suplicios de los antiguos tiranos, rabiosamente ensañados con los inocentes? Ésos, siendo como son maestros de la injusticia y de la crueldad, pretenden, sin embargo, dar la impresión de ser justos y sabios, cuando son ciegos, romos y desconocedores de la realidad y de la verdad. ¿Hasta tal punto, mentes pérfidas, es odioso el bien, que lo emparejáis con los mayores crímenes? ¿Hasta qué punto desapareció de vosotros la inocencia, que no consideráis a los inocentes dignos de una muerte natural, sino que tenéis como el mayor de los crímenes no cometer ninguno y conservar un corazón limpio de todo contagio criminal? Puesto que estamos tratando con adoradores de los dioses, permítasenos a nosotros hacer el bien a través de vosotros y con vosotros: ésta es nuestra ley, nuestro trabajo y nuestra religión. Si os parece que somos sabios, imitadnos; si os parecemos necios, despreciadnos y reíos de nosotros si os place: de esta forma, de algo os sirve nuestra necedad. ¿Por qué nos atormentáis? ¿Por qué nos atacáis? Nosotros no odiamos vuestra cultura;

preferimos esta necedad nuestra, lo aceptamos, y creemos que esto es lo que nos conviene: amaros a vosotros y poner todo lo nuestro a vuestra disposición, a pesar de que nos odiáis. Hay en Cicerón un pasaje no exento de verdad, en la discusión que mantiene Furio contra el bien; dice así: «Si hay dos personas, de las cuales una es un hombre extraordinario, rectísimo, de extrema bondad y de singular lealtad, y otra un criminal y desvergonzado insigne; y si los ciudadanos se equivocan, de forma que a aquel que es bueno le consideran criminal, facineroso e impío, mientras que al que es malvado le consideran enormemente recto y leal; y si, en función de esta común opinión de los ciudadanos, aquel primer varón recto es hecho preso, privado de las manos y de los ojos, condenado, encarcelado, quemado, eliminado y reducido a la indigencia, de forma que todos, en fin, le consideren, incluso con razón, como el más desgraciado de todos, mientras que el malvado es alabado, honrado, apreciado por todos, receptor de todos los honores, de todos los cargos, de todos los recursos y, en fin, de todas las riquezas, de forma que todos, en resumidas cuentas, le consideren como el mejor y el más digno de todo tipo de fortuna; si sucede esto, yo pregunto: ¿quién estará tan loco que dude cuál de los dos prefiere ser?»[62]. Ciertamente Cicerón adujo este ejemplo dando la impresión de que adivinaba las desgracias que nos iban a suceder a los cristianos y la forma en que nos iban a suceder por ser buenos. Y es que nuestro grupo sufre todo eso por la maldad de los que están en el error. Y he aquí que la ciudad o, mejor, todo el mundo está en ese error, de forma que persigue, atormenta, condena y ejecuta, como malvados impíos, a los buenos y justos. En lo que se refiere a la afirmación de Cicerón de que «no hay nadie tan loco que dude cuál de los dos prefiere ser», él, sin duda, como quien argumenta contra la justicia, estaba convencido de esto: de que todo el mundo prefería ser malo, siendo estimado por todos, a ser bueno siendo despreciado. De nosotros, sin embargo, que se aleje esa locura de anteponer la falsedad a la verdad. O ¿es que vamos a calibrar la calidad de nuestras buenas acciones en función de los errores de la gente más que en función de nuestra conciencia y del juicio de Dios?, o ¿nos va a conquistar a nosotros algún tipo de felicidad que nos haga preferir, no la rectitud mezclada con todo tipo de desgracias, sino la maldad acompañada de todo tipo de prosperidad? «Que los reyes tengan sus reinos y los ricos sus riquezas», como dice Plauto[63], pero que los sensatos tengan su sensatez: que nos dejen nuestra necedad, la cual está claro que es sabiduría, porque a causa de ella nos odian. Y es que ¿quién odia a un necio sino aquel que es a la vez muy

necio? Nuestros perseguidores, sin embargo, no son necios hasta el extremo de odiarnos como necios, sino hasta el extremo de aceptar que nosotros no lo somos, precisamente porque nos persiguen con cuidado y premura; efectivamente, ¿por qué se ensañan tan cruelmente sino porque temen que, al crecer nuestra doctrina cada día más, ellos sean abandonados juntamente con sus podridos dioses? Pues, si los adoradores de los dioses son sensatos y nosotros necios, ¿por qué temen que los sensatos sean engañados por los necios?

Otros motivos apologéticos

Por otro lado, dado que el número de cristianos aumenta constantemente a expensas del número de paganos y no disminuye nunca ni siquiera durante las persecuciones —y ello porque los hombres pueden pecar y mancharse con sacrificios, pero no pueden apartarse totalmente de Dios: y es que la verdad se impone siempre por sí misma—, ¿quién hay tan loco que no vea en cuál de las dos partes está la sabiduría? Pero ellos están tan ciegos por su maldad y locura que no ven y piensan que son necios aquellos que podían evitar los suplicios y prefieren en cambio ser atormentados o morir, cuando, precisamente por eso mismo, podían ver que no es necedad eso en lo que coinciden, con una sola e igual convicción, tantos miles de personas a lo largo de todo el mundo. Efectivamente, si en alguna ocasión apostatan las mujeres por la debilidad de su sexo —ellos llaman a veces a esta nuestra religión superstición propia de mujeres y viejas—, los varones se mantienen en su sensatez; si los niños y adolescentes son insensatos por su edad, los adultos y ancianos se mantienen estables en su juicio; si una ciudad se vuelve insensata, las demás, innumerables, no pueden ser necias; si una provincia o una nación pierde su sensatez, todas las demás conservan necesariamente el discernimiento de la rectitud.

Por otro lado, dado que desde oriente a occidente ha sido aceptada la ley divina, dado que todo sexo, toda edad, pueblo y región sirve a Dios con una única e idéntica disposición de ánimo, y dado que por todas partes impera la misma paciencia y desprecio a la muerte, debían haber comprendido que en esta actitud hay algo de razón, por cuanto es defendida, no sin causa, hasta la muerte; algo de fundamento y solidez, ya que no sólo no debilitan a esa religión con sus injurias y vejaciones, sino que se engrandece y afirma constantemente. Y es que la maldad de ellos sale derrotada incluso en esto: en que creen que erradicarían totalmente la religión de Dios si consiguieran pervertir a todos los hombres, cuando está precisamente permitido arrepentirse ante Dios y no hay

ningún fiel tan malvado que, si se le da ocasión de congraciarse con su Dios, no vuelva, incluso con más devoción que antes. Y es que la conciencia de pecado y el miedo al castigo hacen al hombre más religioso, y la fe recuperada con la penitencia es siempre mucho más firme: si ellos mismos consideran, pues, que sus dioses, cuando están airados con ellos, pueden sin embargo ser aplacados con dones, sacrificios y perfumes, ¿qué razón hay para que consideren a nuestro Dios tan cruel e implacable que parece que no puede volver a ser ya cristiano aquel que, obligado y en contra de su voluntad, ha sacrificado a sus dioses? A no ser que piensen que, una vez contaminados, va a cambiar su alma, de forma que empiecen a hacer por propia voluntad lo que antes hicieron a causa de los tormentos. ¿Quién va a hacer de buen grado eso que empezó a hacer obligado por la violencia? ¿Quién, al ver las cicatrices de sus costados, no va más bien a odiar a esos dioses, por culpa de los cuales lleva eternas marcas del castigo y señales impresas en sus entrañas? Así sucede que, al conceder Dios el perdón, vuelven los que antes huyeron y se suman nuevos pueblos, atraídos por el prodigio de la virtud; y es que la gente, al ver que personas laceradas por variados tipos de tormentos conservan imperturbables su paciencia en medio de la fatiga de sus verdugos, piensa lo que es la verdad: que esa coincidencia entre tantos y esa perseverancia frente a la muerte no es algo sin sentido, y que ese propio aguante no podría superar tantos tormentos sin la ayuda de Dios. Ladrones y hombres robustos no pueden soportar torturas de este tipo; gritan y lanzan gemidos; ceden, en efecto, al dolor porque les falta la fuerza inspirada por Dios. Sin embargo, nuestros niños y delicadas mujeres, por no hablar de los varones, cansan en silencio a sus torturadores y ni siquiera el fuego puede sacarles un gemido. ¡Que vengan los romanos y se jacten de Mudo y Régulo, el segundo de los cuales se entregó a la muerte entre los enemigos porque le daba vergüenza vivir prisionero, y el primero, apresado por los enemigos, al ver que no podía evitar la muerte, puso la mano en el fuego para satisfacer al rival al que había querido matar, recibiendo con este castigo un perdón que no merecía! **[64]**. Entre nosotros, sin embargo, el sexo débil y la edad frágil aguantan torturas y quemaduras en todo su cuerpo, no por necesidad, ya que lo pueden evitar si quieren, sino por su propia voluntad, porque confían en Dios. Ésta es la auténtica virtud, que incluso los filósofos, no con hechos, sino con palabras vacías, proclaman orgullosamente, diciendo que no hay nada tan acorde con la sensatez y fortaleza de ánimo de un sabio como el no poder ser obligado a renunciar a su opinión por ningún tipo de terror, sino que merece la pena ser

atormentado y morir con tal de no traicionar la fe, y no apartarse de la obligación ni hacer nada injusto por miedo a la muerte o al crudo dolor. A no ser que piensen por casualidad que Flaco delira en sus poemas líricos, cuando dice: «Al hombre recto y firme en su propósito no le mueven de su sólida convicción ni el ardor de sus conciudadanos que le ordenan acciones depravadas, ni el rostro del amenazante tirano»[65]. Nada hay más cierto que esta afirmación si se refiere a aquellos que no rechazan ningún tormento, ningún tipo de muerte, con tal de no apartarse de su fe y rectitud, y a aquellos que no tiemblan ante las órdenes tiránicas ni ante las espadas de los gobernantes, con tal de defender, con firme convicción, su verdadera y sólida libertad, la cual sólo así puede ser defendida por el sabio. Pues ¿quién hay tan extraordinario, tan encumbrado que me impida levantar los ojos al cielo, que me imponga la necesidad de venerar lo que no quiero o de no adorar lo que quiero? ¿Qué nos quedará, si eso que conviene hacer por propia voluntad nos obliga a hacerlo por la fuerza la voluntad ajena? Nadie conseguirá esto, con tal de que tengamos algo de valor para despreciar la muerte y el dolor. Y si tenemos esa fortaleza, ¿por qué somos considerados necios, cuando hacemos lo que los filósofos proclaman con alabanzas? Con razón, pues, Séneca, al echar en cara a los hombres su incongruencia, dice: «A ellos la fortaleza de ánimo les parece la virtud más grande; y esos mismos tienen por loco al que desprecia la muerte: esto es ciertamente de una perversidad extrema»[66]. Pero los fieles de las vanas religiones reprueban esto con la misma necedad con que no reconocen al verdadero Dios; a éstos los llama la Sibila de Eritrea «kophous» y «anoetous»[67], es decir, sordos y necios, porque no oyen ni aceptan la *enseñanza* divina, sino que temen y adoran la arcilla modelada por sus manos.

Definición del concepto de «bueno»

Profundas razones subyacen —y es que no se engañan sin motivo— bajo las causas que explican por qué consideran necios a los que son sabios. Debemos explicar con cuidado estas razones, para que al fin, si es que ello es posible, conozcan sus errores. La bondad, por su propia naturaleza, tiene una especie de apariencia de necedad, cosa que puedo confirmar con testimonios divinos y humanos. Pero quizás no consiga nada ante ellos si no demuestro, apoyándome en sus propios autores, que nadie puede ser bueno —y la bondad va unida a la verdadera sabiduría— si no da al mismo tiempo la impresión de ser necio. Carnéades, filósofo de la escuela académica[68], —cuya fuerza oratoria, elocuencia y agudeza pueden ser intuidas, para quien no le conozca, por lo que dicen

Cicerón[69] y Lucilio, en cuya obra Neptuno, al tratar un tema difícil, declara que ese tema no podía ser aclarado «ni aunque el Orco devolviera al propio Carnéades»[70]—, cuando fue enviado por los atenienses como legado a Roma[71], disertó abundantemente sobre el bien ante Galba y Catón el Censor, los más grandes oradores de entonces. Pero el mismo Carnéades, al día siguiente, refutó su anterior disertación con otra de sentido contrario y atacó al bien, al que el día antes había alabado, actuando, no con la serenidad de un filósofo, que debe mantener siempre una opinión firme y estable, sino en aras de una especie de ejercicio oratorio consistente en desarrollar el mismo tema desde un doble punto de vista[72]. Esto lo solía hacer con frecuencia, para poder refutar a los demás, dijeran lo que dijeran. La segunda disertación, en la que es atacado el bien, es recordada en una obra de Cicerón[73] por Lucio Furio para introducir, creo, ya que estaba hablando del estado, la defensa y alabanza de aquella virtud sin la cual pensaba que no podía gobernarse el estado. Carnéades, con el fin de poder refutar a Aristóteles y Platón, defensores del bien, recopiló en su primera disertación todo lo que se *decía* en favor del mismo, para poder después atacarlo, como así lo hizo[74]. Pero es que entonces era muy fácil atacar y derrotar al bien, el cual no tenía todavía raíces, ya que no había realmente en la tierra un bien que permitiera a los filósofos ver en qué consistía o cuál era su esencia. Y ¡ojalá tantos y tan ilustres varones hubieran tenido tanta ciencia como elocuencia y ardor para defender esa gran virtud, cuyas raíces están en la religión y cuyo sentido es la equidad! Pero quienes no conocían ni la religión ni la equidad, no pudieron conocer el bien.

Yo, por mi parte, quiero en primer lugar mostrar con precisión y brevedad la esencia del bien, para que se sepa que los filósofos la desconocían y que no podían defender lo que en absoluto conocían. El bien, aunque comprende todas las demás virtudes, abarca, sin embargo, fundamentalmente dos, que no pueden ser apartadas ni separadas de él: la piedad y la equidad. En efecto, la lealtad, la templanza, la rectitud, la honestidad, la integridad y demás virtudes semejantes pueden, por naturaleza y tradición familiar, existir, como de hecho existieron siempre, en los hombres que desconocen el verdadero bien; los antiguos romanos, en efecto, que solían jactarse de buenos, se jactaban también de esas virtudes que, como he dicho, pueden marchar al margen del bien y separarse de su propio tronco. La piedad y la equidad son, sin embargo, como sus venas, ya que el bien, en su totalidad, consta de estos dos elementos: la cabeza y el origen

del bien está en la primera, y toda su fuerza y sentido en la segunda. Ahora bien, la piedad no es otra cosa que el conocimiento de Dios, tal como la definió con exactitud Trismegisto, según he dicho en otro lugar[75]; consiguientemente, si la piedad es el conocimiento de Dios y el sumo conocimiento de Dios consiste en adorarle, desconoce sin duda el bien quien desconoce la religión de Dios. Y es que ¿cómo puede conocerlo quien ignora su origen?

Platón dijo ciertamente muchas cosas sobre el Dios único, por el cual afirma que fue creado el mundo, pero no dijo nada de la religión: soñó, pues, en Dios, pero no le conoció. Si él o cualquier otro pretendieron llevar a cabo una defensa de la justicia, deberían en primer lugar haber erradicado las religiones de los dioses, ya que éstas son enemigas de la piedad. Y Sócrates, por intentar hacerlo, fue encarcelado, para que desde entonces quedara claro el futuro que esperaba a los hombres que defendieran la verdadera justicia y sirvieran al único Dios.

La otra parte del bien es la equidad: llamo equidad, no al juicio recto, que ciertamente es también loable en un hombre bueno, sino al hecho de considerarse a sí mismo igual a los demás, virtud que Cicerón llama «ecuabili ad»[76]. En efecto, Dios, que crea e inspira a los hombres, quiso que todos fueran iguales, es decir, parejos, dio a todos las mismas condiciones de vida, creó a todos para la sabiduría, prometió a todos la inmortalidad: nadie está excluido de los beneficios celestiales. Y es que, de la misma forma que reparte por igual su única luz para todos, que hace manar sus fuentes para todos, que suministra alimento, que proporciona el dulce descanso del sueño, así también concede a todos con largueza la equidad y la virtud. Para él no hay siervos ni dueños, ya que, si es igual de padre para todos, todos somos hijos con el mismo derecho. Para Dios no hay otros pobres que los que carecen del bien, ni otros ricos que los que están llenos de virtudes, ni otros nobles que los buenos e inocentes, ni otros ilustres que los que hacen con generosidad obras de misericordia, ni otros perfectos que quienes han recorrido todos los peldaños de la virtud. Por ello, no pudieron ser buenos ni los griegos ni los romanos, ya que aceptaron diferencias entre los hombres estableciendo múltiples escalas: desde pobres a ricos, desde humildes a poderosos, desde particulares hasta los más altos poderes reales. Y donde no son todos iguales, no hay equidad, y la propia desigualdad excluye el bien, cuyo sentido consiste totalmente en hacer iguales a todos los que han venido a esta vida con igual suerte.

Así pues, si se eliminan esas dos fuentes del bien, desaparece toda virtud y toda verdad y el propio bien vuelve al cielo. Por ello, el bien que encontraron

Los buenos no gozan de riquezas y honores en este mundo

los filósofos no es un auténtico bien, porque desconocían su origen y objetivo: esto sólo ha sido revelado a nuestro pueblo.

Alguien dirá: «¿No hay entre vosotros pobres, ricos, siervos y señores? ¿Acaso no hay diferencia entre cada uno de ellos?» Ninguna: la única causa por la que nos damos mutuamente el nombre de hermanos es porque creemos que somos iguales, ya que, como medimos todas las cosas humanas no con el cuerpo sino con el espíritu, a pesar de que la condición material sea distinta, no tenemos, sin embargo, siervos, sino que a éstos los consideramos y llamamos hermanos en el espíritu, consiervos en la religión. Además, las riquezas no hacen más ilustres a los hombres sino en la medida en que pueden hacerlos más dignos por buenas obras; son, en efecto, ricos no porque tengan riquezas, sino porque las utilizan para obras de justicia; en cuanto a los que son aparentemente pobres, son en realidad ricos, porque no necesitan ni desean nada.

Así pues, si bien somos iguales los libres a los esclavos y los ricos a los pobres en la sencillez del alma, sin embargo, ante Dios, nos diferenciamos por la virtud: cada uno es tanto más sublime cuanto más bueno. Y es que el bien consiste en hacerse igual a los que están debajo, aunque ya se sobresale por el propio hecho de igualarse con los que están debajo; sin embargo, si uno se comporta, no como un igual, sino incluso como inferior, conseguirá ciertamente, ante el juicio de Dios, una dignidad más alta. Y ello porque en la vida en esta tierra, al ser todo breve y caduco, los hombres se ponen unos delante de los otros y rivalizan por los honores, lo cual es lo más arrogante y más lejano de la razón del sentido común que hay: y es que todo lo terreno es lo contrario a las cosas del cielo. Efectivamente, de la misma forma que «la sabiduría humana es necedad suma para Dios»[77] y la necedad, como dije[78], es para él sabiduría suma, así para Dios es humilde y sencillo el que aparece como sobresaliente y alto en la tierra. Y es que —por no decir que estos bienes terrenales, a los que se da una gran importancia, son contrarios a la virtud y debilitan la fuerza de la mente— ¿qué nobleza, qué riquezas, qué poder puede ser firme, si Dios puede convertir en más insignificantes que los más insignificantes incluso a los propios reyes? Y por eso Dios, entre sus divinos preceptos, nos dio principalmente éste: «quien se ensalza será humillado y quien se humilla será ensalzado»[79]. Este saludable precepto enseña que quien se hace sencillo ante los hombres y se muestra humilde, será tenido ante Dios como excelente e insigne. No es, pues, falsa la idea que encontramos en

Eurípides con estas palabras: «Lo que en la tierra es tenido por malo, en el cielo es bueno»[80].

Definición del bien de Carnéades

He expuesto la causa por la cual los filósofos no pudieron encontrar ni defender el bien. Ahora vuelvo al tema que inicie más arriba[81].

Carnéades, pues, al ver que las afirmaciones de los filósofos no tenían fundamento, se atrevió a refutarlas, porque comprendió que podían ser refutadas. El resumen de su disertación es éste: «Que los hombres habían establecido las leyes en función del criterio de la utilidad, es decir, que las leyes cambian según las costumbres y que se transforman constantemente entre ellos en función de las circunstancias, no existiendo ningún derecho natural; que todos los hombres y demás seres animados se mueven, en función de su interés, guiados por la naturaleza; consiguientemente, que no existe justicia alguna y que, si existe, consiste en la mayor necedad, ya que, al preocuparse por el bienestar de los demás, los justos se perjudican a sí mismos»[82]. Y daba estos argumentos: «Todos los pueblos que llegan al máximo de poderío, y, entre ellos, los romanos, que se han apoderado de todo el mundo, si quieren ser justos, es decir, si devuelven lo que es de otros, tendrán necesariamente que volver a sus chozas y vivir en la indigencia y miseria»[83]. Después, dejando a un lado las situaciones generales, pasa a situaciones particulares con estas palabras: «Si un hombre honesto tiene un siervo fugitivo o una casa insalubre e insana, y decide venderlos, ¿declarará, siendo él el único que lo sabe, que pone en venta a un siervo fugitivo o una casa insana? ¿O engañará más bien al comprador? Si lo declara, es ciertamente un hombre honesto, porque no engaña, pero será sin duda considerado como un necio, porque vende a poco precio o ni siquiera vende; si lo oculta, será sin duda listo, porque mira por su hacienda, pero también malvado, porque engaña. Por el contrario, si encuentra a alguien que cree que está vendiendo oropel, cuando en realidad es oro, o que está vendiendo plomo, cuando en realidad es plata, ¿se callará, para comprarlo a menos precio, o se lo indicará, para comprarlo más caro? Sin duda dará la impresión de ser un necio si prefiere comprarlo caro»[84]. Con estas palabras quería dar a entender que aquel que es justo y bueno es necio, y que aquel que es listo es malvado y que, a pesar de todo, puede suceder que haya hombres sin malicia que vivan contentos con su pobreza. Y pasaba después a casos más graves, en los cuales nadie puede ser bueno sin peligro de su vida, con estas

palabras: «El ser bueno consiste en no matar a nadie y en no tocar lo ajeno. ¿Qué hará un hombre bueno si se encuentra casualmente en un naufragio y alguien, más débil que él, está agarrado a una tabla? ¿No va a echar de la tabla a ése, para subirse él mismo y salvarse con la ayuda de ella, máxime cuando no hay ningún testigo en medio del mar? Si es listo, lo hará, ya que, si no lo hace, morirá; pero, si prefiere morir antes que atacar al otro, será sin duda bueno, pero también necio, ya que no mira por su vida y sí por la ajena. Otro ejemplo: si, tras ser deshecho un ejército, los enemigos empiezan a perseguir a un hombre bueno, y éste alcanza a alguien, ya herido, que va a caballo, ¿le dejará, para terminar muriendo él mismo, o le arrojará del caballo, para poder huir él del enemigo? Si hace esto último, será listo, pero también malvado; si no lo hace, será justo, pero también necesariamente necio».

De esta forma, pues, Carnéades dividió el bien en dos partes, llamando a una «civil» y a otra «natural», y destrozó ambas, ya que la civil es sin duda agudeza, pero no bondad, y la natural es ciertamente bondad, pero no agudeza. Estos argumentos de Carnéades son sin duda agudos y mordaces, hasta el punto de que Marco Tulio no pudo refutarlos. Efectivamente, si bien Cicerón presenta a Lelio respondiendo a Furio como defensor del bien en este punto, sin embargo deja estos argumentos sin refutar, como si se tratase de una fosa, dando así la impresión de que Lelio defiende, no el bien natural, que había llegado a ser acusado de necedad, sino el civil, del cual había dicho Furio que era sabiduría, aunque injusta**[85]**.

El bien no es nunca necedad sino sabiduría

En lo que se refiere a la discusión que tenemos entre manos, he demostrado como el bien tiene apariencia de necedad, para que quede claro que no sin razón se engañan aquellos que piensan que los hombres de nuestra religión son necios, ya que parecen hacer las cosas que Carnéades ha expuesto.

Ahora me doy cuenta de que se me exige más: demostrar por qué Dios ha querido sustraer a los ojos de los hombres el bien, envolviéndolo en una especie de apariencia de estolidez, y responder así por primera vez a Furio, ya que Lelio no pudo responderle plenamente. Y es que Lelio, si bien era un sabio, tal como se le llamaba, no pudo, sin embargo, defender la auténtica justicia porque desconocía el origen y la fuente de la misma. A nosotros, sin embargo, nos es muy fácil esta defensa, ya que el bien nos es familiar y totalmente conocido gracias al favor divino, y que lo conocemos, no en su nombre, sino en su esencia. Platón y Aristóteles, con muy digna buena voluntad ciertamente,

desearon defender la justicia y hubieran conseguido algo si sus loables intentos, su elocuencia y considerable inteligencia hubiesen ido acompañadas de un conocimiento de las cosas divinas. Pero su obra quedó sin sentido y sin utilidad, y ellos no pudieron convencer a nadie de que viviera según sus normas, porque su doctrina no tenía una base celestial. Nuestra doctrina, sin embargo, tiene necesariamente una base más segura, porque tenemos como maestro a Dios. Ellos describían el bien sin palabras y lo imaginaban sin tenerlo delante y no podían demostrar sus afirmaciones con ejemplos manifiestos; se les podía responder, en efecto, por parte de sus oyentes, que no se podía vivir de la forma que ellos prescribían en sus disertaciones, y tanto menos cuanto nadie hasta entonces había vivido con este tipo de vida. Nosotros, sin embargo, demostramos que son verdaderas las cosas que decimos no sólo con palabras, sino con ejemplos reales.

Así pues, Carnéades comprendió la naturaleza del bien, con la salvedad de que profundizó poco en ella, 〈al decir que el bien es necedad〉; aunque me parece que entiendo con qué intención lo hizo. Efectivamente, en realidad él no mantiene que sea necio el que es bueno, sino que, como sabía que realmente no lo era, pero no comprendía la razón por la que lo parecía, pretendió demostrar que la verdad está escondida en lo profundo, para salvar así el principio de su doctrina, cuya proposición fundamental es ésta: que nada puede comprenderse claramente. Veamos, pues, si el bien puede tener algún parentesco con la necedad; «el justo», dice, «si no quita el caballo al herido o la tabla al náufrago para salvar su vida, es un necio»[86]. En primer lugar, niego que pueda suceder en forma alguna que a un hombre, que sea verdaderamente justo, le ocurra un caso parecido, porque el hombre bueno no es enemigo de nadie, ni desea en absoluto lo ajeno. ¿Por qué se va a echar a la mar o qué va a buscar en tierra ajena, si tiene suficiente en la suya? ¿Por qué va a tener que luchar y participar de las locuras de los otros aquel en cuya alma reina una paz constante para con los hombres? ¿Se va a deleitar con riquezas extranjeras y con la muerte humana aquel que no sabe apetecer el lucro, sino que se contenta con lo suficiente para su vida, y que no sólo no comete homicidio, sino que considera impío estar presente o contemplar a los que lo cometen? Pero dejo ya a un lado este supuesto, porque puede suceder que se vea obligado a afrontar situaciones incluso en contra de su voluntad. ¿Hasta tal punto, Furio, o mejor, Carnéades —ya que tuyo es todo aquel discurso—, piensas que el bien es vano, superfluo y desgraciado ante Dios, que no puede nada ni tiene nada en sí mismo que sea

capaz de salvaguardarlo? Pero, ciertamente, quienes desconocen el misterio del hombre y reducen por ello todas las cosas a esta vida terrenal no pueden saber cuál es la fuerza del bien. Efectivamente, incluso cuando tratan de la virtud, aunque saben que está sujeta a todo tipo de desgracias y miserias, sin embargo, afirman que es deseable por sí misma: pero no ven de ninguna forma sus premios, que son eternos e inmortales. De esta forma, al reducir todas las cosas a esta vida presente, reducen la virtud totalmente a la necedad, ya que la virtud acepta vana e inútilmente los enormes trabajos de esta vida.

Pero de eso hablaremos en otro lugar[87]; hasta tanto, hablemos del bien, que es lo que he empezado a hacer. La fuerza del bien es tal que, cuando levanta los ojos al cielo, consigue de Dios todo. Con razón dijo, pues, Flaco que es tal la fuerza de la integridad de vida que, para su defensa, el hombre bueno no necesita de armas ni de fuerzas, vaya a donde vaya: «El íntegro de vida, Fusco, y el limpio de crimen no necesita dardos moros, ni arco, ni carcaj preñado de envenenadas flechas, ya camine por las Sirtes espumosas, ya por el inhóspito Cáucaso, ya por los lugares que lame el mítico Hidaspes»[88]. No puede, pues, suceder que un hombre justo no sea protegido por la tutela del cielo en medio del peligro de las tempestades y guerras, ni que esa tutela, en el caso de que el justo navegue en compañía de parricidas y malhechores, no perdone a todos los malvados para salvar sólo la vida del justo e inocente, o, al menos, no conserve sólo la de él, aun pereciendo todos los demás. Pero concedamos que puede suceder lo que propone el filósofo: ¿qué hará un hombre bueno si alcanza a un herido en un caballo o a un náufrago en una tabla? Lo confieso sin ningún reparo: morirá antes que matar. Y no por ello, sin embargo, el bien, que es una cualidad propia del hombre, recibirá el nombre de necedad. Pues ¿qué mejor, qué más precioso para el hombre que la ausencia de culpa? Y esa inocencia será necesariamente tanto más perfecta cuanto más la lleve hasta el extremo de preferir morir, con tal de que ella permanezca intacta en su esencia. «Necedad es», dice Carnéades, «perdonar la vida de otro a cambio de perder la propia»[89]. ¿También considerarás necio morir por un amigo? ¿Por qué entonces alabáis a aquellos seguidores de Pitágoras, de los cuales uno se entregó al tirano a cambio del otro poniendo como aval su propia vida, y el otro, al llegar el día fijado, cuando ya su garante era conducido al suplicio, se presentó, salvando la vida del primero?[90]. El valor de éstos no hubiese sido tenido en tan gran honor, a pesar de haber estado dispuestos el uno a morir por el amigo y el otro por la palabra dada, si su acción hubiera sido

considerada necia. En definitiva, el tirano[91], como pago a su valor, les premió dejando a ambos con vida: incluso el propio tirano cambió su cruel forma de ser. Es más, se dice que rogó a ambos que le aceptaran como un tercer amigo, y esto lo hizo, no porque fueran necios, sino porque eran varones buenos y sabios. Así pues, no veo por qué, si se considera muy honroso morir por un amigo y por la palabra dada, no va a ser también honroso para el hombre morir por no pecar. Consiguientemente, son mucho más necios quienes nos acusan por querer morir por Dios, cuando ellos mismos ensalzan hasta el cielo con grandes alabanzas a quien quiso morir por un hombre.

Finalmente, para terminar mi demostración, diré que el propio sentido común demuestra que una misma persona no puede ser al mismo tiempo bueno y necio, sabio y malo. Y es que quien es necio, desconoce qué es lo justo y lo bueno, y por ello cae continuamente en error. Es llevado, en efecto, como un cautivo por sus vicios y no puede resistir, porque carece de una virtud que desconoce. El justo, sin embargo, se abstiene de todo error: no puede actuar de otra forma, por cuanto posee la noción del bien y del mal. Y ¿quién puede distinguir el bien del mal sino el sabio? De esta forma sucede que nunca puede ocurrir que sea bueno quien es necio, ni sabio quien es malo. Y si no cabe duda alguna en torno a esta afirmación, está claro que el que no quita su tabla al náufrago ni su caballo al herido no es necio, porque hacer esas cosas es un pecado del que se abstiene el sabio. Admito, sin embargo, que pueda parecer necio a causa del error de los hombres que ignoran la naturaleza de cada una de las cosas.

Así pues, toda esta cuestión se resuelve no tanto con argumentos como con una definición: necedad es el error en acciones y palabras como consecuencia del desconocimiento de lo que es recto y bueno. Luego no es necio quien no mira por sí mismo, con tal de no dañar al prójimo, porque esto último es malo. Y esto nos lo prescribe el sentido común y la propia verdad: efectivamente, vemos que todos los animales, que carecen de inteligencia, tienen una naturaleza que es guía de sí misma; atacan a los demás en beneficio propio, ya que no saben que hacer daño es malo. El hombre, sin embargo, puesto que conoce el bien y el mal, se abstiene de dañar incluso con perjuicio propio, cosa que no puede hacer el animal irracional; y, por ello, entre las más grandes virtudes del hombre se encuentra la inocencia. Por todo ello está claro que el más sabio es aquel que prefiere morir antes que hacer daño, con tal de conservar la naturaleza que le diferencia de los animales. Y es que quien no

advierte al vendedor de su error, para comprar así oro más barato, o quien no declara, mirando sólo por su lucro e interés, que está poniendo en venta un esclavo huido o una casa insana, no es sabio, como pretendía Carnéades, sino mañoso y astuto; también los animales tienen maña y astucia, ya cuando acechan a otros y los apresan con engaño para devorarlos, ya cuando escapan de las asechanzas de otros de otra especie; pero la sabiduría es propia sólo del hombre. La sabiduría es, en efecto, o bien la facultad de discernir para hacer lo bueno y recto o para abstenerse de palabras y hechos malos. El sabio, además, nunca se preocupa de las ganancias, porque desprecia estos bienes terrenales, ni permite que nadie sea engañado, porque es obligación del hombre bueno corregir los errores de los demás y llevarlos al buen camino, ya que el hombre es por naturaleza social y benéfico, cualidades solas que le permiten tener parentesco con Dios.

La verdadera recompensa del bueno está en la otra vida

Pero es el hecho de que se piense que la muerte aniquila al hombre la causa de que parezca necio aquel que prefiere estar en la indigencia y morir antes que hacer daño o quitar algo a alguien. En este convencimiento tienen origen todos los errores, no sólo del pueblo, sino también de los filósofos. Efectivamente, si tras la muerte no somos nada, es sin duda propio de un hombre muy necio el no preocuparse de que esta vida sea lo más larga posible y esté llena de todo tipo de comodidades. Y quien hace esto, necesariamente se apartará de las reglas del bien. Pero si al hombre le espera una vida mejor y más larga, cosa que hemos aprendido de los argumentos de importantes filósofos, de la respuesta de los inspirados y de las divinas palabras de los profetas, es propio del hombre sabio despreciar esta vida, juntamente con sus bienes, desprecio que es totalmente compensado con la inmortalidad. En la obra de Cicerón, el citado defensor de la justicia, Lelio, dice: «La virtud busca honor y no tiene ninguna otra recompensa»[92]. Hay en verdad recompensa y ciertamente muy digna de la virtud, recompensa que tú, Lelio, no podías nunca sospechar, porque desconocías los escritos de Dios. Y sigue diciendo Lelio: «La virtud consigue fácilmente recompensa, sin reclamarla con crudeza». Te equivocas profundamente si piensas que es el hombre el que puede pagar la recompensa a la virtud, cuando tú mismo has dicho con razón en otro lugar: «¿Qué riquezas ofrecerás tú a este hombre? ¿Qué poderes? ¿Qué reinos? Quien considera estos bienes como humanos, juzga los suyos propíos como divinos». Pues bien, ¿quién te va a considerar, Lelio, sabio, cuando tú mismo dices cosas

contradictorias y le quitas a la virtud lo que poco antes le diste? Sin duda que la ignorancia de la verdad provoca en ti opiniones inseguras y débiles. Y después, ¿qué añades?: «Y aunque toda la gente ingrata, o los muchos envidiosos que hay, o los enemigos poderosos quiten a la virtud su recompensa» —¡ay!, ¡qué virtud tan frágil y vana propusiste, que puede ser despojada de su recompensa! Si ésta «considera sus bienes como divinos», tal como decías, ¿quién puede haber tan ingrato, tan envidioso, tan poderoso, que pueda despojar a la virtud de unos bienes que le han sido dados desde el cielo?—; «ciertamente», continúa diciendo, «ella se conforma con sus encantos y se sustenta sobre todo en su honra». ¿Qué encantos?, ¿qué honra? Pero si es que llega con frecuencia a cometer crímenes y su honra se convierte en castigo. Pues ¿qué sucederá si, como decía Furio, «el bueno es cogido, vejado, aniquilado y reducido a la indigencia, o se le cortan las manos, se le sacan los ojos, se le condena, encarcela, quema, e incluso se le ejecuta de forma vergonzosa? ¿Acaso perderá la virtud su recompensa o más bien desaparecerá ella misma?» En absoluto; recibirá más bien por el juicio de Dios su premio y vivirá y tendrá siempre fuerza. Si le quitas esto, nada más inútil ni más absurdo puede haber en la vida de los hombres que la virtud, cuya natural rectitud y honestidad puede demostrar, por otro lado, que el alma es inmortal y que para ella ha establecido Dios un premio. Pero Dios quiso que la propia virtud estuviese cubierta por una apariencia de necedad, para mantener en secreto el misterio de su verdad y religión, para poner en evidencia la vanidad y el error de estas religiones y sabiduría mundanas, que se ponen a sí mismas en un lugar muy alto y que están orgullosas de sí mismas, y, por fin, para que, tras introducir algunas dificultades, hubiera un estrecho sendero que llevara al sublime premio de la inmortalidad.

He demostrado, pienso, por qué nuestro pueblo es tenido como necio entre los necios. Efectivamente, preferir ser atormentado y matado antes que tomar incienso con tres dedos y arrojarlo al fuego[93], parece tan absurdo como preocuparse de la vida ajena más que de la propia en peligro de muerte. Y es que se ignora cuán impío es adorar a algo que no sea Dios, que fue quien hizo el cielo y la tierra, quien modeló, dio vida y concedió luz al género humano. Si es tenido como malvado el esclavo que abandona a su dueño, siendo considerado digno de azotes, cadenas, reclusión, cruz y de todo tipo de castigo, y si un hijo es igualmente considerado como degenerado e impío por abandonar a su padre y no obedecerle, siendo por ello considerado digno de ser

desheredado y de que su nombre sea borrado para siempre de la familia, ¿cuánto más lo será quien abandona a Dios, en el cual confluyen los dos conceptos, igualmente venerables, de señor y padre? Efectivamente, quien compra un esclavo, ¿qué otra cosa le da sino el alimento?; y esto incluso lo hace en beneficio propio. Y quien engendra a un hijo, no tiene en sus manos el concebirlo, el hacerle nacer y el hacerle vivir: de ahí se deduce que el que engendra no es padre, sino sólo instrumento de la generación. Consiguientemente, ¿qué otros suplicios merece quien abandona a su auténtico señor y padre sino los que el propio Dios ha establecido disponiendo un fuego eterno para las almas impías, amenaza que él mismo anuncia a través de sus profetas para los malvados y rebeldes?

Que los paganos defiendan su doctrina con argumentos y razones y no con la fuerza

Que sepan, pues, los asesinos de sus almas y de las almas ajenas cuán imperdonable delito cometen: primero, porque se arruinan a sí mismos siendo esclavos de degenerados demonios, a los que Dios condenó a castigo eterno; después, porque no permiten a otros adorar a Dios, sino que intentan llevar a los hombres a sus mortíferos ritos y se esfuerzan con gran cuidado para que no haya en la tierra ninguna alma limpia que mire, manteniéndose pura, hacia el cielo. ¿Qué otra cosa les llamaré sino desgraciados, ya que obedecen a los instigadores de sus depredadores, de los cuales piensan que son dioses? Y de éstos no conocen ni su condición, ni su origen, ni sus nombres, ni su naturaleza, sino que, adhiriéndose a la creencia común, se equivocan y alimentan su propia necedad. Y si les preguntas las razones de su convencimiento, no te podrán dar ninguna, sino que recurrirán a las opiniones de sus antepasados, diciendo que ellos fueron los sabios, que ellos lo habían aceptado así, y que ellos sabían qué era lo mejor; y así, dando crédito a los errores de otros, castran su propia inteligencia y renuncian al uso de la razón. Enredados así en la ignorancia de todo, ni se conocen a sí mismos, ni conocen a sus dioses. Y ¡ojalá que se contentaran con equivocarse ellos solos, con ser necios ellos solos! Arrastran a otros al reparto de su maldad, como si se confortaran con la perdición de los demás. Pero su propia ignorancia hace que sean tan perversos en la persecución de los que saben y que finjan que están mirando por éstos y que quieren traerlos a buenas razones. Pues bien, ¿procuran hacer esto recurriendo al diálogo o a buenas razones? En absoluto; lo hacen más bien con violencia y torturas. ¡Oh extraña y ciega demencia! ¡Se piensa que están mal de la cabeza quienes intentan conservar su fe y que están bien los

verdugos! ¿Dónde está la mala cabeza? ¿En aquellos que son torturados en contra de la dignidad humana y en contra de todo derecho, o más bien en aquellos que hacen en los cuerpos de inocentes lo que no hicieron en ningún momento ni la crueldad de los ladrones, ni la ira de los enemigos, ni la brutalidad de los bárbaros? ¿Hasta tal punto se mienten a sí mismos que transfieren y cambian entre sí los nombres del bien y del mal? ¿Por qué entonces no llaman día a la noche y sol a las tinieblas? La misma desvergüenza es dar a los buenos el nombre de malos, a los sabios el de necios, a los justos el de impíos. De lo contrario, si tienen alguna confianza en su filosofía o en su elocuencia, que preparen sus argumentos, refuten los nuestros, si pueden, vengan a discutir cara a cara con nosotros y rebatan uno por uno los argumentos. Les conviene tomar la defensa de sus dioses para que, si nuestra postura resulta vencedora —y se está fortaleciendo de día en día—, no se vean aquéllos abandonados juntamente con sus templos y bagatelas. Y puesto que no consiguen nada con la fuerza —la religión de Dios aumenta en efecto tanto más cuanto más se la persigue—, que lo consigan al menos con la palabra y los consejos. Que salgan a la palestra los pontífices, tanto los mínimos como los máximos, los flamines y augures, y también los que presiden los sacrificios y quienes sean sacerdotes o ministros de las religiones; que nos convoquen a una reunión; que nos exhorten a acatar los cultos a los dioses; que nos convenzan de que son muchos los que con su dignidad y providencia rigen todo; que nos muestren los orígenes y comienzos de sus ritos y dioses y cómo han llegado al conocimiento de los hombres; que nos aclaren su fundamento y esencia; que nos digan qué recompensas trae su culto, qué castigo acarrea su desprecio, por qué quieren ser adorados por los hombres, de qué les sirve, si son bienaventurados, la piedad humana; y que todo esto lo demuestren, no con afirmaciones suyas —ya que la autoridad del hombre mortal no vale nada—, sino con algunos testimonios divinos, como hacemos nosotros. No es una cuestión de fuerza e insultos, porque la religión no puede ser impuesta por la fuerza; el asunto debe tratarse más con palabras que con azotes, para que haya asentimiento. Que afilen la punta de sus inteligencias; si sus razones son verdaderas, que se diga. Estamos dispuestos a escuchar, si nos enseñan: si se callan, no les creemos, de la misma forma que no cedemos cuando se ensañan con nosotros. Que nos imiten a nosotros, exponiendo las razones de toda su causa: nosotros, en efecto, no enredamos a los demás, como ellos nos objetan, sino que enseñamos, demostramos, aclaramos. Como consecuencia, nosotros no

retenemos a nadie en contra de su voluntad —a Dios no le sirve el que carece de devoción y fe—; y, sin embargo, nadie se retira una vez que queda atado por la propia verdad. Que enseñen ellos de la misma forma, si es que tienen alguna confianza en su verdad; que hablen, que abran la boca, que se atrevan, insisto, a discutir con nosotros algunos argumentos al respecto: inmediatamente sus errores y necedades serán objeto de burla por parte de las viejas a las que ellos desprecian y por parte de nuestros niños. Y es que, dado que son muy cultos, dado que conocen por los libros la genealogía, hazañas, reinos, muertes y lugares de entierro de sus dioses, y que saben que los propios ritos en los que se inician han surgido ya por hazañas de hombres, ya por casualidad, ya incluso por la muerte de alguien, es una demencia increíble considerar como dioses a aquellos de los que no se atreven a negar que fueron hombres; y si son tan desvergonzados que se atreven a negarlo, sus propios escritos y los de los suyos les acusarán, y, en último término, los propios comienzos de sus ritos sagrados les convencerán del error. Sepan, pues, cuánta diferencia hay entre lo verdadero y lo falso, y que lo sepan por esto: porque ellos, que son elocuentes, no pueden convencer, mientras que gentes incultas y rudas sí pueden; y es que son la propia causa y la propia verdad las que hablan. Entonces, ¿por qué se ensañan con nosotros? Para aumentar su estolidez cuando quieren disminuirla. Son cosas muy distintas la tortura y la piedad, y la verdad no puede ir unida a la fuerza, ni la justicia a la crueldad. Pero con razón no se atreven a enseñar nada de sus cosas divinas, para no ser objeto de burla por parte nuestra, ni de abandono por parte de los suyos. Efectivamente, el pueblo, que tiene una forma de pensar sencilla, pero invariable, en cuanto que sepa que sus ritos se establecieron en recuerdo de muertos, casi con toda seguridad los condenará y buscará como objeto de adoración otra cosa más segura. De ahí que ellos, astutos, impusieran «un fiel silencio en torno a los ritos»[94], para que el pueblo no sepa qué es lo que adora. Sin embargo, cuando nosotros hemos penetrado en el conocimiento de su doctrina, ¿por qué no nos creen, ya que conocemos la suya y la nuestra, o por qué nos persiguen por preferir lo verdadero a lo falso? «Pero hay que defender», dicen, «la religión aceptada oficialmente». ¡Oh! ¡Con cuán honrosa buena voluntad se equivocan estos desgraciados! Son conscientes, en efecto, de que entre las cosas humanas no hay nada más importante que la religión, y de que hay que defenderla con todas las fuerzas, pero se equivocan tanto en la elección de la propia religión como en la defensa de la misma. La religión debe ser defendida, no matando, sino muriendo; no con sevicia, sino

con paciencia; no con maldad, sino con fe: lo primero es propio de malvados, lo segundo de buenos; y en la religión debe estar lo bueno y no lo malo. Efectivamente, si se pretende defender la religión con sangre, con tormentos, con maldad, no se la defiende, sino que se la mancha y profana. No hay nada más voluntario que la religión, la cual, si el alma del oferente está ausente, desaparece y queda en nada. Es, pues, recta la opinión de que la religión se debe defender con paciencia y con la muerte; de esta forma, se conserva la fe, se es grato al propio Dios y se aumenta la autoridad de la religión. En efecto, si aquel que en un ejército de estos humanos se mantiene fiel a su rey en situaciones difíciles es aceptado y querido, si conserva la vida, y, si muere, consigue la gloria por haber defendido a su jefe, ¿con cuánta mayor razón se debe ser fiel a Dios, emperador de todos, que puede dar premio por sus virtudes no sólo a los vivos, sino también a los muertos? Así pues, el culto a Dios, puesto que es propio de la milicia celestial, exige una devoción y fe máximas, ya que ¿cómo va a querer Dios a sus fieles si no es amado él por ellos, o cómo va a conceder al que le ruega lo que le pide, si éste no se acerca a la oración de corazón y con reverencia? Ellos, sin embargo, cuando se acercan al sacrificio, no ofrecen a sus dioses nada íntimo, nada propio, ni integridad de mente, ni reverencia, ni temor; tras hacer unos sacrificios vanos, dejan en el templo y con el templo toda su religión tal como la habían encontrado y, de ella, no se llevan consigo ninguna ayuda ni recompensa. De ahí se sigue que las religiones de este tipo no pueden hacer hombres buenos, ni ser firmes e inmutables, y, consiguientemente, los hombres son fácilmente apartados de ellas, ya que allí no se aprende nada referente a la vida, ni a la sabiduría, ni a la fe. ¿En qué consiste entonces la superstición de aquellos dioses? ¿Cuál es su fuerza? ¿Cuál su disciplina? ¿Cuál su origen? ¿Cuál su naturaleza? ¿Cuál su fundamento? ¿Cuál su sustancia? ¿A dónde tiende o qué promete, para que los hombres puedan observarla fielmente y defenderla con fortaleza? En esa religión sólo veo un rito en el que los únicos afectados son los dedos. Nuestra religión, en cambio, es firme, sólida e inmutable, porque enseña la justicia, porque está siempre con nosotros, porque está en su totalidad en el alma del fiel, porque convierte su propia observancia en una ofrenda. En la de ellos sólo se exige sangre de animales, perfumes y vanas libaciones; en la nuestra se exige mente sana, corazón puro, vida limpia de culpa; a aquélla se acercan indiscriminadamente adúlteras impúdicas, procaces alcahuetas, obscenas meretrices, se acercan gladiadores, bandidos, ladrones, envenenadores, y no

piden otra cosa que la impunidad de sus crímenes; pues ¿qué va a pedir un bandido o un gladiador en sus sacrificios sino poder matar? ¿Qué un envenenador sino poder engañar? ¿Qué una meretriz sino pecar mucho? ¿Qué una adúltera sino la muerte de su marido o el secreto para su desvergüenza? ¿Qué una alcahueta sino despojar a muchos de sus bienes? ¿Qué un ladrón sino robar lo más posible? En la nuestra, sin embargo, no hay lugar para el pecado más leve y común, y si alguien se acerca al sacrificio con la mente no totalmente limpia, oye la amenazante voz de Dios, que ve los entresijos del corazón, que es implacable enemigo del pecado, que exige justicia y que reclama fidelidad. ¿Qué lugar hay en ésta para un pensamiento malo o para una plegaria malintencionada? Aquellos desgraciados, en cambio, no comprenden por culpa de sus crímenes la perversidad del culto que practican, ya que, manchados con suciedades de todo tipo, se acercan a la oración; y piensan que para hacer un sacrificio piadoso basta con lavarse las manos, como si hubiera ríos que borraran o mares que lavaran las pasiones encerradas en el corazón. ¡Cuánto mejor es lavar el alma, ensuciada por los malos placeres, y desechar todos los vicios sólo con el lavado de la virtud y de la fe! Quien hace esto, por muy manchado y sucio que tenga el cuerpo, es suficientemente puro.

El culto a los dioses paganos es absurdo

Ellos, en cambio, puesto que no saben cuál es el objeto y la forma de culto, caen, ciegos e imprudentes, en lo contrario de lo que deben. Adoran, en efecto, a sus enemigos, aplacan con víctimas a los que roban y matan, y colocan sus propias almas en abominables altares para quemarlas juntamente con el incienso. Y encima, se irritan los desgraciados porque no perecen otros con ellos, en una increíble ceguera mental. Y es que ¿qué van a ver los que no ven el sol? Como si, en caso de que existieran los dioses, necesitaran la ayuda de los hombres contra sus desdeñadores. ¿Por qué entonces se irritan con nosotros, si son aquéllos los que no pueden nada? Y ello sin tener en cuenta que ellos mismos destruyen a sus dioses, porque desconfían de ellos, y son más impíos que los que no los adoran en absoluto. Cicerón, en su tratado *Sobre las leyes*, al recordar que «los fieles se deben acercar a los sacrificios con pureza», añade: «manifiesten piedad y rechacen las riquezas. Quien lo haga de otra forma, tendrá a Dios como vengador»**[95]**. Y esto es cierto, ya que no es piadoso desconfiar de Dios, al que precisamente se adora porque es poderoso. Efectivamente, ¿cómo va a poder un Dios vengar las injurias hechas a sus fieles si no puede vengar las suyas? Es lícito, pues, preguntarse a quién piensan ellos que están ayudando cuando

obligan a hacer sacrificios a los que no quieren hacerlos. ¿A aquellos a los que obligan? No es un beneficio lo que se obliga a hacer a alguien en contra de su voluntad. Por otro lado, hay que preocuparse también por los que se oponen, cuando éstos no saben en qué consiste el bien. ¿Por qué entonces, si lo que quieren es salvarlos, los vejan, torturan y aniquilan tan cruelmente? ¿Qué piedad hay más impía que perder o inutilizar de forma penosa a aquellos de los que pretenden preocuparse? ¿O piensan que están ayudando a los dioses? No es un sacrificio lo que se hace de mala gana; si no se hace espontánea y voluntariamente es una execración, puesto que lo hacen obligados por decretos, injurias, cárceles, y torturas. Si son dioses estos que son adorados de esta forma, o bien deben dejar de ser adorados sólo porque quieren ser adorados en estas condiciones, o bien merecen ser detestados por los hombres, ya que se les hacen ofrendas en medio de lágrimas, gemidos y sangre que fluye de todos los miembros. Nosotros, en cambio, no exigimos a nadie que adore en contra de su voluntad a nuestro Dios, el cual es Dios de todos, se quiera o no se quiera; y no nos irritamos si no se le adora; y es que confiamos en su majestad, que puede vengar tanto los desdenes que se le hacen como las penas e injurias infringidas a sus siervos. Y, por ello, cuando sufrimos infandos ataques, no protestamos ni siquiera con la palabra, sino que remitimos la venganza a nuestro Dios, cosa que no hacen quienes pretenden aparentar ser defensores de sus dioses y se ensañan como fieras contra los que no los adoran. De ahí se puede comprender cuán bueno es no adorar a los dioses, ya que los hombres deberían ser arrastrados hacia el bien por el bien, y no por el mal; y como adorar a los dioses es malo, el culto a éstos carece de bien. Por otro lado, deben ser castigados quienes destruyen las religiones; ¿acaso lo que nosotros destruimos es peor que lo que destruyeron los egipcios, que adoran vergonzosas estatuas de bestias y animales, y adoran como a dioses cosas que da vergüenza incluso decirlas? ¿Hacemos algo más feo que ellos que, si bien dicen que adoran a sus dioses, se ríen sin embargo pública y vergonzosamente de ellos, y consienten incluso, con burlas y placer, que se hagan mimos acerca de ellos? ¿De qué calidad debe ser considerada esta religión y en qué medida debe ser estimada esta majestad que es adorada en los templos y ridiculizada en los teatros? Y quienes hacen esto no pagan ningún castigo por violar a la divinidad, sino que andan en medio de honor y gloria. ¿Acaso lo que nosotros destruimos es peor que lo que destruyeron ciertos filósofos que niegan totalmente la existencia de los dioses y afirman que todo nace espontáneamente y que todo lo que ocurre, ocurre por

casualidad?; o ¿peor que lo que destruyen los epicúreos, que aceptan la existencia de los dioses, pero dicen que no se preocupan de nada, que no se irritan, ni se conmueven con los favores? Con estas ideas nos están convenciendo de que los dioses no deben en absoluto ser adorados, ya que ni miran por los que los adoran, ni se enfadan con los que no los adoran. Por otro lado, cuando disertan contra el miedo, no intentan conseguir otra cosa sino que nadie tema a los dioses. Y a pesar de todo, los hombres escuchan de buen grado estas cosas y las comunican impunemente.

Dios no protege el cuerpo de sus fieles pero si su alma

Así pues, no se ensañan contra nosotros porque no adoremos a los dioses —son, en efecto muchos los que no los adoran— sino porque la verdad está con nosotros, la cual, como se ha dicho con mucha razón, «engendra odio»[96]. ¿Qué vamos a pensar, pues, sino que no se dan cuenta de su estado de ánimo? Actúan, en efecto, con ciega e irracional locura, y desconocen al que nosotros vemos. Y es que no nos persiguen los hombres, los cuales no tienen ninguna causa para irritarse con los que somos inocentes, sino que nos persiguen esos espíritus manchados y perversos que conocen la verdad y la odian[97], metiéndose en las mentes de los hombres y arrastrando hacia la locura a los ignorantes. Esos espíritus, cuando hay paz en el pueblo de Dios, huyen de los justos y tienen miedo de ellos; y cuando se apoderan de los cuerpos de los hombres y atormentan sus almas, son conjurados por ellos y puestos en fuga en el nombre de Dios. Cuando oyen su nombre, tiemblan, dan gritos, evidencian que se abrasan y atormentan, y, si se les pregunta quiénes son, cuándo han entrado y cómo se han introducido en el hombre, lo confiesan. Atornillados y obligados de esta forma, son expulsados por la fuerza del nombre de Dios. Por estos tormentos y amenazas odian constantemente a los hombres santos y justos. Y, como no pueden hacer nada por sí mismos, suscitan el odio del pueblo contra los que les son molestos, y se ensañan con toda la violencia que pueden, ya para disminuir su fe por medio del dolor, ya, en el caso de que no puedan conseguir eso, para erradicarlos totalmente de la tierra, con el fin de que no haya nadie que pueda reprimir su maldad.

No se me escapan las objeciones que se puedan poner a estas afirmaciones mías: «¿Por qué ese Dios único, ese Dios grande, a quien reconoces como rey de todo y señor de todo, consiente esto y no venga y protege a sus fieles? ¿Por qué los que no le adoran son ricos, poderosos y felices, son dueños de los honores y del poder, y tienen sometidos bajo su gobierno y poder a sus fieles?».

Hay que dar las razones de ello, para que no quede el menor resquicio al error. La primera causa que explica por qué se piensa que la religión de Dios no tiene fuerza es que los hombres son atraídos por la apariencia de los bienes terrenales y presentes, los cuales no tienen nada que ver con el cuidado del alma; y como ven que los justos carecen de estos bienes y los injustos abundan en ellos, consideran vano el culto a Dios, en el que ven que no existen esas cosas, y consideran como verdaderos los ritos de los dioses porque sus fieles disfrutan de riquezas, honores y reinos. Pero quienes piensan así, no ven en profundidad la esencia y naturaleza del hombre, las cuales no se asientan en absoluto en el cuerpo, sino en el alma. Y es que no ven nada más que lo que se ve con los ojos, es decir, el cuerpo, el cual, puesto que sólo es accesible a los ojos y a las manos, es débil, frágil y mortal; de él son todos los bienes que son deseados y que causan estupor: las riquezas, honores y cargos, que son los que producen placer al cuerpo y que, por ello, son tan caducos como el propio cuerpo. El alma, sin embargo, que es en definitiva la única esencia del hombre, puesto que no puede ser vista por los ojos, ni pueden ser vistos sus bienes, que se basan solamente en la virtud, debe ser estable, constante y eterna como la propia virtud, que es la base del bien del alma.

La virtud se manifiesta de muchas formas. Una de ellas es la paciencia. Paciencia de los cristianos en las persecuciones

Es muy largo exponer todas las formas bajo las que se presenta la virtud, si se quiere demostrar, citando una por una, la necesidad de que el hombre sabio y justo se aparte de aquellos bienes terrenales cuyo disfrute por parte de los injustos determina que se crea que el culto a los dioses es auténtico y eficaz. En lo que se refiere a la cuestión que tenemos planteada, basta con que probemos, con una sola virtud, nuestra tesis. Pues bien, una virtud grande e importante es la paciencia, virtud muy celebrada al unísono con grandes alabanzas por las voces públicas del pueblo, de los filósofos y de los oradores. Y si no se puede negar que sea una virtud importantísima, el bueno y sabio tiene que estar sometido al malo para poseerla; la paciencia consiste, en efecto, en soportar imperturbablemente las desgracias que se nos proporcionan o nos ocurren; luego el justo y sabio, puesto que posee la virtud, tiene que estar dotado de paciencia, de la cual carecerá en absoluto si no conoce ninguna adversidad. Por el contrario, quien se mueve en la prosperidad es impaciente y carece de la virtud más grande: y le llamo impaciente, porque no aguanta nada. De la misma forma, no puede tampoco poseer la inocencia, virtud que también es propia de un hombre bueno y sabio,

sino que con frecuencia hará daño, deseará lo ajeno y robará injustamente lo que desea, porque carece de virtud, está sometido al vicio y al pecado, y, olvidado de su debilidad, se hincha insolentemente con ánimo soberbio. De ahí que los injustos y desconocedores de Dios abunden en riquezas, poder y honores, ya que todo ello es premio de la injusticia, por cuanto se trata de bienes que no pueden ser perpetuos y que se consiguen mediante la ambición y la violencia. El bueno y sabio, en cambio, puesto que, como dice Lelio, «considera todo eso como bienes humanos y los suyos como divinos»[98], no desea nada ajeno, para no dañar a nadie en contra de los derechos del hombre, ni ansia poderes ni gloria, para no injuriar a nadie —sabe, en efecto, que todos, engendrados por el mismo Dios y con la misma condición, estamos unidos por lazos de fraternidad—, sino que está contento con lo poco que es suyo, ya que es consciente de su fragilidad, no busca más de lo necesario para el sustento de su vida, y, puesto que es compasivo, reparte de aquello mismo que posee al que no tiene; y no olvidemos que la compasión es una virtud muy importante. Hay que añadir que desprecia los placeres caducos y pecaminosos, en función de los cuales se desean las riquezas: y lo hace porque es continente y domina sus apetencias. Además, sin hinchazón ni insolencia, no se eleva hacia lo alto, ni levanta una cabeza soberbia, sino que es plácido, concorde, sencillo y llano, ya que conoce su condición. Así pues, puesto que contra nadie comete injurias, ni desea lo ajeno, ni defiende siquiera lo suyo cuando se lo arrebatan violentamente —sabe, en efecto, soportar pacientemente las injurias que le hacen, ya que es virtuoso—, necesariamente el hombre bueno tiene que estar bajo el malo y el sabio tiene que ser ultrajado por el necio, para que el necio peque, al ser malo, y el sabio posea la virtud, al ser bueno. Y si alguien quiere saber a fondo por qué Dios permite que los malos e injustos sean poderosos, felices y ricos, y consiente por el contrario que los piadosos sean humildes, míseros e indigentes, que coja el libro de Séneca titulado *Por qué les ocurren muchas desgracias a los buenos, si hay Providencia*[99], donde este autor dice muchas cosas, no con la inspiración propia de un pagano, sino sabiamente y casi inspirado por Dios; dice así: «Dios tiene a los hombres por hijos, pero permite que los malvados y viciosos vivan lujosa y plácidamente, ya que no les considera dignos de un castigo suyo. A los buenos, sin embargo, a los que él ama, los castiga con frecuencia, los somete a constantes sufrimientos para ejercitar su virtud, y no permite que sean corrompidos y depravados por los bienes caducos y mortales» [100]. A nadie debe, pues, parecerle extraño que

seamos castigados por Dios a causa de nuestros frecuentes delitos. Es más, cuanto más vejados y apretados seamos, tantas más gracias demos al indulgentísimo padre, que no permite que nuestra corrupción vaya adelante, sino que la corrige con castigos y azotes. Comprendamos de ahí que somos objeto de la preocupación de Dios, ya que se enfada con nosotros cuando pecamos. Efectivamente, cuando podía haber concedido a su pueblo riquezas y reinos, como antes lo hizo con los judíos, de los cuales somos sucesores y descendientes, en lugar de ello, quiso que su pueblo viviera bajo el mando y gobierno ajeno, para que no cayera en la lujuria, corrompido por la prosperidad, ni despreciara los preceptos divinos, como hicieron nuestros antepasados, los cuales, debilitados con frecuencia por estos bienes terrenales y frágiles, se apartaron de la disciplina de Dios y rompieron los lazos de la ley. Su providencia llegó, pues, al límite desde el cual pudiera dar paz a sus fieles, si observaban sus mandatos, pero también enmendarlos si no obedecían sus preceptos; así pues, para que sus fieles no se corrompieran con el ocio, como se habían corrompido sus antepasados con el libertinaje, quiso que fueran perseguidos por aquellos bajo cuyo poder los puso, con el fin de dar fuerzas a los que desfallecen, restablecer la fuerza de los corrompidos, y probar y tentar a los fieles. Y ¿cómo puede un general probar la valentía de sus soldados si no tiene enemigo? Y contra el hombre, aunque él no lo quiera, se levantan sus adversarios, puesto que es mortal y puede ser vencido; Dios, sin embargo, puesto que contra él no se puede luchar, excita a sus enemigos contra su nombre, no para que luchen contra él mismo, sino contra sus soldados: así prueba y robustece la devoción y fe de los suyos, hasta fortalecer con los azotes de las persecuciones la disciplina que se va perdiendo.

Hay otra causa por la cual consiente las persecuciones contra nosotros: que crezca el pueblo de Dios. Y no es difícil demostrar por qué y cómo sucede esto. En primer lugar, muchos, detestando la crueldad, desertan del culto a los dioses: ¿quién no se horroriza, en efecto, ante sus sacrificios? En segundo lugar, a muchos les gusta la virtud y la fe por sí mismas. Algunos piensan que no están faltos de razón los muchos hombres que consideran malo el culto a los dioses hasta el punto de preferir morir antes que hacer, para vivir, lo que hacen otros. Otros desean conocer en qué consiste ese bien que es defendido hasta la muerte, que es preferido a todas las cosas que son agradables y apreciadas en esta vida, y del cual no les aparta a los cristianos ni la pérdida de los bienes o la vida, ni el dolor del cuerpo, ni las torturas que penetran hasta las entrañas. Todo lo dicho

son factores válidos; pero las causas que más influyen en el crecimiento de nuestro número son éstas: la gente que acude a las torturas oye decir a los cristianos que ellos no hacen sacrificios a unas estatuas hechas por la mano del hombre, sino al Dios vivo que está en el cielo. Muchos se dan cuenta de que esto es cierto y se convencen profundamente de ello. Por otro lado —cosa que suele suceder en situaciones de incertidumbre—, cuando se preguntan unos a otros por la causa de esta perseverancia, vienen a colación muchas ideas de nuestra religión, ya divulgadas y pasadas de boca en boca por medio de rumores: y, como estas ideas son buenas, necesariamente las aceptan de buen grado. Además, la venganza, una vez que ha conseguido su objetivo, les empuja con fuerza a creer, cosa que sucede siempre. Tampoco es causa insignificante el hecho de que los inmundos espíritus de los demonios se introducen, porque Dios se lo permite, en los cuerpos de muchas personas, y, una vez que son expulsados, todos los que quedan sanos aceptan la religión cuyo poder han probado.

Todas estas causas juntas conquistan maravillosamente un gran ejército de almas para Dios.

Los perseguidores tendrán su castigo

Así pues, todo lo que los malvados emperadores traman contra nosotros lo consiente Dios. A pesar de ello, que esos inicuos perseguidores, para los cuales el nombre de Dios ha sido objeto de injuria y burla, no piensen que se van a quedar sin castigo por el hecho de que hayan sido, por así decir, los ministros de la ira de Dios contra nosotros. Serán castigados por el juicio de Dios quienes, tras recibir el poder, han abusado de él más allá de los límites concedidos al hombre, han insultado incluso a Dios con soberbia, y han pisoteado impía y sacrílegamente su nombre eterno. Dios ha prometido, incluso, que se vengará de ellos y «echará de la tierra a las bestias perversas»[101]. Pero el mismo Dios, aunque suele vengar en este mundo y ahora las vejaciones que se cometen contra su pueblo, nos señala que esperemos pacientemente el día del juicio celestial, en el que él premiará o castigará a cada uno en función de sus merecimientos. Por ello, que no esperen los sacrílegos que van a quedar olvidados y sin venganza aquellos a los que ellos han torturado. Vendrá para esos rabiosos y voraces lobos su merecido, ya que sometieron a tormento a almas justas y sencillas sin que se les reconociera ningún crimen. Nosotros, por nuestra parte, esforcémonos para que los hombres no puedan castigarnos nada más que por ser justos; busquemos con todas las

fuerzas merecer de Dios tanto la venganza como el premio por nuestros sufrimientos.

LIBRO VI

DEL CULTO VERDADERO

Hasta ahora se ha hablado de los ritos falsos. A partir de ahora se hablará de los verdaderos

He acabado, con la ilustración del espíritu divino y con la ayuda de la propia verdad, el contenido del trabajo programado: han sido mis conocimientos, la fe y al propio señor nuestro, sin el cual no se puede saber ni explicar nada, los que me han marcado el camino de la defensa: la afirmación e ilustración de la verdad.

Ahora vengo a lo que es la meta última y más alta de esta obra: mostrar con qué ritos y con qué sacrificios conviene adorar a Dios. Ésa es, en efecto, la obligación del hombre; en ello solo se basa el sentido final de las cosas y toda la razón de ser de la vida bienaventurada, ya que fuimos creados y dotados de alma por él, no para que viéramos el cielo y el sol, cosa que pensó Anaxágoras, sino para que adoráramos, con mente pura e íntegra, al creador del sol y del cielo; y aunque en los libros anteriores he defendido la verdad desde la mediocridad de mi inteligencia, sin embargo, también desde el conocimiento de los propios ritos puede ser esclarecida, incluso en mayor medida. Efectivamente, esa santa y única majestad no exige del hombre otra cosa que la inocencia, y si alguien se la presenta a Dios como ofrenda, hará una ofrenda piadosa y religiosa. Los hombres, sin embargo, despreciando la justicia, piensan que son religiosos, cuando están en realidad impregnados de maldades y crímenes, con tal de manchar los templos y altares con sangre de víctimas y de rociar el fuego con vino oloroso y viejo. Es más, disponen de viandas sagradas y exquisitos banquetes, como si ofrecieran algo a quienes van a tomar de ello. Piensan que cualquier cosa rara por su aspecto o bonita por su hechura u olor es grata a sus dioses, y no en razón de su divinidad, divinidad que desconocen,

sino en razón de sus propias apetencias; y no entienden que Dios no necesita bienes terrenos. Y es que no saborean sino las cosas de la tierra y valoran el bien y el mal sólo en función de la sensación y placer que producen a su cuerpo. Y de la misma forma que miden la religión con el parámetro del cuerpo, así organizan todos los actos de su vida. Y como se apartaron una vez de la contemplación del cielo y sustrajeron a su cuerpo esa sensación celestial, dan riendas sueltas a los placeres, como si quisieran acaparar todo el placer —placer que se apresuran a disfrutar en cualquier momento—, cuando en realidad es el alma la que tiene que servirse del cuerpo y no el cuerpo del alma.

Esos mismos consideran las riquezas como el mayor bien, riquezas que, si no pueden conseguir con buenas artes, persiguen con malas. Engañan, roban, despojan, acechan, perjuran y no tienen, en fin, moderación ni medida, con tal de resplandecer en oro, brillar en plata, piedras preciosas y vestidos, llenar su ansioso vientre de riquezas, y andar entre el pueblo esclavizado rodeados de rebaños de esclavos. Sometidos y esclavizados de esta forma por los placeres, debilitan la fuerza y el vigor de su mente y, mientras piensan que están viviendo al máximo, están en realidad dirigiéndose aceleradamente hacia la muerte, ya que, como dijimos en el libro segundo[1] el reflejo racional del cielo está en el alma y el de la tierra en el cuerpo. Quienes desprecian los bienes del alma buscan los del cuerpo, andan entre tinieblas y muerte, ya que las tinieblas y la muerte son de la tierra y del cuerpo, mientras que la vida y la luz salen del cielo. Y como, siervos del cuerpo, no conocen el cielo, están muy lejos de entender las cosas divinas. Idéntica ceguera afecta por todas partes a los desgraciados, ya que, de la misma forma que desconocen al verdadero Dios, así también desconocen el verdadero culto.

Los ritos paganos son absurdos, aunque tienen elementos aprovechables

Así pues, sacrifican ricas y pingües víctimas a su Dios, como si éste estuviera hambriento, le derraman vinos, como si estuviera sediento, le encienden luces, como si estuviera en tinieblas. Si pudieran sospechar o percibir en qué consisten los bienes celestiales, cuya magnitud no podemos comprender con los sentidos, que están encerrados en cuerpo terrenal, reconocerían que ellos mismos y sus vanos ritos son de una necedad extrema; o, si quisieran contemplar esa luz que llamamos sol, se darían cuenta de cómo Dios no necesita sus lámparas, ya que fue él el que regaló para uso de los hombres esa tan clara y blanca luz. Y, sin embargo, si en ese tan pequeño círculo solar, que a causa de la lejanía parece no ser más grande que una cabeza

humana, hay tanto resplandor que los ojos humanos no pueden soportarlo —y si se intenta mantenerlos un poco, esos ojos lesionados se verán cubiertos de oscuridad y tinieblas—, ¿qué tipo de luz, qué tipo de claridad pensaremos que hay en el propio Dios, en el cual no existe ninguna mancha de oscuridad? Y este Dios reguló esa propia luz solar de tal forma que no dañara a los seres vivos por su claridad o calor excesivos, y dotó al sol del grado de luz y calor que pudieran aguantar los cuerpos humanos o que exigiera la madurez de los frutos.

Pues bien, en estas circunstancias, ¿se puede pensar que está bien de la cabeza aquel que dé como regalo al autor y dador de la luz la luz de unas candelas y ceras? Esa luz nos está pidiendo algo muy distinto y, ciertamente, no algo que despida humo, sino, como dice el poeta, algo transparente y claro[2], algo en concreto del alma, y por lo cual los hombres somos llamados por los poetas «luz»: y eso no lo puede ofrecer sino quien conoce a Dios. Sus dioses, sin embargo, puesto que son terrenales, necesitan luces para no estar en tinieblas, y los fieles, puesto que no saben nada del cielo, reducen a la tierra las religiones a las que sirven; y en la tierra necesitan luz, ya que la tierra, por constitución y naturaleza, es opaca. Como consecuencia, atribuyen a los dioses sensaciones, no divinas, sino más bien humanas y, por ello, piensan que los dioses necesitan y gustan las mismas cosas que nosotros, que, cuando tenemos hambre, necesitamos comida; cuando tenemos sed, bebida; cuando tenemos frío, vestidos; cuando el sol se pone, luz para ver.

Así pues, la mejor forma de probar y saber que estos dioses —si es que han vivido alguna vez— están muertos, es a partir de sus ritos, que son absolutamente terrenales. Y es que ¿qué puede tener de bien celestial la sangre derramada de animales, con la que manchan sus altares? A no ser que piensen que los dioses se alimentan con aquello cuyo contacto produce asco a los hombres. Y quien les ofrece estas viandas, aunque sea un bandido, adúltero, envenenador y parricida, será bienaventurado y feliz: le aprecian, le protegen, le conceden todo lo que desea. Con razón, pues, se burla Persio, según su costumbre, de supersticiones de este tipo con estas palabras: «¿Con qué regalos compras la atención de los dioses? ¿Con qué vísceras y pringosa leche?»[3]; se daba cuenta, en efecto, de que para aplacar a la majestad celestial no es necesaria la carne, sino una mente santa y un alma y un corazón recto que, como él dice, «esté forjado en una generosa ética natural»[4]. Ésta es la religión celestial: no la que consta de cosas corrompidas, sino de virtudes del alma, la

cual tiene su origen en el cielo; éste es el verdadero culto, en el que el alma del oferente se ofrece a sí mismo como víctima a Dios. En lo que se refiere a la forma de conseguirlo y a la forma de prestarlo, lo aclarará el desarrollo analítico de este libro. No hay, en efecto, nada más importante ni más conveniente a un hombre que el enseñar a los hombres el camino de la justicia[5]. En el *Hortensio* de Cicerón, Catulo, que ponía la filosofía delante de todas las demás cosas, dice que él «prefería un pequeño tratado sobre las obligaciones a un largo discurso en favor del sedicioso Cornelio»[6]. Esta frase ha de ser puesta en boca, no de Catulo, que probablemente no la dijo, sino de Cicerón, quien la escribió, creo, para recomendar los libros que iba a escribir sobre las obligaciones: en estos libros dice que «en toda la ciencia filosófica no hay nada mejor ni más fruc tífero que dar preceptos para la vida»[7]. Y si hacen esto quienes no conocen la verdad, ¡con cuánta mayor razón debemos hacerlo nosotros, que, instruidos e iluminados por Dios, podemos dar preceptos verdaderos! De todas formas, mi enseñanza no va a consistir en dar algo así como los primeros rudimentos de la virtud, lo cual es larguísimo, sino en considerar como discípulos a quienes ya parecen perfectos entre ellos. Así, manteniendo los preceptos que ellos suelen dar correctamente para ser buenos, les mostraré además lo que desconocen, para que así perfeccionen y completen la justicia que no tienen. Pasaré, por lo demás, por alto las cosas nuestras que puedan ser comunes con las suyas, para no dar la impresión de que estoy plagiando a aquellos cuyos errores he decidido refutar y poner en evidencia.

Interpretación de poetas y filósofos sobre el camino del bien y del mal

Dos son los caminos por los que necesariamente tendrá que marchar la vida del hombre: uno que conduce al cielo y otro que hunde en los infiernos[8]. De ellos ya hablaron los poetas en sus obras y los filósofos en sus disertaciones[9]. Y es cierto que los filósofos intentaron enseñar que uno de esos caminos pertenece a las virtudes y otro a los vicios, y que el camino asignado a las virtudes es difícil y áspero en su primer acceso, pero si alguien, tras superar esas dificultades, llega al final de las mismas, tendrá a continuación un camino llano y un campo abierto y ameno, y recibirá fértiles y agradables frutos por todos sus esfuerzos, aquellos, sin embargo, a los que hacen desistir las primeras dificultades de la entrada, caen y se desvían hacia el camino de los vicios, el cual, en sus primeros pasos, es como más ameno y accesible, pero después, cuando se ha avanzado por el mismo, su aparente amenidad desaparece de

pronto y surge un precipicio, y sigue un camino pedregoso, rodeado de espinas, cortado por abismos o por un arrebatador torrente, de forma que necesariamente surgen sufrimientos, atascos, resbalones y caídas. Todo esto lo he traído a colación para que quede claro que a la hora de conseguir las virtudes se exigen grandes esfuerzos, pero que, una vez conseguidas, vienen los mejores frutos y sólidos e incorruptos gozos; y que los vicios en cambio atraen con algunas delicadezas naturales las almas de los hombres y conducen a éstas, cautivadas por la apariencia de vanos deleites, hacia crudas amarguras y miserias. Sabio análisis es éste, si los hombres consiguen conocer las formas y límites de las propias virtudes; y es que no habían aprendido en qué consisten o qué recompensa guarda Dios para ellas. Esto lo mostraré yo en estos dos libros.

Ellos, sin embargo, puesto que no sabían o dudaban de que las almas de los hombres fueran inmortales, midieron las virtudes y los vicios con honores y castigos terrenales; consiguientemente, todos sus análisis sobre estas dos vías se reducen a la frugalidad y a la lujuria. Dicen, en efecto, que el curso de una vida humana es semejante a la letra Y, ya que cada hombre, al tocar el umbral de su adolescencia y llegar al lugar donde «el camino se divide en dos partes»[10], se queda clavado en vacilaciones y no sabe qué dirección tomar; si ha conocido a un guía que le lleve en sus dudas hacia el mejor camino, es decir, si ha aprendido filosofía, o elocuencia, o algún arte digna que le lleve a una forma de vida honesta —cosa que no puede suceder sin el mayor esfuerzo—, dicen que seguirá una vida digna y fructífera; pero, si no encuentra a ese maestro de frugalidad, caerá en el camino de la izquierda, que ofrece engañosamente una apariencia mejor, es decir, se entregará a la desidia, vagancia y lujuria, las cuales, en un primer momento, parecen más dulces al que desconoce el auténtico bien, pero después, tras perder toda su dignidad y hacienda familiar, vivirá en medio de todo tipo de miserias y en la ignominia. En definitiva, ellos han reducido los límites de estos caminos al cuerpo y a la vida que llevamos en la tierra.

Los poetas dieron quizás una mejor explicación de estos dos caminos, ya que los colocaron en los infiernos; pero se equivocaron al ponerlos en relación con los muertos.

Así pues, unos y otros acertaron al hablar de dos caminos, pero no al definirlos, ya que había que poner en relación los caminos con la vida, y su final con la muerte, Nosotros, pues, damos una mejor y más veraz interpretación, ya que decimos que estos dos caminos conducen al cielo y a los

infiernos, por cuanto para los buenos está reservada la inmortalidad, y para los malvados el castigo eterno. En lo que se refiere a cómo estos caminos levantan al hombre hasta el cielo o lo precipitan a los infiernos, lo explicaré después; y descubriré cuáles son las virtudes que desconocieron los filósofos; al mismo tiempo mostraré cuáles son los premios de éstas, y también cuáles son los vicios y sus castigos. Y es que quizás alguien espere que yo hable por separado de los vicios y las virtudes, cuando, al hablar del bien o del mal, podemos entender también en qué consiste el contrario. Efectivamente, si introduces las virtudes, se alejarán espontáneamente los vicios, o, si eliminas los vicios, espontáneamente vendrán las virtudes: la naturaleza del bien y del mal está constituida de tal forma que se enfrentan y rechazan constantemente entre sí. Así sucede que ni los vicios pueden ser erradicados sin las virtudes, ni las virtudes pueden ser introducidas sin la erradicación de los vicios.

Pues bien, nosotros definimos estas vías de forma muy diferente a como las suelen definir los filósofos. En primer lugar, porque decimos que al frente de cada una de ellas hay guías, ambos inmortales, pero uno ensalzado porque está al frente de las virtudes y del bien, y otro condenado, porque está al frente de los vicios y del mal. Ellos en cambio sólo ponen guía en el camino más recto, y no es un guía único y constante, ya que hablan de cualquier maestro de un buen arte que aparte a los hombres de la desidia y les enseñe a ser hombres de bien. En segundo lugar, para ellos, en este camino sólo pueden entrar los niños y adolescentes, ya que las artes se aprenden a esas edades. Nosotros, en cambio, colocamos en ese camino celestial (a hombres) de todo sexo, raza y edad, porque Dios, que es el guía de ese camino, no niega la inmortalidad a ningún hombre. En tercer lugar, la propia forma de los caminos no es como ellos pensaron. Efectivamente, ¿qué falta hace recurrir a la letra Y para explicar cosas contrarias y diferentes? En realidad, el camino bueno mira hacia la salida del sol y el malo hacia el ocaso, ya que quien sigue la vía de la verdad y de la justicia, gozará de una luz eterna al recibir el premio de la inmortalidad, mientras que aquel que, engañado por el guía malo, prefiera los vicios a las virtudes y la mentira a la verdad será llevado necesariamente al ocaso y a las tinieblas (eternas).

Descubriré, pues, ambos caminos y mostraré sus propiedades y cualidades.

El camino del infierno es fácil, con final

Uno es, pues, el camino de la virtud y de los buenos, camino que lleva, no a los campos Elíseos, como dicen los poetas, sino a la propia cima del mundo, «mientras que el

desastroso; el del cielo es difícil, con final feliz

camino de la izquierda reclama castigos para los malos y conduce al impío Tártaro»[11]; éste es, pues, el camino de ese depravado[12] que, introduciendo malas religiones, aparta a los hombres del camino celestial y los lleva al de la perdición. La apariencia y aspecto de este camino son placenteros a la vista, de forma que parece ser llano, abierto y hermoseado con todo tipo de flores y frutos. En él puso Dios, en efecto, todo lo que es tenido en la tierra por bueno —me refiero a la opulencia, la honra, la tranquilidad, el placer y todos los atractivos—, pero, al lado de ello, puso también la injusticia, la crueldad, la soberbia, la perfidia, la pasión, la ambición, la discordia, la ignorancia, la mentira, la necedad y los demás vicios. Pero el final de este camino es el siguiente: cuando se llega al final, desde el cual ya no se puede volver atrás, el camino se corta de pronto, así como toda su hermosura, de forma que nadie puede ver el engaño antes de caer en el precipicio de sus profundidades. Efectivamente, quienquiera que, cautivado por la apariencia de los bienes presentes y ocupado en conseguirlos y disfrutarlos, no ha previsto lo que vendrá después de la muerte y se ha apartado de Dios, caerá en los infiernos y será condenado a una pena eterna.

En cambio, el camino del cielo se nos presenta difícil e inclinado, o áspero por sus erizadas espinas, o intransitable por las rocas que sobresalen, de forma que debe ser recorrido con gran esfuerzo, con destrozo para los pies y con gran peligro de caer. En él puso Dios la justicia, la templanza, la paciencia, la fe, la castidad, la abstinencia, la concordia, la ciencia, la verdad, la sabiduría y las demás virtudes; pero, juntamente con ellas, puso la pobreza, la ignominia, el esfuerzo, el dolor y todas las amarguras. Y es que quien ponga su esperanza más lejos y prefiera lo mejor, deberá estar privado de los bienes de la tierra, expedito y ligero, para superar las dificultades del camino; quien se rodea de aparato regio o se carga de riquezas, no puede, en efecto, pasar u ocupar los estrechos pasos de ese camino. De ahí queda claro que a los malos e injustos les llega más fácilmente lo que desean, porque su camino es inclinado y pendiente; a los buenos, en cambio, les es difícil acceder a lo que desean, porque marchan por un camino difícil y arduo.

Así pues, el bueno, puesto que ha entrado en un camino duro y áspero, es necesariamente despreciado, ridiculizado y odiado. Efectivamente, todos esos a los que la ambición y el placer arrastran al precipicio odian a los que han podido alcanzar la virtud y no soportan que éstos tengan algo que ellos mismos no tienen. En definitiva, el bueno será pobre, humilde, sencillo, injuriado, y, sin

embargo, soportará todas las amarguras, y si lleva con constancia su paciencia hasta el último escalón y meta, se le dará la corona de la virtud y Dios le obsequiará con la inmortalidad por los trabajos que ha soportado en esta vida a causa de la justicia.

Éstos son los caminos que Dios asignó a la vida humana, en cada uno de los cuales colocó bienes y males, pero en orden cambiado e inverso; efectivamente, en el suyo colocó primero males pasajeros para terminar con bienes eternos: éste es el orden mejor; en el otro puso primero bienes pasajeros, para terminar con males eternos: éste es el orden peor. Así, quien escoja los males presentes, acompañados de la justicia, conseguirá bienes mucho más grandes y seguros que aquellos que despreció; pero quien prefiera los bienes presentes a la justicia, caerá en males mucho más grandes y largos que aquellos que rehuyó. En efecto, dado que esta vida corporal es breve, sus males y sus bienes son necesariamente breves; y a la inversa, puesto que la vida espiritual, que es lo contrario a la terrenal, es eterna, sus bienes y sus males son eternos. Así ocurre que a bienes breves suceden males eternos y a males breves, bienes eternos. Así pues, puesto que al hombre se le ofrecen simultáneamente bienes y males, conviene que cada uno piense consigo mismo cuánto mejor es obtener males breves a cambio de bienes perpetuos que aguantar males eternos a cambio de bienes breves y caducos. Y es que, de la misma forma que en este mundo, cuando se entabla un combate con el enemigo, hay primero que sufrir para después descansar, hay que pasar hambre y sed, calor y frío, hay que dormir en el suelo, vigilar y pasar peligros, para poder después disfrutar, una vez a salvo, de la familia, de la casa, de la hacienda familiar, y de todos los bienes de la paz y de la victoria, mientras que si prefieres la desidia momentánea al esfuerzo, te estarás proporcionando necesariamente a ti mismo un gran mal —el adversario, en efecto, se apoderará de ti al no poner resistencia, tus campos serán asolados, tu casa despojada, tu mujer e hijos serán hechos prisioneros, y tú mismo muerto o capturado: para que todo esto no suceda hay que dejar a un lado las comodidades presentes, con el fin de conseguir algo más importante y lejano—, de esa misma forma, a lo largo de toda esta vida, puesto que Dios nos reservó un enemigo para que pudiéramos conseguir la virtud, debemos dejar a un lado los placeres del presente, para que el enemigo no nos derrote; hay que vigilar, poner guardias, emprender expediciones militares, derramar hasta la última gota de sangre y soportar con paciencia todas las amarguras y cargas: y todo ello con tanta más diligencia cuanto que nuestro emperador, Dios, estableció para

nosotros premios eternos a cambio de esfuerzos. Y si en esta milicia terrena los hombres hacen grandes esfuerzos para conseguir cosas que acaban de la misma forma que se consiguen, no se nos debe criticar a nosotros ningún tipo de esfuerzo, si con él conseguimos lo que de ninguna forma se puede perder. Efectivamente, Dios, que creó al hombre para esta milicia, quiso que, libres de bagajes, nos mantuviéramos firmes en el campo de batalla y que, manteniendo la mente diligentemente atenta, vigiláramos frente a las asechanzas y ataques directos de un solo enemigo, el cual —cosa que suelen hacer los generales curtidos y experimentados— nos atrae despiadadamente, a cada uno según su naturaleza y costumbres, con variadas artimañas: en unos infunde insaciable ambición, para, tras atarlos con sus riquezas, como si de grillos se tratase, apartarlos del camino de la verdad; a otros los inflama con el aguijón de la ira, para alejarlos de la contemplación de Dios, teniéndolos totalmente ocupados en hacer daño; a otros los hunde en desenfrenados placeres para que, esclavos del placer y del cuerpo, no puedan mirar hacia la virtud; en otros inspira envidia para que, obsesionados por sus propios tormentos, no piensen en otra cosa que en la felicidad de aquellos a los que odian; a otros los hincha de ambiciones: éstos son los que dedican todos los esfuerzos y preocupaciones de su vida a ocupar cargos, para aparecer en los fastos y dar nombre a los años**[13]**; la ambición de algunos apunta aún más alto, buscando, no gobernar provincias con el mando terrenal, sino pretendiendo ser llamados dueños de todo el género humano en virtud de un poder infinito y perpetuo; a los que ve que son piadosos, los enreda en distintas religiones, para convertirlos en impíos; a los que buscan la sabiduría, les pinta ante los ojos la filosofía, para cegarlos con la apariencia de luz, con el fin de que nadie comprenda ni posea la verdad. De esta forma, cerró a los hombres todas las entradas y, *contento* con los errores públicos, cercó los caminos.

Para poder disipar estos errores y vencer al autor mismo de los males, Dios nos iluminó y armó con la virtud verdadera y celestial. De ella debo hablar ahora.

Diferencia entre ciencia y virtud

Pero, antes de empezar a explicar cada una de las virtudes, hay que definir la propia virtud, que no fue correctamente definida por los filósofos, diciendo en qué consiste, dónde se encuentra, qué competencias y qué funciones tiene. Los filósofos se quedaron sólo en *la* palabra, olvidando su sentido, su esencia y su valor. Todo lo que ellos pueden exponer para definir la virtud, lo recoge y enuncia Lucilio en unos

pocos versos, que prefiero citar para no ser demasiado largo, refutando las opiniones de muchos: «La virtud, Albino, consiste en estar en condiciones de atribuir el valor justo a las cosas entre las que nos encontramos y vivimos; la virtud es saber qué ventajas ofrece cada cosa al hombre; la virtud es saber qué es, para el hombre, lo recto, lo útil, lo honesto, lo bueno y lo malo, y qué lo inútil, lo sucio y deshonroso; la virtud es saber el límite y medida en la búsqueda de las cosas; la virtud es estar en condiciones de dar el justo precio a las riquezas; la virtud es estimar los honores en la medida que deben ser estimados; ser enemigo y adversario de los hombres y costumbres malos, y, por contra, defensor de los hombres y costumbres buenos, apreciar a éstos, estimarlos, ser su amigo; poner, además, en primer lugar los intereses de la patria, después los de los padres, y en tercer y último lugar los nuestros propios»**[14]**. De estas definiciones, que el poeta recogió brevemente, Marco Tubo, siguiendo al estoico Panecio, dedujo normas para la vida que recogió en tres volúmenes**[15]**.

Vamos a ver inmediatamente la falsedad de estas definiciones, para que quede claro cuánto nos ha favorecido Dios, que nos descubrió la auténtica verdad. Dice que «la virtud consiste en saber qué es lo bueno y lo malo, lo sucio, lo honesto, lo útil y qué no». Podía haber sido más breve, aludiendo sólo al bien y al mal, ya que no puede ser útil y honesto nada que no sea al mismo tiempo bueno, y no puede ser inútil y sucio nada que no sea al mismo tiempo malo. De esta misma opinión son los filósofos, y Cicerón lo declara en el libro tercero de la obra anteriormente citada**[16]**. Por otro lado, el saber no se puede identificar con la virtud, porque el saber no está dentro de nosotros sino que nos viene de fuera; y aquello que puede pasar de uno a otro no es virtud, porque la virtud es propia de cada uno; el saber, pues, es producto de un favor ajeno, porque consiste en escuchar; la virtud es toda nuestra, porque se basa en la voluntad de hacer el bien: de la misma forma que al hacer un viaje no sirve de nada conocer el camino si no se tienen suficientes ganas y fuerzas para andar, así también la ciencia de nada sirve si falta la virtud personal. Efectivamente, los que pecan casi siempre se dan cuenta, aunque no del todo, de qué es el bien y el mal; y cuantas veces hacen una mala acción saben que pecan y por ello tratan de ocultarlo: pero, si bien conocen la naturaleza del bien y del mal, se dejan llevar al pecado por los perversos deseos, porque les falta la virtud, es decir, el deseo de actuar con rectitud y honestidad. De todo ello queda, pues, claro que una cosa es conocer el bien y el mal, y otra la virtud, porque puede

existir el conocimiento sin virtud, cosa que ocurrió en el caso de muchos filósofos. En este caso habrá castigo, ya que con razón se cae en culpa si no se hace lo que se sabe, y con razón hay voluntad depravada y ánimo pecaminoso, que no pue den ser excusados por la ignorancia. Así pues, si la virtud no consiste en conocer el bien y el mal, sí consiste en hacer el bien y no hacer el mal. Y, sin embargo, la ciencia está de tal forma unida a la virtud, que la primera precede a la segunda y la segunda sigue a la primera, ya que de nada sirve el conocimiento si no sigue la acción. Por ello, las palabras de Horacio son un poco más acertadas: «La virtud consiste en huir del vicio y es el comienzo de la sabiduría…»[17], pero se trata también de una definición inadecuada, ya que la hace recurriendo a su contrario; es como si hubiera dicho: «Bueno es lo que no es malo»; y es que, si no sé lo que es el vicio, tampoco sé lo que es la virtud. Ambos necesitan, pues, de definición, ya que la naturaleza del tema es tal, que necesariamente o se conocen ambos o no se conoce ninguno.

Pero hagamos nosotros lo que debió hacer Horacio. La virtud es reprimir la ira, contener la ambición, frenar la lujuria: esto es, en efecto, evitar el vicio, ya que casi todo lo que se hace injusta e indignamente tiene origen en esas pasiones; si se reprime el impulso de esa pasión llamada ira, todas las perversas rivalidades entre los hombres se adormecerán, nadie será objeto de asechanzas, nadie se levantará para hacer daño. De igual forma, si se modera la ambición, nadie recorrerá tierras y mares, nadie se pondrá al frente de un ejército para robar y asolar los territorios de otros. Y, de igual forma, si se suprime el impulso de la lujuria, las personas de todas las edades y sexos conservarán su santidad, y nadie aceptará o hará acciones vergonzosas. Y, como consecuencia, al ser apaciguados todos estos impulsos por la virtud, todos los crímenes y maldades desaparecerán de la vida y costumbres de los hombres. Y este apaciguar los impulsos y sentimientos no tiene otro contenido que hacer las cosas bien.

Así pues, todas las funciones de la virtud se reducen a no pecar; y esto no lo puede ciertamente llevar a cabo quien no conoce a Dios, ya que el desconocimiento de aquel del que nacen los bienes ineludiblemente le empujará, imprudente, hacia los vicios.

En consecuencia, para fijar breve y gráficamente la función última de cada una de ellas: la ciencia consiste en conocer a Dios; la virtud en adorarle; en la primera está la sabiduría; en la segunda la justicia.

Refutación de la definición de virtud en Lucilio

He dicho lo primero que había que decir: que la ciencia del bien no es la virtud; después he dicho qué es la virtud y en qué consiste; sigue ahora la demostración de que los filósofos no saben qué es el bien y qué el mal, pero demostración breve, ya que lo expliqué casi exhaustivamente en el libro tercero[18], cuando hablé sobre el sumo bien.

Pues bien, quienes desconocieron el sumo bien, necesariamente se equivocaron en los demás bienes y males que no son sumos, ya que nadie que no conozca la fuente de donde proceden puede valorarlos con juicio acertado. Ahora bien, la fuente de los bienes es Dios, y la de los males, ese constante enemigo del nombre de Dios, del cual hemos hablado muchas veces: de estos dos principios nacen el bien y el mal. Lo que procede de Dios tiene una meta: preparar la inmortalidad, que es el *sumo* bien; lo que procede de ese otro[19] tiene esta función: apartar de las cosas divinas, sumergir en las terrenas y condenar a un castigo eterno; todo ello es el sumo mal. Así pues, ¿puede existir alguna duda de que todos ésos, que no conocían a Dios ni al adversario de Dios, ignoraban también en qué consiste el bien y el mal? Como consecuencia, limitaron los bienes al cuerpo y a esta vida breve, la cual necesariamente se disipará y acabará; no han avanzado más allá, sino que todos sus preceptos y todos los bienes que llevan consigo se clavan en la tierra y permanecen en el suelo, ya que mueren con el cuerpo, que es tierra. Esos bienes, pues, no tienden a conseguir vida para el hombre, sino a buscar y aumentar las riquezas, los honores, la gloria y el poder: cosas todas que son mortales, tanto como el que se esforzó para conseguirlas. De ahí eso de que «la virtud es saber el límite y la medida en la búsqueda de las cosas»[20]. Enseñan, en efecto, de qué forma y con qué artes se debe conseguir hacienda familiar, porque ven que se suele conseguir de mala manera. Pero no es al sabio al que se propone una virtud de este tipo, ya que no es virtud buscar riquezas cuya consecución y posesión no está en nuestro poder; consiguientemente, en esta búsqueda y consecución tienen más facilidades los malos que los buenos. No puede estar, pues, la virtud en la búsqueda de aquellas cosas, en cuyo desprecio consiste precisamente el sentido y la esencia de la virtud, ni se refugiará en aquellas cosas que a su vez trata de pisotear y triturar con toda la grandeza y excelsitud de su alma, ni es digno que el alma, atenta a los bienes celestiales, se aleje de sus riquezas inmortales para conseguir estas perecederas; antes bien, el sentido de la virtud

consiste en conseguir aquellas cosas que no pueden sernos arrebatadas por ningún hombre ni por la propia muerte.

Si esto es así, es cierto lo que sigue diciendo Lucilio: «La virtud es estar en condiciones de dar el justo precio a las riquezas». Este verso significa casi lo mismo que los dos primeros[21]. Pero ni él ni ningún otro filósofo pudo conocer cuál era el precio ni en qué consistía. Y es que este poeta y todos los otros a los que él siguió pensaron que ese precio era hacer un uso correcto de las riquezas, es decir, ser frugal, no preparar suntuosos banquetes, no ser temerariamente pródigo, no gastar la hacienda familiar en cosas inútiles y rastreras.

Quizás alguien diga: «Y tú, ¿qué? ¿Niegas que esto sea virtud?». No lo niego, ya que daría la impresión de aceptar cosas contrarias si lo negara; lo que niego es que sea la verdadera, ya que no es aquella celestial, sino una virtud totalmente terrena, que no produce nada más que lo que se queda en la tierra. Y ¿en qué consiste el recto uso de los bienes y cuál es el fruto que se debe buscar en las riquezas?; eso lo explicaré más claramente cuando empiece a hablar de los deberes de la piedad[22].

Lo que ya no puede ser verdad de ninguna forma es lo que sigue diciendo Lucilio. Efectivamente, «declararse enemigo de los malvados» o «aceptar la defensa de los buenos» pueden ser posturas comunes con los malos; algunos de éstos, fingiéndose probos, *aseguran su* camino hacia el poder y hacen cosas que suelen hacer los buenos, con tanto mayor celo cuanto que lo hacen para engañar. ¡Ojalá fuera tan fácil ser realmente bueno como lo es fingir serlo! Pero ésos, en cuanto empiezan a cumplirse sus planes y sus deseos y han alcanzado el más alto grado de poder, deponiendo los disimulos, ponen en evidencia su índole, lo arrebatan todo, violan, vejan, persiguen a los propios buenos cuya causa habían aceptado antes, y cortan las escaleras por donde ellos habían subido, para que nadie pueda imitarlos en detrimento suyo. Admitamos, no obstante, que la defensa de los buenos es patrimonio del bueno. Ahora bien, comprometerse con esta defensa es fácil; llevarla a cabo, difícil, ya que, cuando se entra en un combate o enfrentamiento, la victoria no depende de ti, sino de la voluntad de Dios; suele incluso suceder muchas veces que los malvados superan en número y habilidad la maniobra de los buenos, de forma que para derrotarlos se necesita no tanto valor como suerte. ¿O es que desconoce alguien cuántas veces han sido derrotados los buenos y justos? Por ello hubo siempre crueles tiranías en detrimento de los ciudadanos. Toda la historia está llena de ejemplos, pero nos contentaremos con uno solo. Gneo Pompeyo pretendió

presentarse como el defensor de los buenos, y, como tal, tomó las armas en defensa del régimen, del poder constituido y de la libertad; pero, derrotado, cayó con la propia libertad y, asesinado por esbirros egipcios, fue tirado sin recibir sepultura[23]. No es, pues, virtud ser enemigo de los malos o defensor de los buenos, porque la virtud no puede estar sometida a avatares inciertos.

«Poner además, en primer lugar, los intereses de la patria»[24]. La discordia, cuando ha desaparecido de entre los hombres, no tiene ningún sentido. ¿Qué son, en efecto, los intereses de la patria sino el perjuicio de otra ciudad o pueblo, es decir, la extensión del propio territorio a costa de robarlo con violencia a otros, acrecentar el imperio e imponer mayores tributos? Y todo esto no es virtud, sino destrucción de la virtud. Y es que, en primer lugar, se erradica la comunión social entre los hombres, se erradica la inocencia, se erradica la abstinencia de lo ajeno, se erradica, por fin, la propia justicia, la cual no puede soportar el desgarro del género humano, sino que escapa y desaparece necesariamente de allí donde brillan las armas. Es, pues, cierto aquello de Cicerón: «Quienes dicen ostentar la causa de sus conciudadanos, están en contra de la causa de los extranjeros y rompen la común sociedad del género humano: y si ésta es aniquilada, desaparece de raíz el bien, la generosidad, la rectitud y la justicia»[25]. Efectivamente, ¿cómo puede ser justo quien daña, odia, despoja y mata? Y esto lo hacen quienes se esfuerzan por ser útiles a su patria. Y, en lo que se refiere a la utilidad que eso comporta, lo desconocen quienes piensan que no es útil ni ventajoso sino lo que se puede tener en las manos: y eso es lo único que no se puede tener en exclusiva, porque nos puede ser quitado. Pues bien, cualquiera que consiga para su patria eso que ellos llaman bienes, es decir, que llene con dinero el erario público tras destruir ciudades y aniquilar pueblos, que se apodere de terrenos o que haga más ricos a sus conciudadanos, ése será ensalzado hasta el cielo, y en él se piensa que está la más elevada y perfecta virtud. Y en este error no sólo caen el pueblo y los incultos, sino también los filósofos, los cuales dan incluso preceptos para la injusticia, para que de esta forma no les falten a la necedad y a la malicia un amaestramiento y una autoridad. De esta forma, cuando disertan sobre las obligaciones que atañen a la milicia, todo su discurso se acomoda, no a la justicia y a la auténtica virtud, sino a esta vida y costumbres civiles; y que esto no es justicia lo demuestran los hechos y lo atestigua el propio Cicerón; éste dice: «Pero nosotros no tenemos ninguna imagen sólida ni clara del auténtico derecho ni de la genuina justicia; nos servimos de sombras e imágenes: y ¡ojalá

que hiciéramos caso de éstas! Y es que éstas las sacamos de los mejores ejemplos de la naturaleza y de la verdad»[26]. Así pues, lo que ellos consideran como justicia es una sombra y una imagen de la justicia. ¿Qué más? ¿No declara el propio Cicerón que la sabiduría de los filósofos no existe? Dice: «Cuando Fabricio o Aristides son llamados justos, se busca en ellos, como si fueran sabios, un modelo de fortaleza y de justicia, respectivamente. Y es que ninguno de los dos es sabio como nosotros queremos entender la sabiduría; ni tampoco fueron sabios esos que, como Marco Catón y Gayo Lelio, han sido considerados y llamados sabios, ni tampoco aquellos famosos siete[27]; la realidad es que ésos, dado que con frecuencia practicaban los deberes ordinarios, tenían una especie de semejanza y de apariencia de sabios»[28].

Así pues, si por confesión de ellos mismos se ven privados de sabiduría sus filósofos y les es arrebatada la justicia a esos que son tenidos como justos, todas sus descripciones de la virtud son necesariamente falsas, ya que sólo el sabio y el justo pueden saber en qué consiste la verdadera virtud. Y, por fin, justo y sabio sólo es aquel que fue instruido por Dios en los preceptos divinos.

La necedad puede a veces parecer virtud, sabiduría y justicia: es un engaño más del diablo

En efecto, todos esos que son considerados como sabios por la reconocida necedad de otros, atraídos por la apariencia de virtud, asimilan sombras e imágenes pero no verdad. Y esto sucede porque ese camino falso, que lleva al ocaso, tiene, a causa de la variedad de estudios y disciplinas —que son muy diferentes y variados en la vida del hombre—, muchos pasos. Efectivamente, de la misma forma que el camino de la sabiduría tiene semejanzas con la necedad —cosa que ya puse en evidencia en el libro anterior—, así este otro, si bien es todo él necedad, tiene semejanzas con la sabiduría, semejanzas a las que se agarran esos que conocen la necedad del pueblo; y, de la misma forma que tiene vicios manifiestos, así también tiene algo que se parece a la virtud; y, de la misma forma que tiene abiertas aspiraciones criminales, así también tiene cierta apariencia e imagen de bondad. ¿Cómo, en efecto, ese profeta de este camino, cuya fuerza y poder consiste totalmente en engañar, iba a poder engañar a todos si no presenta entre los hombres algo semejante a la virtud? Y es que Dios, para mantener oculto su inmortal secreto, puso en su propio camino cosas que los hombres despreciaran como malas y bajas, para que, apartados de la sabiduría y verdad —verdad que buscaban sin guía—, cayeran en eso mismo que intentaban evitar y rehuir. En cambio, les presentó un camino de la perdición y de la muerte con múltiples

variedades, ya con múltiples formas de vida, ya con múltiples dioses a los que adorar. Y el guía de este camino, prevaricador y falaz, para dar la impresión de que sabe discernir entre lo falso y lo verdadero, entre lo malo y lo bueno, lleva por un camino a los lujuriosos y por otro a los llamados frugales; por uno a los incultos y por otro a los sabios; por uno a los vagos y por otro a los diligentes; por uno a los necios y por otro a los filósofos, e incluso en lo que se refiere a estos últimos, no lleva a todos por el mismo sendero: efectivamente, a los que no rehúsan los placeres y las riquezas, apenas los aparta del camino normal y corriente; pero a los que pretenden seguir la virtud y confiesan despreciar las riquezas, los lleva por ciertos intrincados precipicios. De todas formas, todos esos caminos que aparentan ser buenos, no son caminos diferentes del camino normal, sino que son desvíos y sendas que dan la impresión, sí, de separarse hacia la derecha del camino común, pero que en realidad se reducen a un solo camino y llevan todos al mismo resultado con el mismo final. Efectivamente, ese jefe apelotona a todos allí donde se debe separar a los buenos de los malos, a los fuertes de los inútiles, a los sabios de los necios, es decir, los apelotona en el culto a los dioses, en el que él yugula con la misma espada y precipita hacia la muerte a todos, ya que todos fueron necios sin ninguna diferencia.

Sin embargo, este otro camino, que es el camino de la verdad, de la sabiduría, de la virtud y de la justicia, las cuales tienen todas ellas una sola fuente, una sola fuerza, una sola sede, es un camino único —en él seguimos y adoramos a un solo Dios con idénticos ánimos y extraordinaria concordia—, estrecho —ya que la virtud es un patrimonio de pocos— y difícil —ya que al bien, que es algo elevado y sublime, no se puede llegar sino con gran dificultad y esfuerzo—.

El camino verdadero es la ley divina, que coincide con la ley natural de Cicerón

Éste es el camino que buscan los filósofos, pero que no encuentran, ya que lo buscan sobre todo en la tierra, que es donde no puede aparecer. Se equivocan, pues, como si estuvieran en un gran océano, y no saben a dónde son llevados, ya que no ven el camino ni siguen a ningún guía. Y es que el camino de esta vida debe buscarse con el mismo procedimiento con que las naves se orientan en alta mar, las cuales, si no se fijan en alguna estrella del cielo, vagan por rutas inseguras. Quien pretenda seguir el camino recto de esta vida, no debe mirar hacia la tierra, sino al cielo, y, para hablar con claridad, no debe seguir a los hombres, sino a Dios; ni servir a las estrellas de la tierra, sino a Dios; ni reducirlo todo al cuerpo, sino al alma; ni preocuparse por

esta vida, sino por la eterna. Así pues, si se dirigen los ojos siempre al cielo, si se observa al sol por donde nace, y si se tiene a éste como guía de nuestra vida, cual si estuviéramos en una travesía, inmediatamente los pies se dirigirán por sí solos hacia el verdadero camino, y esa luz celestial —que para las mentes sanas es un sol mucho más claro que este que vemos con nuestros ojos mortales— nos regirá y pilotará hasta llevarnos, sin ningún fallo, al elevado puerto de la sabiduría y de la virtud. Hay, pues, que aceptar la ley de Dios, que nos lleva a este camino: esa ley santa y celestial que Marco Tulio nos pintó casi con voz divina en el libro tercero de *Sobre el Estado*, del que yo, por no decir más, he subrayado estas palabras: «La verdadera ley es la recta razón, conforme a la naturaleza, común a todos, inmutable, eterna, que nos llama a nuestra obligación con preceptos y que nos aparta del engaño con prohibiciones, y que, sin embargo, no ordena ni prohíbe en vano a los buenos, ni mueve con sus órdenes y prohibiciones a los malos. No está permitido proponer otra ley para cambiar ésta, ni es lícito derogar nada de ella, ni puede ser totalmente derogada; ni el senado ni el pueblo pueden eximirnos de su cumplimiento; ni hay que buscar para ella un exegeta o intérprete como Sexto Elio; ni es una ley en Roma y otra en Atenas, una ahora y otra después, sino una sola ley, eterna e inmutable, que abarcará a todos los pueblos y en todo momento; y habrá, por así decir, un solo maestro y un general común a todos, Dios: él es el autor, el intérprete y el ponente de esta ley; y quien no la observe, se enajenará a sí mismo y, por renegar de la naturaleza humana, pagará por ello mismo las penas más graves, aunque escape de todas las demás cosas que son consideradas como suplicio»[29]. ¿Quién, aun conociendo el misterio de Dios, podría describir la ley divina tan puntualmente como lo hizo ese hombre, que estaba lejos de conocer la verdad? Yo, por mi parte, pienso que esos que dicen verdades sin darse cuenta deben ser considerados como si, estando inspirados por algún espíritu, hicieran profecías. Y si Cicerón, de la misma forma que intuyó el sentido y esencia de la ley santa, hubiese conocido y explicado los preceptos en los que se apoya esa ley, habría desempeñado el oficio, no de filósofo, sino de profeta. Pero como él no podía hacer esa función, nos corresponde a nosotros hacerla, a nosotros, a los que nos fue entregada esa ley por el único maestro y emperador de todo, Dios.

El primer precepto de la

El primer punto de esa ley es conocer al propio Dios, a él solo obedecer y a él solo adorar. Y es que no puede ser considerado como hombre quien desconoce a Dios, que es el

ley divina es conocer y amar a Dios: ello sólo se puede hacer desde la doctrina cristiana

padre de su alma: esto es un pecado gravísimo. Esta ignorancia es la que hace que sirva a otros dioses, lo cual es la acción más criminal que se puede cometer. De aquí hay un fácil paso hacia la maldad a través de la ignorancia de la verdad y del único bien, ya que Dios, a quien rehúsa conocer, es la propia fuente de la bondad. Y si quiere seguir a la justicia, pero desconoce el derecho divino, aceptará las leyes de su pueblo, como si fueran el verdadero derecho; pero esas leyes no son producto de la justicia, sino de la utilidad. Efectivamente, ¿qué otra razón hay que explique que todos los pueblos establecieran leyes diferentes y opuestas, sino que cada pueblo sancionó como ley propia aquello que consideró útil para sus propios intereses? Por lo demás, en lo que se refiere a la distancia que hay de la utilidad a la justicia, lo demuestra el propio pueblo romano, que, declarando la guerra a través de los feciales[30], injuriando, robando y tomando con la ley en la mano las cosas ajenas, se hizo dueño de todo el orbe. Pero ellos se consideran a sí mismos justos porque no hacen nada en contra de sus leyes, aunque es por lo demás una observancia de las leyes que puede ser atribuida al temor, ya que se abstienen de hacer el mal por miedo al castigo inminente. Pero concedamos que cumplen los preceptos de las leyes por imperativo de la naturaleza o, como dice el filósofo, «espontáneamente»[31]. ¿Serán considerados justos por obedecer las disposiciones de los hombres, los cuales pudieron equivocarse o ser injustos, como aquellos promulgadores de las Doce Tablas[32], o que, y esto con toda seguridad, se pusieron al servicio de la utilidad pública en función de los tiempos? Así pues, una cosa es el derecho civil, que varía según las costumbres y lugares, y otra la verdadera justicia, que es uniforme y única, según la propuso Dios a todos; y quien desconoce a Dios, desconoce necesariamente la propia justicia.

Pero pensemos que pueda suceder que alguien, por una natural e innata bondad, adquiera las verdaderas virtudes, cual es el caso, según se nos ha transmitido, de Cimón en Atenas[33], el cual dio dinero a los necesitados, hospitalidad a los pobres y vestido a los desnudos; a pesar de ello, como le falta lo más importante, el conocimiento de Dios, esas buenas acciones suyas son vanas e inútiles, de forma que inútilmente se ha esforzado para conseguirlas. Y es que toda su justicia será semejante a un cuerpo humano sin cabeza, el cual, aunque todos sus miembros tengan su sitio, forma y constitución, sin embargo, puesto que le falta lo principal, carecerá de vida y de sentidos. Así pues, esos

miembros tienen sólo forma de miembros, pero no la función. Y lo mismo sucede con una cabeza sin cuerpo: a ella es semejante aquel que, aun conociendo a Dios, es malo, ya que ése sólo tiene lo más importante, pero en vano, puesto que le faltan los miembros, que son las virtudes. Así pues, para que sea un cuerpo sensible y sencillo, son necesarios el conocimiento de Dios, como cabeza, y todas las virtudes, como cuerpo. De esta forma el hombre será perfecto y estará vivo, aunque toda su fuerza esté en la cabeza, la cual, si bien no puede subsistir sin todos los miembros, sí puede sin algunos; en este último caso se tratará de un animal tarado y débil, pero vivirá, de la misma forma que quien conoce a Dios y peca en algo: Dios, en efecto, perdona los pecados. Así pues, sin algunos miembros se puede vivir; sin la cabeza, de ninguna forma. Ello determina que los filósofos, aunque sean buenos por naturaleza, no saben, sin embargo, nada, y en nada son sabios: toda su ciencia y virtud están privadas de cabeza, porque desconocen a Dios, que es la cabeza de la virtud y de la ciencia; y quien no conoce a Dios, aunque vea, es ciego; aunque oiga, es sordo; aunque hable, es mudo. Pero en cuanto conozca al creador y padre de las cosas, verá, oirá y hablará, ya que empieza a tener cabeza, en la cual están colocados todos los sentidos, es decir, los ojos, los oídos y la lengua. Efectivamente, ve aquel que contempla con los ojos del corazón la verdad, en la cual está Dios, o a Dios, en el cual está la verdad; oye quien fija en su corazón las voces divinas y los preceptos legales; habla quien, al exponer las cosas del cielo, describe la virtud y la majestad del Dios único. Por ello, no hay duda de que es impío quien no conoce a Dios, y todas esas virtudes que cree tener o poseer se encuentran en esa mortífera vía que está totalmente llena de tinieblas; en consecuencia, nadie tiene nada de qué jactarse si consigue esas vanas virtudes, ya que no sólo es desgraciado aquel que carece de los bienes presentes, sino que además es necio, porque afronta grandes esfuerzos en esta vida para nada. Efectivamente, una vez perdida la esperanza de inmortalidad —inmortalidad que Dios promete a sus fieles y para cuya consecución se debe tender a la virtud y se deben soportar todos los males que nos ocurren—, será ciertamente una gran necedad querer practicar aquellas virtudes que en vano proporcionan al hombre calamidades y esfuerzos. Y es que, si la virtud consiste en soportar y afrontar con fortaleza la necesidad, el destierro, el dolor y la muerte —cosas temidas por los demás—, ¿qué ventajas tiene en sí misma, para que los filósofos digan que ellos la buscan por sus valores internos? Sin duda se regodean en calamidades vanas e inútiles, cuando podían vivir sin problemas. Efectivamente, si las almas son mortales, si

la virtud se queda en nada una vez descompuesto el cuerpo, ¿qué sentido tiene rechazar los bienes que se nos presentan, como si fuéramos desagradecidos e indignos de disfrutar los dones divinos? Para poseer estos bienes, hay que vivir entre crímenes e impiedades, ya que, tras la virtud, es decir, tras la justicia, va la pobreza. Consiguientemente, no está en su sano juicio quien, si no tiene una esperanza más elevada, prefiere en esta vida el trabajo, el sufrimiento y la miseria a esos bienes que los demás poseen. Pero si, como ellos mismos dicen con razón, debemos aceptar la virtud porque se sabe que el hombre ha nacido para ella, es porque debe existir una esperanza más elevada que nos proporcionará enorme y extraordinario solaz por los males y sufrimientos que nos obliga a soportar la virtud. La virtud, que por sí misma es dura, no debe ser tenida como un bien sino porque compensa su dureza con un bien mucho más elevado. Y, por la misma razón, no debemos abstenernos de los bienes de esta vida sino porque hay otros mayores, por los cuales merece la pena prescindir de los placeres y soportar todos los males. Y esos bienes mayores no son otros, como mostré en el libro tercero[34], que los de la vida eterna. Y esta vida eterna ¿quién la puede dar sino Dios, que fue quien ofreció la propia virtud?

Así pues, todo se cifra en el conocimiento y culto a Dios: en él está toda la esperanza y salvación del hombre; él es el primer peldaño de la sabiduría, que nos enseñará quién es nuestro verdadero padre y nos empujará a seguirle a él solo con la debida piedad, a obedecerle, a servirle con toda devoción; y para merecerle, debemos poner toda acción, preocupación y trabajo.

Otro aspecto del buen camino: el sentimiento humanitario

He hablado de las obligaciones para con Dios; ahora hablaré de lo que se debe atribuir al hombre, aunque lo que se atribuya al hombre hay que atribuírselo a Dios, porque el hombre es imagen de Dios. De todas formas, la primera obligación del justo es estar unido con Dios, y la segunda, estarlo con el hombre: lo primero se llama religión, lo segundo misericordia o sentimiento humanitario. Esta última virtud es propia de los justos y de los fieles de Dios, ya que ella sola contiene la razón de ser de la vida en este mundo. Efectivamente, Dios, que no dio a los demás animales la sabiduría, pero les dio recursos naturales para defenderse de los ataques y peligros, al hombre, al que hizo débil y frágil para dotarle en cambio de la sabiduría, le dio, por encima de todo lo demás, este sentimiento piadoso para que proteja, ame y ayude a los otros hombres y reciba y preste auxilio contra todos los peligros.

Así pues, el mayor vínculo de unión entre los hombres es el sentimiento humanitario: quien rompe este vínculo, debe ser considerado maldito y parricida. Efectivamente, si todos nacemos del único hombre que Dios creó, somos sin duda hermanos en la carne y, como consecuencia, debe ser considerado como un gran crimen odiar a otro hombre, aunque sea culpable. Por eso Dios nos ordenó que no tuviéramos nunca enemistades, que las rechazáramos siempre, es decir, que a esos que son nuestros enemigos les ablandemos recordándoles nuestro parentesco. Es más, si hemos recibido todos el aliento y la vida de un solo Dios, ¿qué otra cosa somos sino hermanos, y hermanos más unidos, puesto que lo somos en el alma, que si lo fuéramos en el cuerpo? Por ello, no se equivoca Lucrecio cuando dice: «Finalmente, todos somos oriundos de la semilla celestial; todos tenemos el mismo padre»[35]. Consiguientemente, han de ser tenidos como bestias crueles quienes hacen daño a un hombre, quienes, contra todo derecho humano y divino, despojan, atormentan, matan, eliminan. Por este parentesco de hermandad Dios nos enseña a no hacer nunca el mal, y a hacer siempre el bien.

Ahora bien, ¿en qué consiste hacer el bien? El propio Dios nos lo enseña: en auxiliar a los oprimidos y a los que sufren, en compartir el alimento con los que no lo tienen. Y es que Dios, puesto que es piadoso, quiso que nosotros fuéramos un animal sociable: consiguientemente, debemos mirar por nosotros mismos en los otros hombres. No merecemos ser librados del peligro si no socorremos a otros; no merecemos ayuda si negamos la nuestra. En este sentido, no hay preceptos de los filósofos, ya que, al estar cautivos en una apariencia de falsa virtud, arrancaron la misericordia del corazón humano y, mientras intentan sanarlo, lo vician. Y, si bien ellos mismos reconocen con frecuencia que debemos mantener una comunión entre los hombres, de hecho se apartan totalmente de la misma por el excesivo rigor de su inhumana virtud. Hay, pues, que refutar también el error de esos que piensan que no se debe compartir nada con nadie.

Para explicar el origen y la causa de la fundación de una ciudad, no aducen una sola. Algunos recuerdan que los primeros hombres que nacieron de la tierra, al llevar una vida nómada por las selvas y campos, no tenían entre sí ninguna relación de palabra, ni ningún vínculo de derecho, sino que tenían por cubil los árboles y la hierba, y por casa las cuevas y antros, y que fueron presa de las bestias y animales más fuertes; y que entonces, los que habían escapado tras ser destrozados por las bestias, o los que habían visto despedazar al que

estaba a su lado, dándose cuenta del peligro que corrían, huyeron hacia otros hombres, imploraron protección, y empezaron a manifestar sus deseos, en primer lugar con señas; después, intentaron comenzar a hablar y, dando a cada cosa su nombre, perfeccionaron poco a poco el lenguaje. Y, cuando se dieron cuenta de que al ser ya muchos tenían que defenderse contra las bestias, empezaron también a construir fortalezas, ya para asegurarse una noche tranquila, ya para rechazar las incursiones y ataques de las bestias, no entrando con ellas en lucha, sino oponiendo defensas**[36]**. ¡Oh inteligencias indignas de hombres, que divulgaron estas tonterías! ¡Oh míseros y miserables quienes pusieron por escrito para el recuerdo su propia necedad! Y es que, a pesar de que veían que también en los animales mudos se observa esa congénita tendencia a convivir, a buscarse los unos a los otros, a evitar el peligro, a precaver los desastres, o a proporcionarse cubil o escondrijos, pensaron, sin embargo que los propios hombres, si no hubiese sido por la experiencia, no habrían podido advertir ni aprender qué era lo que debían temer, evitar o hacer; es decir, que *nunca se* habrían reunido los hombres, ni habrían encontrado la forma del lenguaje, si no hubiesen sido comidos por las bestias.

A otros, esto les parece ridículo: hubo quienes dijeron que no fueron los destrozos de las bestias los que indujeron a los hombres a unirse, sino más bien su propio sentimiento humanitario; y que, consiguientemente, se unieron porque la naturaleza humana huye de la soledad y busca la comunidad y sociedad.

No hay gran diferencia entre los que piensan una cosa y otra, ya que, si bien aducen causas distintas, el resultado final es el mismo. Pudieron suceder, efectivamente, las dos cosas, ya que no son contradictorias; pero ninguna de las dos es cierta, ya que no es cierto que los hombres aparecieron por toda la tierra nacidos de la tierra, como si salieran de semillas consistentes en dientes de dragón, tal como quieren los poetas**[37]**, sino que un solo hombre fue creado por Dios y, a partir de él, se llenó toda la tierra de hombres, de la misma forma que se volvió a llenar tras el diluvio, cosa que no pueden negar. Así pues, no hubo en un primer momento una aglomeración de ese tipo, ni hubo un momento en la tierra en que los hombres no hablaran, excepto en su infancia: esto lo entiende quien tenga sentido común. Supongamos, sin embargo, que son ciertas esas cosas que se inventan los viejos ociosos e ineptos, para poder refutarlos mejor desde sus pensamientos y razones. Si los hombres se unieron para proteger su debilidad ayudándose mutuamente, hay que concluir que se debe socorrer al

hombre que necesita ayuda; efectivamente, si los hombres iniciaron y sancionaron una comunidad con los hombres en aras de su propia protección, debe considerarse como el mayor de los pecados el violar y el no conservar esa alianza, asegurada entre los hombres desde sus propios orígenes. Y es que quien se niega a prestar ayuda, también renuncia necesariamente a recibirla, ya que quien niega su ayuda a otros, piensa que él no necesita la de nadie; y ese que por propia voluntad se aleja y aparta del cuerpo, vivirá, no como los hombres, sino como las fieras. Y si esto es imposible, hay que aceptar de todas formas el vínculo social, ya que el hombre no puede vivir de ninguna forma sin los hombres. Y lo que mantiene la unidad de la sociedad es el sentido comunitario, es decir, el sentido de prestar ayuda para poder después recibirla. Y si, como quieren aquellos otros, la unión entre los hombres tiene como punto de partida su propio sentido humanitario, el hombre debe necesariamente reconocer a los otros hombres. Y si esto lo hicieron hombres rudos y todavía fieros, y lo hicieron cuando todavía no existía el lenguaje, ¿qué pensaremos que deben hacer estos hombres cultos, relacionados entre sí por la lengua y el intercambio de todo tipo de cosas y que, acostumbrados a los otros hombres, no pueden soportar la soledad?

Definición del auténtico sentido humanitario

Hay, pues, que mantener el humanitarismo, si queremos con razón ser llamados hombres. Y en lo que se refiere a eso —lo de mantener el humanitarismo— ¿qué otra cosa es sino amar al hombre, ya que el hombre es un ser idéntico a nosotros? La discordia, pues, y la disensión no están de acuerdo con la esencia del hombre; es, pues, cierto aquello que dice Cicerón de que «el hombre fiel a la naturaleza no puede hacer daño al hombre»[38]. Consiguientemente, si hacer daño al hombre va contra la naturaleza, hacerle bien estará necesariamente de acuerdo con ella. Quien no lo hace, se despoja a sí mismo de la denominación de hombre, puesto que su calidad de hombre le obliga a venir en ayuda de las necesidades y peligros del hombre. Pues bien, a esos que piensan que no es propio de un sabio doblegarse y compadecerse yo les pregunto: si un hombre apresado por una bestia pide auxilio a un hombre armado, ¿pensáis que se le debe socorrer o no? No son tan desvergonzados que digan que no se debe hacer lo que pide, cosa que viene exigida por el sentimiento humanitario. Otro caso: si alguien está rodeado por el fuego, es cogido en un derrumbamiento, caído en las aguas del mar, arrastrado por un río, ¿pensáis que es propio de un hombre no auxiliarle? No son hombres si piensan así —y es que nadie puede verse libre

de peligros de este tipo—; más bien dirán que salvar al que está en peligro de muerte es propio de un hombre y de un varón fuerte. Pues bien, si en casos de este tipo aceptan que es humanitario el prestar auxilio, ya que se trata de casos que comportan peligro para la vida del hombre, ¿qué razón hay para que no piensen que se debe también socorrer cuando alguien tiene hambre, sed o frío? Si bien estas situaciones son por naturaleza idénticas a aquellas otras situaciones ocasionales, para ellos, sin embargo, hay diferencias, porque lo miden todo, no por el valor real de las cosas, sino por su utilidad momentánea. Efectivamente, de aquellos a los que sacan del peligro esperan que les devuelvan el favor, mientras que de los necesitados, puesto que no esperan nada de ellos, piensan que se pierde todo lo que se haga en favor de los mismos. De ahí esa detestable opinión de Plauto: «Malos merecimientos hace quien da a un mendigo de comer, ya que pierde lo que da y alarga la miserable vida de aquél»[39]. De todas formas, quizás el poeta habló aquí en función de la caracterización del personaje. Pero ¿no aconseja también esto mismo —que no hay que ser generoso— Marco Tulio en sus libros *Sobre los deberes*? Dice, en efecto, esto: «Toda generosidad que se ejerza a base de la hacienda familiar, agota la propia fuente de la generosidad. De esta forma, la generosidad es eliminada por la propia generosidad: cuanto más uso se haga de ella, con tantos menos se podrá ejercer». Y poco después: «¿Qué cosa hay más necia que ejercer la generosidad, cuando no está en tus manos hacerlo largo tiempo?»[40]. He aquí cómo este maestro de la sabiduría frena el sentimiento humanitario de los hombres y les aconseja que guarden cuidadosamente su hacienda familiar y que prefieran cuidar la hucha que la justicia, El propio Cicerón, al darse cuenta de que esto es inhumano e impío, dice después, en otro capítulo, como arrepentido, esto: «De vez en cuando, sin embargo, hay que ser generoso, no se debe rechazar radicalmente este tipo de generosidad y conviene con frecuencia dar algo de la propia hacienda a los hombres necesitados que lo merezcan»[41]. ¿Qué quiere decir con «que lo merezcan»? Sin duda se refiere a aquellos que puedan restituir y devolver el favor. Si Cicerón viviera todavía, yo le diría a voces: «Aquí, aquí, Marco Tulio, abdicaste de la verdadera justicia y la eliminaste con una sola palabra, ya que has valorado las obligaciones de la piedad y del sentimiento humanitario en función de su utilitarismo. Y es que no sólo se debe ser generoso con los que lo merezcan, sino, en la medida de lo posible, también con los que no lo merezcan, ya que la justicia, la piedad y el humanitarismo consisten en ejercerlos sin esperanza de recompensa. Ésta es la

verdadera y genuina justicia, de la que tú dices no tener una sólida y clara imagen[42]. Tú mismo declaras en muchos sitios[43] que la virtud no es mercenaria y confiesas en tus libros *Sobre las leyes* que la generosidad es gratuita con estas palabras: "No hay duda de que quien se llama liberal y generoso, persigue una obligación, no un provecho"[44]. Pues bien, ¿qué otra cosa persigues con tu generosidad para con "los que lo merecen" sino recibir después el pago? Consiguientemente, con tu autoridad y consejos sobre la bondad, todo aquel que no lo merezca morirá de desnudez, sed y hambre, y los hombres ricos y sobrados hasta permitirse placeres no socorrerán las necesidades más perentorias. Si la virtud no exige recompensa, "si", como tú dices, "ha de ser buscada por sus valores internos"[45], estima, en consecuencia, a la justicia, que es la madre y primera de las virtudes, en función de su valor y no en función de tu interés, y sé generoso sobre todo con aquel del que nada esperas. ¿Por qué eliges a las personas? ¿Por qué tienes en cuenta a los individuos? Debes considerar como hombre a aquel que se dirige a ti con súplicas, precisamente porque él te considera a ti hombre. Rechaza "esas sombras e imágenes de justicia" y quédate con la verdadera y "clara justicia"[46]. Sé generoso con los ciegos, débiles, cojos y abandonados, los cuales, si no los socorres, morirán; ellos son inútiles para los hombres, pero útiles para Dios, que los mantiene vivos, les obsequia con el alma y los honra con la luz. Ayuda en la medida que te sea posible y sustenta, desde tu sentimiento humanitario, las vidas de los hombres, para que no se extingan. Quien puede socorrer al que está en peligro de muerte y no le socorre, mata».

Pero ellos, al no respetar la naturaleza y al no saber en qué consiste la verdadera recompensa, mientras tratan recelosos de no perder, pierden, y caen en lo que con más fuerza han tratado de evitar, de forma que cualquier gesto generoso que hagan, o bien desaparece totalmente, o bien sirve para muy poco tiempo. Efectivamente, quienes niegan a los pobres el más pequeño obsequio, queriendo así conservar sin detrimento su condición humana, dilapidan su patrimonio para alcanzar objetivos perecederos y frágiles o, ciertamente, para no conseguir nada, a cambio de un gran perjuicio para ellos. Y es que ¿qué se puede decir de esos que, dejándose llevar por la frivolidad del pueblo, gastan en la sufragación de espectáculos sumas de dinero que serían suficientes para mantener incluso grandes ciudades, sino que están dementes y locos, ya que dan al pueblo algo que ellos mismos pierden y que no llegará a aquellos a quienes se ofrece? Consiguientemente, como todo placer es caduco y breve,

sobre todo el placer de los ojos y de los oídos, los hombres o bien se olvidan y desagradecen los sacrificios de los otros, o bien incluso se sienten ofendidos, si no se da plena satisfacción a los caprichos del pueblo; de esta forma, esos malvados consiguen un mal a cambio de otro mal o, en el caso de que tengan éxito, no consiguen nada más que vanos aplausos y que se hable de ellos durante unos pocos días: así, se gastan todos los días en esas cosas vanas los patrimonios de hombres ligeros.

¿Actúan acaso con más sabiduría esos que hacen a sus conciudadanos regalos más útiles y duraderos, es decir, esos que buscan fama para su nombre haciendo obras de interés público? Ni siquiera éstos actúan con rectitud: sepultan sus bienes en la tierra, porque el recuerdo de nada sirve a los muertos, ni sus obras son eternas, ya que o se caen y arruinan con el primer temblor de tierra, o son consumidas por un incendio casual, o destruidas por algún asalto del enemigo, o —y de esto no hay duda— caen disipadas por el propio paso del tiempo. «No hay nada, en efecto», como dice el orador, «hecho por el trabajo y la mano del hombre que no sea agotado y consumido por el paso del tiempo. Pero esta justicia y clemencia florecerán cada día más»[47]. Así pues, éstos actúan mejor que aquellos que son generosos con sus compañeros de tribu o con sus clientes[48] —hacen, en efecto, cosas útiles para los hombres—, pero no es ello la verdadera y justa generosidad. Y es que no hay beneficencia donde no hay necesidad: por ello, lo que se da gratuitamente a los no necesitados, o bien se pierde, o bien nos vuelve con intereses; y eso no es beneficencia. Si bien ello es agradable para el que lo recibe, no es sin embargo justo, porque, si no se hace, no se sigue ningún mal. Así pues, la única obligación cierta y verdadera de la generosidad consiste en sustentar a los necesitados e inútiles.

Algunas manifestaciones del sentimiento humanitario

Ésta es la perfecta justicia que mira por esa sociedad humana de la que hablan los filósofos; éste es el más grande y autentico fruto de las riquezas: hacer uso de ellas, no para el propio placer de uno solo, sino para el bien de muchos; no para obtener un fruto propio momentáneo, sino para alcanzar la justicia, que es la única que no perece. Hay que procurar, pues, por todos los medios alejar radicalmente del ejercicio de la misericordia la esperanza de recompensa: y es que el premio de la acción y del ejercicio de ella ha de esperarse sólo de Dios, porque, si lo esperas del hombre, ya no es humanitarismo, sino prestación a interés del favor; ni puede dar la impresión de que hace merecimientos aquel que, lo que hace, lo hace para sí y no para otro.

De todas formas, el resultado final es el mismo, porque quien hace un favor a otro sin esperar recompensa de él se está haciendo un favor a sí mismo, porque recibirá la recompensa de Dios. Es más, Dios nos ordenó que, si en alguna ocasión preparamos una cena, debemos invitar al banquete a aquellos que a su vez no pueden invitarnos ni devolvérnoslo[49], para que ningún acto de nuestra vida carezca del don de la misericordia. A pesar de ello, que nadie piense que tiene prohibido el compartir con los amigos o el practicar la caridad con los vecinos; lo que nos enseñó Dios es en qué consiste la obra verdadera y justa: debemos vivir con el vecino, con tal de que sepamos que lo primero es una obligación humana, y lo segundo una obligación divina[50].

Así pues, la hospitalidad es una virtud importante, cosa que dicen también los filósofos; pero éstos la alejan de la verdadera justicia y la adaptan violentamente a su interés: «Con razón», dice Cicerón, «la hospitalidad es alabada por Teofrasto. Es, en efecto, muy hermoso, o al menos así me lo parece a mí, que la casa de hombres ilustres se abra a hombres ilustres»[51]. De esta forma, Cicerón erró de nuevo, de la misma forma que erró cuando dijo que había que ser generoso con los que «lo merecen»[52]; y es que la casa de un hombre justo y sabio debe estar abierta, no para los ilustres, sino para los humildes y despreciados, ya que los ilustres y poderosos no pueden tener necesidad de nada, porque su opulencia les protege y ensalza; y el hombre justo sólo debe hacer obras de beneficencia; y una obra de beneficencia, si es recompensada, perece y acaba, ya que no es totalmente nuestro aquello por lo que se nos paga un precio. Así pues, la esencia de la bondad está en aquellas obras benéficas que permanecen íntegras e incorruptas; y no permanecen íntegras e incorruptas si no se hacen en aquellas personas que de ninguna forma pueden a su vez ser útiles. Pero Cicerón, al hablar de la hospitalidad para con hombres ilustres, no esperó otra cosa que la propia utilidad y el listo de él no disimuló qué recompensa esperaba de ello; dice, en efecto, que «quien haga esto, será poderoso ante los extranjeros por los favores que ha dispensado a sus príncipes, a los que ha atado a sí mismo, en virtud de los lazos jurídicos de la hospitalidad y de la amistad»[53]. ¡Oh! ¡Con qué gran cantidad de argumentos podría refutar, si lo hiciera, la inconsistencia ciceroniana! Es más, podría ser refutado no tanto con mis palabras como con las suyas. Él mismo dice, en efecto: «En la medida en que con mayor interés cada uno reduce y hace lo que hace en función de su utilidad, en tanto menor grado es un hombre bueno»[54].

Él mismo dice también que no «es propio de un hombre sencillo y abierto ser ambicioso; simular y fingir algo; dar la impresión de hacer una cosa, cuando se hace otra; fingir que se está haciendo un favor a otro, cuando se lo está haciendo a sí mismo; todo esto es más bien propio de un hombre malicioso, astuto, falaz y doloso»[55]. ¿Cómo, pues, podría defender que esa interesada hospitalidad no era maliciosa? Resulta que andas por todas las puertas, para invitar a que vengan a tu casa los príncipes del pueblo y de las ciudades, para conseguir por medio de ellos poder entre sus ciudadanos, y ¿quieres dar la impresión de ser justo, humano y hospitalario, cuando estás mirando por tu propio interés? De todas formas, Cicerón se enredó en estos lazos a conciencia y a sabiendas, no incautamente —ello no coincide de ninguna forma con sus cualidades—, sino por ignorancia del verdadero derecho; para que se le perdonara esto, él mismo reconoció que «él no daba preceptos en orden a la verdadera justicia, que él desconocía, sino en orden a una sombra e imagen de justicia»[56]. Hay, pues, que perdonar a este sombrío e imaginario maestro, y no hay que exigirle la verdad que él confiesa desconocer.

Otra obra buena, importante y digna, es la redención de cautivos; esto lo aceptó el mismo Tulio: «Es también útil para el estado este acto de misericordia: redimir de la servidumbre a los cautivos, dar dinero a los débiles. Yo antepongo con mucho esta costumbre de hacer el bien a la generosa realización de obras; ella es propia de hombres serios y grandes»[57]. Es, pues, una obra propia de justos alimentar a los pobres y redimir a los cautivos, ya que quien hace esto es llamado serio y grande, máxime entre los malos: y es que son muy dignos de alabanzas aquellos que hacen bien sin que nadie esperara de ellos que lo iban a hacer; pues quien hace bien a un pariente, a un cercano o a un amigo, no merece ninguna alabanza, o, al menos, no merece una alabanza grande, ya que eso tenía obligación de hacerlo; y sería impío y detestable si no hiciera eso que le exigen la propia naturaleza y la obligación; y si lo hace, lo hace no tanto para conseguir gloria como para evitar la crítica. Pero quien hace eso a un extraño y desconocido, es ciertamente digno de alabanza, puesto que, para hacerlo, sólo ha sido empujado por su sentimiento humanitario. Hay, pues, bondad allí donde no hay ningún vínculo de obligación que empuje a hacer el bien. Consiguientemente, Cicerón no debió anteponer la costumbre de hacer el bien a la generosa realización de favores: ello es una función del que compara y elige, entre dos bienes, el mejor; pero esa generosidad de los hombres que dilapidan su patrimonio en obras es vana, liviana y está alejada de toda justicia;

por ello, no debe ni siquiera ser llamado obra aquello en lo cual no se beneficia sino quien no merece beneficiarse.

No menor obra buena es proteger y defender a los huérfanos y viudas abandonados y necesitados de ayuda. Esto lo prescribió la ley divina para todos: efectivamente, todos los buenos jueces piensan que es obligación suya defender por humanitarismo natural a éstos y procurar serles útiles. Pero estas obras son típicamente nuestras, ya que somos nosotros los que hemos recibido la ley y las palabras del propio Dios que lo prescribió. Efectivamente, ellos intuyen por naturaleza que es justo proteger a los que carecen de tutela, pero no comprenden por qué es así. Y es que Dios, cuya clemencia es perpetua, ordena que las viudas y huérfanos sean defendidos y ayudados para que nadie se vea impedido, por el cariño y compasión hacia sus seres queridos, de afrontar la muerte por la justicia y la fe, y la afronte en cambio sin dilación y con fortaleza al saber que deja a sus seres queridos en manos de Dios y que no les faltará nunca ayuda.

Igualmente, es de gran humanitarismo y eficacia aceptar el cuidado y protección de los enfermos que no tienen a nadie que los asista: quien hace esto, ofrece a Dios una hostia viva y lo que dé a otro en esta vida, lo recibirá de Dios en la eternidad.

El último y mayor acto de piedad es dar sepultura a los peregrinos y pobres: esto no lo tocaron en absoluto aquellos maestros de la virtud y la justicia. Y es que no podían ver esto quienes valoraban todas sus acciones en función de la utilidad. En cuanto a las demás *buenas* acciones que se han enumerado, aunque no comprendieron su auténtico significado, sin embargo, al ver que de ellas podían conseguir alguna ganancia, se acercaron algo a ellas, atraídos por una especie de olfato hacia la verdad; pero en lo que se refiere a esta última acción, como no podían ver en ella ninguna ganancia, la dejaron a un lado. Es más, no faltaron quienes consideraron inútil dar sepultura y dijeron que no tenía nada de malo quedar tirado sin sepultura. Su impía sabiduría es rechazada por todo el género humano, pero sobre todo por la palabra de Dios, que ordena hacer esto. De todas formas, ellos no se atreven a decir que no se debe hacer esto, sino que, si no se hace, ello no supone ningún perjuicio. De esta forma, en este tema desempeñan el papel no tanto de preceptores como de consoladores, para que, si casualmente le ocurre esto a un sabio, no piense que por ello es un desgraciado. Nosotros, sin embargo, no decimos qué es lo que debe soportar un sabio, sino qué es lo que debe hacer. Por ello, no nos preguntamos ahora si es

útil o no todo el proceso del enterramiento; está claro que, aunque sea vano, como ellos piensan, debe hacerse, aunque sólo sea por esto: porque entre los hombres ello está considerado como acción buena y humana; y es que por lo que nosotros nos preocupamos es por el alma y lo que valoramos es la intención. En consecuencia, no soportaremos que la imagen e imitación de Dios quede para botín de las fieras y de las aves, sino que la devolvemos a la tierra de donde salió; y aunque se trate de un desconocido practicaremos las exequias que deberían hacer sus parientes, cuyo lugar —puesto que ellos faltan— es ocupado por nuestro sentimiento humanitario; y dondequiera que haga falta un hombre, allí consideraremos que está nuestra obligación. Y ¿dónde tiene más sentido la justicia que en ayudar a los nuestros por afecto y a los extraños por humanitarismo? Y este humanitarismo es mucho más firme y justo cuando se practica, no con un hombre que ya no siente, sino con Dios solamente, para el cual las buenas acciones son el sacrificio más apreciado.

Quizás alguien diga: «Si hago todo esto, me quedaré sin nada. Y ¿de qué me sirve? Si el número de hombres que están necesitados, que tienen frío, que están presos y que mueren, es tan grande que el que haga esas obras se verá necesariamente privado de su patrimonio incluso en un solo día, ¿voy a perder toda mi hacienda, conseguida con mi esfuerzo o con el de mis antepasados, para tener que vivir yo mismo de la misericordia ajena?». Y ¿qué? ¿Acaso tienes un espíritu tan mezquino que temes la pobreza que alabaron incluso nuestros filósofos y de la cual dicen que no hay nada más seguro ni más tranquilo que ella? Eso que temes es la meta de tus preocupaciones; o ¿es que no sabes a qué peligros y a qué suerte estás expuesto con esas malas riquezas? Éstas serán buenas para ti si pasan sin derramar tu sangre; pero marchas cargado de botín y llevas una carga que irrita incluso a los tuyos. ¿Por qué dudas entonces en dar buen destino a esto que quizás te será arrebatado en un robo, o en una proscripción decretada de pronto o en una irrupción del enemigo? ¿Por qué dudas en convertir en eternos estos bienes dudosos y frágiles o en confiar la custodia de tus tesoros a Dios, a cuyo lado no debes temer a ladrones, ni a bandidos, ni a la herrumbre, ni a tiranos? Quien es rico al lado de Dios, no puede ser nunca pobre. Si es que estimas la justicia, síguela después de abandonar las desagradables cargas que te oprimen, libérate de las ataduras y cadenas, para correr libre hacia Dios; es propio de un alma grande y excelsa despreciar y pisar las cosas mortales. Pero si no eres capaz de alcanzar la virtud, de forma que pongas tus riquezas en el altar de Dios y consigas lo importante a

partir de acciones insignificantes, yo te quitaré el miedo. Todos estos preceptos no van dirigidos sólo a ti, sino a todo el pueblo, que tiene la misma mentalidad y que se apiña como un solo hombre. Si tú solo no eres capaz de grandes obras, practica en la medida de tus fuerzas la justicia; que así al menos sobresalgas entre los demás por tus obras, de la misma forma que sobresales por tus riquezas. Y no pienses que se te está aconsejando minorar o agotar tu hacienda familiar, sino que gastes en mejores fines las cosas que ibas a gastar en vanidades. Lo que gastas en comprar animales, dedícalo a redimir cautivos; lo que gastas en alimentar fieras, dedícalo a alimentar pobres; lo que gastas en comprar gladiadores[58], dedícalo a sepultar muertos inocentes. ¿De qué sirve convertir en ricos a los malvados verdugos e instruirlos en la flagelación? Dedica al gran sacrificio las riquezas que han de desaparecer de mala forma, para que a cambio de esta verdadera dedicación obtengas de Dios un don eterno. Grande es la recompensa del misericordioso, al cual Dios promete la remisión de todos los pecados; «si escuchas», dice, «las preces del que te suplica, yo escucharé las tuyas; si te compadeces de los que sufren, yo me compadeceré de tus sufrimientos; pero si no los miras ni los ayudas, yo actuaré contigo de la misma forma y te juzgaré con tus leyes»[59].

El hombre debe ser misericordioso

Cuantas veces, pues, seas rogado, piensa que Dios está probando si eres digno de ser oído. Examina tu conciencia y cura en la medida que puedas, las heridas. De todas formas, no pienses que se te da licencia para pecar por el hecho de que los pecados se borren con obras de misericordia: se borran si haces la obra de misericordia porque has pecado; pero si pecas confiando en ser después generoso, los pecados no se borran. Y es que Dios desea especialmente que el hombre esté limpio de pecados y, por ello, manda hacer penitencia; y hacer penitencia no es otra cosa que prometer y asegurar que no se va a pecar en adelante. Consiguientemente, hay perdón para los que pecan imprudente e incautamente, pero no tiene perdón quien peca a sabiendas. Pero tampoco, si alguien está libre de toda mancha de pecado, piense que está exento de obras de misericordia por no tener pecados que borrar. Todo lo contrario; cuando ya se es justo, se debe practicar aún más la justicia, para que lo que antes se había hecho para curar las heridas, se haga después para gloria y alabanza de la virtud. A ello se suma el hecho de que no puede haber nadie sin culpa desde el momento en que está cargado con la cobertura de la carne; su debilidad está expuesta al dominio de la carne de tres formas: en los actos, en las palabras y en los

pensamientos; por estos peldaños llega la justicia al más alto techo. El primer peldaño de la virtud consiste en abstenerse de las malas acciones; el segundo, abstenerse de las malas palabras; y el tercero, de los malos pensamientos. Quien supera el primer peldaño, es bastante justo; quien supera el segundo ha conseguido una virtud perfecta, ya que no peca ni de hecho ni de palabra; y quien supera el tercero da la impresión de haber conseguido ser semejante a Dios; y es que es casi sobrehumano no admitir ni siquiera en el pensamiento lo que, de hecho o de palabra, es malo y vicioso. Efectivamente, incluso los hombres buenos, que pueden abstenerse de toda obra mala, a veces, sin embargo, se dejan llevar por la propia fragilidad, pronunciando en un arrebato de ira malas palabras, o deseando, en un callado pensamiento, cosas aparentemente agradables, Y si la condición mortal no deja que haya un hombre limpio de toda mancha, deben los hombres hacer constantes obras de misericordia para borrar los pecados de la carne. La única obra, pues, del hombre sabio, justo y de este mundo consiste en dedicar sus riquezas sólo a la práctica del bien: quien esté necesitado de bien, aunque sea más rico que Creso o Craso, ha de ser considerado pobre, desnudo y mendigo. Hay que procurar, pues, estar vestido del hábito de la justicia, del que nadie nos puede privar, y que nos proporcione adorno eterno. Pues si los adoradores de los dioses adoran estatuas insensibles y gastan en ellas todo lo que tienen de riqueza —riqueza que no pueden usar ni agradecer por haberla recibido—, ¿cuánto más justo y seguro es adorar a las imágenes vivas de Dios, para merecer un Dios vivo? De la misma forma que esas imágenes utilizan lo que se les ofrece y lo agradecen, así también Dios, en cuya presencia haces el bien, lo aprobará y te dará la recompensa de tu piedad.

Los filósofos paganos no apreciaron la misericordia

Así pues, si la misericordia es un bien magnífico y excelente en el hombre y si este bien es considerado como extraordinario en los testimonios divinos y en el consentimiento de buenos y malos, está claro que los filósofos estuvieron muy lejos del bien humano, ya que ni ordenaron ni hicieron nada de este tipo, sino que consideraron como un vicio a la virtud, que es casi la característica fundamental del hombre. Me place en este punto traer a colación un argumento filosófico, para refutar de raíz los errores de aquellos que llaman enfermedades del alma a la misericordia, a la pasión y al miedo. Los filósofos tratan de separar los vicios de las virtudes: cosa ciertamente facilísima. ¿Quién no puede, en efecto, separar al liberal del pródigo, como hacen ellos; al parco

del mezquino; al tranquilo del vago; al cauto del tímido, ya que las virtudes tienen sus propios límites? Si pasan esos límites, se convierten en vicios, de forma que la firmeza, si no se utiliza en defensa de la verdad, se convierte en petulancia; y la valentía, si afronta peligros seguros sin que haya necesidad o sin que haya una causa honesta, se convierte en temeridad; la libertad, si persigue a los demás, en lugar de oponerse a los perseguidores, se convierte en arrogancia; y la severidad, si no se limita a castigar a los culpables dentro de límites apropiados, se convierte en feroz crueldad. Por consiguiente, dicen que aquellos que parecen malos no pecan voluntariamente ni eligen preferentemente el mal, sino que caen en él arrastrados por el señuelo del bien, ya que no saben diferenciar entre el mal y el bien. Esto, en verdad, no es falso, pero está todo ello en relación con el cuerpo. Efectivamente, el ser parco, firme, cauto, tranquilo, valiente o severo, es ciertamente una virtud, pero virtud de esta vida pasajera. Nosotros, sin embargo, que despreciamos esta vida, tenemos como meta otras virtudes, que los filósofos no pudieron en ninguno de sus razonamientos ni siquiera sospechar. Así pues, ellos tuvieron como vicios algunas virtudes y como virtudes algunos vicios. Los estoicos, en efecto, sacan de la condición humana todos los sentimientos en cuyos impulsos se mueve el alma: la pasión, la alegría, el miedo, la tristeza; de ellos, los dos primeros son consecuencia de bienes, ya futuros, ya presentes, y los dos segundos, de males. De igual forma, llaman, como dije, enfermedades a estos cuatro sentimientos, enfermedades no tanto innatas por naturaleza como contraídas a causa de mala información; y por ello piensan que pueden ser extirpadas de raíz, si se elimina esa falsa información sobre el bien y el mal; efectivamente, si el sabio piensa que nada hay bueno ni nada malo, no arderá en deseos, ni saltará de alegría, ni temblará de miedo, ni será oprimido por la tristeza. Después veremos si consiguen lo que quieren o qué es lo que consiguen. Entre tanto, refutamos su teoría arrogante y casi loca, ya que piensan poder remediar y oponerse a la fuerza y proceder racional de la naturaleza.

Las pasiones no pueden ser extirpadas, sino que deben ser moderadas

Efectivamente, todos esos sentimientos nos vienen impuestos por la naturaleza y no por nuestra voluntad, como lo demuestra la forma de vida de todos los seres, forma de vida que se ve azotada por todos estos sentimientos; tienen, pues, razón los peripatéticos cuando dicen que éstos no pueden ser totalmente erradicados, porque han nacido con nosotros, e intentan demostrar además que Dios, o la naturaleza —pues así llaman ellos a Dios—, ha actuado

con gran providencia y necesidad al proveernos de estos sentimientos; y que estos sentimientos, por otro lado, puesto que se convierten frecuentemente en vicios, si son exagerados, pueden ser saludablemente administrados por el hombre con la debida moderación, de forma que quede de ellos, tanto para el hombre como para la naturaleza, sólo lo justo. No es, pues, un análisis sin sentido el de los peripatéticos si, como dije, no se reducen todos estos sentimientos sólo a la vida. Los que sí están locos son los estoicos, que no moderan sus sentimientos, sino que los extirpan y pretenden, de la forma que sea, privar al hombre de sus tendencias naturales. Esto es lo mismo que si quisieran quitar el miedo a los ciervos, el veneno a las serpientes, la ferocidad a las fieras, la apacibilidad natural a los animales domésticos. Y estas cualidades, que han sido concedidas a los animales mudos individualmente, las tiene el hombre todas al mismo tiempo. Y si, como dicen los médicos, la sede de la alegría está en el bazo, la de la ira en la hiel, la del placer en el hígado, y la del temor en el corazón, es más fácil matar al propio animal que arrancarle alguno de estos sentimientos de su cuerpo: esto es, en definitiva, querer cambiar la naturaleza de un ser vivo. Pero estos hombres sabios no entienden que, al arrancar del hombre los vicios, arrancan también la virtud, que es a la única a la que ceden aquéllos el puesto[60]. Efectivamente, si la virtud consiste en frenarse y reprimirse a uno mismo en medio de la explosión de la ira, cosa que ellos no pueden negar, hay que concluir que quien no tiene arrebatos de ira no tiene virtud. Si la virtud consiste en contener la pasión corporal, necesariamente carecerá de virtud quien no tiene pasiones que frenar. Si la virtud consiste en reprimir el deseo de poseer lo ajeno, no puede ciertamente tener virtud quien carece de aquello para cuya represión se exige la práctica de la virtud. En consecuencia, cuando no hay vicios, no hay lugar para la virtud, como no hay lugar para la victoria cuando no hay adversario alguno. De esta forma sucede que en esta vida no puede existir bien sin mal. Las pasiones son, pues, algo así como la fertilidad natural del alma; efectivamente, de la misma forma que el campo fecundo por naturaleza produce muchas espinas, así también el alma no cultivada se ve cubierta, cual si de arbustos espinosos se tratara, de vicios que crecen espontáneamente; pero cuando se acerca el verdadero cultivador, en el acto ceden los vicios y salen los frutos de la virtud.

Así pues, Dios, cuando hizo al primer hombre, le infundió en primer lugar, con admirable providencia, estos sentimientos del alma para que pudiera alcanzar la virtud, como la tierra *alcanza* el cultivo, y puso en estos

sentimientos madera de vicio, y madera de virtud en los vicios. La virtud, sin duda, no existiría o no podría ejercitarse si faltaran aquellos vicios, gracias a los cuales se manifiesta y subsiste.

Veamos ahora qué han hecho quienes erradican los vicios. Puesto que saben que esos cuatro sentimientos —de los cuales piensan que han nacido de ideas preconcebidas sobre el bien y sobre el mal, y que su desaparición es condición necesaria para que el alma del sabio esté sana— son en nosotros innatos por naturaleza y que sin ellos nada se puede hacer ni mover, colocan en su lugar y puesto otros sentimientos del alma. Sustituyen el deseo por la voluntad, como si no fuera mucho mejor desear un bien que querer [un mal]; igualmente, sustituyen la alegría por gozo, y el miedo por cautela. Pero en el cuarto sentimiento les falla el procedimiento del cambio de nombre; por ello eliminaron radicalmente la ansiedad, es decir, la tristeza y dolor de ánimo: pero esto es imposible. Efectivamente, ¿quién será capaz de no dolerse si una peste esquilma la ciudad, o el enemigo la asola, o un tirano la oprime? ¿Puede alguien no dolerse si ve arrebatada su libertad, si ve aniquilados o cruelmente atormentados a sus parientes, a sus amigos o a personas buenas? A no ser que se trate de alguien cuya mente esté tan ofuscada que haya perdido toda sensibilidad. Pues bien, o bien debieron eliminar los cuatro sentimientos, o bien completar este manco y débil análisis, es decir, debieron poner algo en el lugar de la tristeza, ya que, con las premisas anteriores, ésta era la consecuencia natural. Y es que, de la misma forma que nos alegramos con los bienes presentes, así también nos angustiamos y dolemos con los males; consiguientemente, si a la alegría, al considerarla viciosa, le pusieron otro nombre, también a la tristeza, puesto que también a ésta la consideran viciosa, le debieron poner otro nombre. De ahí queda claro que lo que les fallaba no era el contenido, sino la palabra; y al faltarles la palabra pretendieron eliminar totalmente, en contra de lo que permite la naturaleza, el sentimiento más fuerte de todos. Yo podría con muchos argumentos hacer ver la inutilidad de estos cambios de nombre y demostrar que a las mismas cosas se les ponen muchos nombres sólo para adornar el discurso o para enriquecer la lengua, o que entre esos nombres no hay mucha diferencia; efectivamente, el deseo empieza en la voluntad, la cautela nace del miedo, y la alegría no es otra cosa que la manifestación del gozo. Pero pensemos, como ellos pretenden, que son cosas distintas. Naturalmente, dirán que el deseo consiste en una voluntad perseverante y perpetua, que la alegría es el inusitado desenfreno del gozo, y

que el miedo es la cautela excesiva y desbordada. Así sucede que no erradican lo que creen que debe ser erradicado, sino que lo suavizan, ya que sólo cambian su nombre, pero permanece su contenido.

De esta forma, pues, terminan sin darse cuenta en el mismo sitio al que llegaron con la razón los peripatéticos: que los vicios, puesto que no pueden ser erradicados, han de ser suavizados manteniéndolos a medio gas. Consiguientemente, se equivocan, ya que no consiguen lo que pretenden y, tras largos y duros rodeos, llegan al mismo resultado.

Tampoco los peripatéticos tienen razón en su teoría sobre las pasiones

De todas formas, yo tampoco creo que los peripatéticos hayan llegado a la verdad, ya que aceptan que existen los vicios, aunque los suavizan manteniéndolos a medio gas. Y es que hay que estar libres de vicios, incluso de los vicios a medio gas. Es más, lo primero que hay que conseguir es no tener vicios, ya que nada puede nacer con ellos, sino que se adquieren con un uso inadecuado de los sentimientos, mientras que, si se hace buen uso de los mismos, se consiguen virtudes. En segundo lugar, hay que mostrar que no son los sentimientos, sino sus raíces, los que deben ser moderados. «No es necesario», dicen, «dejarse llevar por una alegría desenfrenada, sino que hay que alegrarse moderada y mesuradamente». Esto es lo mismo que si dijeran que no hay que correr alocadamente, sino caminar con sosiego. Pero esto no vale, porque quien camina puede salir del camino bueno y quien corre puede seguir el sendero recto. Es más, si demuestro que hay cosas cuyo disfrute, no sólo mediano, sino el más mínimo, es pecaminoso, y que hay por contra otras cuyo goce, por grande que sea, no es en absoluto pecado, ¿de qué nos sirve ese disfrute a medio gas? Yo les pregunto si se debe alegrar un sabio cuando ve que a su enemigo le ocurre alguna desgracia, o si debe frenar su alegría cuando sus conciudadanos consiguen la paz y la libertad tras vencer o eliminar al tirano. Nadie duda de que está muy mal, tanto en un caso como en otro, alegrarse poco. Y lo mismo se puede decir de los demás sentimientos.

De todas formas, la esencia de la sabiduría no está, como dije, en moderar esos sentimientos, sino sus causas, ya que vienen provocados desde fuera; ni tampoco es lo más conveniente poner frenos a estos sentimientos por encima de todo, ya que, aun siendo pequeños, pueden ser un gran pecado y, siendo grandes, pueden no ser pecado; hay que definirlos en función del momento, contenido y lugar concreto, para que no haya vicios en los que se pueda caer con razón. Y es que, de la misma forma que caminar por el buen camino es

bueno y salirse de él es malo, así también es bueno dejarse llevar por los sentimientos hacia el bien, y malo dejarse llevar por ellos hacia el mal. Efectivamente, la concupiscencia, si no sale del lecho conyugal, aunque sea vehemente, no es pecado, pero si busca al prójimo, aunque sea en grado medio, es un gran pecado. No es, pues, un vicio irritarse, tener deseos o dejarse llevar por la libido, sino que la enfermedad consiste en ser iracundo, ansioso y libidinoso. Y es que quien es iracundo se irrita con quien no debe o cuando no es el momento oportuno; quien es ansioso desea lo que no debe desear; y el libidinoso aspira incluso a lo que tiene prohibido por la ley.

En consecuencia, toda norma debe consistir en esto: puesto que la fuerza que nos empuja a estas apetencias no puede ni debe ser eliminada —ya que las tenemos innatas para proteger las funciones vitales—, debe ser utilizada para ir por el camino recto, cuyo recorrido está incluso libre de obstáculos y peligros.

Sólo el cristianismo ha entendido y explicado bien los sentimientos

Pero, en mi deseo de refutar, he ido excesivamente lejos cuando mi intención es demostrar que eso que los filósofos creyeron que eran vicios no sólo no son vicios, sino que incluso son grandes virtudes. Entre ellos, y por razones didácticas, escogeré ahora los que más vengan a cuento.

Del miedo o temor piensan que es un gran vicio y consideran que es una gran debilidad de *ánimo, opuesta a la* valentía, la cual, si se asienta en el hombre, no deja ningún lugar para el temor. ¿Creerá, pues, alguien que puede suceder que el miedo sea al mismo tiempo suma valentía? En absoluto, ya que la naturaleza no parece consentir que algo se resuelva en su contrario. Pues bien, yo —y no con complicadas demostraciones como hizo Sócrates, según Platón, obligando a afirmar lo que había negado a aquellos con los que discutía, sino con sencillez— demostraré que el mayor miedo es una gran virtud. Nadie duda de que es propio de los tímidos y débiles tener miedo del dolor, de la escasez, del destierro, de la cárcel o de la muerte; quien no se horroriza ante estas cosas es considerado como muy valiente. Ahora bien, quien teme a Dios no teme a ninguna de estas cosas. Para probar esto, no hacen falta argumentos: se han visto constantemente y se siguen viendo todavía a lo largo de todo el mundo los castigos a los que son sometidos los fíeles de Dios, para atormentar a los cuales se han inventado nuevos e inusitados tormentos; efectivamente, la mente se horroriza al recordar los tipos de muerte cuando la fiereza de crueles bestias lleva su saña más allá de la propia muerte. Y, sin embargo, la feliz e invicta paciencia de los cristianos soporta sin ningún gemido estas horribles

laceraciones en sus cuerpos; esta virtud es motivo de gran admiración para todos los pueblos y provincias e incluso para los propios torturadores, ya que la crueldad es derrotada por la paciencia. Y esta virtud no es producto de otra cosa que del miedo a Dios. Así pues, como decía más arriba, el miedo no debe ser erradicado, como quieren los estoicos, ni disminuido, como pretenden los peripatéticos, sino llevado hacia el buen camino, o bien deben ser eliminados todos los tipos de miedos a excepción sólo de éste, el cual, puesto que es legítimo y bueno, es el único que consigue que todas las demás cosas puedan no ser temidas.

También el deseo es considerado como un vicio; ahora bien, si lo que se desea es lo terrenal, es un vicio, pero si se desea lo celestial, es una virtud. Efectivamente, quien desea alcanzar la justicia, a Dios, la vida eterna, la luz sempiterna y todo lo que Dios ofrece al hombre, despreciará las riquezas, honores, poderes y reinos propios de este mundo. Quizás un estoico dirá que para conseguir estas cosas se necesita voluntad y no deseo[61]. Pues no; el querer no basta. Muchos, en efecto, quieren, pero cuando el dolor llega a sus entrañas, su voluntad cede, quedando sólo el deseo; si éste consigue que sean despreciadas todas las cosas que los demás apetecen, se convierte en una gran virtud, ya que es la madre de la continencia.

Por ello, lo que debemos más bien procurar es dirigir por el camino recto esos sentimientos, cuya mala utilización es un vicio; y es que estos sentimientos del alma son semejantes a un carro con yunta, en cuya buena conducción la principal obligación del guía consiste en conocer el camino: si lo sigue, aunque marche muy deprisa, no chocará; pero si se aparta de él, aunque marche tranquila y lentamente, se destrozará entre los peñascos, o caerá por un precipicio, o será llevado de hecho a donde no debe ser llevado. De la misma forma, el carro de la vida, que es arrastrado por los sentimientos como por veloces caballos, si conserva el camino recto, cumplirá con su obligación. Consiguientemente, el miedo y el deseo, si se fijan en la tierra, se convierten en vicios, pero son virtudes si tienden hacia el cielo.

Por contra, los filósofos paganos consideran como una virtud a la tacañería; pero si ésta consiste en afán de tener, no puede ser una virtud, ya que se cifra totalmente en aumentar y proteger los bienes terrestres. Nosotros, sin embargo, no ponemos el sumo bien en relación con el cuerpo, sino que medimos todo deber sólo en función de la salvación del alma. Y si, como dije más arriba[62], no debemos preocuparnos en absoluto de nuestro patrimonio con tal de ser

humanitarios y justos, no es ninguna virtud ser ahorrativo, término éste que engaña, ya que aparentemente es tomado como una virtud. Efectivamente, es cierto que la frugalidad consiste en abstenerse de placeres, pero es un vicio porque hunde sus raíces en el afán de poseer cosas, cuando nuestra obligación es abstenernos de los placeres, pero también no escatimar el dinero; y es que gastar el dinero con parquedad, es decir, con mesura, evidencia la pequeñez de un alma que o bien teme quedarse sin nada, o bien no tiene la esperanza de poder recuperarlo, o bien no ha llegado a conseguir el desprecio por las cosas de la tierra. Pero ellos, a su vez, llaman pródigo al que no mira por su hacienda familiar. Distinguen, en efecto, entre liberal y pródigo, ya que es liberal aquel que es generoso para con los que lo merecen, en el momento en que es conveniente y en la medida oportuna, mientras que el pródigo es aquel que despilfarra con los que no lo merecen, cuando no es necesario y sin mirar por la hacienda familiar. ¿Qué, pues? ¿Llamaremos pródigo a aquel que, en aras de la misericordia, da alimentos a los necesitados? Todo lo contrario: hay mucha diferencia entre gastar dinero por placer con las prostitutas y gastarlo con los pobres por sentimientos humanitarios; entre el dinero que gastas con rufianes, jugadores y proxenetas, y el que gastas en actos de piedad y de religión; entre el dinero que dedicas al vientre y a la gula, y el que repones en el tesoro de la justicia. Así pues, de la misma forma que es pecado gastar para el mal, así también es virtud gastar para el bien. Y si es una virtud no apegarse a las riquezas que pueden reponerse, con tal de conservar la vida de un hombre, que no puede ser repuesta, hay que concluir que la tacañería es un vicio.

Por todo ello, de aquellos que privan al hombre, animal pacífico y sociable, de sus cualidades, de aquellos que, erradicando los sentimientos de los que están dotados todos los hombres pretenden llevarle a la estúpida inmovilidad de su mente, al intentar liberar su alma de preocupaciones y, como ellos mismos dicen, volverla pacífica y tranquila[63], de ésos yo no diría otra cosa sino que no están cuerdos. Esa tranquilidad no sólo no puede tener lugar, ya que la fuerza y sentido del alma está en el movimiento, sino que ni siquiera conviene que suceda, ya que, de la misma forma que el agua constantemente estancada y quieta se vuelve insalubre y más turbia, así también el alma inmóvil e inerte es inservible para sí misma, y no podrá defender su propia existencia, ya que ni hará ni pensará nada; y el pensamiento mismo no es otra cosa que la actividad de la mente. Finalmente, quienes defienden esta inmovilidad del alma, no

buscan otra cosa que privar de vida al alma, ya que la vida es actividad, y la muerte inercia.

Algunas conductas las consideran con razón como virtudes, pero no conocen la norma a la que deben atenerse. El coraje es una virtud, pero no cuando ofrecemos resistencia a los que nos injurian —ante éstos hay que ceder; más adelante mostraré por qué se debe actuar así[64]—, sino cuando ante las amenazas y tormentos de los que nos mandan actuar contra la ley y contra la justicia no nos asustamos ni anteponemos las órdenes del hombre a las órdenes de Dios. También es una virtud despreciar la muerte, pero no de forma que la busquemos ni nos lancemos voluntariamente a ella, como hicieron muchos filósofos y con frecuencia los más importantes, lo cual es una acción pecaminosa e impía, sino de forma que, cuando nos obligan a abandonar a Dios y a traicionar nuestra fe, prefiramos afrontar la muerte, defendamos la libertad contra la insensatez de los poderosos y contra su loca violencia, y afrontemos con fortaleza de ánimo todas las amenazas y tormentos de este mundo. De esta forma pisotearemos con espíritu elevado e insuperable las cosas que otros temen: el dolor y la muerte. Ésta es la virtud, éste es el verdadero coraje, en esto solo debe ser protegida y mantenida: en que ningún miedo, ninguna fuerza nos pueda separar de Dios. Consiguientemente, tenía razón Cicerón cuando decía: «No puede haber ningún justo que tema a la muerte, al dolor, al destierro, a la indigencia»[65]. También Séneca dice en sus libros de filosofía moral: «El hombre es digno de honra no por la corona o la púrpura, ni es insigne por la escolta de lictores que le acompaña; el hombre más grande de todos es el que, cuando ve que la muerte se aproxima, no se asusta como si viera algo nuevo; el que, aunque tenga que soportar tormentos en todo su cuerpo, aunque tenga que comer llamas o extender sus manos en la horca, no se ocupa de cuál es su dolor, sino de como soportarlo perfectamente»[66]. Quien adora a Dios, sufre estas cosas y no tiene miedo; luego es justo.

De todo lo anterior se deduce que el que está lejos de la religión del único Dios no puede conocer ni comprender las virtudes ni los límites precisos de las virtudes.

Deberes del cristiano

Pero dejemos a un lado a los filósofos, los cuales o bien no saben nada y lo poco que saben lo tienen como elevada ciencia, o bien no entienden lo que saben, o bien, al creer que saben lo que no saben, dicen absurdas y arrogantes tonterías. Nosotros, pues, para volver a lo que nos proponíamos, ya que a nosotros sólo nos reveló Dios la verdad y a

nosotros sólo se nos envió la sabiduría desde el cielo, hagamos lo que nos manda Dios, nuestro iluminador. Apoyémonos unos a otros y soportemos, ayudándonos mutuamente, los sufrimientos de esta vida y, en cambio, no nos jactemos si hacemos alguna obra buena. Dios aconseja, en efecto, que el hacedor de cosas buenas no sea jactancioso, para que no dé la impresión de que en el desempeño de su obligación humanitaria está satisfaciendo su propio interés en lugar de obedecer los mandatos de Dios y para no conseguir ya en este mundo el precio de la gloria que ha merecido, y dejar de recibir el premio celestial y divino. Las demás cosas que debe observar el fiel son fáciles de observar si se poseen las virtudes. El fiel no debe mentir para engañar o hacer daño; es, en efecto, impío que aquel que profesa la verdad engañe en algo y se aparte de la propia verdad que persigue: en este camino de la justicia y de todas las virtudes no hay lugar para la mentira. Así pues, el auténtico y justo caminante de este camino no dirá aquello de Lucilio: «mi meta es no mentir al amigo y pariente»**[67]**, sino que considerará que tampoco es su meta *mentir* al *enemigo* y desconocido, y no consentirá nunca que la lengua, intérprete de su alma, se aleje de lo que siente y piensa ésta.

El fiel no recibirá interés en el caso de que preste dinero, para que la buena acción de socorrer una necesidad sea completa y para abstenerse de lo ajeno. En esta obligación que tiene el cristiano debe contentarse con lo suyo, ya que incluso no debe mirar siquiera por lo suyo propio con tal de hacer el bien. Y recibir más de lo que se ha dado es pecado; quien hace esto, está algo así como al acecho para sacar presa de la situación crítica de otro.

Por otro lado, el bueno nunca desaprovechará la ocasión de hacer una obra de misericordia, y no saldrá perdiendo si pierde algo de esta forma, sino que conseguirá que, sin detrimento suyo, eso mismo que da sea considerado entre las obras buenas. No reciba nada del pobre, de forma que, si da algo a un pobre, sea ello una buena acción por el simple hecho de ser gratuita.

El justo deberá responder con buenas palabras al que le maldice; nunca maldiga él; que de la boca del hombre que adora a la palabra auténtica no salga una palabra mala. Es más, que procure cuidadosamente no granjearse enemigos por culpa suya, y, si hay alguien tan malvado que injuria al justo y bueno, éste debe aguantarlo con tranquilidad y moderación y no tomar su propia venganza, sino dejarla para el juicio de Dios.

Guarde siempre y en todas partes la inocencia. Y este precepto no sólo exige no injuriar, sino también no vengar las injurias recibidas. Y es que

sentado en el tribunal está el juez más grande y más justo, espectador y testigo de todo. Que el fiel prefiera a este juez antes que a un juez humano; que prefiera que sea él el que dé la sentencia en un pleito, ya que nadie, con ninguna defensa ni favor, puede escapar de su sentencia. Por ello sucede que el justo es despreciado por todos y, puesto que se piensa que él mismo no es capaz de defenderse, es tenido por cobarde y torpe, mientras que aquel que se venga del enemigo es considerado como valiente y listo: a ése teme y adora todo el mundo. Y aunque el bueno puede ser útil a muchos, sin embargo acogen antes al que pueda hacerles daño que al que pueda serles útil. Pero al justo nunca podrá impedirle la maldad de los hombres que procure obedecer a Dios y prefiera ser despreciado, con tal de hacer siempre el bien y nunca el mal. Cicerón, en el mismo libro *Sobre los deberes*, dice: «Si alguien quiere tener clara la idea de honestidad que se encuentra confusa en su mente, que se convenza a sí mismo de que el hombre bueno es aquel que ayuda a los que puede, y que no hace daño a nadie, excepto si es provocado por una ofensa»[68]. ¡Oh! ¡Cómo estropeó con el añadido de dos palabras[69] un pensamiento tan simple y verdadero! Pues ¿qué falta hacía añadir «excepto si es provocado por una ofensa», para poner así en el hombre bueno un vicio a modo de sucia cola y quitarle la paciencia, que es la más grande de las virtudes? Dice que «el hombre bueno ha de hacer daño si es provocado»; pues ya desde ese momento, por el propio hecho de hacer daño, pierde necesariamente la denominación de «hombre bueno». Y es que no es menor pecado devolver una injuria que hacerla. Efectivamente, ¿de dónde surgen las rivalidades entre los hombres, de dónde las luchas y enfrentamientos, sino del hecho de que la impaciencia, enfrentada a la maldad, provoca con frecuencia grandes tempestades? Si a la maldad se enfrentara la paciencia, que es la virtud más auténtica y digna del hombre que puede encontrarse, aquélla se extinguiría, inmediatamente, como cuando se desparrama agua sobre el fuego; pero si esa provocadora maldad lleva como compañera a la impaciencia, provocará, como si se desparrama sobre aceite, un incendio tal que no extinguirá ningún río de agua, sino de sangre. Así pues, grande es eficacia de la paciencia que el sabio de Cicerón quitó al hombre bueno; ella es la única que consigue que no ocurra ningún mal: si todos estuvieran dotados de ella, no existiría ningún crimen ni ningún fraude en los asuntos humanos. Consiguientemente, ¿qué cosa puede ser más calamitosa y contraria al hombre honesto que dar riendas sueltas a la ira, la cual le despojará no sólo de su carácter de bueno, sino incluso de su carácter de

hombre, ya que ofender a otros, como dice con verdad el mismo Cicerón, va contra la naturaleza humana? Y es que incluso los animales, si son provocados, se defienden a patadas y a cornadas, y las serpientes y fieras no molestan si no se las persigue para matarlas, y, por volver a los ejemplos humanos, también los incultos e ignorantes, si alguna vez son injuriados, se dejan llevar por ciega e irracional locura e intentan devolver lo mismo a aquellos que les hacen a ellos daño. ¿En qué, pues, se diferencia el hombre sabio y bueno de los malos e ignorantes, sino en que tiene una paciencia invencible, de la cual carecen los necios, y en que sabe gobernar y mitigar su ira, a la cual no pueden frenar los necios, porque carecen de virtud? Pero a Cicerón le llevó sin duda al error el hecho de que, al tratar de la virtud, pensó que era propio de ella vencer en cualquier batalla, y no pudo en forma alguna darse cuenta de que no practica en absoluto la virtud el hombre que sucumbe al dolor y la ira, cede a los sentimientos a los que debía más bien enfrentarse y cae en las provocaciones de la maldad. Y es que quien intenta devolver una injuria, está intentando imitar al mismo que le ha hecho la ofensa. Así, quien imita al malo, no puede de ninguna forma ser bueno. Con dos palabras, pues, privó al hombre bueno y sabio de las dos virtudes más grandes, la inocencia y la paciencia. Pero, dado que el propio Cicerón ejercitó la famosa «elocuencia canina», según la expresión de Apio referida por Salustio[70], pretendió que el hombre viviera a manera de perros: mordiendo cuando es atacado. En lo que se refiere a lo pernicioso que es este intercambio de injurias y a las calamidades que suele acarrear, ¿de dónde se puede sacar ejemplo más oportuno que del triste final de su propio preceptor, quien, al intentar seguir estos preceptos de los filósofos, se perdió a sí mismo?[71]. Si él, al ser injuriado, hubiese tenido paciencia, si hubiese sabido que es propio del hombre bueno soportar las ofensas, y si su impaciencia, vanidad y locura no hubiesen dado lugar a aquellos famosos discursos que llevan un nombre que no es suyo[72], nunca habría ensangrentado con su cabeza las columnas del foro ante las que antes había brillado, ni aquella famosa proscripción habría destruido de raíz el estado. Así pues, no es propio de un hombre sabio y bueno el pretender luchar y enfrentarse al peligro —ya que no está en nuestro poder el vencer y que toda lucha es de resultado incierto—, sino que lo propio de un hombre sabio y bueno es pretender erradicar, no al enemigo —cosa que no se puede hacer sin culpa y peligro—, sino a la propia lucha —cosa que sí se puede hacer con utilidad y justicia—. Así pues, la paciencia debe ser tenida como una gran virtud: Dios quiso que el hombre bueno, para

conseguirla, fuera despreciado cual un villano, como más arriba se ha dicho[73]; y es que, si no es atacado con ofensas, nadie conocerá qué grado de fortaleza guarda en sí mismo, por tenerla constantemente reprimida. Pero si, al ser injuriado, intenta perseguir al que le hiere, es hombre derrotado, mientras que quien reprime con la razón ese instinto, ése es el que manda totalmente sobre sí mismo, el que puede gobernarse a sí mismo. Este control sobre sí mismo puede con razón ser llamado paciencia, que es la única virtud que se opone a todos los vicios y sentimientos. Ella es la que tranquiliza al alma perturbada e inquieta, la que suaviza, la que devuelve al hombre a su propio estado.

Así pues, ya que es imposible e inútil enfrentarse a la naturaleza, en el sentido de no vernos conmovidos en absoluto, mitiguemos esos instintos —cosa que se puede hacer en un primer momento— antes de que se desboquen para hacer mal. Dios ordenó que «no se pusiera el sol ante nuestra ira»[74], para que no desaparezca el testigo de nuestra locura. Finalmente, Marco Tulio, en contra de su propió precepto que más arriba cité[75], alaba sobremanera el olvido de las injurias con estas palabras: «Espero que tú, dice a César, que no sueles olvidar nada, salvo las injurias…»[76]. Y si esto lo hacía este hombre, tan alejado no sólo de la justicia divina, sino incluso de la humana y civil, ¿con cuánta mayor razón lo debemos hacer nosotros que somos algo así como candidatos a la inmortalidad?

¿Para qué puso Dios las pasiones en el hombre?

Mientras que los estoicos pretenden erradicar del hombre los sentimientos como si fueran enfermedades, los peripatéticos dicen lo contrario y no sólo tratan de conservarlos, sino que incluso los defienden y dicen que no hay en el hombre nada que no haya surgido con un gran sentido y previsión. Tendrían razón ciertamente en esto si hubieran conocido los auténticos límites de todas las cosas. Dicen, en efecto, que la propia ira es la piedra de toque de la virtud, como si nadie que no esté empujado por la ira pudiera enfrentarse con valentía al enemigo. Con ello evidencian claramente que no saben en qué consiste la virtud, ni por qué Dios introdujo en el hombre la ira. Si Dios nos dio este sentimiento para que, haciendo uso de él, matáramos a los demás hombres, ¿qué cosa debe ser considerada más cruel que el hombre, qué cosa más semejante a las fieras que este animal, creado por Dios para vivir en sociedad y en inocencia?

Así pues, tres son los sentimientos que arrastran precipitadamente a los hombres a todo tipo de acciones: la ira, el deseo y la pasión. Por ello los poetas

dijeron que había tres Furias que agitan las mentes de los hombres: la ira, que busca la venganza, el deseo, que busca las riquezas, y la pasión, que busca los placeres. Pero Dios puso límites concretos a todos estos sentimientos: si traspasan esos límites y empiezan a extenderse más allá de ellos, necesariamente ajarán su naturaleza y caerán en la enfermedad y en el vicio. En cuanto a cuáles son esos límites, no es excesivamente laborioso mostrarlo. El deseo se nos ha dado para conseguir aquellas cosas que son necesarias para la vida; la pasión, para propagar la especie; y el sentimiento de la ira, para impedir los pecados de aquellos que están bajo nuestro poder, es decir, para que formemos a los jóvenes, sujetándolos a una férrea disciplina, en la honestidad y la justicia: y es que si no sujetamos a éstos con la rienda del miedo, su libertinaje producirá la osadía que termina en todo tipo de maldades y crímenes. Así pues, de la misma forma que es justo y necesario recurrir a la ira frente a nuestros menores, así también es pernicioso e impío recurrir a ella frente a nuestros iguales: impío, porque se viola el sentimiento de humanidad entre los hombres; pernicioso, porque, si nuestros iguales resisten, tenemos necesariamente que derrotarlos o ser derrotados. En lo que se refiere a la razón por la cual, según dije, se le dio al hombre este sentimiento de la ira, puede comprenderse a partir de los propios preceptos de Dios, el cual, para que no nos irritemos con los maldicientes e injuriosos, nos ordena que tengamos siempre nuestras manos sobre nuestros menores, es decir, que los corrijamos con frecuentes castigos cuando pequen, para que no sean educados en el mal, ni alimentados en el vicio, por el inútil mimo y excesiva benevolencia con que se les trate.

Pero ellos, alejados de la realidad y desconocedores de lo razonable, rompieron los límites de estos sentimientos y se desbocaron más allá de lo razonable. De ahí que se viva injusta e impíamente. Recurren a la ira contra sus iguales: de ahí surgen las discordias, de ahí los arrebatos, de ahí los enfrentamientos contra la justicia. Recurren al deseo de acumular riquezas: de ahí nacen los fraudes, de ahí los robos, de ahí todo tipo de crímenes. Recurren a la pasión para satisfacer sólo sus placeres: de ahí surgieron los estupros, de ahí los adulterios, de ahí todas las corruptelas.

En definitiva, quien mantenga esos sentimientos dentro de sus límites —cosa que no pueden hacer los que ignoran a Dios—, ése es paciente, fuerte y justo.

Los placeres de los sentidos. La vista. Los espectáculos

Me queda por decir algo contra los placeres de los cinco sentidos, ya que la propia extensión de este libro está pidiendo ya moderación. Dado que todas estas pasiones son pecaminosas y mortíferas, deben ser derrotadas y sojuzgadas por la virtud, o bien, como decía un poco más arriba de los sentimientos, deben ser traídas a los límites de su razón. Los demás seres vivos no conocen otro placer que el que atañe a la procreación; usan, pues, sus sentidos para las necesidades naturales: ven, para buscar lo que necesitan para proteger su vida; se oyen entre sí y se conocen, para poder reunirse; lo que les es de utilidad para el alimento o bien lo encuentran a través del olfato o lo perciben con el gusto, rechazando y rehusando lo que no les sirve; miden la necesidad de comer y beber en función de lo lleno que está su estómago. Al hombre, sin embargo, le concedió la providencia del habilísimo artífice una capacidad de placeres infinita y proclive al vicio, ya que frente a él puso la virtud, la cual está en constante lucha con el placer, como si de un enemigo doméstico se tratase. Cicerón dice en el *Catón el Mayor* que «los estupros, adulterios y todos los pecados no tienen otro provocador atractivo que el del placer que producen; y que, dado que la naturaleza o algún dios puso en el hombre, como lo más importante, la razón, no hay nada más contrario a este regalo y don divino que el placer; que, por ello, si domina el placer, no hay lugar para la moderación, y que en el reino del placer no puede asentarse la virtud»[77]. Pero la verdad es todo lo contrario: Dios concedió al hombre la virtud para que asaltara y derrotara al placer y para que, si éste se salía de los límites que se le han dado, lo retuviera dentro de lo permitido, con el fin de que no sometiera a su imperio al hombre embobado y cautivado por sus atractivos y no le condenara a una muerte eterna.

El placer de los ojos es múltiple y variado: este placer se consigue con la contemplación de las cosas que, en manos de los hombres, son agradables por naturaleza o por sus resultados. Los filósofos presentaron este placer correctamente. Dicen, en efecto, que es mucho más honrado y digno del hombre contemplar el cielo que lo que está escondido en la tierra, y admirar esta hermosísima obra adornada, como con flores, de las brillantes luminarias de los astros que admirar cuadros, estatuas y adornos de joyas. Ahora bien, si bien nos exhortaron elegantemente al desprecio de las cosas terrestres y nos animaron a la contemplación del cielo, no rechazan, sin embargo, esos espectáculos que se dan públicamente. Más bien, se divierten y asisten de buen

grado a ellos; estos espectáculos, puesto que son grandes estímulos de vicios y sirven sobre todo para corromper las almas, deben ser erradicados por nosotros, ya que no sólo no proporcionan nada en orden a la vida bienaventurada, sino que incluso la perjudican sobremanera. Y es que quien considera como un placer el ver cómo un hombre, aunque condenado merecidamente, es degollado, mancha su propia conciencia de la misma forma que si fuera espectador y partícipe de un homicidio cometido lejos de la vista de otros. Ellos, sin embargo, llaman juegos a estas diversiones en las que se derrama sangre humana. Hasta tal punto se alejó de estos hombres el sentimiento humanitario que piensan que están jugando mientras quitan la vida a otros hombres, siendo ellos más culpables que todos aquellos cuya sangre tienen por placer. Me pregunto, pues, si pueden ser hombres piadosos y cultos aquellos que, ante los que ya están bajo el golpe mortal y piden misericordia, no sólo consienten que mueran, sino que incluso exigen y depositan crueles e inhumanos votos pidiendo la muerte, al no verse saciados con las heridas, ni contentos con la sangre. Es más, exigen que vuelvan a ser golpeados los ya heridos y abatidos, y que los cadáveres sean aniquilados a golpes, para que nadie los engañe simulando la muerte. Se irritan también con los púgiles si no cae muerto rápidamente uno de ellos, y, como si tuvieran sed de sangre humana, odian la tardanza. Los que han llegado más tarde exigen que se les ofrezcan otros compañeros de los caídos, para saciar cuanto antes sus ojos. Manchados con estas costumbres, han perdido su humanitarismo. Y es que no sólo no perdonan a los inocentes, sino que practican con todos lo que han aprendido castigando a los malvados.

Pues bien, los que se esfuerzan por seguir el camino de la justicia no deben asistir ni participar en estos crímenes públicos. Y es que, cuando Dios nos prohíbe matar, no sólo nos prohíbe hacer estragos —cosa que no está permitida ni siquiera en las leyes públicas—, sino que nos aconseja que no hagamos incluso cosas que son lícitas entre los hombres. Así, el justo no deberá servir en la milicia, ya que su milicia es la propia justicia; ni provocar una acusación capital contra nadie, ya que no hay diferencia entre matar a alguien con la espada y matarlo con la palabra: y es que lo que está prohibido es el crimen en sí, de forma que en este concepto divino no hay que hacer ninguna distinción: siempre será crimen matar a un hombre, del que Dios quiso que fuera un animal sagrado. Así pues, que no piense nadie que le está permitido ni siquiera estrangular a los recién nacidos, crimen que es el más impío de todos: Dios, en

efecto, introduce las almas en los cuerpos para la vida, y no para la muerte. Pero los hombres, para que no haya ningún crimen que no manche las manos, desprecian, con almas todavía rudas e ignorantes, la luz que no ha sido dada por ellos. ¿Esperará alguien que respeten la sangre ajena quienes no respetan la suya? De todas formas, ésos son criminales impíos sin ninguna duda. Pero ¿qué decir de aquellos a los que una falsa piedad empuja a abandonar a sus hijos recién nacidos? ¿Acaso pueden ser considerados como inocentes quienes ofrecen a los perros como presa sus propias entrañas y matan con más crueldad que si estrangulasen lo que es suyo? ¿Quién dudará de que es impío quien da ocasión a la misericordia ajena? El que abandona a su hijo, aunque le ocurra a éste lo que aquél pretendió —que sea alimentado—, está sin duda condenando su propia sangre a la esclavitud y al lupanar. Por otra parte, ¿quién no entiende y quién ignora lo que puede o suele ocurrir por error entre personas de uno y otro sexo?[78]. De esto es una prueba clara el caso de Edipo[79], caso que va unido a un doble crimen. Así pues, tan impío es abandonar a un recién nacido como matarlo. Pero estos parricidas ponen como excusa las estrecheces de sus recursos y se quejan de que no pueden hacer frente a la crianza de muchos hijos: como si los recursos estuvieran en poder de sus posesores y no sucediera todos los días que Dios convierte a los ricos en pobres y a los pobres en ricos. Por ello, si alguien no puede criar a sus hijos a causa de su pobreza, es mejor que se abstenga de unirse con su esposa a que destroce con manos criminales las obras de Dios.

Así pues, si no está permitido en forma alguna cometer homicidio, tampoco se permite en absoluto presenciarlos, para que ninguna sangre se derrame sobre la conciencia, ya que esa sangre se derrama para diversión del pueblo.

En lo que se refiere a la corrupción de las representaciones teatrales, no sé si será aún más pecaminosa. Efectivamente, las comedias hablan de estupros de doncellas o de amoríos de meretrices; y, cuanto más elocuentes son los autores de estas obras vergonzosas, con tanta mayor elegancia de palabra convencen y con tanta más facilidad sus versos rítmicos y adornados se fijan en el recuerdo de los oyentes. De igual forma, las tragedias meten por los ojos parricidios e incestos de reyes malvados y ponen en evidencia los crímenes de las clases elevadas. Y los desvergonzados movimientos de los actores cómicos ¿qué otra cosa enseñan o provocan que placeres? Sus cuerpos enervados y afeminados en su porte y vestidos imitan a impúdicas mujeres con gestos deshonestos. Y ¿qué decir de los mimos que ofrecen la ciencia de la corrupción, que enseñan

adulterios, al fingirlos, y que con imágenes simuladas inducen a hacerlo en la realidad? ¿Qué harán los jóvenes y las doncellas cuando ven que esto se hace sin pudor y se contempla con agrado por todos? Se les aconseja, en efecto, qué es lo que pueden hacer y se les inflama con el placer, que es provocado sobre todo con la contemplación; cada uno, según su sexo, se imagina a sí mismo en esas situaciones fingidas; las aprueban al reírlas; y, con el vicio ya introducido, se retiran más corruptos a sus cubiles; y esto lo hacen no sólo los niños, a los que no se debe introducir en vicios prematuros, sino también los viejos, a quienes ya no les va el pecado. Igualmente, el sentido de los juegos circenses ¿qué otra cosa tiene sino ligereza, vanidad y locura? Efectivamente, los ánimos enloquecen con tanta fuerza como ímpetu se pone al correr por la arena, de forma que ofrecen más espectáculo quienes han venido de espectadores, desde el momento en que empiezan a dar voces, a salirse de sí y a dar saltos.

Hay, pues, que evitar todos los espectáculos, no sólo para que no anide ningún vicio en nuestros corazones, los cuales deben ser tranquilos y pacíficos, sino también para que las costumbres pecaminosas de otros no nos debiliten, ni nos aparten de Dios y de las buenas costumbres. Y es que las celebraciones de los juegos coinciden con las fiestas de los dioses, ya que se establecieron con motivo de sus cumpleaños o de la dedicatoria de nuevos templos. En principio, las cacerías, llamadas ofrendas, están destinadas a Saturno; los juegos escénicos, a Líber; y los circenses, a Neptuno. De todas formas, este mismo honor empezó a ser dado poco a poco a los demás dioses y cada uno de los juegos fue consagrado en honor de ellos, tal como enseña Sinnio Capitón en su libro *Sobre los espectáculos*[80]. Así pues, si alguien asiste a unos espectáculos que se celebran por motivos religiosos, se aparta del culto de Dios y se acerca a los dioses, al celebrar su nacimiento y festividad.

El oído. Elegancia de la poesía y oratoria paganas frente a las cristianas

El placer de los oídos consiste en la percepción de la dulzura de las palabras y de los cantos; este placer es tan pecaminoso como el placer ya citado de los ojos. Efectivamente, ¿quién no va a considerar lujurioso y libertino a quien practica en su casa las artes del teatro? No hay ninguna diferencia entre practicar la lujuria en solitario en casa y practicarla en público en el teatro. Pero de los espectáculos ya he hablado. Ahora nos queda erradicar una sola cosa: el no ser cautivado por aquellos halagos que penetran hasta lo más íntimo de nuestro sentido; y es que todo aquello que carece de palabras, es decir, los suaves sonidos del aire y de los músculos, puede fácilmente ser

rechazado, porque no se introduce profundamente, ni puede ser escrito. Sin embargo, un poema elegantemente compuesto y un discurso que avanza con suavidad cautiva las mentes y las lleva a donde quiere. De ahí que los hombres cultos, cuando se acercan a la religión de Dios de la mano de un maestro no culto, no creen; y es que, acostumbrados a los dulces y pulidos discursos o poemas, desprecian la pobreza de las sencillas y comunes palabras de las Sagradas Escrituras. Buscan, en efecto, lo que agrada a los sentidos, y les convence lo que es suave y lo que, con su deleite, se asienta profundamente en el alma.

¿Es que Dios, artífice de la inteligencia, de la palabra y de la lengua, no puede hablar elegantemente? Todo lo contrario; lo que pasa es que en su divina providencia quiso que las cosas divinas carecieran de *adornos*, para que todos entendieran lo que él decía a todos. Por consiguiente, el que tenga interés por la verdad, el que no quiera perderse, que renuncie a los dañinos y perjudiciales placeres que ensucian el alma, de la misma forma que las golosinas ensucian el cuerpo: sea preferido lo verdadero a lo falso, lo eterno a lo caduco, lo útil a lo agradable. Consideremos agradable con nuestra mirada sólo aquello que vemos que se hace honrada y piadosamente; no consideremos dulce para nuestro oído sino aquello que alimenta el alma y nos hace mejores; y, sobre todo, no debemos emplear para el vicio este sentido que nos ha sido dado para que podamos percibir la doctrina de Dios. Así pues, si es un placer escuchar cantos y poemas, que sea también de nuestro agrado cantar y escuchar las alabanzas de Dios. Éste es el verdadero placer, compañero y amigo de la virtud; éste no es caduco y breve como esos placeres que buscan los que, cual bestias, son esclavos del cuerpo, sino que es eterno y constantemente placentero. Y si alguien sobrepasa sus límites y no busca con el placer otra cosa que el propio placer, ése está tramando su propia muerte, porque, de la misma forma que la vida perpetua está en la virtud, así la muerte está en el placer. Y es que quien prefiera los bienes temporales, carecerá de los eternos; quien prefiera lo terrenal, no tendrá lo celestial.

Los placeres del sabor y del olor

En lo que se refiere a los placeres del sabor y del olor, que pertenecen ambos exclusivamente al cuerpo, no tenemos nada que discutir, si alguien no nos obliga a decir que es vergonzoso que un sabio honrado sea esclavo del vientre y de la gula, y vaya embadurnado de ungüentos y coronado de flores: quien hace esto es realmente un ignorante y un inepto, un don nadie, y una persona a la que no ha llegado siquiera el olor de

la virtud. Quizás alguien diga: «¿Para qué se han hecho esas cosas sino para que disfrutemos de ellas?». Ya se ha dicho hasta la saciedad que la virtud termina por no ser nada si no tiene un contrario al que enfrentarse. Dios hizo, en efecto, todas las cosas imponiendo un enfrentamiento entre dos de ellas. Consiguientemente, estos atractivos de los placeres son las únicas armas de aquel, cuya única misión es la de atacar la virtud y alejar la bondad de los hombres. Con estas delicadezas y atractivos embauca a las almas: y es que sabe que el placer es la máquina de la muerte. Efectivamente, de la misma forma que Dios no nos llama a la vida sino a través de la virtud y del esfuerzo, así ese otro nos llama a la muerte a través de delicias y de placeres; y de la misma forma que al verdadero bien se llega por medio de males aparentes, así también al verdadero mal se llega por medio de bienes aparentes. Hay, pues, que huir de estos placeres, cual de lazos y plagas, para que, cautivados por la molicie de la buena vida, no caigamos bajo el dominio de la muerte con nuestro cuerpo, tras habernos entregado a él.

Los placeres del tacto

Paso ahora al placer que percibimos con el tacto. Este sentido afecta realmente a todo el cuerpo. Pero yo pienso que debo hablar, no de los adornos y vestidos, sino solo de la concupiscencia, que es, sobre todo, el vicio que debe ser evitado, porque es enormemente nocivo. Cuando Dios ideó la razón de ser de los dos sexos, les atribuyó la facultad de atraerse mutuamente y de gozar con su unión. Por ello, puso en los cuerpos de todos los seres animados un ardiente deseo, de forma que todos cayeran ansiosamente en este sentimiento y pudieran, de esta forma, propagar y multiplicar la especie. Este deseo y apetencia se encuentra con mayor grado y crudeza en el hombre, ya porque quiso que la propagación de la especie humana fuese mayor, ya porque sólo al hombre dio la facultad de ser virtuoso, con lo que conseguiría alabanza y gloria al reprimir los placeres y abstenerse. Pues bien, ese nuestro adversario conoce muy bien cuán grande es la fuerza de este deseo, al que algunos prefirieron llamar necesidad, y lo convierte, de recto y bueno que es en principio, en algo depravado y malo. Introduce, en efecto, deseos ilícitos, para que aquellos que pueden gozar de lo suyo propio sin pecado, contaminen lo que es de otros. Introduce en nuestros ojos formas excitantes, proorciona estímulos y alimenta el vicio; entonces, turba y remueve todos los estímulos en las partes más íntimas, solivianta e inflama el ardor natural, hasta que enreda y atenaza con sus engaños al hombre. Y para que no haya nadie que por miedo al castigo se prive de lo ajeno, inventó

los lupanares y prostituyó el pudor de infelices mujeres, para jugar tanto con aquellos que lo hacen como con aquellas que se ven obligadas a prostituirse. Con estas obscenidades, sumerge en una especie de torbellino de cieno a las almas nacidas para la santidad, apaga la vergüenza y azota al pudor.

Ese mismo hace incluso que los varones se unan a los varones e inventa vergonzosos coitos contra la naturaleza y contra lo establecido por Dios. De esta forma mancha a los hombres y los arma para toda impiedad. ¿Qué santidad puede, en efecto, haber en aquellos que sustraen su juventud, débil y necesitada de ayuda, a su propia concupiscencia para arrastrarla y ensuciarla? No puede describirse este tipo de relaciones por la magnitud de su pecado. A éstos no los puedo llamar otra cosa que impíos y parricidas, ya que no les basta el sexo que Dios les dio, si no lo ensucian profanándolo y ofendiéndolo. Sin embargo, ellos piensan que estas relaciones son insignificantes y casi honrosas.

Y ¿qué decir de aquellos que, más que la abominable concupiscencia, practican la insania? Da pena decirlo, pero ¿qué pensamos que va a ser de esos que no tienen ningún reparo en hacerlo? Y, a pesar de todo, hay que decirlo, porque sucede: me estoy refiriendo a esos cuya libido es tan rastrera y cuya locura tan execrable que no respetan ni la cabeza. ¿Con qué palabras, con qué indignación atacaré tan gran pecado? La magnitud de su pecado es superior a mis facultades retóricas.

Así pues, dado que la concupiscencia alimenta estos hechos y es la causa de estas acciones, debemos armarnos contra ella con la mayor de las virtudes. Quien no pueda frenar estos sentimientos que los mantenga dentro de los límites de su propio tálamo, para conseguir así lo que ávidamente desea, sin caer sin embargo en pecado. Pues ¿qué otra cosa buscan esos perdidos? El placer de los sentidos tiene siempre como finalidad acciones honestas; si los hombres persiguen ese placer por sí mismo, está permitido disfrutar justa y legítimamente de él. Y si por alguna circunstancia ineludible nos está prohibido, es entonces sobre todo cuando hay que poner en práctica la virtud, de forma que la continencia haga frente al deseo. Y no sólo no nos está permitido tocar nada en tálamos ajenos, sino que Dios ordenó también que nos abstuviéramos de los cuerpos públicos y prostituidos; y nos enseña que, cuando dos cuerpos se unen entre sí, se convierten en un solo cuerpo. Así, quien se sumerge en el barro, necesariamente saldrá manchado de barro; y un cuerpo puede en realidad ser rápidamente lavado, pero un alma, manchada por el contagio de un cuerpo impúdico, no puede purificarse de esa suciedad que se le

ha pegado sino tras un largo tiempo y por medio de muchas buenas obras. Debe, pues, cada uno tener en cuenta que a los seres vivos se les permite la unión de ambos sexos para engendrar y que los amores tienen esta ley: la de preparar la descendencia. De la misma forma que Dios nos dio los ojos, no para que contemplemos y gocemos del placer, sino para que veamos a través de ellos los actos que afectan a las necesidades vitales, así la parte genital del cuerpo no nos ha sido dada, como ilustra su propio nombre, para otra cosa que para producir descendencia[81]. A esta ley divina debemos obedecer con gran devoción. Que todos los que se confiesan discípulos de Dios lleven tal tipo de costumbres y forma de vida que puedan controlarse a sí mismos; y es que quienes ceden a los placeres, quienes obedecen a la pasión, entregan su alma al cuerpo y la condenan a muerte, ya que se ligan al cuerpo, sobre el cual tiene potestad la muerte. Así pues, que cada uno, en la medida de sus fuerzas, se forme en el recato, practique el pudor, proteja la castidad en su conciencia y en su mente; y no obedezca a las leyes públicas, sino que esté por encima de todas las leyes quien cumple la ley de Dios. Quien esté acostumbrado a estas buenas acciones sentirá vergüenza de apartarse de ellas para hacer cosas peores, con tal de que le agraden la rectitud y la honestidad, virtudes que son más agradables para los buenos que la depravación y deshonestidad para los malos.

Todavía no he hablado de todas las funciones de la castidad: los límites que Dios le impuso no sólo están entre las paredes de la propia casa, sino incluso del propio lecho, de forma que quien tenga esposa no pretenda tener además esclava e hija, sino que debe ser fiel al matrimonio. Y es que no sucede, como prescribe el derecho civil, que sólo sea adúltera la mujer que tiene un amante, mientras que el marido, por muchas mujeres que tenga, está libre del pecado de adulterio, sino que el derecho divino unió a los dos en matrimonio, es decir, en un mismo cuerpo, con igual lazo jurídico, de forma que es tenido como adúltero quienquiera que distraiga su cuerpo para otro. Y Dios, si bien quiso que las demás hembras desdeñaran a los machos una vez preñadas, hizo que, de todas las hembras, fuera la mujer la única que aceptara siempre al hombre; y lo hizo sólo para que los hombres, al ser rechazados por las mujeres, no se vieran empujados por su pasión a apetecer otra cosa, viéndose de esta forma privados de la gloria de la castidad. Por otro lado, tampoco la mujer alcanzaría la virtud de la pureza si no tuviera posibilidades de pecar. Efectivamente, ¿quién llamaría pura a una hembra por el hecho de rechazar al macho una vez preñada? Este rechazo lo practica porque, si aceptara al macho, necesariamente sentiría dolor

y correría peligro. Consiguientemente, no tiene ningún mérito loable no hacer una cosa que no puede hacer. Y por ello es digna de alabanza la pureza en el hombre: porque no es natural, sino voluntaria. Los esposos deben, pues, ser fieles el uno al otro; es más, el esposo debe dar ejemplo de continencia a su esposa para que ésta se porte castamente: y es que es injusto exigir lo que uno mismo no puede ofrecer. Esta desigualdad es la causa determinante de que existan adulterios, ya que las mujeres no aguantan el tener que ser ellas fieles con unos maridos que no corresponden con cariño. No hay, en definitiva, ninguna adúltera tan desvergonzada que no ponga como pretexto de sus vicios este motivo: que ella, al pecar, no está haciendo una injuria, sino devolviéndola. Esto lo expuso perfectamente Quintiliano con estas palabras: «El hombre no se abstiene de la mujer ajena ni guarda a la suya»[82]. Estos dos hechos van naturalmente unidos: efectivamente, un marido ocupado en seducir a las esposas de otros no puede tener tiempo para cuidar la honradez de su casa; y la esposa, cuando se encuentra con un marido como éste, piensa que, siguiendo ese ejemplo, puede imitarle o vengarse. Hay que procurar, pues, no dar ocasión al vicio con nuestro libertinaje; las costumbres de ambos esposos deben ir a la par y ambos deben llevar el yugo con idéntico ánimo: pongámonos a nosotros mismos en el lugar del otro. Y es que el sumo de la justicia consiste en esto: no hacer a otro lo que tú mismo no quieres que te hagan.

Éstos son los preceptos que Dios da en orden a la continencia. Sin embargo, para que nadie piense que él puede poner límites a los preceptos divinos, se añaden, para evitar toda astucia y engaño, éstos: es también adúltero quien se casa con una mujer abandonada por su marido, y aquel que, sin que medie adulterio, abandona a su mujer para casarse con otra. Dios no quiso, en efecto, que un cuerpo se dividiera y rajara. Y por otro lado, no sólo debemos evitar el adulterio de hecho, sino también en el pensamiento, de forma que nadie debe mirar a una mujer y desearla en su mente, ya que el pensamiento es adúltero incluso cuando imagina en su interior la imagen del placer. Y es que realmente es la mente la que peca, la que concibe con el pensamiento el fruto de la desbocada pasión; en ella está el pecado, en ella todo el delito. Efectivamente, aunque el cuerpo no esté manchado con ninguna impureza, no hay, sin embargo, pureza si el alma es incestuosa; ni se puede pensar que la castidad esté incorrupta cuando el deseo ha manchado la conciencia.

Que nadie piense, en cambio, que es difícil poner frenos a la pasión y encerrarla, andariega y errante como es, dentro de los límites de la castidad y

pureza, ya que los hombres tienen en sus manos el vencerla: muchos han mantenido una feliz e incorrupta integridad en su cuerpo, y hay muchos también que disfrutan de este celestial tipo de vida. Y Dios realmente ordenó que se hiciera esto, no prohibiendo radicalmente las relaciones, ya que es necesario que los hombres se reproduzcan, sino dando libertad.

Él conoce, en efecto, la servidumbre que impuso a estos sentimientos; «si alguien», dice él, «puede hacer esto, conseguirá recompensa extraordinaria e incomparable»[83]. Este tipo de continencia es algo así como el culmen y consumación de todas las virtudes. Si alguien consigue progresar y abrirse paso hacia ella, a ése el Señor considerará como siervo y el maestro como discípulo; quien alcance la virtud de Dios, triunfará sobre la tierra y será semejante a Dios. Todo esto parece difícil, pero estoy hablando de aquel para el cual está preparado el camino del cielo, una vez pisoteadas todas las cosas terrenas. Y es que, dado que la virtud consiste en el conocimiento de Dios, si se le desconoce, todo será difícil, pero, cuando se le conoce, todo es fácil. Nosotros, que tendemos hacia el sumo bien, debemos caminar a través de esas dificultades.

La posibilidad de arrepentimiento

A pesar de todo, que nadie se desanime ni pierda la esperanza si, vencido por el deseo, es arrastrado por la libido o, engañado por el error u obligado por la fuerza, cae en el camino del pecado. Puede, en efecto, recuperarse y librarse, si se arrepiente de sus actos y, volviéndose a una vida mejor, satisface a Dios. Cicerón pensó que esto no era posible; sus palabras, en el libro tercero de *Los académicos, son* éstas: «Si a los que llevan una vida errada les estuviera permitido, como sucede con los que se han equivocado de camino, corregir sus errores con el arrepentimiento, la corrección de la temeridad sería más fácil»[84]. Lo cierto es que es posible. Efectivamente, si cuando vemos que nuestros hijos se arrepienten de sus delitos pensamos que se han corregido y, tras haberlos rechazado y apartado de nuestro lado, los recibimos, ayudamos y abrazamos de nuevo, ¿por qué desesperamos de que la clemencia del Dios verdadero pueda aplacarse con la penitencia? El mismo Señor y Padre indulgentísimo prometió que perdonaría los pecados a los que hicieran penitencia y que borraría todas las culpas de aquel que de nuevo empezase a hacer obras buenas. Y es que, de la misma forma que al que lleva una mala vida no le sirven de nada sus buenas acciones anteriores, ya que la maldad que ahora se superpone ha borrado las obras buenas, así también los antiguos pecados no son ningún obstáculo para el que se ha corregido, ya que la bondad que ahora se superpone ha borrado la mancha de la vida anterior.

Efectivamente, el que se arrepiente de sus hechos, es consciente de sus antiguos errores; por ello es más exacto y significativo el término griego *metanoia* (cambio de mente) que el latino, que podría ser *resipiscencia*: recupera su cabeza, en efecto, y su mente, por así decir, desde la locura el que se arrepiente de sus errores, se castiga a sí mismo por su locura y afirma su alma por el camino de la vida recta: en ese momento él procura sobre todo no caer en los mismos lazos. Incluso los animales mudos, cuando son cogidos en una trampa, si consiguen de alguna forma escapar, se vuelven después más cautos y evitan constantemente todos los síntomas que les recuerden los engaños y trampas. De la misma forma, el arrepentimiento hace al hombre cauto y diligente para evitar el pecado en que, por engaño, cayó una vez: y es que nadie puede ser tan prudente y tan precavido que no caiga alguna vez. Y por eso Dios, conocedor de nuestra debilidad, abrió desde su piedad al hombre el puerto de la salvación, para proporcionar la medicina del arrepentimiento a esta fragilidad a la que necesariamente estamos sometidos. Así pues, quien peque, que vuelva sus pies hacia atrás, que se recupere y arrepienta cuanto antes. «Nuestra misión, nuestro esfuerzo consiste en volver a andar nuestros pasos y volver al aire de arriba»**[85]**. Y es que, una vez probados los agradables placeres, a duras penas podemos escapar de ellos; es más fácil seguir el camino recto si no se han probado sus atractivos. Pero supongamos que alguien se entrega a la esclavitud del pecado: se le perdonarán todos sus errores si los corrige con una vida mejor. Y no piense nadie que está en ventaja si no hay nadie que conozca su pecado: aquel bajo cuya mirada vivimos lo sabe todo, y, aunque podamos pasar desapercibidos ante todos los hombres, no podemos ocultarnos a Dios, para el cual no puede haber nada escondido, ni nada secreto. Séneca terminó sus *Exhortaciones* con un pensamiento admirable: «Existe», dice, «una divinidad grande, en una medida que no sé explicar, y que sobrepasa nuestros pensamientos, a la cual servimos con nuestra vida; rindamos a ella acatamiento. De nada nos sirve que ocultemos nuestro pensamiento. Estamos abiertos a Dios»**[86]**. ¿Qué verdad mayor puede decir quien conozca a Dios que estas palabras pronunciadas por un desconocedor de la religión verdadera? Efectivamente, dejó en claro la majestad de Dios diciendo que ésta sobrepasa los límites del pensamiento humano; él mismo llegó a tocar la fuente misma de la verdad, al comprender que la vida humana no está vacía, como pretenden los epicúreos, sino que se puede servir a Dios con ella, si se vive digna y justamente. Séneca podía haber sido un auténtico fiel de Dios **[87]** si alguien le

hubiera enseñado, y habría desdeñado sin duda a Zenón y a su maestro Sotión si hubiese tenido un maestro de la auténtica sabiduría. «A ella», dice, «rindamos acatamiento»; palabras ciertamente divinas, si no procedieran de alguien que profesa la ignorancia. «De nada sirve que ocultemos nuestro pensamiento; estamos abiertos a Dios»; no hay, pues, lugar para la mentira, ni para la simulación, porque los ojos de los hombres se ven impedidos por las paredes, pero la divinidad de Dios no puede encontrar obstáculos que le impidan contemplar y conocer a todo el hombre, ni siquiera en las entrañas. El propio Séneca, en el libro primero de esta obra, dice: «¿Qué piensas? ¿Qué maquinas? ¿Qué ocultas? Tu vigilante te sigue. Los viajes te apartan de un acompañante, la muerte de otro, la enfermedad de otro: aquel del que no puedes nunca librarte, va siempre pegado a ti. ¿Por qué eliges lugares escondidos y te alejas de testigos? Piensa, tonto, que consigues escapar de la vista de todos; ¿de qué te sirve no tener testigos, si tienes como testigo a la conciencia?»[88].

Con no menor admirable acierto habla Tulio de la conciencia y de Dios; «recuerde», dice, «que tiene a Dios como testigo, es decir, pienso yo, a su propia conciencia, que es lo más divino que Dios dio al hombre»[89]. Igualmente, al tratar del hombre justo y bueno dice: «Así pues, que un hombre así no se atreva no sólo a hacer, sino ni siquiera a pensar nada que no se atreva a decir»[90]. Purifiquemos, pues, nuestra conciencia, que no escapa a los ojos de Dios, y, como dice Cicerón, «vivamos siempre en el convencimiento de que tenemos que rendir cuentas de nuestras acciones»[91]; y pensemos que en todos los momentos de nuestra vida somos observados, no «en el teatro de la tierra», como dice Cicerón[92], sino que lo somos desde arriba por el que ha de ser nuestro juez y testigo, ante el cual, cuando nos pida cuentas de nuestra vida, no podremos negar los actos que en ella hayamos realizado. Por ello, será mejor o bien no huir de la conciencia, o bien abrir espontáneamente nuestra alma y confesar nuestra maldad, abriendo las heridas, las cuales sólo pueden ser curadas por aquel que devolvió el paso a los cojos, la vista a los ciegos, que limpió los miembros leprosos y resucitó a los muertos. Él apagará el fuego del deseo, extirpará los placeres, erradicará la envidia, aplacará la ira, devolverá la auténtica y eterna salud. Ésta es la medicina que debemos buscar todos, ya que corre mayor peligro el alma que el cuerpo y se deben curar primero las enfermedades ocultas. Y es que, aunque una persona vea perfectamente, tenga todos sus miembros íntegros, goce de una segurísima salud en todo su cuerpo,

yo no diría que está sana si se deja llevar por la ira, se infla con la soberbia, es esclava de la libido y arde en deseos; sin embargo, aquel que no levanta sus ojos hacia la felicidad ajena, que no admira las riquezas ajenas, que mira con ojos puros hacia la mujer de otro, que no desea nada en absoluto, no ansia nada ajeno, no envidia a nadie, no desprecia a nadie, es humilde, misericordioso, benéfico, suave y humano, y reina una paz constante en su ánimo, ése es el hombre sano, el justo, el perfecto. Así pues, quien obedece todos esos preceptos divinos, ése es el verdadero fiel de Dios, cuyos sacrificios son la mansedumbre de ánimo, la inocencia de vida y las buenas acciones; quien ofrece todo esto, está haciendo sacrificios tantas veces cuantas hace una acción buena y piadosa. Dios no desea, en efecto, la víctima de un animal mudo, ni su muerte, ni su sangre, sino la víctima del hombre y de su vida. Para este sacrificio no hacen falta ramos, ni lavatorios, ni túmulos de hierba, todo lo cual es vano, sino aquello que sale de lo más íntimo del corazón. Así pues, sobre el altar de Dios, que es el más grande y que, situado en el corazón del hombre, no puede ser manchado con sangre, se pone la justicia, la paciencia, la fe, la inocencia, la castidad y la abstinencia. Éste es el rito más auténtico, ésta, en palabras de Cicerón, es «esa ley de Dios, preclara y divina, que ordena siempre lo recto y honesto, y prohíbe lo depravado y sucio»[93]. Quien obedece esta ley santa y segura vive necesariamente de acuerdo con la ley y la justicia. De esta ley sólo he expuesto unos pocos principios, porque ya prometí que sólo iba a exponer aquellas cosas que evidenciaran el punto más alto de la virtud y de la justicia.

Si alguien quiere conocer todos los demás principios, que los busque en la fuente de donde nos viene este río.

¿Qué debemos ofrecer a Dios?

Ahora hablaré un poco del propio sacrificio. «El marfil», dice Platón, «no es un don limpio para Dios»[94]. ¿Acaso lo son los cuadros y las telas preciosas? En absoluto; no es un don limpio para Dios todo aquello que puede corromperse y perderse. Pero, de la misma forma que vio que no conviene ofrecer a un ser vivo algo que se ha quitado de un cuerpo muerto, ¿por qué no vio también Platón que no se debe dar un regalo corporal a algo que es incorpóreo? Cuánto mejor y con cuánta mayor verdad habló Séneca: «¿Queréis pensar en un Dios grande, plácido, temible por su dulce majestad, amigo y siempre cercano, que no exija inmolaciones y abundante sangre —pues ¿qué placer se sigue del sacrificio de inocentes?—, sino pureza de mente y buenos y honestos propósitos? A ese Dios no se le deben levantar altos templos con rocas acumuladas; le debe adorar cada

uno en su corazón»[95]. Efectivamente, quien piense que a Dios le agradan las telas, las piedras preciosas y demás cosas apreciadas, ése desconoce totalmente quién es Dios, ya que piensa que le agradan unas cosas por cuyo desprecio el propio hombre será con razón alabado. Para Dios ¿qué otra cosa hay casta y digna sino lo que él mismo exigió en su ley divina? Dos son las cosas que le deben ser ofrecidas: un regalo y un sacrificio; el regalo, siempre; el sacrificio, de vez en cuando. Pero esos que no entienden el sentido de las palabras divinas piensan que regalo es cualquier cosa que se hace con oro y plata, y cualquier tela que se teje con púrpura y seda, y que sacrificio es ofrecer una víctima y cualquier cosa que se queme en el altar. Pero Dios no quiere ni una ni otra cosa, porque él es incorrupto y todo eso es corruptible. Así pues, a Dios hay que ofrecerle los dos regalos que le sirven. Para Dios, regalo es la integridad del alma, y sacrificios son las alabanzas e himnos; y es que, si Dios no es visible, debe ser adorado con cosas no visibles. Consiguientemente, la única religión verdadera es la que se basa en la virtud y la justicia. En lo que se refiere al uso que hace Dios de la bondad humana, es fácil de entender. Efectivamente, si el hombre es bueno, servirá eternamente a Dios, tras conseguir él la inmortalidad. Y que los hombres nacen para ser buenos lo sospecharon los antiguos filósofos y sobre todo Cicerón; al hablar, en efecto, de las leyes, dice: «De todas las ideas que se encuentran en los estudios de los hombres cultos, la más relevante sin duda es que comprenden claramente que hemos nacido para ser justos»[96]. Por consiguiente, debemos presentar y ofrecer a Dios sólo aquello para cuya consecución él mismo nos creó.

En cuanto a la autenticidad de este doble tipo de sacrificio, es un buen testimonio de ella Hermes Trismegisto, el cual coincide, tanto en el contenido como en las palabras, con nosotros, es decir, con los profetas a los que seguimos. De la justicia habla así: «Adora, hijo, y respeta esta palabra. Pero el único culto a Dios consiste en no ser malo»[97]. Igualmente, en *La palabra perfecta*, tras haber escuchado a Asclepio que preguntaba al hijo de aquél si le gustaría a su padre que se ofrecieran incienso y otros aromas en el sacrificio a Dios, dijo: «Haz buenos sacrificios, Asclepio; es una gran impiedad imaginar tal cosa de ese único y singular bien; los aromas y cosas semejantes no son necesarios para Dios, ya que éste está lleno de todas las cosas que existen y no necesita nada. Nosotros, por nuestra parte, adorémosle dándole gracias. El único sacrificio que le va bien es la alabanza»[98]. Palabras acertadas, ya que debemos hacer sacrificios en honor de Dios con la palabra, puesto que Dios es

la palabra, como él mismo manifiesta[99]. Así pues, el mayor rito de adoración a Dios consiste en las alabanzas salidas de la boca del justo, las cuales, para que sean aceptadas por Dios, necesitan de humildad, temor y gran devoción, no sea que el oferente, confiado en su integridad e inocencia, incurra en el pecado de soberbia y arrogancia y pierda así la gracia de la virtud. Ahora bien, para ser agradable a Dios y estar libre de toda mancha, hay que implorar constantemente la misericordia divina y no pedir otra cosa que perdón para los pecados, aunque no se tengan. En el caso de que deseemos otra cosa, no hace falta que se lo digamos a quien sabe lo que queremos; si nos sucede algún bien, debemos dar gracias; si algún mal, reparémoslo y reconozcamos que ha ocurrido por nuestros pecados; y, de igual forma, demos gracias cuando nos ocurra algún mal, y satisfacción cuando nos ocurra algún bien, para mantenernos estables, inmutables y firmes. Y pensemos que esta forma de actuar la debemos observar no sólo en el templo, sino también en casa y en la propia habitación. Tengamos siempre por fin a Dios con nosotros en el corazón, ya que nosotros mismos somos templo de Dios. Si servimos con esta constancia, generosidad y devoción a Dios, nuestro padre y señor, *entonces* alcanzaremos la total y perfecta justicia; y quien alcanza la justicia, obedece, como hemos dicho más arriba[100], a Dios y cumple las obligaciones de su religión.

LIBRO VII

SOBRE LA VIDA FELIZ

Hay que hablar ahora del premio que espera a los que han aceptado la religión verdadera

«Ya está bien; ya han sido puestos los cimentos», como dice el eximio orador[1]. Pero yo no sólo he puesto los cimientos firmes y adecuados que sirvieran para levantar el edificio, sino que, con grandes y robustas paredes, he llegado casi hasta el techo del edificio ya acabado. Queda lo que es ya mucho más fácil: techarlo y adornarlo, ya que, si no se hace, todo el trabajo anterior será inútil y estéril. Efectivamente, ¿de qué sirve verse libre de las falsas religiones y conocer la verdadera; de qué ver con claridad la vanidad de la falsa sabiduría y saber en qué consiste la verdadera; de qué, insisto, sirve defender la justicia celestial; de qué mantener, entre grandes dificultades, el culto divino[2] —lo cual es la mayor de las virtudes— si a ello no sigue el premio divino de la felicidad eterna? De esta felicidad hablaré en este libro, para que todo lo anterior no parezca ridículo y estéril, cosa que sucederá si dejo sin aclarar el motivo por el que emprendí esta tarea; y lo hago para que nadie, al no creer en el premio celestial que espera a mis esfuerzos —premio que Dios tiene establecido para el que desprecia los bienes halagüeños de la tierra en aras de la virtud sola y desnuda—, piense que he perdido el tiempo con esos esfuerzos. Completemos con suficiencia esta parte, recurriendo tanto al testimonio de las Sagradas Escrituras como a argumentos lógicos, para que quede igualmente claro que debemos anteponer el futuro al presente, lo divino a lo terreno, y lo eterno a lo perecedero, puesto que lo perecedero es el premio de los vicios y lo eterno el de las virtudes. Expondré, pues, qué significa el mundo, para que se pueda entender fácilmente cuándo y por qué lo hizo Dios, cosa que Platón, que habló de la creación del mundo, no pudo saber ni

explicar: y es que Platón desconocía el misterio celestial, misterio que es conocido sólo por los profetas, y ello bajo el magisterio divino; de ahí que dijera que «había sido creado para siempre»[3], cosa que en absoluto es así, porque todo lo que es de materia sólida y pesada, de la misma forma que tuvo comienzo en algún momento, así también tendrá necesariamente fin. Por otro lado, Aristóteles, quien al no comprender cómo iba a poder desaparecer la grandeza de este mundo y queriendo eludir este fatal final dijo que «el mundo había existido desde siempre y existiría para siempre»[4], en absoluto comprendió nada, ya que todo lo que existe debió tener necesariamente en algún momento principio y que nada puede existir si no ha tenido un comienzo. Ahora bien, puesto que nosotros mismos vemos que desaparecen, se consumen y extinguen la tierra, el agua y el fuego, elementos que son ciertamente parte del mundo, hay que entender que es mortal todo el conjunto cuyos miembros son mortales; en conclusión, todo aquello que puede morir tiene nacimiento. Igualmente, todo lo que es visible es necesariamente, como dice Platón[5]', corporal y soluble. Fue, pues, Epicuro, según palabras de Demócrito, el único que acertó en este tema, ya que dijo que el mundo surgió en un momento y desaparecerá en otro [6]; pero no pudo, sin embargo, dar ninguna razón ni decir por qué causas o en qué momento se disolverá esta obra. Nosotros, puesto que Dios nos lo reveló y hemos llegado al conocimiento de ello no por conjeturas, sino por inspiración celestial, lo mostraremos puntualmente, para que quede al fin claro para los buscadores de la verdad que los filósofos no la vieron ni comprendieron, sino que la olieron tan ligeramente que en absoluto se enteraron de dónde les venía ese olor a sabiduría tan suave y tan agradable. Entre tanto considero de necesidad advertir a mis futuros lectores de que esto que yo enseño no lo entenderán en absoluto las mentes depravadas y pecaminosas —y es que su agudeza mental está embotada por los placeres terrenales que pesan sobre todos los sentidos y los debilitan—, o, aunque lo entiendan, lo disimularán y querrán que eso no sea cierto; y ello porque son arrastrados por los vicios y se entregan conscientes a sus pecados, cuyo atractivo les arrastra, abandonando el camino de la virtud, cuya dureza les molesta. Y es que, como arden en la codicia y en una especie de sed insaciable de riquezas y no pueden entregar su vida a un culto sencillo vendiendo o desprendiéndose[7] de las cosas que aman, prefieren sin duda que eso a lo que se ven obligados a renunciar a cambio de los placeres sea falso. Igualmente, aquellos que arrastrados por los

estímulos de los placeres, «caen», como dice el poeta, «en la locura y la pasión»[8], afirman que lo que nosotros enseñamos no es digno de crédito: y es que sus oídos son heridos por los preceptos de la continencia, preceptos que los alejan de sus placeres, a los que han entregado su alma y su cuerpo. Y, por último, aquellos que, soplados por la ambición o inflamados por el deseo de poder, dedicaron todo su afán a la consecución de honores, no prestarán crédito, ni aunque traigamos al propio sol en nuestras manos, a la doctrina que les ordena que, tras despreciar el poder y la gloria, vivan humildes, y hasta tal punto humildes que estén en condiciones de aceptar las injurias y de no desear devolverlas, una vez recibidas. Éstos son los hombres que con los ojos cerrados ladran de cualquier forma contra la verdad. Sin embargo, los que están sanos, es decir, los que no están sumergidos en el vicio hasta tal punto que sean irrecuperables, creerán en estas cosas, accederán de buen grado a ellas y les parecerá que lo que nosotros les decimos es claro, diáfano, sencillo y, lo que es mucho más necesario, verdadero e irrefutable: nadie defiende la virtud si no puede practicarla, y practicarla no está fácilmente al alcance de todos: pueden hacerlo aquellos a los que la pobreza y escasez han puesto a prueba y han convertido en capaces de ser virtuosos. Efectivamente, si la virtud consiste en aguantar los males, no conocen la virtud quienes vivieron siempre entre bienes, ya que ni han probado los males, ni pueden aguantarlos al estar acostumbrados y deseosos de los bienes, que es lo único que conocen. Por ello sucede que los pobres y humildes, que están libres de carga, creen en Dios con más facilidad que los ricos, que están enredados en múltiples impedimentos; es más, encadenados y engrillados, sirven a la voluntad del señor placer que les enreda en inextricables lazos, y no pueden mirar al cielo, porque su mente está mirando a la tierra y clavada en el suelo. El camino de la virtud no llega a quienes llevan grandes cargas; el paso por el que el bien conduce al hombre al cielo es muy estrecho y no puede ser atravesado sino por quien va expedito y libre. Y es que esos ricos, cargados con muchas y enormes alforjas, marchan por el camino de la muerte, camino que es muy ancho, ya que en él domina a sus anchas la perdición; para éstos son amargos y son veneno los preceptos que Dios da en orden al bien y las enseñanzas que nosotros transmitimos sobre la virtud y la verdad por magisterio divino; y si se atreven a rechazar estos preceptos y enseñanzas, necesariamente tendrán que confesarse enemigos de la virtud y del bien.

Emprenderé ahora la parte que falta para poder poner fin a la obra; y lo que falta es hablar del juicio divino: este juicio tendrá lugar cuando nuestro Señor vuelva a la tierra para dar a cada uno premio o castigo, según sus méritos. Así pues, de la misma forma que en el libro cuarto hablé de su primera venida[9], así en éste hablaré de la segunda, venida que también los judíos reconocen y esperan, aunque en vano, ya que vendrá necesariamente para dar consuelo a aquellos a los que convocó en su primera venida. Y es que, quienes impíamente le atormentaron en su humildad, probarán el poder de su victoria y sufrirán, siendo ahora Dios el que devuelve la moneda, lo que leen y no comprenden[10]: efectivamente, embadurnados con todo tipo de pecados y manchados además de sangre divina, serán enviados al suplicio eterno por aquel mismo en quien pusieron sus nefandas manos.

Pero mi polémica contra los judíos será materia de una obra distinta en la que rechazaré sus errores y crímenes.

Tras el final del mundo vendrá la eternidad, cosa que no comprendieron los filósofos paganos

Enseñemos ahora a los que desconocen la verdad. Por disposición divina está establecido que este mundo pecador acabe una vez que se haya cumplido su espacio temporal y que, desaparecida radicalmente toda maldad y llamadas las almas de los buenos a la vida bienaventurada, florezca, bajo el reinado del propio Dios, una época benévola, tranquila, pacífica y, en fin, como dicen 2 los poetas, dorada[11]. En un primer momento, la causa de todos los errores de los filósofos fue ésta: que no comprendieron la razón de ser del mundo, razón que contiene toda la sabiduría. Pero esta razón no puede ser comprendida desde su propio sentido ni desde su significado interno: y esto es lo que pretendieron hacer ellos por sí mismos sin la ayuda de ningún maestro. De ahí que cayeran en opiniones variadas y con frecuencia contradictorias, de las cuales no podían escapar, y que se vieran embarazados en el propio barro, como dice el autor de comedias[12], es decir, sin que encontraran argumentos para sus hipótesis, aunque esas hipótesis fueran ciertas, pero que no podían ratificar y demostrar al no poseer la ciencia de la verdad y de las cosas celestiales: y esta ciencia, como ya he dicho muchas veces, no puede ser comprendida por el hombre si no es con la ayuda del magisterio divino. Y es que, si el hombre puede entender lo divino, podrá también practicarlo, ya que entender es casi cumplir al pie de la letra. Pero el hombre no puede hacer las cosas que hace Dios, porque está revestido de un cuerpo mortal; y consiguientemente, no puede comprender las acciones divinas; en cuanto a

que esto es posible, es fácil que todo el mundo lo deduzca a partir de la grandeza de las cosas y de las obras divinas. Efectivamente, contempla, por favor, el mundo con todas las cosas que hay en él; entenderás inmediatamente cuán por encima de las obras humanas está la obra divina; y la misma diferencia que hay entre las obras divinas y humanas hay también entre la sabiduría de Dios y la del hombre. En efecto, dado que Dios es incorrupto, inmortal y consiguientemente perfecto, puesto que es eterno, también su sabiduría, de la misma forma que él, es perfecta, y nada puede ser para él un obstáculo, puesto que el propio Dios no está sometido a nada. El hombre, sin embargo, puesto que está sometido a la pasión, tiene también su sabiduría sometida al error, y de la misma forma que hay muchas cosas que obstaculizan la vida del hombre para que no pueda ser eterna, así también su sabiduría tiene que verse obstaculizada por muchas cosas, para que no pueda ser perfecta en la comprensión total de la verdad. Así pues, no hay ninguna sabiduría humana si el hombre intenta llegar al conocimiento y a la ciencia de la verdad por sí solo, ya que la inteligencia humana, atada a un cuerpo frágil y cerrada en una cárcel tenebrosa, no puede vagar con libertad ni ver con claridad la verdad, cuyo conocimiento es propio de la condición divina. Sólo Dios conoce, pues, sus obras; el hombre, sin embargo, puede alcanzar la verdad, no con sus pensamientos y análisis, sino aprendiéndola y escuchándola de aquel que es el ; único que puede conocerla y enseñarla. Por ello, Marco Tulio, al traducir de Platón la frase de Sócrates en la que éste decía que había llegado el momento de salir de esta vida, mientras que los que le oían seguían viviendo, dijo: «Los dioses inmortales saben cuál de las dos cosas es mejor, pero pienso que ningún hombre lo sabe»**[13]**.

Así pues, todas las sectas filosóficas tienen necesariamente que estar muy alejadas de la verdad, porque fueron los hombres quienes las fundaron, y no pueden tener ninguna base ni firmeza, ya que no están apuntaladas en ninguna revelación divina.

Opinión de los filósofos sobre el significado del mundo

Y, a propósito de los errores de los filósofos, a los que estamos aludiendo: los estoicos dividen la naturaleza en dos partes, una que actúa y otra que es susceptible de ser tratada; en la primera dicen que se encuentra la capacidad de sentir y en la segunda la materia, y que una sin otra no puede nada. Pero ¿cómo puede la misma cosa ser agente y paciente? Si alguien dice que es lo mismo el vaso que la arcilla o que la arcilla es lo mismo que el vaso, ¿no nos

parecerá abiertamente que está loco? Éstos, en cambio, incluyen bajo el solo nombre de naturaleza dos cosas muy diferentes: a Dios y al mundo, al artífice y a la obra; y dicen que el uno sin el otro no puede nada, como si la naturaleza fuese Dios y el mundo mezclados; y es que llegan a tal extremo de confusión que para ellos Dios es la mente del mundo y el mundo el cuerpo de Dios, como si el mundo y Dios hubiesen empezado a existir al mismo tiempo y no hubiese sido el propio Dios el que hizo el mundo. Y esto último lo reconocen ellos mismos en otros lugares, cuando declaran que el mundo ha sido hecho para los hombres y que Dios, si quiere, puede existir sin el mundo, ya que Dios es la mente divina y eterna, libre y exenta de cuerpo. Pero, como no pudieron entender su fuerza y majestad, confundieron a Dios con el mundo, es decir, con su obra. De ahí esos versos de Virgilio: «Y difundida por todas sus partes, una mente pone en movimiento toda la masa del universo y se mezcla con su gran cuerpo»[14]. ¿Dónde está, pues, aquel mundo del que ellos mismos dicen que ha sido creado y es gobernado por la providencia divina? Y es que, si él hizo el mundo, debió existir sin el mundo; si lo gobierna, no lo gobierna ciertamente como la mente al cuerpo, sino como el señor a su casa, el timonel al barco, el auriga al carro; y ninguno de éstos está mezclado con las cosas que dirigen. Pues bien, si todo esto que vemos son miembros de Dios, resulta que han inventado un dios insensible, puesto que sus miembros carecen de sentido, y un dios mortal, puesto que vemos que sus miembros son mortales. Puedo enumerar cuántas veces la tierra, sacudida por repentinos terremotos, o bien se ha abierto o bien ha desaparecido en el abismo; cuántas veces las ciudades y las islas, anegadas por las aguas, han caído en sus profundidades; cuántas las lagunas han inundado los fructíferos campos; cuántas los ríos y los estanques se han secado; cuántas los montes o bien han caído en pedazos o bien se han allanado; cuántas el fuego oculto e interior ha consumido muchas regiones y las laderas de muchos montes. Y esto es poco, suponiendo que Dios no se preocupa de sus miembros y dejando a un lado que incluso al hombre le está permitido hacer cosas contra el cuerpo de Dios: se construyen edificios sobre el mar, son abatidos los montes, y son excavadas las entrañas de la tierra para sacar riquezas. Y ¿qué decir del hecho de que ni siquiera se puede arar sin herir el cuerpo de Dios? ;Cuán criminales e impíos somos al violar el cuerpo de Dios! ¿Permite, pues, Dios que su cuerpo sea maltratado y se hace a sí mismo vulnerable, o permite que el hombre le reduzca a tal condición? A no ser que quizás ese espíritu divino que está mezclado con el mundo y con todas las

partes del mundo haya abandonado la primera capa de la tierra y se haya refugiado en las profundidades, para no sufrir dolor con las continuas laceraciones a que está sometido. Pero si esta hipótesis es vana y absurda, tan faltos de sentido común estuvieron ellos como lo están estas cosas, ya que no comprendieron que el espíritu divino está desparramado por todas partes y que en él está contenido todo, pero no de forma que Dios, que es incorrupto, esté mezclado con los elementos materiales y corruptibles.

Era, pues, más exacta la idea que recibieron de Platón, en el sentido de que el mundo había sido hecho por Dios y era regido por su providencia. Hubiera convenido, pues, que Platón y sus seguidores hubiesen demostrado y explicado cuál es la causa y la razón de la construcción de una obra tan grande, por qué la hizo Dios y para quién. Los estoicos, por su parte, dicen: «El mundo fue hecho para los hombres». Lo admito. Pero Epicuro ignora para qué y quién hizo a los propios hombres. Efectivamente, Lucrecio, al afirmar que el mundo no era regulado por los dioses, dice así: «afirmar, por lo demás, que los dioses quisieron disponer esta extraordinaria naturaleza del mundo en favor de los hombres… es» —concluye con razón después— «una locura. Efectivamente, ¿qué ventaja puede dar a los inmortales y bienaventurados nuestra gratitud, de forma que se decidan a hacer cualquier cosa en favor nuestro?»[15]. Y es que los estoicos no daban ninguna razón por la cual hubiera sido creado y organizado por Dios el género humano; y ésta es nuestra obligación: exponer el misterio del mundo y del hombre, misterio que ellos ignoraron; y por ello no pudieron tocar ni ver el secreto de la verdad. La consecuencia fue, como dije más arriba, que, a pesar de imaginar la verdad —es decir, que el mundo había sido hecho por Dios y para los hombres—, no pudieron defender esta hipótesis. Finalmente Platón, para evitar que la obra de Dios fuese débil y ruinosa, dijo que «el mundo duraría eternamente»[16]. Si el mundo había sido hecho para los hombres y había sido hecho de forma que fuera eterno, ¿por qué no son también eternos esos mismos para los cuales fue hecho? Si son mortales esos para los cuales ha sido hecho, también el mundo ha de ser mortal y corruptible: y es que no vale más el mundo que aquellos para los que ha sido hecho. Si Platón hubiera razonado con lógica, habría comprendido que el mundo, puesto que ha sido hecho, tiene que tener fin, y que sólo puede durar para siempre aquello que no puede ser tocado.

Por otro lado, quien dice que el mundo no ha sido hecho para los hombres, no tiene ninguna razón. Efectivamente, si dice que el creador del mundo hizo

esta enorme obra para sí mismo, ¿por qué hemos nacido nosotros?; ¿por qué disfrutamos del propio mundo?; ¿qué significado tiene la creación del género humano y de los demás seres animados?; ¿por qué cogemos los bienes de otro?; ¿por qué, en fin, crecemos, envejecemos y morimos?; ¿qué sentido tiene la propia procreación?; ¿qué sentido el continuo suceder de generaciones? Ciertamente Dios quiso complacerse contemplando y modelando estas, por así decir, estatuillas en sus variadas imágenes; y ni siquiera, aunque así fuese, se preocuparía por los seres vivos y en especial por el hombre, a cuyo poder sometió todas las cosas.

En lo que se refiere a la opinión de aquellos que dicen que el mundo existió siempre, paso por alto el argumento de que no pudo existir sin principio —argumento que no pueden refutar—, pero afirmo esto: si el mundo existió desde siempre, no puede tener ninguna razón de ser. Pues ¿qué planes pudo introducir la inteligencia en aquello que nunca tuvo principio? Y es que, antes de hacer u ordenar una cosa, hay que planearla, para poder establecer la forma de hacerla; y no se puede empezar nada sin que la razón lo haya previsto. Así pues, a toda obra precede un plan racional: no tiene, pues, plan racional lo que no ha sido hecho; ahora bien, en el mundo subyace un plan racional, ya que existe y es regido; luego ha sido hecho; y si ha sido hecho, también tendrá final. Que nos den, pues, éstos, si es que pueden, la razón por la cual el mundo fue hecho en un principio y acabará después. Y, puesto que no pudo darla, Epicuro, o Demócrito[17], dijo que el mundo tuvo origen en la mezcla casual de los átomos entre sí, y que después, cuando estos átomos se separen, seguirá la disgregación y la muerte. Así pues, Epicuro estropeó la recta intuición que tuvo, destruyó totalmente toda su teoría por ignorancia de su sentido racional, y redujo el mundo y todos los fenómenos que en él ocurren a una especie de sueño inconsistente, ya que para él ningún plan racional subyace en las cosas humanas.

Ahora bien, puesto que al mundo y a todas sus partes los rige, según vemos, una maravillosa racionalidad, puesto que el clima moderado de la atmósfera, el curso, inmutable en su propia variedad, de los astros y de las estrellas del cielo, la regular y admirable distribución de las estaciones, la variada fecundidad de la tierra, las llanuras de los campos, los baluartes y alturas de los montes, la verdura y fertilidad de las selvas, el salubérrimo manantial de las fuentes, el oportuno desbordamiento de los ríos, el opulento y abundante desparramamiento del mar, el variable y útil soplo de los vientos, y todas las

demás cosas están sometidos a un orden racional perfectísimo, ¿quién hay tan ciego que piense que todo eso, en lo cual brilla la admirable disposición de una inteligencia providentísima, ha sido hecho sin una causa? Así pues, si nada hay ni se hace sin una causa, si la providencia del sumo Dios es evidente en la ordenación de las cosas, su virtud en la grandeza de las mismas, y su poder en la forma de regirlas, son obtusos y locos quienes negaron la existencia de la Providencia. Yo no los refutaría si negaran la existencia de los dioses para afirmar la de uno solo; pero, dado que afirman que no existe ningún dios, delira quien no piense que ellos deliran.

Significado del mundo según la doctrina cristiana

Pero sobre la Providencia ya he dicho bastante en el libro primero. Si existe esa Providencia —cosa que es evidente por la maravilla de sus obras—, esa misma Providencia necesariamente tuvo que crear al hombre y a los demás seres animados. Veamos, pues, qué razón subyace en la creación del género humano, puesto que consta —cosa que dicen los estoicos— que el mundo fue creado para los hombres; aunque en esto mismo cometen un no pequeño error, ya que dicen que fue creado para los hombres y no para el hombre[18]: y es que nombrando a uno solo, se está nombrando a todo el género humano. Pero ellos dicen eso porque no saben que Dios creó un solo hombre y piensan que los hombres nacieron cual setas en todas las tierras y campos. Hermes, sin embargo, no ignoraba que el hombre fue creado por Dios y a semejanza de Dios[19].

Pero vuelvo al tema propuesto. Nada hay, pienso, que haya sido hecho para sí mismo, sino que todo lo que realmente es hecho, es necesariamente hecho para uso de alguno. Pues ¿quién es tan torpe o está tan ocioso que emprenda en vano la realización de algo de lo que no espere ninguna utilidad y ningún provecho? Quien construye una casa, no la construye sólo para que sea una casa, sino para poder vivir en ella; quien fabrica una nave, no emprende esta tarea sólo para que exista la nave, sino para navegar sobre ella; igualmente, quien crea y modela un vaso, no lo hace sólo para que se vea lo que ha hecho, sino para que ese vaso cumpla una función necesaria; de la misma forma, cualquier otra cosa que se hace, no se hace en vano, sino para alguna utilidad práctica. Así pues, el mundo fue creado por Dios no por el propio mundo en sí: y es que el mundo, puesto que carece de sentido, no necesita el calor del sol, la luz de la luna, el soplo de los vientos, el agua de las lluvias, ni el alimento de los frutos. Pero tampoco puede decirse que Dios hizo el mundo para sí mismo,

puesto que él puede vivir sin el mundo, como vivió antes, y el propio Dios no utiliza ninguna de las cosas que hay en el mundo y que en él se producen. Está claro, pues, que el mundo fue creado para los seres animados, ya que los seres animados son los que disfrutan las cosas que hay en él: para que puedan vivir y existir les son suministradas en los momentos oportunos todas las cosas que les son necesarias. A su vez, que todos los demás seres animados fueron creados para el hombre está claro por esto: porque sirven al hombre y porque le han sido dados a éste para su protección y utilidad, ya que, sean terrestres o acuáticos, no conocen la razón de ser del mundo, como la conoce el hombre.

Éste es el momento de contestar a los filósofos, y principalmente a Cicerón, quien dice: «¿Por qué Dios, si hizo todas las cosas para nosotros, dio tanta virulencia a las serpientes venenosas y a las víboras? ¿Por qué desparramó tantos productores de pestes por la tierra y por el mar?»[20]. Extensa materia a discutir es ésta, pero, como estamos de paso en ella, hay que resumirla brevemente. Dado que el hombre fue configurado de elementos diferentes y contradictorios —de alma y de cuerpo, es decir, de cielo y de tierra, de elemento tenue y de elemento material, de eterno y temporal, de sensible y de insensible, de luz y de tinieblas—, la propia exigencia racional pedía que al hombre se le ofrecieran bienes y males: bienes, para utilizarlos, males, para evitarlos y rechazarlos. Por ello, pues, se le dio la sabiduría, para que, conociendo la naturaleza de los bienes y de los males, dedicara la fuerza de su inteligencia a la búsqueda de los bienes y al rechazo de los males. A los demás animales, puesto que no se les ha dado la sabiduría, se les ha protegido y armado con defensas naturales; pero al hombre Dios le concedió, en lugar de todas esas defensas, lo que era más importante: sólo la inteligencia. Por ello le creó desnudo e inerme, para que la sabiduría le protegiera y guardara: puso sus defensas y adornos, no fuera, sino dentro; no en el cuerpo, sino en el espíritu. Así pues, si no existieran males ante los que protegerse y males que distinguir de lo bueno y de lo útil, no le haría falta la sabiduría. Que sepa, pues, Marco Tulio que al hombre se le dio la inteligencia para que pescara peces para su consumo y para que evitara las serpientes venenosas y las víboras en aras de su salud; o viceversa, se le ofrecen males y bienes porque ha recibido la inteligencia, cuya función consiste totalmente en el discernimiento de bienes y males. Así pues, grandes, *rectos* y admirables son la fuerza, la razón y el poder del hombre, en función del cual hizo Dios el mundo y todo lo que existe; y le concedió el gran honor de ponerle al frente de todo, para que él solo pudiera

admirar las obras de Dios. Muy bien, pues, habla mi Asclepiades, al analizar la providencia del sumo Dios en el libro que me dedicó, con estas palabras: «Y por ello con razón quizás alguien piense que la divina Providencia dio un estado próximo al suyo a aquel que pudiera comprender sus planes. Efectivamente, ahí está el sol: ¿quién lo ve de forma que entienda su existencia y los beneficios que proporciona a los demás? Ahí está el cielo: ¿quién lo acepta? Ahí está la tierra: ¿quién la cultiva? Ahí el mar: ¿quién lo navega? Ahí el fuego: ¿quién lo usa?»[21]. Creó, pues, el Dios sumo todas las cosas, no para él, porque no necesita nada, sino para el hombre, quien debía utilizarlas convenientemente.

Significado de la creación del hombre

Demos ahora la razón por la cual hizo s al propio hombre. Si los filósofos la hubieran sabido, o bien habrían defendido la parte de verdad que encontraron o bien no habrían caído en los grandes errores en que cayeron. Y es que éste es el meollo, éste es el quicio de la cuestión; y a aquel que no lo encuentra se le escapa toda la verdad; ello es lo que determinó que no razonaran con lógica: si esta lógica les hubiera alumbrado, si hubiesen conocido totalmente el misterio del hombre, nunca la Academia hubiese yugulado de lado a lado sus análisis y toda su filosofía.

Pues bien, de la misma forma que Dios no hizo el mundo para sí mismo, ya que él no necesita comodidades, sino que lo hizo para el hombre, que es quien lo utiliza, sí hizo sin embargo al hombre para sí. «¿Qué utilidad saca Dios del hombre», dice Epicuro, «como para hacerlo para sí?»[22]. Pues para que hubiese alguien que entendiera sus obras, que pudiera admirar con sus sentidos y proclamar con su voz su providencia a la hora de ordenar las cosas, su inteligencia a la hora de hacerlas y su facultad de consumarlas: y el fin último de todo esto es que adore a Dios. Y es que adora quien conoce, y venera con el culto debido al artífice de todas las cosas y a su verdadero padre quien conoce el poderío de su majestad desde el parámetro de la planificación, comienzo y realización de sus obras. ¿Qué argumento más evidente puede darse para demostrar que Dios hizo el mundo para el hombre y al hombre para sí mismo que el hecho de que, entre todos los seres animados, el hombre fue el único que fue modelado con los ojos dirigidos al cielo, con el rostro mirando hacia Dios, con la cara semejante a la de su padre, de forma que da la impresión de que Dios, alargando la mano y sacando, por así decir, al hombre de la tierra, le levantó para que le contemplara a él? «Pues ¿de qué le sirve a Dios?», dice Epicuro, «¿siendo feliz y no necesitando nada, el que el hombre le adore? O, si

tanto honró al hombre que hizo el mundo para él, que le dotó de sabiduría, que le hizo el señor de los seres vivos y que le amó como a su hijo, ¿por qué le hizo mortal y frágil? ¿Por qué dejó en medio de todos los males a quien amaba, cuando lo oportuno habría sido hacer al hombre feliz, como próximo y cercano a Dios que era, y eterno, como es el mismo Dios, para cuya adoración y contemplación ha sido modelado?»[23].

Aunque ya casi he demostrado esto en los libros anteriores al tratar de ello esporádicamente, sin embargo, puesto que el tema lo exige ahora con propiedad, tema en el que me he propuesto hablar de la vida bienaventurada, debo explicarlo aquí con diligencia y en su totalidad, para que se conozca la ordenación de Dios, su obra y su voluntad. Aunque podría haber creado innumerables almas con sus vidas siempre inmortales, como hizo con los ángeles, a los que dotó de inmortalidad sin peligro ni temor alguno a los males, sin embargo ideó una obra inenarrable: la forma de crear una multitud infinita de almas, atadas en principio a cuerpos frágiles y débiles, intermedias entre el bien y el mal, para ofrecer a estas almas, compuestas de estos dos elementos por naturaleza, la posibilidad de practicar la virtud, con el fin de que no llegaran a la inmortalidad con facilidad e indolencia, sino que llegaran a ese premio inenarrable de la vida eterna a través de grandes dificultades y esfuerzos. Así pues, al dotar a estas almas de miembros pesados y susceptibles de sufrimiento, y dado que no podían permanecer en medio del vacío al empujarlas hacia abajo su peso y la gravedad de su cuerpo, decidió crear para ellas en primer lugar una sede y un domicilio; de esta forma fue como, con inefable virtud y poder, fabricó la extraordinaria obra del mundo: dejando arriba los elementos ligeros y colocando abajo los pesados, consolidó el cielo y estableció la tierra. No es necesario seguir ahora todos los pasos, ya que los describí todos en el libro segundo. Puso, pues, estrellas en el cielo, cuyo calor moderado, luz y movimiento están perfectísimamente adaptados a las necesidades de los seres vivos; a la tierra, a su vez, de la cual quiso que fuera la morada del hombre, la dotó de la facultad de engendrar y producir variados elementos, para que suministrara alimentos, según la naturaleza y usos de cada especie, con la fecundidad de sus frutos, hierbas y plantas. Después, una vez terminado todo lo que se refería a la situación del mundo, hizo al hombre de la propia tierra, tierra que desde el principio había preparado como morada de aquél; es decir, dotó y envolvió el alma del hombre con un cuerpo de tierra, para que, al estar compuesto de elementos diferentes y contradictorios, comprendiera el bien y el

mal. Y, de la misma *forma* que Ja tierra es fértil en la producción de frutos, así también el cuerpo humano, que está tomado de la tierra, recibió la posibilidad de producir bienes y la facultad de generar descendencia, para que así, puesto que al estar formado de materia frágil no podía permanecer para siempre, desapareciera una vez terminado el tiempo de su vida temporal, renovando, mediante una sucesión continua, la parte frágil y débil de su ser.

Pues bien, ¿por qué le hizo mortal y frágil, si construyó el mundo para él? En primer lugar, para que vieran la luz muchas almas y llenaran toda la tierra con un gran número; en segundo lugar, para ofrecer al hombre la virtud, es decir, la tolerancia de los males y del trabajo, tolerancia a través de la cual pudiera conseguir el premio de la inmortalidad. Efectivamente, dado que el hombre consta de dos elementos, cuerpo y alma, de los cuales uno es terrenal y otro celestial, se le han dado dos vidas, una temporal, asignada al cuerpo, y otra eterna, que pertenece al alma. Adquirimos la primera al nacer; conseguimos la segunda trabajando, para que no le llegue al hombre la inmortalidad, como antes dijimos, sin ningún esfuerzo. La vida terrenal es como el cuerpo, y, por ello, se acaba; la celestial es como el alma, y, por ello, no tiene fin. La primera la recibimos sin darnos cuenta, la segunda a sabiendas: y es que ésta es un premio a la virtud y no un resultado natural, ya que Dios quiso que consiguiéramos la vida en la vida. Por ello nos dio esta vida temporal, para que perdiéramos aquella otra verdadera y eterna con nuestros vicios, o la mereciéramos con nuestra virtud. En esta vida corporal no está el sumo bien, ya que, de la misma forma que nos ha sido dada por designio divino, así también nos será quitada por designio divino: y lo que tiene final no participa del sumo bien. En cambio, en la vida espiritual, la que conseguimos con nuestro esfuerzo, sí está el sumo bien, ya que ella no puede tener ni sufrimiento ni final.

La naturaleza y sentido del cuerpo nos lo demuestran: todos los demás animales tienden hacia la tierra, puesto que son terrestres, y no consiguen la inmortalidad, que es algo celestial; el hombre, en cambio, mira erecto hacia el cielo, ya que tiene como meta la inmortalidad —aunque ésta no le llega sino de manos de Dios: y es que no habría ninguna diferencia entre el bueno y el malo si todos los hombres nacieran inmortales—; luego la inmortalidad no es una consecuencia natural, sino el pago y el premio de la virtud. Por otro lado, el hombre no empieza a andar erecto en el momento en que nace, sino que anda primero a cuatro patas —y es que compartimos con los animales mudos la constitución de nuestro cuerpo y esta vida temporal—; después, al adquirir

fuerzas, se yergue, su lengua se suelta en el habla y deja de ser un animal mudo. Esta argumentación demuestra que el hombre nace mortal y que después se hace inmortal, cuando empieza a vivir desde Dios, es decir, a practicar la justicia, contenida en el culto a Dios, a través del cual el mismo Dios levanta al hombre a la contemplación del cielo y de sí mismo. Y esto sucede cuando el hombre, purificado por el bautismo celestial, deja su infancia juntamente con todo el lastre de su vida anterior, y, recibiendo el impulso de la fuerza divina, llega a la plenitud de la perfección humana. Así pues, dado que Dios ofreció al hombre la práctica de la virtud, aunque el alma y el cuerpo estén asociados, sin embargo, son contrarios y luchan entre sí. Los bienes del alma son males para el cuerpo: así, la falta de riquezas, la prohibición de placeres, el desprecio al dolor y a la muerte. Y de la misma forma, los bienes del cuerpo son males para el alma: así, la pasión y el placer, con los cuales se buscan las riquezas y los halagos de distintos placeres, que debilitan y extinguen el alma. Por ello es necesario que el bueno y el sabio se muevan en medio de todos los males, puesto que la vencedora sobre los males es la fortaleza; y es necesario que los malos se muevan entre riquezas, honores y poderes, ya que estos bienes son corporales y terrenos; pero éstos llevan una vida terrenal y no pueden conseguir la inmortalidad, ya que se entregan a los placeres que son enemigos de la virtud. Así pues, esta vida temporal debe estar sometida a la eterna, de la misma forma que el cuerpo al alma. En consecuencia, quien prefiera la vida del alma, que desprecie obligatoriamente la del cuerpo; no podrá llegar a la cima si no desprecia lo que está debajo. Y quien abrace la vida del cuerpo y fije sus placeres en la tierra, no puede conseguir aquella vida elevada. Pero quien prefiere vivir bien para siempre, vivirá mal en esta vida y aceptará todo tipo de sacrificios y trabajos, mientras esté en la tierra, con el fin de poseer el solaz divino y celestial; y quien prefiera vivir bien en esta vida, vivirá mal en la eterna: será condenado, en efecto, por sentencia divina a un castigo eterno, por haber preferido los bienes terrenales a los celestiales.

Por ello, pues, Dios exige ser adorado y honrado como un padre por el hombre, para que éste consiga la virtud y la sabiduría, que son las únicas que proporcionan la inmortalidad. Y es que, dado que nadie, a excepción de Dios, que es el que la posee, puede dar la inmortalidad, él premia la piedad, con la que el hombre le adora, con la felicidad eterna junto a él y con él para siempre.

Resumamos ahora brevemente toda la argumentación anterior; el mundo fue hecho para que nosotros naciéramos en él; nosotros nacimos para conocer al

Si no se da al mundo y al hombre el sentido cristiano, lodo son preguntas sin respuesta

autor del mundo y Dios nuestro; le conocemos para adorarle; le adoramos para conseguir la inmortalidad como premio a nuestros esfuerzos, ya que el culto a Dios exige grandes esfuerzos; conseguimos el premio de la inmortalidad para servir para siempre, a semejanza de los ángeles, al sumo padre y señor y convertirnos en el reino eterno de Dios. Éste es el resultado de todo, éste es el secreto de Dios, éste es el misterio del mundo, misterio que desconocen quienes, siguiendo los placeres de este mundo, se entregan a los bienes terrestres y caducos, y a causa de los mortíferos placeres hunden en una especie de lodo y cieno las almas nacidas para el cielo.

Preguntemos ahora, por nuestra parte, si hay alguna razón de ser en el culto a los dioses. Porque, si existen muchos dioses, si son adorados por los hombres sólo para que den a éstos riquezas, victorias, honores y todo lo demás que sólo vale en el mundo, si nacemos sin ninguna causa final, si en la procreación de los hombres no hay ninguna previsión providencial, si nacemos casualmente para nosotros mismos y para nuestro propio placer, si dejamos de existir tras la muerte, ¿qué otra cosa puede haber tan vacía, tan inútil, tan vana como la situación humana o el propio mundo, el cual, a pesar de ser de increíble magnitud y estar, sobre todo, construido con admirable inteligencia, sólo sirve, sin embargo, para cosas inútiles? ¿De qué sirve entonces que el soplo de los vientos reúna las nubes? ¿De qué sirve entonces que brillen las estrellas, que mujan los truenos, que caigan las lluvias? ¿De qué sirve que la tierra produzca frutos y alimente a distintas especies de animales? ¿De qué sirve en fin que toda la naturaleza se esfuerce para que no falte ninguna de las cosas que sostienen la vida del hombre, si esa vida es vana, si morimos para la nada, si no hay nada en nosotros que haga mayores servicios a Dios? Y si es impío decir y no se debe pensar que puede suceder que no ha sido hecho con una finalidad racional extraordinaria lo que se ve que está estructurado con una gran racionalidad, ¿qué razón puede haber en esos errores de las depravadas religiones y en esas enseñanzas de los filósofos que piensan que las almas mueren? Absolutamente ninguna. Pues ¿por qué dirán que los dioses conceden tan cuidadosamente a los hombres cada cosa en su tiempo? ¿Acaso para que nosotros les demos a ellos ofrendas de pan y de vino, y olorosos inciensos, y sangre de animales? Estas cosas no pueden ser gratas a los inmortales, porque son perecederas, ni pueden servir a quienes carecen de cuerpo, porque han sido hechas para uso corporal; y,

además, si ellos desearan estas cosas, podrían conseguirlas ellos y cuando quisieran.

Así pues, ya mueran las almas, ya permanezcan para siempre, ¿qué sentido tiene el culto a los dioses?; o ¿por qué ha sido creado el mundo?; ¿por qué, cuándo, hasta cuándo y para qué han sido creados los hombres en cuanto hombres? ¿Por qué nacen, mueren, se suceden y se renuevan?; ¿por qué los dioses son adorados por quienes no van a ser nada tras la muerte? ¿Qué ofrecen, prometen o amenazan que sea digno de hombres o de dioses? Si las almas permanecen tras la muerte, ¿qué hacen o van a hacer de ellas?; ¿qué necesidad tienen ellos del tesoro de las almas? Ellos mismos ¿qué origen tienen?; ¿cómo, por qué y de dónde que sean tan numerosos?

Así sucede que, si nos apartamos del sentido fundamental que más arriba hemos dado al mundo, desaparece toda razón y todo se reduce a la nada.

Las distintas escuelas filosóficas sólo llegaron en parte a la explicación del sentido último del hombre

Dado que los filósofos no comprendieron ese sentido fundamental, no pudieron comprender la verdad, aunque casi vieron y explicaron aquello en lo que se basa ese sentido fundamental. Sin embargo, trataron todo eso por separado y en distintas direcciones, sin aducir las causas, las consecuencias y el sentido de las cosas, cosas necesarias todas ellas para dar unidad y completar ese sentido fundamental que lo explica todo. Es fácil, sin embargo, demostrar que casi toda la verdad se encuentra dividida entre las distintas sectas filosóficas. Y es que nosotros no prescindimos de raíz de toda filosofía, como suelen hacer los académicos que se propusieron contestar a todo —lo cual es más bien cavilar y satirizar—, sino que enseñamos que no hubo ninguna secta filosófica tan descarriada ni ningún filósofo tan vacío que no viera algo de verdad. Pero, como se ensañan unos contra otros en su afán de contradicción, al intentar defender incluso lo que hay de falso en su doctrina y erradicar lo que hay de verdad en la de otros, no sólo se les escapa la verdad que simulaban buscar, sino que incluso la perdieron ellos mismos por su propia culpa. Si hubiera existido alguno que hubiese agrupado y recogido en un «corpus» la verdad esparcida entre cada uno de los filósofos y difundida por las distintas sectas, ése no se diferenciaría sin duda de nosotros. Pero esto no lo puede hacer sino el perito y el conocedor de la verdad; y conocer la verdad sólo es patrimonio de aquel que ha sido adoctrinado por Dios, ya que, de otra forma, no se puede rechazar lo falso y elegir y aceptar lo verdadero; aunque, si alguien por casualidad lo consiguiera, ése practicaría una

filosofía verdadera, y, si bien no podría defenderla con los testimonios divinos, la propia verdad resplandecería, sin embargo, con su propia luz. Por eso, es increíble el error de aquellos que, tras aceptar una secta y adherirse a ella, condenan a las demás como falsas e inanes, y se arman para la lucha sin saber qué es lo que tienen que defender y qué refutar, y atacan una por una, sin discernir, todas las aportaciones que traen los que disienten. Por culpa de sus obstinadas discusiones no existe ninguna filosofía que se acerque a la verdad: y es que la verdad se encuentra en todas estas escuelas, pero por partes. Platón dijo que el mundo había sido hecho por Dios: eso mismo dicen los profetas y eso mismo está claro en los versos de la Sibila[24]. Están equivocados, pues, quienes dijeron que todo había nacido por su propia fuerza, o por la unión de pequeñas partículas, ya que una cosa tan extraordinaria, tan bien hecha y tan enorme no puede ser hecha, ni colocada, ni ordenada sin la intervención de un inteligentísimo autor; y esa misma ordenación racional, de la que ellos son conscientes de que constan y están regidas todas las cosas, está confesando la existencia de un artífice de mente lucidísima. Los estoicos dicen que el mundo y todo lo que en él hay ha sido hecho para el hombre: esto mismo nos enseñan las Sagradas Escrituras. Se equivocó, pues, Demócrito, quien pensó que los hombres habían surgido de la tierra a modo de gusanillos sin intervención de ningún creador ni de ningún plan racional. La creación del hombre pertenece al secreto divino, y, como Demócrito no podía conocer ese secreto, redujo la vida humana a la nada. Aristón[25] dijo que los hombres nacían para ser virtuosos: esto mismo nos advirtieron y enseñaron los profetas. Se equivoca, pues, Aristipo, quien sometió al hombre, como si de un animal se tratara, al placer, es decir, al mal. Ferécides[26] y Platón defendieron que las almas eran inmortales: esto es doctrina propia también en nuestra religión. Se equivocaron, pues, Dicearco[27] y Demócrito, que argumentaron que perecían y se diluían juntamente con los cuerpos. El estoico Zenón defendió que existía el infierno, que las sedes de los buenos estaban separadas de las de los malos y que los primeros habitaban zonas tranquilas y placenteras, mientras que los segundos pagaban sus penas en lugares tenebrosos y en horribles vorágines de cieno: esto mismo nos anuncian claramente los profetas. Se equivocó, pues, Epicuro, quien pensó que esto era invención de los poetas y que las penas que se dicen de los infiernos se sufren en esta vida[28]. Así pues, los filósofos tocaron toda la verdad y todo el secreto de su religión divina, pero, ante la refutación de otros,

no pudieron defender lo que habían descubierto, ya que la razón no les cuadraba totalmente a cada uno de ellos en particular y no pudieron reducir la verdad que habían atisbado a un valor fundamental, como nosotros hemos hecho más arriba.

El sumo bien es la inmortalidad. Platón y otros filósofos sólo lo intuyeron

Así pues, el único bien sumo es la inmortalidad, para cuya consecución hemos sido formados desde el principio y hemos nacido. Hacia ella tendemos, a ella contempla la naturaleza humana, hacia ella nos lleva la virtud. Y, como ya hemos descubierto ese bien, nos queda hablar de la propia inmortalidad.

Los argumentos de Platón, aunque proporcionan gran ayuda en el tema, tienen sin embargo poca solidez a la hora de probar y de completar la verdad, ya que ni terminó el razonamiento de todo este gran misterio, ni lo redujo a una unidad, ni entendió cuál era el sumo bien. Y es que, aunque tuvo conciencia de la verdad en el tema de la inmortalidad del alma, no la consideraba, sin embargo, el sumo bien. Nosotros, pues, que colegimos la verdad sin ningún tipo de dudas y que la conocemos por tradición divina, podemos deducirla a partir de señales seguras. Platón argumentaba así: «Inmortal es aquello que siente y se mueve siempre por sí mismo, ya que lo que no tiene principio en su movimiento, tampoco tendrá fin, porque una cosa no puede abandonarse a sí misma»**[29]**. Este argumento daría la eternidad incluso a los mudos animales, si no los hubiese separado después al añadir en el hombre la sabiduría. Por ello, pues —para soslayar esta identidad—, añadió: «No puede suceder que el alma humana no sea inmortal, ya que su admirable habilidad inventora, su rapidez de pensamiento, su facilidad de comprensión y de aprendizaje, su recuerdo del pasado, su previsión del futuro y el conocimiento de innumerables artes y cosas —conocimiento que no tienen los demás seres vivos— es claramente algo divino y celestial, ya que el origen del espíritu que comprende y aprende tantas cosas no está en la tierra, por cuanto no hay nada en él que sea terrestre. Ahora bien, lo que en el hombre hay de material y disoluble necesariamente se disolverá en la tierra, y lo que hay de tenue y sutil se mantendrá indisoluble y, liberado de su sede corporal como de una cárcel, volará hacia el cielo y hacia su ser natural»**[30]**. Esto lo he recogido brevemente de Platón, aunque su explicación es mucho más amplia y abundante.

De la misma opinión fue ya antes Pitágoras y su maestro Ferécides, de quien dice Cicerón que «fue el primero en hablar de la eternidad de las

almas»[31].

Aunque todos éstos sobresalían por su elocuencia, sin embargo, no menos autoridad tuvieron quienes en este tipo de discusiones defendieron la opinión contraria —Dicearco primero, después Demócrito y por último Epicuro—; hasta el punto de que fue puesto en duda el propio tema sobre el cual disputaban entre sí. Finalmente Tulio, tras exponer las opiniones de todos éstos sobre la inmortalidad y la muerte, dijo que él no sabía cuál era la verdad; «que Dios vea de alguna forma», dice, «cuál de estas opiniones es la verdadera»[32]; y, de nuevo, en otro lugar dice: «Dado que ambas opiniones tienen doctísimos defensores, no se puede adivinar cuál es la verdadera»[33]. Nosotros, a quienes la propia divinidad anunció la verdad, no necesitamos adivinaciones.

Argumentos en favor de la eternidad del alma

Pues bien, la eternidad de las almas puede demostrarse y probarse con otros argumentos que no encontraron ni Platón ni ningún otro, argumentos que recopilaré brevemente, puesto que urge llegar en mi exposición a la narración del juicio divino que se celebrará en la tierra cuando se acerque el fin del mundo.

En primer lugar, Dios, puesto que es invisible, y para que nadie, apoyándose en el argumento de que no es visible con los ojos humanos, pensara que no existe, hizo, entre otras maravillas, muchas cosas cuya fuerza es evidente, pero cuya sustancia es invisible: tal es la voz, el olor, el viento; y lo hizo para que, basándonos en el ejemplo de estas cosas, viéramos a Dios, a pesar de no ser visible, en su fuerza, en sus acciones y en sus obras. ¿Qué más claro que la voz, más fuerte que el viento, más agudo que el olor? Sin embargo, estas sustancias, que son conducidas por el aire, que llegan a nuestros sentidos y que impactan con su fuerza en ellos, no son visibles a los ojos humanos, sino que son percibidas por otras partes del cuerpo. De la misma forma, Dios no es percibido por nosotros con la vista ni con otro sentido corporal, sino que debe ser contemplado con los ojos de la mente mediante la contemplación de sus extraordinarias y admirables obras. En cuanto a aquellos que negaron la existencia de Dios, yo diría no sólo que no fueron filósofos, sino que no fueron ni siquiera hombres, ya que, semejantes a los animales, sólo tienen cuerpo, no viendo nada con su espíritu y reduciéndolo todo a los sentidos corporales, porque pensaban que sólo existía lo que podían ver con sus ojos. Y, como veían que a los buenos les ocurrían adversidades y a los malos prosperidades, creyeron que todo ocurría casualmente y que el mundo tenía un origen natural y

no providencial. De ahí resbalaron hacia auténticos delirios, delirios que eran consecuencia necesaria de tal punto de partida.

Y del hecho de que Dios es incorpóreo, invisible y eterno hay que concluir que, porque el alma sea invisible, no se sigue que muera cuando se separa del cuerpo, ya que está claro que hay cosas que sienten y que viven sin que sean visibles. Ahora bien, es difícil comprender con la mente cómo puede el alma retener su sensibilidad sin esas partes del cuerpo en las cuales se asienta la función de los sentidos. Y ¿qué decir de Dios? ¿Es acaso fácil comprender cómo se mantiene sin cuerpo? Si creen en la existencia de los dioses —los cuales, si existen, son tan incorpóreos como lo son las almas—, hay que pensar necesariamente que de la misma forma se mantienen las almas humanas, ya que desde nuestra propia razón e inteligencia se entiende que hay cierta semejanza entre el hombre y Dios. Finalmente, está la considerable solidez de aquel argumento que incluso vio Marco Tulio: que la eternidad del alma puede demostrarse «porque no hay ningún otro animal que tenga noticia alguna de Dios y porque la religión es lo único que diferencia al hombre de los animales»[34], y como sólo el hombre practica la religión, ésta está dando testimonio de que nosotros buscamos, deseamos y adoramos lo que ha de ser familiar y próximo a nosotros mismos. O ¿es que alguien, al contemplar la naturaleza de los demás seres vivos, a los que la providencia del Dios sumo sometió a cuerpos no erectos y postró sobre tierra, para que así se pudiera comprender que no tenían nada que ver con el cielo, puede no entender que, de todos los animales, el hombre es el único animal celeste y divino, cuyo cuerpo levantado sobre la tierra, cuyo rostro elevado y cuyo andar erecto están buscando su origen y tienden hacia lo alto, despreciando, por así decir, la bajeza de la tierra, porque es consciente de que él debe buscar el sumo bien en lo sumo y porque, conociendo su condición, con la cual Dios le levantó sobre los demás animales, mira hacia su artífice? A esta contemplación la llamó con razón Trismegisto «theoptia»[35], cualidad que no existe en absoluto en los animales mudos.

Por otro lado, dado que la sabiduría, que es patrimonio exclusivo del hombre, no es otra cosa que el conocimiento de Dios, está claro que el alma no muere ni se disuelve, sino que permanece para siempre, ya que, conociendo por presión de la propia naturaleza su origen y meta, busca y ama a Dios, que es eterno.

Otro no pequeño argumento de su inmortalidad es el hecho de que sólo el hombre usa el elemento celeste. Efectivamente, la naturaleza consta de dos elementos contradictorios y enfrentados entre *sí*, el fuego y el agua, de los cuales el primero pertenece al cielo y el segundo a la tierra; pues bien, los demás seres vivos, puesto que son terrestres y mortales, utilizan el elemento terrestre y pesado, mientras que sólo el hombre usa el fuego, que es el elemento ligero, sublime y celeste. Y las cosas que son pesadas mueren, mientras que las ligeras se elevan hacia la vida, ya que la vida está arriba y la muerte abajo. Y, de la misma forma que no puede existir la luz sin el fuego, así tampoco puede existir la vida sin luz. Así pues, el fuego es el elemento de la luz y de la vida, de donde se deduce que el hombre, que recurre a él, ha conseguido la condición inmortal, ya que está en contacto con lo que produce la vida.

También la virtud, patrimonio sólo del hombre, es un gran argumento de que las almas son inmortales. La virtud no existirá en su esencia si el alma muere, ya que es enemiga de esta vida temporal. Efectivamente, esta vida temporal, que tenemos en común con los animales, busca el placer, con cuyos frutos variados y dulces se deleita, y huye del dolor, cuya aspereza de duras sensaciones daña a los seres vivos y tiende a conducirlos hacia la muerte que deshace al ser animado. Así pues, si la virtud aleja al hombre de esos bienes que son apetecidos por naturaleza y le obliga a soportar los males que por naturaleza son rechazables, hay que concluir que la virtud es un mal y enemiga de la naturaleza y que hay que considerar necio al que la busca, ya que se está haciendo daño a sí mismo, al huir de los bienes presentes y buscar al mismo tiempo los males sin esperanza de conseguir un fruto mayor. Y es que, si nos está permitido disfrutar de los agradables placeres, ¿no daremos la sensación de que estamos locos si preferimos vivir en la humildad, en la necesidad, en el desprecio y en la ignominia, o si preferimos ni siquiera vivir, sino ser atormentados por el dolor y morir, suponiendo que de estos males no conseguimos nada con lo que pueda compensarse la pérdida del placer? Pero si la virtud no es un mal y actúa con honestidad —despreciando los placeres rastreros y bajos— y con fortaleza —despreciando el dolor y la muerte para conservar su función—, hay que concluir que seguirá un bien mayor que aquellos que la virtud desprecia. Ahora bien, una vez llegada la muerte, ¿qué otro bien mayor que la eternidad podemos esperar?

Pasemos ahora repaso, una por una, a aquellas cosas que se oponen a la virtud, para deducir también de ellas la inmortalidad del alma.

Más argumentos en favor de la eternidad del alma

Los vicios son todos perecederos, ya que duran instantes concretos. El ímpetu de la ira se apacigua tras alcanzar la venganza, el placer corporal supone el fin del deseo camal, la saciedad de aquello que se busca o la aparición de otros sentimientos terminan con el deseo de posesión, la ambición acaba cuando ha conseguido los honores que apetecía; de la misma forma, los demás vicios no pueden durar ni permanecer, sino que terminan con la consecución del fruto que buscan. Se acaban, pues, y vuelven de nuevo. La virtud, sin embargo, es constante sin ninguna interrupción y no se puede alejar de aquel que la ha conseguido ya una vez, ya que, si tiene un intervalo, si podemos carecer de ella en algún momento, acto seguido volverán los vicios que se enfrentan constantemente a la virtud. No la hemos conseguido, pues, si en algún momento nos abandona y se retira; pero, cuando ha conseguido una situación estable, aparece necesariamente en todos los actos, y no puede rechazar y poner firmemente en fuga a los vicios si no protege con guardia constante el corazón en el que se asienta. Pues bien, la propia continuidad de la virtud está indicando que el alma humana, si alcanza la virtud, es permanente, ya que la virtud es perpetua y sólo el alma humana consigue la virtud; y puesto que los vicios son contrarios a la virtud, toda su esencia ha de ser diferente y contraria: si los vicios consisten en la conmoción y perturbación del alma, la virtud por contra consiste en la dulzura y tranquilidad del alma; si los vicios son perecederos y breves, la virtud es perpetua, constante, y siempre igual; si los frutos de los vicios, es decir, los placeres, son, de la misma forma que ella, breves y perecederos, el fruto y el premio de la virtud es eterno; si los beneficios de los vicios están en esta vida, los de la virtud están en la futura. Así, sucede que en esta vida no hay ningún premio para la virtud, ya que en ella la virtud sigue siendo todavía ella misma; efectivamente, de la misma forma que, cuando los vicios se convierten en acto, siguen el placer y el premio a los mismos, así también a la virtud, cuando termina, le sigue el premio; ahora bien, la virtud siempre acaba con la muerte, ya que precisamente en la aceptación de la muerte está su función suprema; consiguientemente, el premio de la virtud viene después de la muerte.

Finalmente, Cicerón, en las *Tusculanas*, se dio cuenta, aunque con ciertas dudas, de que el sumo bien del hombre no puede llegar sino tras la muerte: «Con ánimo confiado», dice, «si así lo permiten las circunstancias, hay que marchar hacia la muerte, en la cual sabemos que existe ya el sumo bien, ya

ningún mal»[36]. La muerte, pues, no acaba con el hombre, sino que le introduce en el premio de la virtud. Y quien se haya manchado con vicios y crímenes, como dice el mismo Cicerón[37], y haya sido esclavo del placer, será condenado pagando castigo eterno, al que las Sagradas Escrituras llaman segunda muerte: esta segunda muerte es eterna y está llena de durísimos tormentos. Y es que, de la misma forma que el hombre tiene dos vidas, una del alma y otra del cuerpo, así también tiene dos muertes, una que pertenece al cuerpo —muerte que tenemos que sufrir por naturaleza todos— y otra que pertenece al alma, que se consigue con el crimen y se evita con la virtud. Y, de la misma forma que esta vida es perecedera y tiene límites fijos, puesto que es del cuerpo, así su muerte es también momentánea y tiene un límite fijo, ya que atañe al cuerpo.

Nuevos argumentos en favor de lo mismo

Cumplido, pues, el momento que Dios ha fijado para la muerte, acaba la propia muerte. Y, como a la vida perecedera sigue una muerte perecedera, lo que sigue es el resurgir de las almas para la vida eterna, porque la muerte perecedera ya tuvo fin. Y a su vez, de la misma forma que la vida del alma es eterna, en la cual goza de los frutos divinos e inenarrables de su inmortalidad, así su muerte es también necesariamente eterna, en la que pagará por sus pecados penas eternas e infinitos tormentos. La situación, pues, se mueve entre estos dos condicionantes: los que en esta vida corporal y terrena han sido felices, serán eternamente desgraciados, porque ya disfrutaron de los bienes que prefirieron; y esto sucede a los que adoran a los dioses y desprecian a Dios; los que, en pos de la justicia en esta vida, han sido desgraciados, despreciados, pobres y vejados frecuentemente con persecuciones e injurias a causa de la propia justicia —y éste es el único camino para llegar a la virtud—, serán eternamente felices, gozando incluso de bienes, puesto que ya soportaron los males; y esto sucede a los que, despreciando a los dioses terrestres y los bienes perecederos, siguen la celestial religión de Dios, cuyos bienes, de la misma forma que el que los concede, son eternos.

¿Y no indican las propias obras del cuerpo y del alma que el alma no es mortal? Efectivamente, el cuerpo, puesto que él mismo es frágil y mortal, hace obras, cualesquiera que ellas sean, que son igualmente perecederas; Tulio dice, en efecto, que «no hay nada fabricado por manos humanas que no termine en algún momento en la muerte, ya por desprecio a los hombres, ya por la propia vejez, consumidora de todo»[38]. Las obras del alma, sin embargo, vemos que son eternas; efectivamente, quienes, despreciando los bienes presentes dejaron

para el recuerdo el testimonio de su talento y de sus grandes acciones, consiguieron totalmente la fama indeleble de su inteligencia y su virtud. Así pues, si las obras del cuerpo son mortales, porque el cuerpo es mortal, se sigue que el alma es inmortal, porque sabemos que sus obras son inmortales.

De igual forma, los deseos del cuerpo y del alma declaran que el primero es mortal y la segunda eterna. Efectivamente, el cuerpo sólo desea lo perecedero, es decir, el alimento, la bebida, el vestido, el descanso y el placer —aunque estas mismas cosas no las puede desear ni conseguir sin la participación y ayuda del alma—; el alma, sin embargo, desea por sí sola muchas cosas que no están en función del cuerpo, ni para disfrute del mismo, y que no son pasajeras, sino eternas, como la fama, producto de la virtud, y el recuerdo del propio nombre. Y es que el alma, en contra incluso del cuerpo, busca el culto divino que se mueve en medio de la abstinencia de deseos y pasiones, del aguante del dolor y del desprecio a la muerte. De ahí que haya que creer que el alma no muere, sino que se separa del cuerpo, ya que el cuerpo sin el alma nada puede, pero el alma sin el cuerpo puede hacer muchas y grandes cosas.

Y ¿qué decir del hecho de que lo que es visible a los ojos y tangible por las manos no puede ser eterno, puesto que puede sufrir violencia externa, mientras que lo que no es tangible ni visible, sino que sólo se manifiesta en su eficacia, en sus propiedades y en sus efectos, es eterno, puesto que no le afecta ninguna fuerza externa? Así pues, si el cuerpo es mortal, porque es visible y tangible, el alma es inmortal, porque no puede ser tocada ni vista.

Refutación de los argumentos de los epicúreos, que defienden la mortalidad del alma

Rechacemos ahora los argumentos de aquellos que dijeron lo contrario, argumentos que expuso Lucrecio en su libro tercero: «Dado que el alma nace con el cuerpo, morirá necesariamente con el cuerpo»[39]. Pero no son iguales las propiedades de uno y otra: el cuerpo, en efecto, es sólido y perceptible con los ojos y las manos, mientras que el alma es tenue y escapa a la vista y al tacto. El cuerpo está hecho de tierra y es compacto, mientras que el alma no tiene nada de material ni de peso terreno, como dice Platón [40]. Y es que no podría tener tan gran viveza, tan gran energía y tan gran agilidad, si no tuviera origen en el cielo. Así pues, el cuerpo, puesto que está hecho de material pesado y corruptible, y es tangible y visible, se corrompe, muere y no puede evitar la violencia externa, ya que es visible y tangible, mientras que el alma, que evita en su ligereza todo tacto, no puede ser disuelta por ningún golpe. En consecuencia, aunque nacen niños unidos y

asociados entre sí y uno de ellos —el que está formado de material terrenal— es algo así como el recipiente del otro —del que ha salido de la ligereza celestial—, cuando alguna fuerza los separa, separación que llamamos muerte, cada uno vuelve a su ser: el que era de la tierra, se disuelve en la tierra, y el que procede del espíritu celestial, permanece y vive siempre, puesto que el espíritu divino es eterno. Incluso el propio Lucrecio, olvidándose de lo que había dicho antes y del dogma que había defendido, introduce después estos versos: «Lo que antes era de la tierra, vuelve después a la tierra; pero lo que ha salido de las regiones etéreas, es recibido de nuevo en los luminosos templos del cielo»[41]. No debía decir estas cosas quien antes había dicho que las almas mueren con los cuerpos: pero fue vencido por la evidencia de la verdad y la verdadera doctrina penetró en él sin que se diera cuenta. Además, eso mismo que resumió —que el alma se desintegra, es decir, que muere juntamente con el cuerpo, porque ambos nacen juntos— es falso y puede convertirse en un argumento en contra; efectivamente, el cuerpo no muere al mismo tiempo, sino que, cuando el alma se separa, permanece intacto muchos días y con frecuencia, embalsamado, dura mucho tiempo. Si, de la misma forma que nacen al mismo tiempo, murieran al mismo tiempo, el alma no se retiraría ni abandonaría el cuerpo de repente, sino que en el mismo instante desaparecerían los dos, y el que es cuerpo mientras permanece todavía en él el espíritu vital, se desintegraría y moriría en el momento mismo en que le abandona el alma; y a su vez, el alma, una vez disuelto el cuerpo, se desparramaría como el líquido desparramado tras romperse el vaso. Pues bien, si el cuerpo, que es de tierra y es frágil, no se diluye y pudre en la tierra, su origen, inmediatamente después de la separación del alma, hay que concluir que el alma, que no es frágil, permanece para siempre, puesto que su origen es eterno.

Dice Lucrecio: «Puesto que la inteligencia crece en los niños, es rigurosa en los jóvenes y se debilita en los ancianos, está claro que es mortal»[42]. En primer lugar, el alma no es lo mismo que la inteligencia: una cosa es el espíritu vital y otra el pensamiento; efectivamente, mientras dormimos, duerme el pensamiento, pero no el alma; en los locos se ha perdido la mente, pero permanece el alma, y, por ello, son llamados «dementes», y no «exánimes»[43]. La mente, pues, es decir, la inteligencia, aumenta o disminuye con la edad; el alma permanece siempre en el mismo estado y, desde el momento en que recibe el primer hálito, se mantiene igual hasta el último, hasta que, salida de la cárcel del cuerpo, vuela de nuevo a su morada. Por otro lado, el alma, aunque ha sido

inspirada por Dios, sin embargo, al estar encerrada en la tenebrosa cárcel de la carne terrenal, no tiene la ciencia que es propia de Dios. Lo oye, pues, y lo aprende todo y, aprendiendo y oyendo, adquiere la sabiduría; y la vejez no aminora la sabiduría, sino que la aumenta, con tal de que la edad juvenil haya transcurrido en la virtud; y si la avanzada vejez debilita los miembros, no es defecto del alma el hecho de que la vista venga a menos, o de que la lengua se vuelva torpe y el oído sordo, sino del cuerpo. Pero «la memoria disminuye»[44]. ¿Qué tiene ello de extraño, si la mente decae y olvida el pasado con la ruina de su habitáculo que se desmorona, y si es cierto que no se convertirá en divina más que cuando escape de la cárcel en la que está encerrada?

Lucrecio dice: «Está sometida al dolor y al llanto y enloquece con la ebriedad y consiguientemente está claro que es frágil y mortal»[45]. Por ello precisamente son necesarias la virtud y la sabiduría, para que la tristeza, que nos llega cuando sufrimos y vemos cosas indignas, sea rechazada con fortaleza, y para que el deseo, no sólo el de la bebida, sino también el de las demás cosas, sea superado con la abstinencia. Y es que (el alma), si no es virtuosa, si está debilitada por la entrega a los placeres, se someterá a la muerte, puesto que la virtud, según hemos mostrado, es la generadora de inmortalidad, mientras que el placer lo es de la muerte. Y la muerte, como ya dije, no supone la total desaparición y destrucción, sino que es continuada por eternos tormentos. El alma, efectivamente, no puede morir totalmente, puesto que tiene su origen en el espíritu de Dios, que es eterno.

Dice Lucrecio: «El alma participa de las enfermedades del cuerpo, sufre el olvido de sí misma y, de la misma forma que enferma, así también sana con frecuencia»[46]. Por ello, pues, se debe llegar al más alto grado de virtud, para que el alma no sea afectada por dolor alguno del cuerpo y para que sea la mente, y no el alma, la que sufra el olvido de sí misma —la mente, puesto que se asienta en un lugar concreto del cuerpo, cuando alguna enfermedad estropea esa parte, es expulsada y, como sacudida, se aleja de su lugar para volver después, cuando la curación y la salud restauren su morada—; y es que, como el alma está unida al cuerpo, si no tiene virtud, enferma con el contacto del mismo, y la debilidad, producto del contagio, pasa a la mente; pero, cuando se aparta del cuerpo, tendrá fuerza por sí misma y no se verá afectada por ningún tipo de debilidad, porque ya rechazó su frágil indumentaria.

Dice Lucrecio: «De la misma forma que el ojo, arrancado y separado del cuerpo, no puede ver, así también el alma, una vez separada, no puede sentir

nada, porque ella misma es parte del cuerpo»[47]. Esto es falso y no se puede comparar una cosa con otra: el alma no es parte del cuerpo, sino que está en el cuerpo. De la misma forma que lo que hay en un vaso no es parte del vaso, ni de lo que hay en una casa se dice que es parte de la casa, así tampoco el alma es parte del cuerpo, porque el cuerpo es el vaso o receptáculo del alma.

Mucho más inconsistente es este otro argumento: «Que el alma, puesto que no sale en un instante del cuerpo, sino que se retira poco a poco de los miembros empezando por los pies, parece mortal»[48]. Como si fuese eterna por salir en un instante, cosa que sucede en los que mueren por herida de arma. Los que mueren de enfermedad tardan largo rato en morir, hasta que, enfriados poco a poco los miembros, desaparece totalmente el espíritu vital. Al estar este espíritu encerrado en la materia de la sangre, como la luz en el aceite, y al consumirse esa materia con el calor febril, los miembros extremos empezarán necesariamente a enfriarse, ya que a los extremos del cuerpo llegan las venas más delgadas y, al faltar la aportación de sangre en la vena, se secan los conductos más extremos y delgados. Sin embargo, no hay que pensar que se extingue y muere la sensibilidad del alma porque falte la sensibilidad del cuerpo, ya que no es el alma la que pierde sensibilidad al faltar el cuerpo, sino el cuerpo al faltar el alma, que es la generadora de toda sensibilidad. Y, si es la presencia del alma la que da sensibilidad al cuerpo y la que hace que éste viva, es imposible que ella, que es por sí misma la sensibilidad y la vida, no pueda vivir y sentir por sí misma.

En cuanto a lo que dice de que «si nuestra mente fuera inmortal, no se quejaría al desaparecer con la muerte, sino que, como las culebras, se saldría de esa morada y abandonaría su camisa»[49], yo nunca he visto que se queje al desaparecer con la muerte. Él quizás vio a algún epicúreo filosofando incluso en el momento de la muerte y dando lecciones sobre la desintegración de sí mismo en el último momento de su vida. ¿Cómo puede saberse si uno se da cuenta de que se está desintegrando o se está liberando del cuerpo, cuando en la muerte la lengua enmudece? Efectivamente, mientras tiene sensibilidad y puede hablar, todavía no se ha desintegrado, y, cuando se ha desintegrado, ya no puede tener sensibilidad ni hablar; así pues, o bien no puede todavía quejarse de haber muerto, o bien ya no puede. Pero «antes de desintegrarse, puede darse cuenta de que se va a desintegrar». ¿Qué decir del hecho de que vemos con frecuencia a moribundos que no se quejan porque sean desintegrados, como él dice, sino que anuncian que se van, que se marchan, que salen de viaje, y esto lo manifiestan

con el gesto o, si pueden, lo dicen con palabras? De ahí está claro que lo que sucede no es una desintegración, sino una separación: ello es una prueba de que el alma permanece.

Los demás argumentos de la doctrina epicúrea repugnan a Pitágoras, quien dice que las almas emigran de los cuerpos deshechos por la vejez y la muerte, que se introducen en cuerpos nuevos y neonatos, y que están renaciendo constantemente, unas veces en un hombre, otras en un animal, otras en una bestia, otras en un ave; y que, por ello, son inmortales, ya que están cambiando constantemente el receptáculo de los más variados y diferentes cuerpos. Esta opinión es propia de un loco, ya que es ridícula y más digna de un mimo que de la escuela; ni siquiera es digna de ser refutada con argumentos serios: quien intente refutarla, dará la impresión de que teme que alguien crea eso. Debemos, pues, pasar por alto las falsedades que se aducen para refutar otra falsedad; ya es suficiente refutar lo que se ha dicho contra la verdad.

Testimonios de los libros herméticos y sibilinos en favor de la eternidad del alma

He demostrado, pienso, que el alma no puede ser destruida. Me queda por citar testimonios cuya autoridad consolide mis argumentos. No incluyo ahora como testigos a los profetas, cuyos argumentos y profecías tienden sólo a enseñar que el hombre ha sido creado para adorar a Dios y recibir de él la inmortalidad; incluyo más bien a aquellos en quienes tendrán que creer quienes desprecien la verdad.

Hermes, al describir la naturaleza del hombre, para mostrar cómo hizo Dios al hombre, dice esto: «Y así hizo de ambas naturalezas, la inmortal y la mortal, una sola naturaleza humana, haciéndola por una parte inmortal y por otra mortal, y lo hizo poniéndola a medio camino entre la divinidad, la naturaleza inmortal, y la mortal y cambiante, para que al verlo todo admirara todo»[50]. Pero quizás alguien considere a Hermes como filósofo —aunque, divinizado, es adorado por los egipcios bajo el nombre de Mercurio—, y no le dé más autoridad de la que se da a Platón y Pitágoras.

Busquemos, pues, un testimonio más importante. Un tal Polites consultó a Apolo Milesio si el alma seguía viviendo tras la muerte o se deshacía; y Apolo respondió con estas palabras: «El alma, mientras esté forzada en su cárcel mortal, al temer los sufrimientos que pueden destruirla, cede ante dolores mortales; pero cuando tras la corrupción del cuerpo encuentra la rápida liberación del hombre, marcha toda ella hacia el éter, conservando eternamente la juventud, y permanece para siempre indestructible: así lo dispuso la

originaria providencia divina»[51]. ¿Qué dicen a esto? ¿Acaso los versos sibilinos no declaran que esto será así, cuando dicen que llegará un momento en que Dios juzgue a vivos y muertos? Aduciré ejemplos de estas manifestaciones más adelante. Es, pues, falsa la opinión de Demócrito, Epicuro y Dicearco sobre la destrucción del alma. Éstos, sin duda, no se habrían atrevido a hablar de la muerte del alma en presencia de un mago que supiera que, con determinados sortilegios, las almas salen de los infiernos, se presentan, demuestran que pueden ser vistas por los ojos humanos, hablan y predicen el futuro; y si se atrevieran, serían derrotados por los propios hechos y por los testimonios puntuales. Pero, como 8 no veían la esencia del alma, la cual es tan sutil que no puede ser vista con los ojos de la mente humana, dijeron que moría. Y ¿qué decir de Aristóxeno, que dice que no existe ningún alma, ni siquiera mientras habita en el cuerpo? Dijo que, de la misma forma que las liras producen con la tensión de sus cuerdas un sonido y una música acorde, que los músicos llaman armonía, así también los cuerpos tienen sensibilidad gracias a la perfecta unión de sus órganos internos y al rigor de sus miembros: locura más grande no se puede decir. Sin duda, que él tenía los ojos sanos, pero el corazón ciego, ya que éste no le sirvió para ver que vivía y que tenía inteligencia, con la cual ideó este pensamiento. Pero esto les sucedió a muchos filósofos: que pensaron que no existía lo que no se ve con los ojos, cuando los ojos de la mente deben ser más lúcidos que los del cuerpo para ver aquellas cosas cuya fuerza y naturaleza, más que verse, se sienten.

Fecha del final del mundo

Puesto que ya hemos hablado de la inmortalidad del *alma*, sigue ahora mostrar hasta qué punto y cuándo se le concede al hombre esa inmortalidad, para que también en esto vean los errores de su maldad y estolidez quienes piensan que los dioses no son sino hombres convertidos en dioses por decisión y consentimiento de los hombres, ya porque descubrieron las artes, ya porque enseñaron el cultivo de algunos frutos, ya porque entregaron al hombre utensilios vitales, ya porque mataron enormes bestias. Sobre lo alejados que están estos méritos de la inmortalidad, ya hablamos en los primeros libros y hablaremos ahora para que quede claro que es sólo la justicia la que da al hombre la vida eterna y que sólo es Dios quien concede el premio de la vida eterna. Efectivamente, aquellos que, según dicen, se convirtieron en inmortales gracias a sus méritos, dado que en ellos no hubo ni justicia ni ninguna virtud auténtica, consiguieron con sus pecados y placeres, no la inmortalidad, sino la muerte, y no merecieron el premio del

cielo, sino los suplicios del infierno, suplicios que soportarán juntamente con todos sus fieles. Demostraré que se acerca ya el día de ese juicio, en el que a los justos se les concederá el premio digno y a los impíos se les condenará al castigo merecido. Platón y otros muchos filósofos, al ignorar el origen de las cosas y el momento supremo en que el mundo fue hecho, dijeron que habían pasado muchos miles de siglos desde el origen del bellísimo adornamiento del mundo; tal es probablemente el caso de los caldeos, que, según transmite Cicerón en el libro primero de *Sobre la adivinación*[52], dicen delirando que ellos tienen recogidos en sus historias cuatrocientos setenta mil años: como pensaban que nadie podía refutarles en este tema, se creyeron que podían mentir libremente. Nosotros, sin embargo, que hemos sido instruidos en la ciencia de la verdad por las letras divinas, conocemos el comienzo del mundo y su final: de esto hablaremos ahora al final de la obra, puesto que de su comienzo disertamos en el libro segundo. Que sepan, pues, los filósofos que dicen que han pasado mil siglos desde el comienzo del mundo que todavía no se ha cumplido el año seis mil; una vez que se cumpla este número, vendrá necesariamente el final, y la situación humana cambiará a mejor. Lo primero que hay que exponer son las razones de esta afirmación, para que resplandezca la verdad.

Dios acabó el mundo y esta admirable obra de la naturaleza en seis días, según se dice en los antiguos testimonios de las Sagradas Escrituras, y santificó el séptimo día, en el que descansó de sus trabajos. Este día es el sábado, término que en lengua hebrea deriva del número siete; de ahí que el número siete sea perfecto y completo[53]. Efectivamente, siete son los días que, tras repetirse sucesivamente, completan el curso de los años; siete las estrellas que no desaparecen, siete los astros llamados errantes, cuyas dispares carreras y desiguales movimientos determinan, según la creencia popular, los cambios en las cosas y en el tiempo. Así pues, dado que Dios hizo su obra en seis días, el mundo permanecerá necesariamente en este estado seis siglos, es decir, seis mil años[54], ya que el gran día de Dios acaba en un ciclo de mil años, como dice el profeta con estas palabras: «Señor, mil años ante tus ojos, como un día»[55]. Y de la misma forma que Dios trabajó durante aquellos seis días en la creación de tan grandes cosas, su religión y su verdad así también tendrá que trabajar en medio de ellas durante seis mil años, durante los cuales prevalece y domina la maldad. Y, de la misma forma, puesto que él, tras la realización de sus obras, descansó y bendijo al séptimo día, necesariamente sucederá que tras el sexto

milenio será abolida de la tierra toda maldad, reinará durante mil años la justicia y cesarán y desaparecerán los esfuerzos que el mundo Soporta desde hace ya mucho tiempo.

Pero explicaré por su orden cómo sucederá esto. Muchas veces hemos dicho que las cosas pequeñas e insignificantes son símbolos y premoniciones de cosas grandes; así este día nuestro, que tiene sus límites en la salida y en la puesta del sol, es el símbolo del gran día que dura mil años. De igual forma, el símbolo del hombre terrenal anunciaba para la posteridad la llegada del pueblo celestial. Efectivamente, de la misma forma que Dios, una vez creadas las cosas útiles para el hombre, creó por último en el sexto día al propio hombre y le colocó en este mundo como en una casa extraordinariamente adornada, así ahora, en el sexto gran día será creado el hombre verdadero por la palabra de Dios, es decir, el pueblo santo será convertido hacia la justicia por la doctrina y los preceptos de Dios. Y de la misma forma que entonces el hombre fue creado mortal e imperfecto en la tierra, para que viviera mil años en este mundo, así ahora desde este mundo terrenal es creado el hombre perfecto, para que vivificado por Dios domine en este mismo mundo durante mil años. En cuanto a la forma en que ha de suceder la consumación y la clase de fin que espera a la situación humana actual, lo sabrá quien haya recorrido las Sagradas Escrituras. De todas formas, las voces de los profetas de este mundo, concordes con las palabras del cielo, anuncian el final y el ocaso de esta situación en breve tiempo, al describir la extrema vejez de un mundo que ya está casi fatigado y en ruinas. Añadiré ahora, recopilándolo y reuniéndolo de todos los profetas y vates paganos, lo que va a suceder antes de que llegue ese último final.

Desastres que ocurrirán antes del fin del mundo: la desaparición del Imperio Romano

Se dice en los libros antiguos de las Sagradas Escrituras que el príncipe de los hebreos pasó a Egipto con toda su casa y familia, presionado por la escasez de alimentos. Sus descendientes, permanacieron largo tiempo en Egipto, se convirtieron en un gran pueblo y fueron sometidos al pesado e inaguantable yugo de la esclavitud; por ello, Dios azotó a Egipto con incurables plagas y liberó a su pueblo llevándolo por medio del mar: efectivamente, el pueblo pasó a pie enjuto tras haber sido separadas las olas y apartadas a uno y otro lado. Y el rey de los egipcios, al intentar perseguir a los que huían, fue aniquilado juntamente con todo su ejército al volver las aguas a su estado. Este hecho tan extraordinario y admirable, si bien en aquel momento demostró a los hombres el poder de Dios, fue también el anuncio y el símbolo

de un hecho mayor, que el propio Dios va a protagonizar al final de los tiempos: liberará, en efecto, a su pueblo de la pesada esclavitud del mundo. Pero entonces, como era uno solo el pueblo de Dios y sus relaciones eran también con un solo pueblo, sólo Egipto fue golpeado; ahora, sin embargo, puesto que el pueblo de Dios está formado por gentes de todas las lenguas, mora entre todos los pueblos y está sometido al dominio de éstos, necesariamente serán azotados por las plagas celestiales todos los pueblos, es decir, todo el mundo, para que el pueblo justo y fiel a Dios sea liberado. Y de la misma forma que entonces hubo señales que anunciaron a los egipcios los futuros desastres, así ahora, al final, sucederán admirables prodigios en todos los fenómenos del mundo, prodigios que darán a entender a todos los pueblos el inminente final.

Al acercarse, pues, el final de este mundo cambiará necesariamente la situación de la humanidad, y la maldad, envalentonada, irá a peor, de forma que esta época nuestra, en la que la iniquidad y la maldad han crecido hasta un grado sumo, podrá ser considerada como feliz y casi dorada en comparación con aquel irreparable desastre. Efectivamente, hasta tal punto escaseará la justicia y hasta tal punto aumentarán la impiedad, la avaricia, la ambición y el deseo carnal, que si por casualidad existen entonces hombres buenos, serán presa de los criminales y serán maltratados por todas partes por los malvados, mientras que sólo los malos serán ricos y los buenos caerán en todo tipo de ataques y necesidades. Será destruido todo derecho y desaparecerán las leyes. Nadie tendrá entonces nada más que lo que consiga y proteja con sus manos; los osados y los violentos lo poseerán todo. En los hombres no habrá fidelidad, ni paz, ni sentimiento humanitario, ni pudor, ni verdad, y así, no habrá seguridad, ni protección, ni descanso frente a los malos. Habrá tumultos por toda la tierra, bramarán guerras por todas partes, se pondrán en armas todos los pueblos y se enfrentarán entre sí; guerrearán entre sí las ciudades vecinas y Egipto será la primera nación que pague las culpas por sus necias supersticiones y que sea anegada en sangre como por un río. La espada recorrerá la tierra arrasándolo todo y asolándolo todo, como si de mies se tratara. El motivo de esta devastación y destrucción será éste: el nombre de Roma, que ahora domina sobre el mundo —horroriza decirlo, pero lo diré, porque así va a suceder—, será arrancado de la tierra, el imperio volverá a Asia[56], y de nuevo el oriente dominará y el occidente será esclavo. Y a nadie debe extrañar que un imperio que tiene tan sólidos cimientos, que ha crecido durante tanto tiempo gracias a tantos y tan extraordinarios hombres y que finalmente se ha consolidado con

tantos recursos, termine algún día en la ruina. Y es que no hay nada hecho por fuerzas humanas que no pueda ser destruido igualmente por fuerzas humanas, ya que las obras de los mortales son mortales. Así sucedió que otros imperios, a pesar de haber florecido largo tiempo, desaparecieron. Efectivamente, se nos ha transmitido que los egipcios, los persas, los griegos y los asirios gobernaron sobre la tierra: tras la destrucción de todos ellos, el imperio llegó a los romanos; y éstos, en la misma medida en que superan a todos los demás reinos en magnitud, en esa misma medida será mucho mayor su caída, ya que lo que está más alto que lo demás cae con más peso. No sin razón distribuyó Séneca los tiempos de la historia romana en edades con estas palabras: «La primera infancia tuvo lugar bajo el reinado de Rómulo, por el cual fue engendrada y casi criada Roma; la niñez tuvo lugar bajo los otros reyes, con los cuales creció y se formó en múltiples disciplinas y principios; sin embargo, bajo el reinado de Tarquinio, cuando empezó ya casi a ser adulta, no soportó la esclavitud y, rechazando el yugo del tiránico régimen monárquico, prefirió obedecer a leyes antes que a reyes; y una vez que terminó su adolescencia a finales de la guerra púnica empezó al fin la juventud consolidando sus fuerzas»[57]. Destruida, pues, Cartago, que durante tan largo tiempo había sido la rival del imperio, éste extendió sus tentáculos a todo el orbe por tierra y mar, hasta que, una vez sometidos a su imperio todos los reyes y naciones, al faltarle materia de guerra, hizo un mal uso de sus propias fuerzas, con las cuales se consumió a sí misma. Ésta fue la primera vejez; después, tras haber sido lacerada por guerras civiles y oprimida por males internos, volvió de nuevo al régimen monárquico[58], volviendo, por así decir, a una segunda infancia. Y es que, perdida la libertad que había defendido bajo el liderazgo y patrocinio de Bruto, envejeció de tal forma que daba la impresión de que no podía sustentarse por sí misma si no se apoyaba en el bastón de sus gobernantes. Y si todo esto es así, ¿qué queda sino que a la vejez siga la muerte? Que esto va a suceder pronto lo anuncian las palabras de los profetas mediante rodeos perifrásticos, para que nadie pueda entenderlo fácilmente. Las Sibilas, sin embargo, dicen claramente que «Roma va a perecer y que lo hará por juicio de Dios, porque ella odiará el nombre de Dios y, convirtiéndose en enemigo de la justicia, atormentará al pueblo alimentado en la verdad»[59]. También Histaspes, que fue un antiquísimo rey de los medos, transmitió a la posteridad un extraño sueño interpretado por un niño: «Que será arrancado del mundo el imperio y el nombre de Roma»; y esto lo profetizó mucho antes de que fuera fundada la famosa Troya.

Otros desastres que ocurrirán al llegar el fin del mundo

Mostraré cómo sucederá esto, para que nadie piense que ello es increíble. En primer lugar, serán muchos los que ostenten el poder; y el poder sumo, al disiparse y caer en manos de muchos, disminuirá. Entonces aparecerán para siempre discordias civiles y no habrá descanso en las mortíferas guerras, hasta que aparezcan diez reyes con idéntico poder, los cuales se repartirán el orbe de las tierras, no para gobernarlo, sino para aniquilarlo. Éstos, engrosando mucho sus ejércitos y olvidando el cultivo de los campos —lo cual supone el primer paso de la destrucción y del desastre—, lo arruinarán, lo aniquilarán y lo devorarán todo. Entonces se levantará de pronto contra ellos, desde los límites extremos del septentrión, un enemigo poderosísimo, el cual, tras destruir a tres de aquellos reyes —los cuales habrán obtenido Asia—, se asociará a los otros, convirtiéndose en el primero de todos. Éste arrasará el orbe con tiranía irrechazable, mezclará lo divino y lo humano, tramará acciones execrables e inenarrables, revolverá en su pecho nuevos planes para convertir el Imperio en propiedad exclusiva suya, cambiar las leyes de los otros y ratificar las suyas, contaminará, robará, despojará, matará; finalmente, cambiando el nombre y la sede del imperio, seguirá la confusión y turbación del género humano. Entonces llegará una época detestable y abominable, en la que ningún hombre será feliz. Serán destruidas las ciudades desde sus cimientos y caerán, no sólo por asaltos e incendios, sino también por terremotos constantes, inundaciones, pestes frecuentes y hambre perpetua. Y es que también el aire se viciará y se hará corrupto y pestilente, ya por inoportunas lluvias, ya por estériles sequías, ya por fríos o calores excesivos; y la tierra no dará frutos al hombre. Ni la espiga, ni los árboles, ni las vides darán frutos, sino que proporcionarán grandes esperanzas en época de floración, pero decepcionarán en la cosecha. También las fuentes y los ríos se secarán, para que no haya ni siquiera bebida; y las aguas se convertirán en sangre y en amargo líquido. Por otro lado, faltarán en la tierra los animales, en el aire las aves y en el mar los peces. Extraños fenómenos celestes aterrorizarán mucho las mentes de los hombres: cabelleras en los cometas, tinieblas en el sol, el color de la luna, y caída de estrellas. Y estos fenómenos no ocurrirán de la forma que han ocurrido otras veces, sino que aparecerán de pronto ante nuestros ojos astros desconocidos y no vistos antes. El sol oscurecerá para siempre, de forma que apenas habrá diferencia entre el día y la noche; la luna ya no se pondrá durante tres horas, sino que, manchada constantemente de sangre, hará recorridos extraños, para que el hombre no

pueda conocer ni el curso de las estrellas ni el significado de los tiempos: vendrá, en efecto, el verano en invierno, o el invierno en verano. Entonces los años se acortarán, los meses serán más breves y los días más cortos; y las estrellas caerán en gran abundancia, de forma que el cielo quedará totalmente ciego al no haber en él ninguna luz. Caerán también los montes más altos y serán igualados con las llanuras; el mar será no navegable. Y para que no les falte nada a los malvados y a la tierra, se oirá desde el cielo una trompeta; esto lo anuncia la Sibila con estas palabras: «Una trompeta lanzará un sonido lamentable desde el cielo»[60]. Así pues, todos trepidarán y temblarán ante ese lamentable sonido. Entonces, la ira de Dios se desatará contra aquellos que no han conocido la justicia; el hierro, el fuego, el hambre y la enfermedad se ensañarán; y sobre todas las cosas amenazará constantemente el miedo. Rogarán entonces a Dios y éste no les oirá; se deseará que llegue la muerte y ésta no vendrá; ni siquiera la noche dará tregua al miedo, ni el sueño cerrará los ojos, sino que la preocupación y el insomnio azotarán las almas de los hombres; llorarán, gemirán, rechinarán los dientes, se alegrarán por los muertos y llorarán a los vivos. Con estas y otras muchas desgracias la tierra quedará sola y el mundo quedará arrasado y desierto: esto es anunciado en los poemas de la Sibila con estas palabras: «El cosmos quedará desordenado con el desastre humano»[61]. Efectivamente, el género humano se agotará hasta tal punto que sólo quede una décima parte de seres humanos, y que, de donde salían mil, apenas salgan cien. Incluso de entre los fieles de Dios morirán dos partes, quedando una tercera, que habrá sido la aceptada.

Más detalles sobre el final del mundo

Pero expondré con más detalle cómo sucederá esto. Cuando se acerque ya el final de los tiempos, Dios enviará un gran profeta que convertirá a los hombres hacia el conocimiento de Dios y recibirá la facultad de hacer milagros. Allí donde los hombres no le escuchen, él tapará el cielo y no dejará caer las lluvias, convertirá el agua en sangre y los atormentará con sed y hambre, y, si alguien intenta hacerle daño, lanzará fuego por su boca y le quemará. Con estos prodigios y milagros convertirá a muchos al culto de Dios. Terminadas sus obras, surgirá otro rey de Siria, engendrado por el espíritu malo, destructor y corruptor del género humano, el cual aniquilará al anterior rey malvado[62] juntamente con lo que éste ha dejado. Luchará contra el profeta de Dios, le vencerá, le matará y consentirá que permanezca sin sepultura; pero este profeta resucitará al tercer día y, ante la mirada y admiración de todos, será arrebatado

hacia el cielo. Aquel rey horrible permanecerá, sin embargo, aunque, como profeta de embustes, se constituirá y se llamará a sí mismo Dios, y ordenará que se le adore como hijo de Dios. Y se le dará la facultad de hacer milagros y prodigios con cuya contemplación los hombres serán engañosamente inducidos a adorarle. Ordenará que baje fuego del cielo, que el sol se pare en su carrera, y que las estatuas hablen; y esto sucederá por su palabra: con estos milagros serán engañados por él incluso muchos sabios. Entonces intentará destruir el templo de Dios, perseguirá al pueblo justo y tendrá lugar una presión y postración como no ha habido desde el comienzo del mundo. Quienes crean y se acerquen a él, serán marcados como corderos; pero quienes rechacen su señal, o bien tendrán que huir a los montes, o bien, tras ser prendidos, morirán en medio de crueles tormentos. Él mismo tapará a los justos con los libros de los profetas y, así tapados, los quemará. Y se le permitirá asolar el orbe de la tierra en cuarenta y dos meses. Éste será el tiempo que tarde en ser expulsada la justicia y en convertirse en odio la inocencia; el tiempo en que los malvados harán hostilmente violencia en los buenos. En la milicia no se observará la ley, el orden, ni la disciplina; no se respetará a los ancianos; no se practicará el cariño familiar; no habrá compasión de mujeres y niños: todo se confundirá y mezclará, en contra de toda ley divina y derecho natural. De esta forma, como si se tratara de un solo y común pillaje, toda la tierra será asolada. Cuando esto suceda, los justos y seguidores de la verdad se apartarán de los malos y huirán al desierto. Al enterarse de ello, ese impío rey, airado, vendrá con un gran ejército y, colocando todas sus tropas, rodeará el monte en el que se asientan los justos, para prenderlos. Ellos, por su parte, al darse cuenta de que están cercados y asediados por todas partes, llamarán a su Dios con gran voz y pedirán auxilio al cielo; Dios les escuchará y les enviará desde el cielo un gran rey, que los sacará de allí, los librará y aniquilará a todos los impíos con hierro y fuego.

El final del mundo está ya anunciado en los libros herméticos y sibilinos

Que esto va a suceder así lo anunciaron tanto los profetas inspirados por Dios como los adivinos inspirados por los demonios. Efectivamente, Histaspes, a quien he citado más arriba[63], tras describir la maldad de esos últimos tiempos, dice que «los fieles y piadosos, apartados de los culpables, extenderán entre gemidos y llantos sus manos al cielo e implorarán la ayuda de Júpiter; y Júpiter mirará hacia la tierra, oirá las voces de los hombres y aniquilará a los impíos». Todo esto es cierto, excepto en un detalle: que dijo que

esas cosas, cuyo protagonista será Dios, las hará Júpiter. Pero también esto ha sido silenciosamente anunciado, no sin engaño por parte de los demonios: que el padre enviará a su propio hijo para que, aniquilando a todos los malvados, libere a los buenos.

Hermes, sin embargo, no anduvo con disimulos a la hora de anunciar esto. Efectivamente, en el libro titulado *La palabra perfecta*, tras enumerar las desgracias citadas, añade esto: «Asclepio, cuando sucedan estas cosas, el señor Dios padre, espíritu del primero y único Dios, contemplando los hechos, oponiendo su voluntad, es decir su benignidad, a la corrupción, rechazando el error, y purgando la maldad, ya lavándola con agua abundante, ya cauterizándola con fuego rapidísimo, ya azotándola con frecuentes guerras y pestes, restaurará y devolverá su mundo a su antiguo estado»[64].

También las Sibilas anuncian que el hijo será enviado por el padre sumo para liberar a los justos de las manos de los impíos y aniquilar a los injustos juntamente con los crueles tiranos. Una de ellas dice así: «Vendrá, y persiguiendo a los buenos despoblará la ciudad; y un rey, enviado por Dios contra éste, destruirá a todos los grandes reyes y a los hombres poderosos; después tendrá lugar el juicio de Dios inmortal sobre los hombres»[65]. Y otra Sibila dice así: «Y entonces Dios enviará desde el cielo un rey, que hará desaparecer de toda la tierra las malvadas guerras»[66]. Y otra más dice así: «He aquí que vendrá benévolo, para quitarnos el insoportable yugo de la servidumbre colocado sobre nuestro cuello, y desatará las leyes impías y las ataduras violentas»[67].

Derrota del Anticristo

Así pues, en el momento en que el orbe de la tierra sea atacado, los hombres no tendrán fuerzas para destruir la enorme presión de la tiranía, ya que el tirano, tras apoderarse del mundo, se asentará sobre él con sus grandes ejércitos de sicarios; en ese momento, toda esa calamitosa situación necesitará de la ayuda divina. Pues bien, Dios, conmovido por el angustioso peligro y los lamentables llantos de los justos, enviará inmediatamente un libertador. Entonces, en medio de la noche tempestuosa y tenebrosa, se abrirá el cielo por la mitad, para que en todo el orbe aparezca, como un relámpago, la luz enviada por Dios; esto lo anunció ya la Sibila con estas palabras: «Cuando llegue, surgirá una luz brillante en medio de la noche oscura». Ésta es la noche que nosotros celebramos en vela por la venida de nuestro rey y Dios; esta noche tiene un doble significado: en ella recibió la vida mediante la pasión y en ella recibirá después el mando sobre la

tierra. Y es que este libertador, juez, vengador, rey y Dios es ese al que nosotros llamamos Cristo, el cual, antes de bajar, nos dará esta señal: caerá de repente del cielo una espada, para que sepan los justos que va a descender el líder de la milicia santa: y él bajará sobre la tierra acompañado de ángeles, le precederá una llama inagotable, y la fuerza de los ángeles pondrá en manos de los justos a aquella multitud que se había asentado en la ladera del monte[68], y esta multitud será masacrada desde la hora tercera[69] hasta la tarde, y correrá un torrente de sangre: y, derrotadas todas las tropas, el malvado huirá solo y le faltará su fuerza. Éste es el llamado Anticristo; pero se asemejará ficticiamente a Cristo, luchará contra el verdadero Cristo, huirá tras ser derrotado, renovará con frecuencia la lucha y será frecuentemente vencido, hasta que, derrotado y capturado en la cuarta batalla, en la que serán aniquilados todos los impíos, pague por fin el castigo por sus crímenes. Y también los otros reyes y tiranos que asolaron la tierra, apresados juntamente con él, serán llevados ante el rey, quien los increpará y les echará en cara y reprobará sus crímenes, los condenará y entregará a merecidos tormentos. Eliminada así la maldad y reprimida la impiedad, el mundo descansará, tras haber estado sometido durante siglos al error y al crimen, y haber soportado nefanda esclavitud. Ya no serán adorados los dioses hechos por la mano del hombre, sino que sus estatuas, sacadas de sus templos y sedes, serán entregadas al fuego y arderán junto con todos sus maravillosos regalos. Ya la Sibila, coincidiendo con los profetas, dijo que esto iba a suceder: «Los hombres destrozarán las imágenes y todas sus riquezas»[70]. La Sibila de Eritrea profetizó también lo mismo: «Las estatuas de los dioses hechas por las manos de los hombres serán quemadas»[71].

Sólo serán juzgados los que han conocido a Dios; los que no le han conocido ya están condenados. Tipos de castigos y sufrimientos

Tras ello se abrirán los infiernos y se levantarán los muertos, para ser juzgados, en un gran juicio, por ese mismo rey y Dios al que el sumo padre concederá el máximo poder de juzgar y reinar. Sobre este juicio y reinado encontramos lo siguiente en la Sibila de Eritrea: «Pero cuando este día alcance su fatal final, vendrá sobre los hombres el juicio del Dios inmortal, y vendrá sobre los hombres un gran juicio y reinado»[72]. Y otra Sibila dice: «Entonces la tierra agrietándose mostrará el caos del Tártaro y todos vendrán al tribunal del Dios rey»[73]. Y la misma Sibila dice en otro lugar: «Daré la vuelta al cielo, abriré las entrañas de la tierra y entonces haré resucitar a los muertos desatando

el destino y los lazos de la muerte; y después lo llevaré a juicio, juzgando la vida de los justos e injustos»[74].

Y, sin embargo, no todos serán entonces juzgados por Dios, sino sólo aquellos que han conocido la religión de Dios, puesto que quienes no conocieron a Dios, dado que no pueden obtener sentencia absolutoria, ya han sido juzgados y condenados, según atestiguan las Sagradas Escrituras: «Los impíos no resucitarán para juicio»[75]. Serán, pues, juzgados quienes conocieron a Dios; sus pecados, es decir, sus malas acciones, serán sopesados con las buenas, de forma que, si las obras buenas y justas son más numerosas e importantes, serán destinados a la vida feliz, pero si ganan las malas acciones, serán condenados al castigo. Quizás alguien diga aquí: «Si el alma es inmortal, ¿cómo se supone que es sensible al dolor y al castigo?; y es que, si es castigada con razón, será sensible al dolor y también a la muerte; si no está sometida a la muerte, tampoco lo estará al dolor; luego no es sensible al dolor», A esta cuestión o razonamiento responden los estoicos así[76]: las almas de los hombres sobreviven y no son aniquiladas con la muerte; ahora bien, las de aquellos que fueron buenos, volverán puras, impasibles y felices a la sede celestial de donde salieron, o bien serán llevadas a paraísos afortunados, donde disfrutarán de extraordinarios placeres; las impías, sin embargo, puesto que están manchadas por los malos placeres, adquirirán una naturaleza intermedia entre la inmortalidad y la mortalidad, serán en esta medida débiles por el contagio de la carne y sometidas a los deseos y placeres de ésta, portarán una especie de indeleble falta y mancha terrena; y cuando esta mancha se ha adherido totalmente al alma por permanecer largo tiempo en ella, las almas se hacen semejantes a ella, de forma que, si bien no son totalmente mortales, puesto que proceden de Dios, sí se vuelven sensibles al tormento a través de la mancha de su cuerpo, que es la que, grabada por los pecados, produce la sensación de dolor. Esta idea la explicó el poeta con las siguientes palabras: «Es más, ni siquiera cuando el alma abandona al cuerpo en la muerte desaparecen radicalmente para los míseros hombres todos los males y todos los sufrimientos corporales; es forzoso que las culpas contraídas durante largo tiempo se mantengan de forma extraordinaria. Las almas, pues, serán castigadas y pagarán el suplicio de sus viejos males»[77]. Esto es casi totalmente cierto; y es que el alma, cuando se separa del cuerpo, es, como dice el mismo poeta, «igual al leve viento y muy semejante al veloz sueño»[78], ya que el espíritu, por su ligereza,

es intangible; pero lo es para nosotros, que somos corporales; para Dios, sin embargo, que lo puede todo, es tangible.

Las almas de los impíos serán castigadas en la carne que recuperarán tras el juicio; pero no es la misma carne que tuvieron en este mundo

Lo primero, pues, que decimos es que el poder de Dios es tan grande que incluso puede tocar lo incorpóreo y tocarlo de la forma que él quiera. Efectivamente, incluso los ángeles temen a Dios, ya que pueden ser castigados por él de una forma que no podemos describir; y le temen los demonios, ya que son atormentados y castigados por él. ¿Qué tiene, pues, de extraño que las almas, a pesar de ser inmortales, sean susceptibles de ser castigadas por Dios? Efectivamente, como no tienen en sí mismas nada sólido ni tangible, no pueden recibir violencia alguna de seres sólidos y corpóreos; pero, como moradoras que son sólo de los espíritus, son tangibles sólo por Dios, que es el único que tiene fuerza y sustancia espirituales. De todas formas, las Sagradas Escrituras nos enseñan cómo pagarán su castigo los impíos; efectivamente, dado que cometieron los pecados estando en los cuerpos, se revestirán de nuevo de la carne, para expiar sus crímenes en los cuerpos; y, sin embargo, esa carne que va a poner de nuevo Dios sobre el hombre no es semejante a la carne terrena, sino que es una carne indisoluble y eterna, para que pueda ser eternamente pasto de los tormentos y del fuego, fuego cuya naturaleza es distinta a la del fuego que nosotros usamos para nuestra vida, el cual se extingue si no es alimentado por madera; aquel fuego divino, sin embargo, vive eternamente por sí solo, tiene fuerza sin necesidad de alimento y no produce humo, sino que es puro, transparente y fluido como el agua; no es, en efecto, lanzado hacia arriba por ninguna fuerza, cosa que sí ocurre con este fuego como el nuestro, al que la corrupción del cuerpo en que está contenido y el humo que va con él mezclado le obligan a subir hacia arriba y volar hacia el cielo en móviles trepidaciones. Pues bien, ese fuego divino quemará a los impíos con una sola y constante fuerza y potencia, restaurándolos constantemente y reponiendo todo lo que tome de sus cuerpos, suministrándose a sí mismo pasto eterno. Es la cualidad que los poetas dieron al buitre de Ticio[79]. Así, sin detrimento de los cuerpos, que están constantemente recuperándose, ese fuego sólo quema y produce dolor. Incluso los justos, cuando sean juzgados por Dios, serán echados al fuego; y aquellos en los que los pecados sean importantes en número o gravedad serán azotados y quemados por el fuego, pero aquellos que hayan madurado en una justicia plena y en una virtud madura no serán sensibles a ese

fuego, ya que tienen dentro de ellos algo de divino, lo cual repelerá y rechazará la violencia del fuego. Tanta es la fuerza de su inocencia que el fuego huye de ella sin tocarla; y es que ese fuego recibió de Dios esta facultad: la de quemar a los impíos y la de reprimirse ante los justos.

Nadie piense, sin embargo, que las almas son juzgadas inmediatamente después de la muerte: todas permanecen en una sola y común vigilancia hasta el momento en que el gran juez examine sus méritos. Entonces, aquellos cuya bondad sea aceptada, recibirán el premio de la inmortalidad, mientras que aquellos en los que se encuentren pecados y crímenes no resucitarán, sino que serán encerrados con los impíos en las mismas tinieblas teniendo como destino suplicios seguros.

Los poetas también hablan del juicio final

Algunos, que no saben de dónde han tomado los poetas estas ideas, piensan que todo ello es invención de los mismos y dicen que esto no puede suceder: y no es extraño que piensen esto. Y es que lo que transmiten los poetas no se ajusta a la realidad: efectivamente, a pesar de ser mucho más antiguos que los historiadores, oradores y demás escritores, sin embargo, al desconocer el misterio del secreto divino y llegar hasta ellos, a través de un oscuro rumor, la alusión a una futura resurrección, transmitieron esta alusión, oída por ellos casual y tenuemente, convertida en una especie de fábula imaginaria. A pesar de todo, ellos mismos dan testimonio de que siguen, no a un autor concreto, sino una opinión, como dice Marón: «Permítaseme decir lo que he oído»[80]. Pues bien, a pesar de que en parte han corrompido los secretos de la verdad, sin embargo, lo que nos transmiten los poetas es verdadero en la medida en que coincide con los profetas: éste es para nosotros un criterio suficiente para demostrar la verdad; de todas formas, en sus errores subyace siempre algo de razón. Así, por ejemplo, mientras que los profetas anunciaron en constantes manifestaciones que el hijo de Dios iba a venir a juzgar a los muertos y a pesar de que este anuncio no era desconocido por los poetas, éstos, puesto que pensaban que el Dios soberano del cielo no era otro que Júpiter, nos transmitieron que el juez de los infiernos era el hijo de Júpiter, pero no Apolo, o Líber, o Mercurio, que son considerados como celestiales, sino uno que fue mortal y justo, como Minos, o Eaco, o Radamanto. Cambiaron, pues, en aras de la licencia poética, la tradición que habían recibido, o bien fueron las distintas conjeturas lanzadas por diferentes escritores y en diversos escritos las que cambiaron la verdad. Así, la idea de que, pasados mil años en los infiernos, los

muertos volverán de nuevo a la vida —idea transmitida por Marón en estos versos: «Cuando han pasado mil años, Dios llama a todas estas almas junto al río Leteo a un lugar en que se reúnen en gran cantidad, a fin de que, tras perder todo recuerdo del pasado, vuelvan a ir a ver la bóveda del cielo y empiecen a querer volver a los cuerpos»[81]—, esa idea les falló en esto: en que los difuntos resucitarán, no después de mil años tras su muerte, sino después de haber reinado mil años con Dios, una vez restituidos de nuevo a la vida. Dios vendrá, pues, para, una vez purgado este mundo de toda corrupción, llevar a la eterna felicidad a las almas de los justos resucitadas en cuerpos renovados. Así pues, exceptuando lo del agua del olvido, en lo demás acertaron; y eso del agua lo inventaron para que nadie les dijera: «¿Por qué no se acuerdan de que vivieron en otro tiempo, o quiénes fueron, o qué hicieron?». Lo que pasa es que toda su historia es considerada como inverosímil y es rechazada como inventada con excesiva libertad e imaginación. A nosotros, sin embargo, que al hablar de la resurrección afirmamos y enseñamos que las almas volverán a la nueva vida, en la misma forma y figura sin olvidarse de su situación anterior, se nos objeta esto: «Ya han pasado muchos siglos; ¿quién ha vuelto de los infiernos, aunque sea uno solo, para que con su ejemplo creamos que esto es posible?». Pero es que la resurrección no puede ocurrir mientras impere todavía la maldad; y en esta época nuestra los hombres son todavía matados con violencia, armas, asechanzas y venenos, y padecen injurias, necesidades, prisión, tormentos y proscripciones. A ello se suma que la justicia es odiada, ya que todos los que desean seguir a Dios no sólo son odiados, sino que son vejados con todo tipo de injurias, atormentados con múltiples formas de tortura y obligados a adorar a dioses, hechos por manos humanas, no con la razón o la verdad, sino con nefandas laceraciones de sus cuerpos. Así pues, ¿es oportuno que los hombres resuciten a una situación como ésta y vuelvan a una vida en la que no pueden estar seguros? Si los justos son tan impunemente injuriados y torturados, ¿qué sucedería si alguien, volviendo del otro mundo, recuperara la vida de nuevo? Inmediatamente sería arrancado de la presencia de los hombres, no fuera a ser que, al verle y oírle, todos los demás abandonaran a los dioses y se entregaran al culto y religión del único Dios. Consiguientemente, la resurrección ocurrirá necesariamente sólo una vez —cuando el mal haya sido eliminado, ya que los que resuciten no podrán ya morir de nuevo ni ser ultrajados—, para que aquellos cuya muerte haya sido borrada puedan llevar una vida feliz. Los poetas, sin embargo, puesto que sabían que este mundo nadaba en multitud de

males, inventaron lo del río del olvido, no fuera a ser que las almas, recordando las desgracias y los trabajos, rechazaran volver a la superficie. De ahí que Virgilio diga: «Padre, ¿hay que pensar que algunas de estas sublimes almas irán desde aquí hacia arriba y volverán de nuevo a los pesados cuerpos? ¿A qué viene tan cruel deseo de luz en estas desgraciadas?»[82]. Y es que ignoraban cómo y cuándo sucedería esto, de forma que pensaron que resucitarían, que volverían de nuevo a nacer y regresarían a la infancia. De ahí que Platón, al hablar del alma, diga: «Puede saberse que las almas son inmortales y divinas por esto: porque en los niños la inteligencia es ágil y pronta para la intelección, ya que lo que aprenden lo entienden con tal rapidez, que dan la impresión de que no lo están aprendiendo entonces por primera vez, sino que lo reconocen y recuerdan»[83]. En este asunto, este hombre sabio dio absurdamente crédito a los poetas.

Testimonios de Crisipo y de la Sibila sobre la resurrección de las almas

No volverán, pues, a nacer —cosa que es imposible—, sino que resucitarán, serán revestidas por Dios de sus cuerpos, se acordarán de su vida anterior y de todos sus hechos, y, colocadas en medio de bienes celestiales y gozando de innumerables y agradables bienes, darán gracias a Dios, al que tendrán delante, por haber aniquilado todo mal y por haberlas levantado para el reino y la vida eternos.

De esta resurrección también los filósofos intentaron decir algo, con los mismos errores que los poetas. Efectivamente, Pitágoras dijo que las almas pasaban a nuevos cuerpos, pero se equivocó, ya que dijo que pasan de hombres a animales, de animales a hombres, y que él mismo había sido antes Euforbo. De mejor forma lo dijo Crisipo, en quien, según Cicerón, se asienta el pórtico de los estoicos[84]; éste, al hablar de la renovación del mundo en los libros que escribió sobre la providencia, dijo esto: «Siendo esto así, está claro que nada es imposible y que nosotros mismos, después de haber muerto, volveremos después de un periodo de tiempo al mismo estado en que ahora estamos»[85].

Pero pasemos de los testimonios humanos a los divinos. La Sibila dice esto: «Los hombres, en su totalidad, difícilmente creen en esto; pero cuando llegue el juicio del mundo y de los hombres, juicio que el propio Dios hará juzgando a los malos juntamente con los buenos, entonces por fin arrojará a los impíos al fuego y a las tinieblas; pero los buenos vivirán de nuevo en la tierra, dándoles Dios el espíritu, la honra y la vida»[86].

Y si no sólo los profetas, sino también los adivinos, los poetas y los filósofos están de acuerdo en que habrá una resurrección de los muertos, que nadie nos pregunte cómo puede suceder esto. Y es que no se puede dar razón de las obras divinas. Pero si es cierto que Dios hizo al hombre al principio, de no sé qué forma inenarrable, debemos creer que el mismo que hizo un hombre nuevo podrá recuperar al viejo.

Tras el juicio final, los buenos todavía vivirán mil años en cuerpo carnal en medio de una gran felicidad

Ahora añadiré lo restante. Vendrá, pues, el hijo de Dios sumo y máximo, para juzgar a vivos y muertos, según testimonio de la Sibila que dice: «En toda la tierra habrá entonces confusión entre los mortales, cuando el todopoderoso venga al tribunal a juzgar a las almas de los vivos y de los muertos y a todo el mundo»[87]. Pero cuando él haya destruido la injusticia, haya celebrado el juicio final, y haya restaurado en la vida a los que fueron justos desde el principio, se quedará mil años entre los hombres y los regirá con justísimo imperio. Esto lo anuncia otra Sibila en un momento de trance y vaticinio: «Escuchadme, mortales, el rey gobierna durante un siglo». Entonces, los que estén vivos en sus cuerpos, no morirán, sino que durante esos mismos mil años engendrarán una multitud infinita y su descendencia será santa y querida por Dios; en cuanto a los que surjan del más allá, irán delante de los vivos, como si fueran jueces. Y los gentiles no serán totalmente eliminados, sino que quedarán algunos para victoria de Dios, para que los justos obtengan el triunfo sobre ellos y estén sometidos a esclavitud perpetua. En la misma época, también el príncipe de los demonios, que es el maquinador de todos los males, será atado a cadenas y permanecerá en prisión durante los mil años que dure el reinado celestial, a lo largo del cual imperará la justicia en el mundo, para que no trame ningún mal contra el pueblo de Dios. Tras la llegada de éste, se reunirán los justos de toda la tierra y, una vez celebrado el juicio, se constituirá la ciudad santa en mitad de la tierra, ciudad en la que morará su propio fundador, Dios, juntamente con sus dueños, los justos. La Sibila cita esta ciudad cuando dice: «La ciudad que Dios deseó fue construida por él más brillante que los astros, que el sol y que la luna»[88]. Entonces serán apartadas del mundo las tinieblas que cubrían y tapaban el cielo, la luna tendrá la claridad del sol, y el sol será siete veces más brillante de lo que es ahora. La tierra dará muestras de su fecundidad y producirá espontáneamente fertilísimos frutos; las rocas de los montes rezumarán miel, por los arroyos correrá el vino y los ríos inundarán con leche; el propio mundo, por fin, gozará;

toda la naturaleza se alegrará al ser arrebatada y librada del dominio del mal, de la impiedad, del crimen y del error. Las bestias no se alimentarán de sangre en este tiempo, ni las aves de sus presas, sino que todo estará tranquilo y plácido. Los leones y los terneros estarán juntos en los mismos pesebres, los lobos no raptarán ovejas, los perros no cazarán, los gavilanes y águilas no dañarán, los niños jugarán con las serpientes. Sucederá, en fin, lo que los poetas dijeron que sucedió en los tiempos dorados durante el reinado de Saturno. Su error tiene origen en el hecho de que los profetas hablan y anuncian el futuro como algo que casi ha sucedido; y es que era el espíritu divino el que presentaba a sus ojos las visiones y lo veían todo realmente como si estuviera haciéndose y realizándose. Y al extender la fama poco a poco sus profecías, dado que los extraños al misterio no sabían qué sentido tenía lo que se decía, creyeron que todo eso había sucedido ya en siglos anteriores, cuando en realidad eran cosas que no podían suceder ni realizarse mientras reinase el hombre. Pero, una vez que, aniquiladas las religiones impías y reprimido el crimen, la tierra esté sometida a Dios, «el viajero renunciará por sí mismo al mar y el pino marino no intercambiará mercancías: la tierra lo producirá todo; la tierra no soportará los rastrillos, ni la cepa la podadera; el recio labrador soltará también el yugo a sus bueyes»[89]; entonces también «los campos amarillearán poco a poco con sus blandas espigas, rojas uvas colgarán de las vides salvajes y las duras encinas rezumarán húmeda miel»[90]. «La lana no aprenderá a disimular distintos colores, sino que el propio carnero en los prados tomará en su lana unas veces el color delicadamente rojo de la púrpura y otras el amarillo del azafrán, y el escarlata teñirá espontáneamente a los corderos mientras pacen»[91]. «Las propias cabras volverán al redil con sus ubres hinchadas de leche y los rebaños : no temerán a los grandes leones»[92]. Estas cosas las escribió el poeta siguiendo los versos de la Sibila de Cumas. La de Eritrea, por su parte, dice esto: «Los lobos y los corderos comerán juntos en los montes y los leopardos pastarán junto con los cabritos y los osos con los corderos y todos los animales; el carnívoro león comerá paja en el establo; y los dragones dormirán con las pequeñas serpientes»[93]. Y en otro lugar, al hablar de la fertilidad de la naturaleza, dice: «Y entonces Dios dará a los hombres una gran fertilidad; efectivamente, la tierra, los árboles y los innumerables seres de la tierra darán a los hombres el verdadero fruto del vino, de la dulce miel, de la blanca leche y del trigo; todo ello será para los hombres la mejor felicidad»[94]. Y otra Sibila

dice igualmente: «La sagrada tierra, sólo de los bienaventurados, producirá todo esto, líquido de rocas y fuentes que rezuman miel, y leche de ambrosía manará para todos los justos»[95].

Vivirán, pues, los hombres una vida pacífica y en la abundancia y reinarán juntamente con Dios; vendrán reyes de los pueblos desde los confines de la tierra con dones y regalos, para adorar y honrar al gran rey, cuyo nombre será famoso y venerable entre todas las naciones que haya bajo el cielo y entre todos los reyes que gobiernen sobre la tierra.

El final del mundo coincidirá con el final de Roma

Esto es lo que los profetas anuncian que va a suceder: sus testimonios y palabras no he considerado oportuno aducirlos, puesto que ello sería larguísimo y no habría libro que pudiera recoger tan gran cantidad de testimonios, ya que son muchos los que dicen las mismas cosas inspirados por un solo espíritu; asimismo, tampoco los he aducido para no cansar a los lectores recogiendo todas sus colecciones y traducciones; pero al mismo tiempo, lo que he recogido lo he hecho para consolidar mi doctrina, basándome, no en fuentes nuestras, sino en fuentes ajenas, y demostrar que no sólo entre nosotros, sino también entre aquellos que nos persiguen, se encuentra recogida la verdad, verdad que no quieren reconocer. Pero, si alguien quiere conocer esto con exactitud, que beba en la propia fuente; allí encontrará cosas más extraordinarias que las que yo he recogido en estos libros.

Quizás alguien pregunte ahora cuándo ocurrirán estas cosas que he dicho. Ya he dicho más arriba[96] que, una vez transcurridos seis mil años, tendrá lugar el cambio citado y se acercará el día último de ese final. Podemos conocer las señales anunciadas por los profetas; anunciaron, en efecto, las señales con que debemos esperar y temer de un día para otro el final de los tiempos. En lo que se refiere a cuánto tiempo tardará en completarse ese final, lo dicen quienes escribieron sobre cronología, recogiendo de las Sagradas Escrituras y de los distintos libros de Historias el número de años que pasarán desde el principio del mundo; y aunque hay discrepancias y el número total de años difiere un poco, las especulaciones no parecen indicar que pasarán más de doscientos años. La propia situación actual declara que la caída y final del mundo ocurrirán en breve tiempo, salvo que Roma se mantenga, en cuyo caso no parece que haya que temer nada de esto. Pero cuando caiga esta capital del mundo y empiece a llegar su decadencia, de la cual hablan las Sibilas, ¿quién puede dudar de que ha llegado el final de la humanidad y del mundo? Ella es la

ciudad que todavía lo mantiene todo, y debemos rogar y suplicar al Dios del cielo que, si es posible aplazar las previsiones y decisiones, no venga tan pronto como nosotros pensamos ese abominable tirano que trama tan gran desastre y que destruirá esa luz, con cuya desaparición caerá el propio mundo.

Vamos ahora a seguir hablando de lo que sucederá después.

El fin del mundo

Dijimos un poco más arriba[97] que al comienzo del reinado santo sucederá que el príncipe de los demonios será vencido por Dios. Pero este mismo demonio, cuando hayan pasado mil años de ese reinado, es decir, siete mil desde el comienzo del mundo, será soltado de nuevo, aparecerá libre de trabas y empujará a todos los pueblos que entonces estén bajo el dominio de los justos a que declaren la guerra a la ciudad santa. Y de todo el orbe de la tierra se reunirá un innumerable ejército de pueblos que asediará y rodeará a la ciudad santa. Entonces caerá por último la ira de Dios sobre los pueblos y los derrotará totalmente. En primer lugar, sacudirá a la tierra con gran fuerza; como consecuencia de su movimiento se rajarán los montes de Siria; bajo los valles se abrirán precipicios y caerán los muros de todas las ciudades. Dios parará el sol durante tres días para que no se ponga y lo inflamará, y llegará un calor agobiante y un fuego enorme sobre los pueblos traidores e impíos, y lluvia de azufre, y granizos como piedras, y gotas de fuego; y su aliento se licuará en el calor, y sus cuerpos serán aporreados por el granizo y ellos mismos se atacarán entre sí con las armas: los montes se llenarán de cadáveres y los campos se cubrirán de huesos. El pueblo de Dios se ocultará durante esos tres días en cuevas bajo la tierra, hasta que acabe la ira de Dios contra los gentiles y acabe el juicio final. Entonces saldrán los justos de sus refugios y lo encontrarán todo cubierto de cadáveres y huesos. Toda la raza de los impíos perecerá y no habrá ya en el mundo otra nación que el pueblo de Dios. Después, durante siete años seguidos las selvas estarán intactas y no se cortará leña en los montes, sino que las armas de los pueblos serán quemadas y no habrá ya guerra, sino paz y tranquilidad eternas. Y cuando se hayan completado los mil años, será restaurado el mundo por Dios, el cielo se plegará y la Tierra será cambiada. Y Dios convertirá a los hombres en ángeles, y los hombres serán blancos como la nieve, estarán siempre en presencia del omnipotente, harán sacrificios a su Dios y le servirán eternamente. En este mismo tiempo tendrá lugar la segunda y común resurrección de todos, en la que los malos resucitarán para sufrir tormentos eternos: ellos son los que adoraron estatuas hechas por mano de hombre, los que ignoraron o renegaron del señor

del mundo y padre suyo. También su jefe será apresado y condenado a la pena juntamente con sus ministros; y con él, toda la turba de impíos será por sus crímenes quemada para siempre en el fuego eterno en presencia de los ángeles y de los justos. Ésta es la doctrina de los santos profetas que seguimos los cristianos; ésta es nuestra sabiduría, de la que se burlan, como si fuera necia y vana, aquellos que adoran lo frágil y protegen la vana filosofía, y lo hacen porque nosotros no solemos defender y afirmar en público nuestra sabiduría, ya que Dios nos ha ordenado que, tranquilos y en silencio, mantengamos en nuestro interior y dentro de nuestra conciencia el secreto de la misma y que no nos enfrentemos en disputas pertinaces con estos profanos de la verdad que critican inclementemente a Dios y a su religión, no con afán de aprender, sino para refutar y burlarse. Conviene, pues, tener guardado y protegido nuestro secreto con la mayor fidelidad posible, y nos conviene sobre todo a nosotros, que llevamos el nombre de fieles. Pero ellos consideran este silencio nuestro como mala conciencia; de ahí que incluso se inventen algunas execrables opiniones sobre los púdicos e inocentes y que crean de buen grado en eso que se inventaron.

Peroración

Una vez que, terminados los siete libros de la obra que proyecté, he llegado al final, queda exhortar a todos a que acepten la sabiduría que está en la verdadera religión, cuyo sentido y valor consiste en esto: en que, despreciando lo terrenal y rechazando los errores a los que antes estábamos atados mientras servíamos a lo terrenal y deseábamos lo terrenal, nos dirijamos a los premios eternos del tesoro celestial; y para poder conseguir estos premios, debemos prescindir cuanto antes de los atractivos placeres de esta vida presente que debilitan las almas de los hombres con perniciosa zalamería. Debemos considerar como una gran felicidad el hecho de ser arrancados de estos desastres terrenales y marchar hacia el justísimo juez y padre indulgentísimo que nos da descanso por trabajo, vida por muerte, claridad por tinieblas, bienes eternos y celestiales por bienes terrenales y breves; las durezas y miserias que hemos soportado en este mundo al hacer obras de justicia no pueden compararse ni igualarse de ninguna forma con estos dones. Por ello, si queremos ser sabios, si queremos ser felices, debemos pensar y tener presente no sólo lo que dijo Terencio —que «tenemos que ser triturados hasta ser masa en la panadería, que tenemos que ser apaleados y que tenemos que sufrir trabas»[98]—, sino cosas mucho más atroces: tenemos que sufrir cárcel, cadenas, tormentos, tenemos que soportar dolores, tenemos que aceptar

por fin la propia muerte, ya que somos claramente conscientes de que no existirá este frágil placer sin castigo y de que no habrá virtud sin premio divino. Deben, pues, todos esforzarse, ya para dirigirse en primer lugar y lo antes posible al camino recto, ya para merecer tener un Dios consolador tras haber aceptado obrar virtuosamente y haber soportado con paciencia los trabajos de esta vida. Y es que nuestro padre y señor, que hizo y consolidó el cielo, que puso en él el sol con todas las estrellas, que valló la tierra con montes, la rodeó de mares y la delineó con ríos equilibrándola en su magnitud, y que creó e hizo de la nada todo lo que hay en el mundo, al ver los pecados de los hombres, nos envió un guía que nos abriera el camino de la justicia.

Sigamos todos a éste, oigámosle, obedezcámosle con devoción, ya que él solo, como dice Lucrecio, «limpió con verdaderas palabras los corazones de los hombres, puso fin al deseo y al miedo, expuso la naturaleza del sumo bien, al que tendemos todos, y nos mostró el camino por el que, a través de un pequeño sendero, podemos llegar directamente a él»[99]. Y no sólo lo mostró, sino que incluso fue delante, para que nadie tuviera miedo del camino de la virtud por culpa de su dificultad. Abandónese, si es posible, el camino de la perdición y del fraude, en el que, tapada por los atractivos del poder, se oculta la muerte. Y que cada uno, al caminar los años hacia la vejez, cuanto más cerca vea el día en que ha de emigrar de este mundo, piense en marchar puro, en llegar inocente ante la presencia del juez, y no como hacen algunos de mente ciega a los que el fallo de las fuerzas corporales aconseja en el último instante de su vida entregarse con ansia y ardor a la consecución de placeres. Que cada uno se libere de esta vorágine mientras puede y tiene facultades, y que se convierta con toda su mente a Dios, para esperar tranquilo el día en que Dios, dueño y señor del mundo, juzgue los hechos y pensamientos de todos. Que no sólo desprecie lo que en este mundo es normalmente apetecido, sino que huya de ello, y que considere a su alma más poderosa que estos bienes engañosos cuya posesión es incierta y caduca: y es que esos bienes se nos escapan todos los días y desaparecen más rápidamente que llegaron, y, aún más, aunque podemos disfrutar de ellos hasta el último día, tendremos con toda seguridad que dejarlos para otros. Nada podemos llevarnos con nosotros, sino una vida llevada virtuosa e inocentemente. Ante Dios llegará como rico y opulento aquel que posea continencia, misericordia, paciencia, caridad, fe. Ésta es nuestra herencia, que no puede sernos quitada ni transferida a otro. ¿Hay alguien que quiera alcanzar y disponer de estos bienes? Que vengan los hambrientos: saciados del

alimento eterno, desaparecerá para ellos por siempre el hambre; que vengan los sedientos: beberán a boca llena agua saludable de la fuente inagotable. Con esta comida y bebida de Dios los ciegos verán, los sordos oirán, los mudos hablarán, los cojos andarán, los necios serán sabios, los enfermos sanarán y los muertos resucitarán. Y es que, a quien rechace con su virtud la corrupción de esta tierra, a ése el sumo y veraz árbitro lo levantará hacia la vida y la luz perpetua. Que nadie confíe en las riquezas, en los cargos, en el poder supremo: estas cosas no hacen a nadie inmortal. Efectivamente, quien renuncie a su obligación de hombre y, en la búsqueda de bienes presentes, se arrastre hacia la tierra, será castigado como desertor de su señor, de su jefe, y de su padre. Entreguémonos, pues, a la justicia, que es la única compañera inseparable que nos lleva a Dios, y, «mientras tengan vida nuestros miembros»[100], militemos infatigablemente en la milicia de Dios, hagamos guardia y vigilemos, enfrentémonos al enemigo, del que sabemos que es fuerte, para que, venciendo nosotros y vencido el enemigo, consigamos triunfantes de nuestro señor el premio de la virtud que él prometió.

Índice de contenido

Notas

[1] Las estatuas. <<

[2] Para Lactancio, en la época de Saturno reinó la justicia. <<

[3] Los siete sabios de Grecia. <<

[4] Tal es el significado del término «filósofo». <<

[5] Siguiendo un motivo apologético muy conocido, Lactancio defiende que el pueblo hebreo es el antecesor del cristiano. De esta forma, se sale al encuentro de la acusación lanzada por los paganos en el sentido de que el cristianismo es una doctrina nueva. <<

[6] Cf. 1, *frg*. 9. <<

[7] El término *familia* (cf. *famulus*: «esclavo») se refería en un primer momento a los esclavos de un señor; el argumento de Lactancio se basa en que en el sintagma «padre de familia» el término «familia» se refiere a todos los que hay en la casa: hijos y esclavos. <<

[8] La acción de liberar a un esclavo era conocida como manumisión. <<

[9] Sabiduría y religión. <<

[10] Cf. *supra* 1, 8, 1. <<

[11] *Leg*. 1. 7. 22. <<

[12] Cap. 3, 11-23. <<

[13] Hemos traducido lo que es una laguna en la tradición manuscrita; ésta comprendería el párrafo «ni pudo ser engendrado por quienes son posteriores a él»; la laguna es llenada en el aparato crítico de la edición de Brandt-Laubmann. <<

[14] Una de las acusaciones que con más frecuencia se ha hecho a Lactancio es precisamente que acierta en su ataque con la filosofía y la religión paganas, pero es flojo en la exposición de la doctrina cristiana. **<<**

[15] Se trata de Josué, sucesor de Moisés al frente del pueblo judío. <<

[16] Nabucodonosor; cf. *Reg*. 2, 25. <<

[17] *Zacar*. 1, 1: «El octavo mes del año segundo de Darío llegó la palabra de Yavé a Zacarías». <<

[18] Como ya hemos dicho más arriba (cf. nota 5), éste es un motivo apologético común. <<

[19] Lactancio pone, pues, en estrecha relación la creación de los ángeles como emanación del espíritu divino con la creación de Cristo (cf. V. LOI, *Lattanzio…*, págs. 176 ss. y 203 ss.). <<

[20] De nuevo, como ya hizo en el libro primero, va a recurrir al testimonio de los libros herméticos, transmitidos bajo el nombre de Hermes Trismegisto, y de los sibilinos. <<

[21] Los escritos herméticos se conservan en tres grupos, como ya dijimos en el libro primero: el primer grupo se conserva en un manuscrito del s. IV; el segundo es el diálogo *Asclepios*, en tres libros, cuyo original griego llevaba el título *Logos teleios*, «Palabra perfecta», que es el que cita aquí Lactancio: fue escrito alrededor del 270, y su traducción latina, que nos ha llegado bajo el nombre de Apuleyo, es de finales del siglo IV. El tercer grupo es una serie de fragmentos. La cita que aduce aquí Lactancio es de *Asclepios 8*. <<

[22] *Orac. Sibyl*. 3, 774; el texto manuscrito de este oráculo sólo contiene el último verso que cita Lactancio; las palabras anteriores están tomadas por Lactancio de Teófilo, *Ad Autol*. 2, 36. <<

[23] *Orac. Sibyl.* 8, 329. <<

[24] *Prov*. 8, 22-29. <<

[25] Estos fragmentos de los libros herméticos no se encuentran en ningún otro sitio. La única fuente es Lactancio. <<

[26] «Cristo» significa «el ungido». Los reyes eran ungidos al entrar en el reinado. <<

[27] La discusión que sigue entra dentro de la polémica antijudía y contra los traductores griegos, que preferían traducir el término hebreo *Mesías* con la palabra griega *aleimmenos* en lugar de *Christos*. **<<**

[28] *Odis*. 4, 49. <<

[29] Cap. 20, 24. <<

[30] Cf. 1, 5. <<

[31] Este texto no aparece literalmente en Jeremías, aunque tiene el mismo sentido que la frase que sigue al texto anterior. Probablemente Lactancio esté siguiendo la exégesis bíblica de algún padre de la Iglesia. <<

[32] En época antigua varios libros figuraban bajo el nombre de Orfeo; estos libros fueron utilizados por los cristianos y neoplatónicos; las dos obras más conocidas eran *Hieroi logoi* («Sagradas palabras»), que era una teogonía, y *Diathekai*, que es el testamento de Orfeo, en el que se retracta de su politeísmo. Esta cita de Lactancio pertenece a la segunda de las obras: cf. OGILVIE, *op. cit*., pág. 26. <<

[33] Esta cita de los libros herméticos sólo aparece aquí; no la encontramos ni en el *Poemander*, ni en el *Asclepios*, ni en los fragmentos de Estobeo. **<<**

[34] Más adelante (párr. 13-16) recogerá pasajes concretos al respecto. <<

[35] Salomón. <<

[36] David. <<

[37] Cf. 32, 6. <<

[38] Cf. 44, 2. <<

[39] *Eclesiástico* 24, 5 ss. Lactancio y Cipriano atribuyen el texto a Salomón, al que se atribuyen otros libros del A. T., cuya paternidad no parece ser ésa. <<

[40] Cf. 1, 1-3. <<

[41] Cf. DIÓG. LAERC., 7, 134-135. <<

[42] Lactancio juega con *spiritus* (soplo) y *animus* (gr. *ánemos*, «aire»). **<<**

[43] Cf. *supra*, cap. 7, 3. <<

[44] Sobre el plan aquí enunciado por Lactancio, V. Loi («Cristologia e soteriologia nella dottrina di Lattanzio», *RSLR* 4, 1968, págs. 237-287) dice que sigue fuentes de la tradición judeo-cristiana, de la paleocristiana y de la tradición filosófica de los estoicos romanos. <<

[45] Los judíos. <<

[46] VIRG., *Georg*. 4, 361. <<

[47] Curiosa forma de justificar el matiz peyorativo del término «judío». <<

[48] *Ier*. 25, 4-6. <<

[49] *Esdr*. 2, 9, 26. <<

[50] *Reg*. 3, 19, 10. <<

[51] *Malaq*. 1, 10. <<

[52] *Ps*. 17, 44 s. <<

[53] *Isai*. 66, 18 s. <<

[54] Cf. *Ezech*. 40 ss. <<

[55] *Isai*. 1, 2 s. <<

[56] *Ier*. 8, 7-9. <<

[57] Este texto no se encuentra en los poemas de Salomón. <<

[58] *Isai*. 7, 14. <<

[59] Éste es un conocido principio que se encuentra en todos los tratados de retórica. <<

[60] *Ps*. 84, 12. <<

[61] *Isai*. 63, 10 s. <<

[62] *Isai*. 45, 8. <<

[63] *Isai*. 9, 6. <<

[64] *Dan*. 7, 13 s. <<

[65] *Ps*. 109, 1. <<

[66] *Isai*. 45, 1-3. <<

[67] *Dan*. 7, 13 s. <<

[68] Cf. 7, 10, 14. <<

[69] Cf. nota 33. <<

[70] Cap. 16. <<

[71] *Isai*. 45, 14-16. <<

[72] El texto es del profeta BARUC, 3, 36-38, y no de Jeremías. <<

[73] *Ps*. 44, 7 s. <<

[74] *Ier*. 17, 9. <<

[75] *Isai*. 19, 20. <<

[76] *Num*. 24, 17. <<

[77] La cita tiene gran afinidad con AG., C/V. 19, 23. **<<**

[78] *Ps*. 27, 4 s. <<

[79] *Isai*. 11, 10. <<

[80] *Isai*. 11, 1-3. <<

[81] *Orac. Sibyl*. 6, 8. <<

[82] *Sam*. 2, 7, 4 ss. <<

[83] *Ps*. 126, 1. <<

[84] *Ps*. 109, 3. <<

[85] *Sam*. 1, 2, 25. <<

[86] *Zach*. 3, 1-8. <<

[87] Último rey de Roma. <<

[88] Se trata de Josué. <<

[89] *Luc*. 3, 22, y *Ps*. 2, 7. <<

[90] Cf. *supra*, cap. 13, 11. <<

[91] *Orac. Sibyl.* 8, 272. <<

[92] *Isai*. 35, 3-6. <<

[93] *Orac. Sibyl.* 8, 205 ss. <<

[94] *Orac. Sibyl*. 8, 275 ss. <<

[95] Puesto que a Cristo se le acusaba de mago por parte de los judíos, Lactancio insiste en que un mago no podría hacer esos milagros. <<

[96] Orión es un gigante, hijo de Poseidón; de su padre había recibido la facultad de andar por la superficie del mar; cf. VIRG., *Aen*. 10, 764. <<

[97] *Orac. Sibyl*. 8, 273 s. <<

[98] *Orac. Sibyl*. 6, 13 ss. <<

[99] *Orac. Sibyl.* 3, 814 ss. <<

[100] *Ps*. 1, 1. <<

[101] *Sap. 2,* 12 ss. <<

[102] *Ps*. 71, 6 ss. <<

[103] *Isai*. 53, 1 ss. <<

[104] *Orac. Sibyl.* 8, 257. <<

[105] *Mich*. 4, 2 s. <<

[106] *Orac. Sibyl.* 8, 299 s. <<

[107] *Deuter*. 18, 17-19. <<

[108] La cita no es de Isaías, sino de *Ier*. 4, 3 ss. <<

[109] *Deuter*. 30, 6. <<

[110] *Ios*. 5, 2. <<

[111] Cf. *Marc*. 14, 58; *Ioh*. 2, 19 y 20. <<

[112] Cf. *Ven*. 6, 158 ss. <<

[113] *Isai*. 50, 5 s. <<

[114] *Ps*. 34, 15 s. <<

[115] *Orac. Sibyl.* 8, 287 ss. <<

[116] *Isai*. 53, 7. <<

[117] *Orac. Sibyl.* 8, 292 ss. <<

[118] *Ps*. 68, 22. <<

[119] *Orac. Sibyl.* 8, 303 s. <<

[120] *Orac. Sibyl.* 6, 22 ss. <<

[121] Estas palabras no se encuentran en Esdras. Son probablemente palabras de algún autor cristiano añadidas al libro de Esdras. <<

[122] *Isai*. 53, 8 ss. <<

[123] *Ps*. 93, 21 s. <<

[124] *Ier*. 11, 18 s. <<

[125] *Deuter*. 28, 66. <<

[126] *Num*. 23, 19. <<

[127] *Zach*. 12, 10. <<

[128] *Ps*. 21, 17-19. <<

[129] *Reg*. 1, 9, 6-9. <<

[130] *Amos* 8, 9 s. <<

[131] *Ier*. 15, 9. <<

[132] *Orac. Sibyl.* 8, 305 ss. <<

[133] *Ps*. 15, 10. <<

[134] *Ps*. 3, 6. <<

[135] *Oseas* 13, 13 s. <<

[136] *Oseas* 6, 3. <<

[137] *Orac. Sibyl.* 8, 312 ss. <<

[138] *Ier*. 31, 31 s. <<

[139] *Ier*. 12, 7 s. <<

[140] *Orac. Sibyl.* 5, 249. <<

[141] *Isai*. 42, 6 s. <<

[142] *Dan*. 7, 13. <<

[143] Se trata de los sermones de Pedro y Pablo recogidos en el Nuevo Testamento (cf. HILGENDELD, *Nouum Testamentum extra Canonem receptum*, 2.ª ed., fase. IV, pág. 58, 7; 64). <<

[144] Los testimonios ya los ha dado en los capítulos anteriores. <<

[145] El suplicio de la cruz era considerado como deshonroso; un ciudadano romano no podía ser sometido a él. <<

[146] VIRG., *Georg.* 3, 491. <<

[147] Estos durísimos castigos están descritos en el *De mortibus persecutorum* del propio LACTANCIO. <<

[148] *Ilíad*. 1, 222. <<

[149] Hermes Trismegisto, autor de los libros herméticos, frecuentemente citados por Lactancio en esta obra. <<

[150] *De superstites*. <<

[151] Es el significado de *legere*. <<

[152] *De nat. deor*. 2, 28, 71 s. <<

[153] Cf. 1, 932. <<

[154] *Aen*. 8, 187. <<

[155] *Isai*. 45, 14. <<

[156] *Isai*. 44, 6. <<

[157] *Oseas* 13, 14; cf. *supra*, cap. 15, 9. <<

[158] Se está refiriendo a las tendencias y errores rigoristas, aparecidos en la segunda mitad del siglo II; los rigoristas aspiraban a reformar a la Iglesia y preparar un nuevo e inminente reino de Dios; se oponían de frente a la autoridad legítima; su fanatismo exagerado los conducía a creerse poco menos que infalibles. Se trata de los montañistas. <<

[159] Se trata posiblemente de los adopcionistas, que negaban la divinidad de Cristo. Teódoto de Bizancio y Pablo de Samosata son los representantes más conocidos de los adopcionistas. <<

[160] Se trata de los seguidores de los montañistas; éstos se consideraban a sí mismos como nuevos profetas inspirados por Dios. <<

[161] Tal era el nombre con que eran conocidos los montañistas. Montano comenzó sus profecías en Frigia. <<

[162] Novaciano se mueve entre los que, tras la persecución de Decio, se mostraban enormemente rigurosos contra los lapsos —los que habían cedido en la persecución— frente a la postura del Papa, de Cipriano y de Dionisio de Alejandría, que defendían una postura blanda. **<<**

[163] Seguidores de Valentín, gnóstico de finales del s. II. <<

[164] Seguidores de Marción, hereje también de finales del s. 11. <<

[165] Secta gnóstica. <<

[166] El libro será el *De ira*. <<

[1] *Aun*. 272. <<

[2] Este libro está, pues, dirigido en principio contra los perseguidores y enemigos del cristianismo, tal como dijimos en la introducción. <<

[3] Virg., *Ecl*. 10, 8. <<

[4] Del término griego *kopros*, «fango»; y *anus*, en latín, es «vieja». **<<**

[5] Puesto que después va a hablar de los neoplatónicos Porfirio y Hierocles, aquí se está refiriendo posiblemente a los neopitagóricos —entre éstos sobresalió Filostrato— y a los primeros escritores contra los cristianos, como Frontón, Celso y Luciano. <<

[6] Lactancio, insigne por su arte oratoria, fue llamado por Diocleciano a Nicomedia, ciudad de Bitinia en Asia Menor, para enseñar retórica. <<

[7] Se trata de la destrucción del templo cristiano de Nicomedia, que tuvo lugar al comienzo de la persecución de Diocleciano (303). De esta destrucción da detalles el propio Lactancio en el *De mortibus persecutorum*, cap. 12. <<

[8] Lactancio no da el nombre. Baronio pensó que se trataba de Porfirio; es posible que se trate de él, ya que vivió a comienzos del siglo IV y escribió 15 libros contra los cristianos. <<

[9] La obra tenía, pues, una finalidad aduladora de los príncipes perseguidores. <<

[10] Hierocles, gobernador de Bitinia durante la persecución de Diocleciano.
<<

[11] Su obra, titulada «La palabra amiga de la verdad dirigida a los cristianos», comprendía dos libros. <<

[12] Insignes filósofos y eruditos de los siglos III y II a. C. <<

[13] Marte mató a un hijo de Poseidón y fue juzgado por los dioses reunidos en el Areópago, colina cercana a Atenas. <<

[14] Apolonio de Tiana vivió entre los siglos I-II d. C.; fue un filósofo neopitagórico de tendencias místicas y tuvo fama, sobre todo en el siglo IV, de mago y taumaturgo. <<

[15] Cf. 2, 16; 4, 13, 16 y 27. <<

[16] Para los cristianos de los primeros siglos, los milagros de Cristo no eran prueba suficiente de su divinidad, ya que también los magos podían hacer milagros. <<

[17] Los cimerios constituían un pueblo que habitaba las regiones nebulosas del norte del Mar Negro; son recordados frecuentemente por los poetas por la oscuridad de sus tierras, a causa de las nieblas. <<

[18] Ya ha aludido en otras ocasiones Lactancio a este punto oscuro de la doctrina de Anaxágoras, quien pensaba que la nieve debía ser oscura como el agua, de la cual estaba formada. <<

[19] Lactancio expone aquí la esencia de su obra, que no tiene como finalidad la de defender, sino la de establecer (*instituere*) la auténtica doctrina. De ahí el título de *Diuinae institutiones*. <<

[20] Se trata de la obra apologética *Ad Demetrianum*; Demetriano era un magistrado cartaginés que culpaba a los cristianos de todas las calamidades de los tiempos. <<

[21] Cf. Hesíodo, *Los trabajos y los días*, 196 ss. <<

[22] GERMÁNICO, *Aratea* 112. *En* este capítulo aparecen tres de las cuatro citas que Lactancio hace de la *Aratea* de Germánico; la otra cita está en I, 21, 38. El hecho de que aparezcan aquí juntas, además del detalle de que aparezcan también en este capítulo las dos únicas citas que Lactancio hace de la *Aratea* de CICERÓN, le hace pensar a OGILVIE, *op. cit.*, pág. 14, que Lactancio está utilizando un comentario a Arato y no directamente las obras de Germánico y Cicerón. <<

[23] *Ibid*. 113. <<

[24] Cic., *Arat. frg*. 21. <<

[25] VIRG., *Georg*. 126-7. <<

[26] OVID., *Met*. 1, 111. <<

[27] VIRG., *Aen*. 8, 320. <<

[28] La «justicia», «el bien». <<

[29] GERMÁNICO, *Arar*. 137. <<

[30] Cic., *Arat. frg*. 23. <<

[31] VIRG., *Georg.* 1, 129 s. <<

[31bis] VIRG., *Aen*. 8, 327. <<

[32] LUCR., 2, 992. <<

[33] *Pro Delot*. 9, 26. <<

[34] Cf. 2, 17, 1; 3, 29, 13-16. <<

[35] Es una declamación perdida. Las declamaciones eran ejercicios retóricos artificiosos, muy en boga en la época de Quintiliano. <<

[36] Este pasaje, de inspiración estoica, no se encuentra en ninguno de los tres libros, incompletos, del *De legibus* de CICERÓN. Quizás pertenezca a alguno de los otros libros, el cuarto o el quinto, hoy perdidos. <<

[37] Es decir, en la edad de hierro. <<

[38] VIRG., *Aen*. 2, 355 ss. <<

[39] TER., *Andr*. 68. Es una cita proverbial; está también en CIC., *Amic*. 89; SULP. SEV., *Dial*. 1, 9 s.; JERÓNIMO (*Epist*. 116, 31) dice, al citar esta frase, que es un proverbio común. <<

[40] Son los lapsos: durante la persecución de Decio, por ejemplo, se recurrió a todo tipo de artimañas para conseguir que los cristianos renegaran e hicieran sacrificios a los dioses paganos. <<

[41] Los parricidas. Éstos eran metidos en un saco. <<

[42] Los sacerdotes de Cibeles, por ejemplo. <<

[43] Este juicio sobre Séneca está también en QUINT., 10, 1, 128 ss. <<

[44] *Frg*, 4. <<

[45] Se trata de Eneas, el héroe de la *Eneida* de VIRGILIO, al que constantemente se le califica de *pius*. **<<**

[46] VIRG., *Aen*. 1, 544 s. <<

[47] VIRG., *Aen.* 11, 81 s. <<

[48] VIRG., *Aen.* 1, 10. <<

[49] VIRG., *Aen*. 10, 516 ss. <<

[50] VIRG., *Aen.* 11, 111. <<

[51] VIRG., *Aen*. 11, 106. <<

[52] VIRG., *Aen*. 10, 523. <<

[53] VIRG., *Aen.* 12, 946. <<

[54] Dioses de la guerra. <<

[55] Júpiter, hijo de Saturno, expulsó a éste del Olimpo; Saturno, a su vez, ante la profecía de que iba g ser destronado por uno de sus hijos, iba devorando a todos ellos a medida que nacían; sólo se salvó Júpiter, gracias a un engaño; y precisamente Júpiter le expulsó después del trono. <<

[56] Venus. <<

[57] Mercurio es el dios del comercio. <<

[58] Cf. *Ezech*. 34, 25, 28. <<

[59] Es un fragmento, quizás perteneciente al *De república* 4, 1; un pasaje semejante se encuentra en *De off*. 3, 3. <<

[60] VIRG., *Aen* 11, 646 y 2, 368 s. <<

[61] Se trata del *De offtciis proconsulis* de ULPIANO, el gran jurista muerto en el 228. La obra tendría 10 libros y el tratamiento sobre los cristianos tendría lugar en la sección sobre los sacrilegios. <<

[62] Cic., *De rep*. 3, 17, 27. <<

[63] *Curc*. 178. <<

[64] Lactancio tergiversa los hechos transmitidos por los historiadores; Régulo se entregó a los cartagineses porque el senado no quiso dar a aquéllos la paz que él les había prometido; Escévola puso la mano en el fuego ante Porsena para demostrar ante el enemigo las acciones de que era capaz un romano. <<

[65] Hor., *Carm*. 3, 3, 1. <<

[66] Esta cita es quizás del *Líber remediis fortuitorum ad Gallionem;* cf. TERT., *Apol*. 50: «Muchos de los nuestros nos exhortan a la práctica de la tolerancia del dolor y de la muerte, como Cicerón en *Tusculanas* y Séneca en *Fortuitis*». <<

[67] La alusión es quizás a *Orac. Sibyl*. 3, aunque estas palabras no se encuentran en lo que nos queda de este oráculo. **<<**

[68] Es el fundador de la tercera Academia, a la que dio un rumbo escéptico; vivió entre los siglos III-II a. C., no dejando escritos. **<<**

[69] *De rep*. 3, 6, 9. <<

[70] La cita es del *frg*. 10 del libro primero de LUCILIO; de todas formas, según OGILVIE, *op. cit*., pág. 8, Lactancio toma la cita de Cicerón, ya que es muy probable que el autor cristiano no conociera directamente a Lucilio. <<

[71] Famosa embajada enviada para obtener el perdón de una multa (156 a. C.). <<

[72] Es una costumbre de la Nueva Academia, de tendencia escéptica; cf. QUINT., 12, 1, 35. <<

[73] Cf. *De rep*. 3, 5. <<

[74] En su discurso Carnéades va a decir que el justo termina siempre por ser considerado como necio. Esto es lo que debería haber dicho aquí y ahora Lactancio, puesto que para eso ha traído a colación a Carnéades, según ha dicho. Pero, en lugar de hacerlo, introduce un larguísimo *excursus* sobre la definición de la justicia y sobre las causas que determinaron que los filósofos paganos no pudieran definirla. Sólo tras este largo *excursus* retorna al tema en el cap. 16. <<

[75] Cf. 2, 15, 6. <<

[76] *De rep*. 3, 5; *Off*. 1, 88; *De or*. 1, 188; 2, 209. <<

[77] Es de la epístola de Pablo a los corintios (1, 3, 19). <<

[78] Cf. cap. 12, 3 ss.; 14, 1 ss. <<

[79] *Mat*. 23, 12. <<

[80] Es el fragmento 1100 de la recopilación de Nauck. Se trata quizás de una tragedia epicúrea. El texto lo recoge Lactancio en latín y no en griego. No conocemos traducciones latinas de Eurípides y, por otro lado, de lo que nos queda de Eurípides no hay ningún verso griego que pueda responder a esta sentencia epigramática. Lactancio estaría siguiendo una antología retórica o algo parecido. <<

[81] En cap. 14, 2-3. <<

[82] Cf. Cic., *De rep*. 3, 21. <<

[83] Cf. CIC., *De rep*. 3, 21. <<

[84] CIC., *De rep*. 3, 19, 29 ss. <<

[85] Lelio y Furio son dos de los interlocutores del *De república*. **<<**

[86] Cf. *supra*, cap. 16, 10. <<

[87] Cap. 18, 4 ss. <<

[88] *Carm*. 1, 22, 1 ss. <<

[89] Cf. cap. 16, 10. <<

[90] Se trata de Damón y Fintias; cf. CIC., *Off*. 3, 10; VAL. MÁX., 4, 7. <<

[91] Dionisio el Joven, tirano de Siracusa, sucesor de su padre en el 367 a. C. <<

[92] Esta y las citas siguientes están en el *De rep*. 3, 28, 40. <<

[93] Es decir, adorar a los dioses. <<

[94] VIRG., *Aen*. 3, 112. <<

[95] *Leg.*, 2, 8, 19. <<

[96] Ter., *Andr*. 68. <<

[97] Los demonios. <<

[98] Cf. *supra*, cap. 18, 4. <<

[99] Se trata del *De prouidentia ad Lucilium*. <<

[100] Esto no se encuentra en lo que nos ha llegado de Séneca; corresponde, sin embargo, por el sentido al comienzo del *De prouidentia*: podría tratarse de una parte perdida del texto de la obra de Séneca. <<

[101] *Levit*. 26, 6; *Ezech*. 34, 25. <<

[1] Cap. 12, 3. <<

[2] Quizás LUCRECIO, 5, 281: «el sol celeste, profunda fuente de clara luz». <<

[3] Cf. 2, 29 s. <<

[4] Cf. 2, 74. <<

[5] Esta frase ha sido con frecuencia considerada como del *Hortensius* de Cicerón; P. MONAT («Lactance et Cicéron. À propos d’un fragment de l’Hortensius», *REL* 53 (1975), págs. 248-267) señala que no es del *Hortensius*, sino del propio Lactancio. <<

[6] *Hort. frg.* 47. <<

[7] *Off*. 1, 2, 4; 3, 2, 5. <<

[8] La doctrina de las dos vías, así como el dualismo en general, se inserta en una tradición muy antigua, en la que hay incluso ingredientes judeo-cristianos; cf. V. Loi, *Lattanzio…*, págs. 133 y 190. <<

[9] VIRG., *Aen*. 6, 540-543; CIC., *Tusc*. 1, 30, 72. <<

[10] VIRG., *Aen*. 6, 540. <<

[11] VIRG., *Aen*. 6, 542 s. <<

[12] El demonio. <<

[13] Los cónsules, por ejemplo, eran epónimos; los años se conocían por el nombre de los cónsules de turno. <<

[14] Este fragmento sobre la virtud es el más largo y famoso de Lucillo. <<

[15] En el *De officiis*. <<

[16] *Off.* 3, *passim*; sobre todo, en 3, 6. <<

[17] *Epist*. 1, 1, 41. <<

[18] Cap. 7 ss. <<

[19] Lactancio, de forma despectiva, habla del demonio sin citarlo. **<<**

[20] Cf. *supra*, 5, 3. <<

[21] Los dos primeros decían: «La virtud, Albino, consiste en estar en condiciones de atribuir el valor justo a las cosas entre las que nos encontramos y vivimos». <<

[22] Cap. II ss. <<

[23] Lactancio sigue la tradición que considera a Pompeyo como el defensor del poder constituido, la aristocracia senatorial, frente a César, que se apoyaba en los populares. Lactancio da prueba aquí, como en otras ocasiones, de su espíritu conservador: la identificación de la aristocracia senatorial con los «buenos» así lo indica. <<

[24] Cf. *supra*, cap. 5, 3. <<

[25] *Off* 3, 6, *28*. <<

[26] *Off.* 3, 17, 69. <<

[27] Los siete sabios de Grecia. <<

[28] *Off.* 3, 4, 16. <<

[29] *De rep*. 3, 22. Este pasaje lo conocemos sólo por Lactancio. **<<**

[30] Colegio de 20 sacerdotes que juzgaba si debía haber guerra, la declaraba y sancionaba los tratados con ceremonias religiosas. <<

[31] CIC., *De rep*. 1, 2, 3; *Leg*. 1, 18, 49. <<

[32] Alrededor del 451 a. C., diez hombres, patricios y plebeyos, fueron encargados de redactar por escrito las leyes y de gobernar durante un año; su poder fue prorrogado luego por otro año, para poder completar su empresa; pero, al acabar su mandato, pretendieron, bajo el liderazgo de Apio Claudio, seguir en el poder e instaurar una tiranía colegiada, cometiendo actos de crueldad contra el pueblo. <<

[33] Cf. NEPOTE, *Cimón* 4. <<

[34] Cap. 12. <<

[35] Cf. 2, 991 S. <<

[36] Todo el pasaje está tomado de CICERÓN, *De rep*. 1, 25, 40; o de LUCRECIO, 5, 805 ss., 931 ss., 988 ss., 1022 s., 1028 ss. <<

[37] Cf. *supra* 3, 4; Cic., *De rep*. 1, 25, 39. <<

[38] *Off*. 3, 5 25. <<

[39] *Trin*. 340. <<

[40] *Off*. 2, 15, 52 y 54. <<

[41] *Off*. 2, 15, 54. <<

[42] *Off*. 2, 15, 54. <<

[43] Cf. *Leg*. 1, 18, 48; *Arch*. 11, 28; *Mil*. 35, 96. <<

[44] *Leg*. 1, 18, 48. <<

[45] *Leg*. 1, 18, 48. <<

[46] *Off.* 3, 17, 69. <<

[47] Cic., *Marcel*. 4, 11. <<

[48] En el seno de la sociedad romana son aquellos que giran en torno a un patrón, el cual, a cambio de diferentes servicios, les da ayuda y protección. Durante la República es una institución de gran importancia. <<

[49] *Lucas* 14, 12. <<

[50] Lo primero será compartir con los amigos y lo segundo el practicar la caridad con el prójimo. <<

[51] *Off*. 2, 18, 64. <<

[52] Cf. *supra* 11, 11. <<

[53] Cic., *Off*. 2, 18, 64. <<

[54] Cic., *Leg*. 1, 18, 49. <<

[55] Cf. Cic,. *Off*. 1, 30, 109; *De rep*. 3, 16, 26. <<

[56] Cic., *Off*. 3, 17, 69. <<

[57] *Off*. 2, 18, 63. <<

[58] Los animales, las fieras y los gladiadores eran todos ellos protagonistas de los juegos en el circo; consiguientemente, el gasto que se haga en ellos es *un gasto superfluo*. **<<**

[59] Pasaje desconocido; recuerda, sin embargo, a *Lucas* 6, 36 ss. <<

[60] Ya ha explicado hasta la saciedad Lactancio que, para que exista la virtud, tienen que existir los vicios. <<

[61] Ya más arriba habló del intento estoico de sustituir estos sentimientos por otros: el deseo por voluntad; la alegría por gozo; el miedo por cautela; cf. cap. 15, 10. <<

[62] Cap. 12. <<

[63] Es el caso de los epicúreos. <<

[64] Cap. 18, 12 ss. <<

[65] *Off*. 2, 11, 38. <<

[66] *Frg*. 124. <<

[67] *Frg*. 140. Se *trata* de una cita proverbial. **<<**

[68] *Off*. 3, 19, 76. <<

[69] Esas palabras son «provocado por una ofensa», en latín *lacessitus iniuria*. <<

[70] *Hist*. 2, 37; es, sin embargo, una cita proverbial que está también en QUINT., 12, 9, 9; JER., *Epist*. 119, 1; 125, 16; 134, 1. <<

[71] Cicerón murió a manos de los secuaces de Antonio, quien le persiguió tras los discursos pronunciados por aquél contra él. <<

[72] Los discursos contra Antonio no se llaman «Antonianas», sino «Filípicas», en recuerdo de los discursos pronunciados por Demóstenes contra Filipo de Macedonia. <<

[73] Cap. 13. <<

[74] *Ephes*. 4, 26. <<

[75] Cap. 15 ss. <<

[76] *Ligar*. 12, 35. <<

[77] *Cal. mai* 12, 40 s. <<

[78] Tertuliano ataca la costumbre de abandonar a los hijos, entre otras cosas, porque con el paso del tiempo puede ocurrir que el expósito cometa incesto, por error, en la persona de su madre o hermana; estas posibilidades aumentan a medida que pasan las generaciones. <<

[79] Edipo cometió incesto en la persona de su madre. <<

[80] Desconocemos en qué época escribió Sinnio; OGILVIE, *op. cit.*, pág. 48 piensa que escribió su obra a finales de la República y que esta obra sería conocida por Varrón, del cual tomaría la cita Lactancio. <<

[81] «Genital» tiene que ver con *genero*, «engendrar». **<<**

[82] Es el fragmento de una declamación perdida de Quintiliano. <<

[83] Es un texto desconocido; se parece, sin embargo, a lo que se dice en *Cor*. 1, 7, 7 s., y en *Mat*. 19, 12. <<

[84] *Acad. post. frg*. 16. <<

[85] VIRG., *Aen*. 6, 128 s. <<

[86] *Frg*. 24. <<

[87] Cf. L. ALFONSI, «Potuit esse verus Dei cultor… (Lattanzio, *Div. Inst.* VI 24, 13). Sestio, Seneca e i Vangeli», *Atheneum* 54 (1976), págs. 75-76 <<

[88] *Frg.* 14. <<

[89] *Off.* 3, 10, 44. <<

[90] *Off.* 3, 19, 77. <<

[91] *Ven*. 2, 11, 28. <<

[92] *Ven*. 5, 14, 35. <<

[93] Es un fragmento de Cicerón; pero esta misma idea se encuentra en *De leg*. i, 6, 18; 2, 4, 8 s.; *Phil*. 11, 12, 28. <<

[94] Cf. CIC., *De leg*. 2, 18, 45. <<

[95] Fragmento de Séneca. <<

[96] *De leg*. 1, 10, 28. <<

[97] *Poemand*. 12, 23. <<

[98] PSEUD. APUL., *Ascl*. 41. El hijo de Hermes al que se alude es Tat. <<

[99] *Ioh.* 1, 1. <<

[100] Cap. 24, 25 s. <<

[1] Cic., *Mur*. 6, 14. <<

[2] Todo esto es el contenido de los seis libros anteriores: las falsas religiones y la verdadera (I-II); la falsa sabiduría y la verdadera (III-1V); la justicia celestial (V); el culto divino (VI). <<

[3] Cf. Cic., *Acad*. 2, 37, 118. <<

[4] Cf. *ibid*., 38, 119. <<

[5] *Phaed*. 80 C. <<

[6] *Frg*. 304. <<

[7] *Venditis aut dilargitis* es un sintagma de SALUSTIO, *Hist*. 1, 49, 19; pero es también una frase famosa como ejemplo gramatical por el uso pasivo de *dilargitis* (AUL. GEL., 15, 13, 8; PRISC., 8, 392 K). <<

[8] VIRG., *Georg*. 3, 244. <<

[9] Cap. 12, 22. <<

[10] Es decir, lo que las Sagradas Escrituras han anunciado para los malditos.
<<

[11] Lactancio habla, pues, de una segunda edad de oro, la del reinado milenario de los justos; la otra edad de oro es la correspondiente al reinado de Saturno, de la que habló en 4, 1, 1-6. Según V. LOI (*Lattanzio…*, pág. 243-4) la aceptación por parte de Lactancio de una primera edad de oro, la de la época de Saturno, sólo se explica dentro del carácter apologético de los libros IV y V; desde un punto de vista teológico, para Lactancio sólo existirá una edad de oro: la que vendrá tras el final del mundo. <<

[12] Ter., *Phorm*. 780. <<

[13] CIC. *Tusc*. 1, 41. 99. <<

[14] VIRG., *Aen*. 6, 726 s. <<

[15] LUCR., 5, 156 s. y 165 ss. <<

[16] Cf. *supra*, cap. 1, 6. <<

[17] Uno sigue la doctrina del otro. <<

[18] No se trata de una insignificante observación gramatical, sino de algo más profundo: para los cristianos, Dios creó un solo hombre, del cual nació el género humano; para los estoicos, los hombres nacieron cual setas de los campos: tal es la opinión de Demócrito (cf. *infra*, cap. 7, 9). <<

[19] *Poemand*. 1, 12. <<

[20] Es una objeción típica del escepticismo de los académicos; cf. Cic., *Acad. 2*, 38, 120. Lactancio la va a resolver volviendo a su ya conocido dualismo entre el bien y el mal. <<

[21] No conocemos nada de este Asclepiades, salvo que era amigo de Lactancio, al cual le dedicó dos libros (cf. JER., *De vir. ill*. 80). La obra de Asclepiades aquí citada es *el De prouidentia*. **<<**

[22] Cf. LUCR., 5, 165-7. <<

[23] *Frg*. 371. <<

[24] Ya en el libro segundo adujo los testimonios de los poetas, profetas y filósofos en favor de la creación del mundo por parte de Dios. <<

[25] Aristón de Quíos, discípulo de Zenón. <<

[26] Ferécides de Siró (s. VI a. C.), autor de una cosmogonía (cf. CIC., *Tusc*. 1, 16). <<

[27] Dicearco de Mesina, discípulo de Aristóteles, quien defendía que el alma era la armonía del cuerpo y desaparecía, por tanto, al desaparecer el cuerpo. <<

[28] Cf. LUCR., 3, 978 ss. <<

[29] *Phaed*. 245 C ss. (cf. Cic., *Tusc*. 1, 23, 53; *De rep*. 6, 25, 27). **<<**

[30] Cf. Cic., *Tusc*. 1, 27, 66. <<

[31] Cic., *Tusc*. 1, 16, 38. <<

[32] Cic., *Tusc*. 1, 11, 23. <<

[33] *Frg*. 11 de una obra perdida de Cicerón. <<

[34] CIC., *De leg*. 1, 8, 24. <<

[35] No encontramos el texto en los libros herméticos. <<

[36] *Tusc*. 1, 46, 110. <<

[37] *Tusc*. 1, 30, 72. <<

[38] CIC., *Marcel*. 4, 11. <<

[39] LUCR., 3, 417 ss. <<

[40] Cf. *Phaed*. 80 D; cf. *supra*, cap. 8, 5 s. <<

[41] LUCR., 2, 999 ss. <<

[42] LUCR., 3, 445 ss. <<

[43] «Demente» es un compuesto de *de* y *mente*: «sin mente», «sin cabeza»; «exánime» lo es de ex y *anima*: «sin alma». **<<**

[44] Cf. LUCR., 3, 453; CIC., *Senect*. 7, 21. <<

[45] LUCR., 3, 459-486. <<

[46] LUCR., 3, 487-522. <<

[47] Lucr., 3, 548-579. <<

[48] LUCR., 3, 526-547. <<

[49] LUCR., 3, 612 ss. <<

[50] PSEUDO. APUL., *Ascl*. 31. <<

[51] Cf. C. WOLF, *Porphyrii de philosophia ex oraculis haurienda librorum reliquiae*, pág. 177 s. <<

[52] *Diu*. 1, 19, 36. <<

[53] El número siete es perfecto también en la doctrina pitagórica. <<

[54] Se atiene aquí Lactancio a la interpretación oriental del septenario bíblico; cf. J. Danielou, «La typologie millénariste de la semaine dans le christianisme primitif», *VChr*. (1948), págs. 1-16; la tradición oriental interpretaba el septenario bíblico como figura del tiempo total del mundo, al cual se opone el día octavo, que es la eternidad; la tradición occidental, sin embargo, ve en la semana una clave para la sucesión de las épocas históricas. <<

[55] *Ps*. 90, 4. <<

[56] El primer imperio universal fue, en efecto, el asirio, según la antigua doctrina sobre los imperios universales. <<

[57] Cf. Séneca, *frg*. 99; estas ideas están también en Cic., *De rep.* 2, 11, 21 y en Floro, *Praef*. **<<**

[58] El imperio. <<

[59] *Orac Sibyl*. 8, 9-159, 165, y 171-173. <<

[60] *Orac. Sibyl.* 8, 239. <<

[61] *Orac. Sibyl.* 7, 123. <<

[62] Cf. *supra*, cap. 16, 3 ss. <<

[63] Cap. 15, 19. <<

[64] PSEUD. APUL., *Ascl.* 26. <<

[65] *Orac. Sibyl.* 5, 107 ss. <<

[66] *Orac. Sibyl.* 3, 652 s. <<

[67] *Orac. Sibyl.* 8, 326 ss. <<

[68] Cf. *supra*, cap. 17, 10. **<<**

[69] La mañana. <<

[70] *Orac. Sibyl*. 8, 224. <<

[71] *Orac. Sibyl*. 3, 618. <<

[72] *Orac. Sibyl.* 3, 741 ss. <<

[73] *Orac. Sibyl.* 8, 241 s. <<

[74] *Orac. Sibyl*. 8, 413 ss. <<

[75] *Ps*. 1, 5. <<

[76] Sobre esta opinión atribuida a los estoicos, cf. J. DOIGNON, «Le placitum eschatologique attribué aux stoiciens par Lactance (*Institutions divines* VII 20). Un exemple de contamination de modèles littéraires», *RPh* (1977), págs. 43-55, donde se demuestra que en este texto de Lactancio se mezclan ideas de Cicerón, Tertuliano, Arnobio, Séneca y los estoicos. <<

[77] VIRG., *Aen*. 6, 735 ss. <<

[78] VIRG., *Aen*. 6, 702. <<

[79] Ticio es hijo de Zeus y Elara; fue precipitado por Zeus a los infiernos, donde dos serpientes —aquí se habla de un buitre— devoran su hígado, que renace con las fases de la luna. <<

[80] VIRG., *Aen.* 6, 266. <<

[81] VIRG., *Aen.* 6, 748 SS. <<

[82] VIRG., *Aen*. 6, 719 ss. <<

[83] *Menon* 85 C; *Phaed*. 72 E. <<

[84] *Acad. Pr.* 2, 54, 75. <<

[85] *Chrysippea*, frg. 14. <<

[86] *Orac. Sibyl.* 4, 40-43; 186, 187. <<

[87] *Orac. Sibyl.* 8, 81 ss. <<

[88] *Orac. Sibyl*. 5, 420 s. <<

[89] VIRG., *Ecl*. 4, 38-41. <<

[90] VIRG., *Ecl*. 4, 28-30. <<

[91] VIRG., *Ecl*. 4, 42-45. <<

[92] VIRG., *Ecl*. 4, 219 ss. <<

[93] *Orac*. *Sibyl*. 3, 787 ss. <<

[94] *Orac. Sibyl.* 3, 619 ss. <<

[95] *Orac. Sibyl.* 5, 281 ss. <<

[96] Cap. 14, 6. <<

[97] Cap. 24. 5. <<

[98] *Phorm*. 249. <<

[99] Lucr., 6,24 ss. <<

[100] VIRG., *Aen*. 4, 336 <<